

Valerio Evangelisti

EL CUERPO Y LA SANGRE  
DE EYMERICH

Lectulandia

Nombrado inquisidor general de Aragón a la temprana edad de treinta y ocho años, el padre Nicolás Eymerich fue convocado por el prior de los dominicos de Carcassonne para llevar a cabo una importante misión; erradicar una extraña secta herética ubicada en Castres, la de los denominados «masc» dedicada a profanar la sangre y a propagar una terrible enfermedad que se extendía a través de las venas y llevaba rápidamente a la muerte. La enfermedad, que se propagó con asombrosa rapidez a lo largo del siglo XIV, era conocida como «la Muerte Roja». Gracias a sus métodos crueles y sanguinarios, el padre Eymerich consiguió llevar a cabo su misión con éxito, pero dejó tras de sí un rastro diabólico.

Seis siglos más tarde, aquella terrible enfermedad vuelve a suponer una amenaza, pero con una diferencia sustancial: ahora parece afectar solamente a la población negra. Lycurgus Pinks, un peligroso y brillante científico relacionado con el Ku Klux Klan, está según todos los indicios detrás de esta nueva epidemia, cuyo origen se esfuerza por descubrir el FBI. Será el agente Stetson Kennedy, que de niño había sido testigo de los horrores llevados a cabo por el Klan, quien logre infiltrarse en la organización para seguir el rastro de Pinks y sus nuevos experimentos. Y mientras las muertes se suceden, Kennedy necesitará toda su sangre fría para no ser descubierto y lograr descifrar el misterio de la mortífera enfermedad antes de que la humanidad sucumba.

**Lectulandia**

Valerio Evangelist

# **El cuerpo y la sangre de Eymerich**

ePub r1.0

Titivillus 08.12.15

Título original: *Il corpo e il sangue di Eymerich*

Valerio Evangelist, 1996

Traducción: Francisco Amella

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## El retorno de los cátaros

El ascenso al recinto herético más inexpugnable de la Tierra es un verdadero suplicio. Lo he vencido decenas de veces, solo y en grupo, y siempre con idéntico resultado: el corazón desbocado por el esfuerzo, las piernas entumecidas, los pulmones ahogados por la falta de aire... y la mente abandonada a una placidez extraña, casi mística. Allá arriba, a 1300 metros sobre el nivel del mar y con los Pirineos de telón de fondo, el alma se siente más cerca del cielo que en ningún otro lugar de Europa. El mundo que se adivina desde su maciza torre del homenaje asemeja una perla pequeña, casi sin importancia, llena de ambiciones y sueños insignificantes. Desde esa cumbre, todo cambia.

Tal vez el efecto no sea casual.

Quienes construyeron el castillo de Montségur sobre uno de los *puys* o riscos más impracticables del sur de Francia, despreciaban el cuerpo físico. Decían que era el receptáculo corrupto diseñado por el Señor del Mal para encerrar nuestra alma inmortal. Sus ayunos, penitencias y ritos de purificación eran tan severos que pronto los cristianos más ortodoxos se sintieron amenazados por la fortaleza de aquellos *bonhommes*. Su forma de ver la vida era exótica y radical. No es de extrañar, pues, que la Inquisición fuese creada por santo Domingo sólo para borrarlos de la faz de la Tierra. Por culpa de sus creencias se armó la primera cruzada que enfrentó a cristianos contra cristianos, y que terminó en el asedio de Montségur de 1244.

Nicolás Eymerich —el protagonista de esta novela, pero también un personaje histórico de terrible recuerdo— persiguió a los descendientes de aquellos cátaros con la misma saña que el fundador de su Orden. A él se le atribuyen importantes escritos, como el *Directorium Inquisitorum* (1376), en el que insta a los futuros miembros del Santo Oficio a no reconocer jamás la inocencia de un imputado, y a no considerar una absolución como un juicio definitivo. Su mirada gélida y su fama de implacable son algo más que meros recursos literarios de Valerio Evangelista. Son rasgos sacados de los libros de historia.

El Eymerich de la vida real nació en Gerona, a poco más de cien kilómetros a vuelo de pájaro de Montségur. Cuando lo hizo, allá por 1320, los ecos del padecimiento de los cátaros en la pira se habían extinguido ya, pero no así su fe. Esclarmonde de Foix, una de las damas que pereció en aquella operación militar del papa Inocencio III contra los herejes, soñó antes de morir que «*al cap de set cen ans verdegeo el laurel*». Esto es, que siete siglos más tarde, la esperanza de la fe cántara reverdecería de entre las tinieblas. Su profecía desveló durante décadas a la Inquisición.

Los pocos que sobrevivieron a su acoso lo pasaron mal. Tanto en Cataluña como en la Lombardía italiana se refugiaron los escasos *bonhommes* que lograron huir. Unos «hombres puros» que seguían teniendo como único sacramento el *consolamentum* —un rito por el que su alma se purificaba y requería una abnegación

total de la carne—, que creían en la reencarnación y que aceptaban de buen grado que la mujer oficiara como sacerdotisa en todos sus ritos. El Santo Oficio, pues, decidió perseguirles hasta darlos por exterminados.

*El cuerpo y la sangre de Eymerich* parte de este singular escenario. Evangelisti «resucita» a aquellos herejes de un olvido secular y los convierte en una suerte de conspiradores dispuestos a derrotar al imperio de lo sensible, derrumbando nuestros degenerados cuerpos con la ayuda de una terrible enfermedad sanguínea.

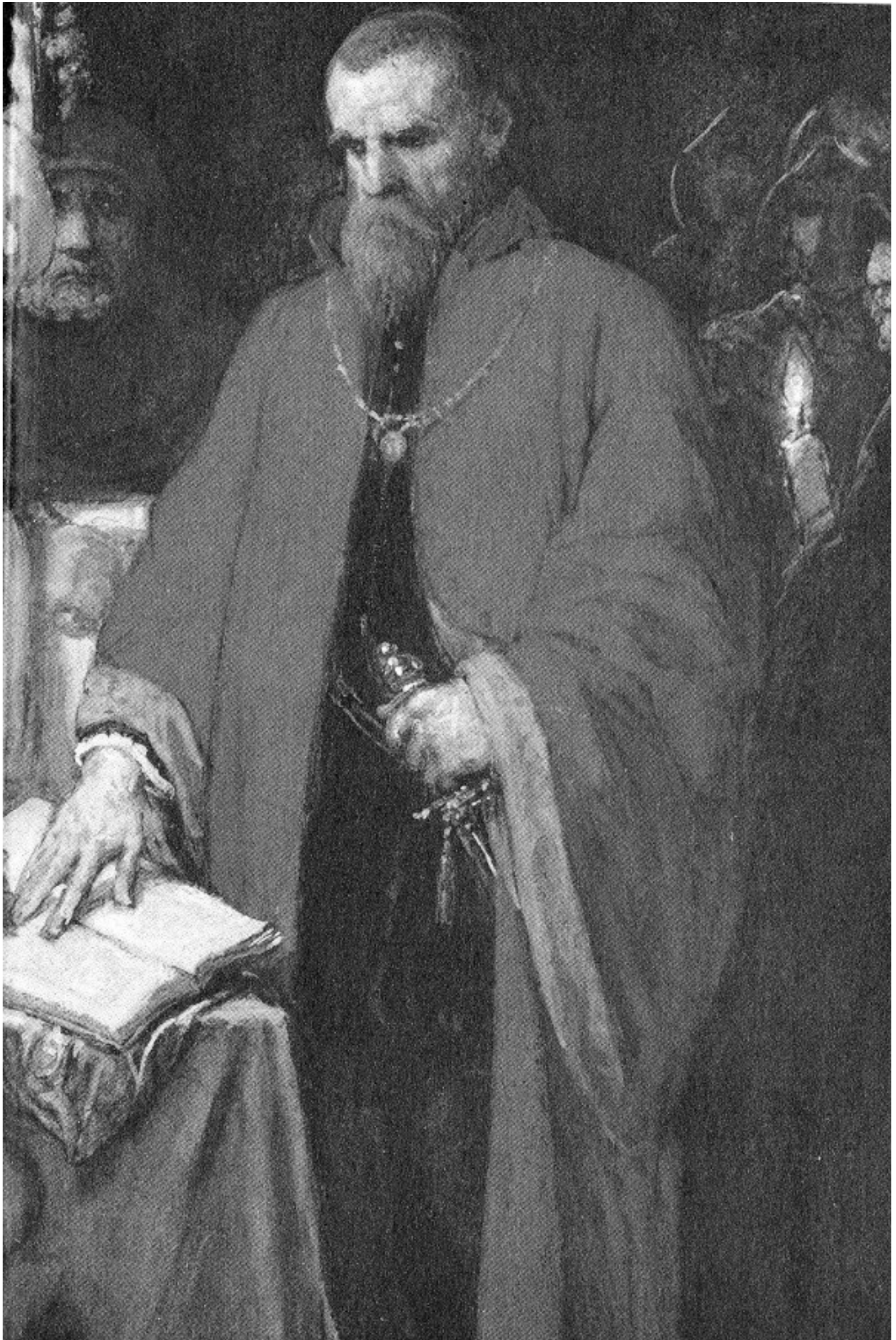
Casualidad o no —el autor no menciona el sueño profético de Esclarmonde—, lo cierto es que en estas páginas esa enfermedad de los *bonhommes* termina por reaparecer exactamente siete siglos después, en medio de algunos de los hechos más luctuosos del pasado siglo XX. Las orgías de terror del Ku Klux Klan, el uso de guerras químicas por las tropas de Saddam Hussein durante la primera Guerra del Golfo, o el suicidio de casi mil seguidores de una secta llamada el «Templo del Pueblo» en Guyana en 1978, se interaccionan misteriosamente con la época que vivió el inquisidor Eymerich.

Han pasado ya siete siglos y el laurel cátaro no termina de reverdecer. Y aunque somos legión los que hoy nos apiadamos de aquellos *parfaits* que abandonaban la prisión de sus cuerpos escalando los senderos hacia Montségur, dudo que pueda florecer de nuevo una fe que abominaba tanto del mundo de la materia.

Aunque leyendo libros como éste, uno a veces duda.

Javier Sierra







# 1. Contagio

El Halcón Nocturno se acercó a la puerta del Antro Interior y trazó un círculo con la uña del pulgar. Al momento se abrió una mirilla y apareció un ojo torvo.

—¿Quién eres? —preguntó el Klexter con voz aguda.

En lugar de responder, el Halcón Nocturno moduló con los labios un breve silbido.

—¿Santo y seña? —preguntó el Klexter.

—Supremacía.

—Podéis entrar.

Guiado por el Halcón, el grupito penetró en fila india en la sala central de la Klaverna, llena a más no poder. Desde las paredes, acurrucados en sus nichos, el Kludd, el Klalifa, el Cíclope y el Klokard lanzaban en vano intermitentes invitaciones para hacer sitio a los que aún tenían que entrar. En muchas capas blancas se veían amplias marcas de sudor. Pero quienes más sufrían eran los Vampiros y los Terrores, alineados al pie del palco imperial, envueltos en pesados paramentos negros y con las capuchas quitadas.

Perkins tiró del borde de la capa roja del Halcón.

—¿Quién es ése? —le preguntó, señalando a un individuo corpulento, vestido de púrpura y oro, que departía animadamente con el Klalifa.

—Pero si ya le conoces —resopló el Halcón—. Es Sam Green, el Mago Imperial. Y el que está a su lado, ese que va vestido de verde, es Sam Roper, Eminente Cíclope de la Klaverna 297. De hecho, es el número dos del Klan.

Mentalmente, Perkins tomó nota del nombre, que por otra parte no le era desconocido. Su organigrama de los Klaballeros del Invisible Imperio estaba ya casi completo.

En aquel momento el Cíclope encendió junto a su altar una cruz hecha de tubos de neón. El clamor no tardó en atenuarse, mientras una luz rosada envolvía la Klaverna.

El Mago Imperial, seguido por sus propios dignatarios, atravesó la sala y subió a la tribuna. Besó con reverencia un pico de la bandera de la Confederación, lanzó una mirada envolvente a la platea y tendió el brazo izquierdo con los dedos estirados. Se hizo un silencio total.

—Hermanos Klansmen, nobles Klaballeros del Ku Klux Klan —princió el Mago con voz de barítono—, proclamo oficialmente abierto este Klónklave de la Klaverna número I de Atlanta, reino de Georgia. Antes de dar comienzo, no obstante, le cedo la palabra al Kludd del Klan para la oración.

El Kludd, vestido de negro como convenía a un religioso, juntó piadosamente los dedos.

—¡Señor Dios! Los Klansmen reconocemos nuestra dependencia de ti y tu bondad para con nosotros. Que puedan todos los Klansmen evitar el mal y combatir

siempre por el bien. Invocamos tu bendición para nuestro emperador y los altos dignatarios del gobierno del Invisible Imperio. Señor Dios, humildemente te lo pedimos, por tu gloria y nuestro bien, en nombre de Aquel que nos enseñó a sacrificarnos y a luchar por el triunfo de la justicia. ¡Amén!

—¡Amén! —repitió la sala con compunción.

El Halcón Nocturno, que había alcanzado la tribuna y estaba sentado ante una mesilla, dio dos golpes de martillo. El Mago Imperial volvió a tomar la palabra.

—Hermanos Klansmen, este Klónklave no va a ser ocasión de alegría como los que lo han precedido. Todos sabemos que entre nosotros hay un sucio infiltrado, al servicio de los negros y de los judíos de Washington. Sabemos también su nombre, Stetson Kennedy...

Perkins se atragantó. No se imaginaba que la célula de investigaciones del Klan, dirigida por el Klokann, estuviera ya al corriente de su verdadera identidad. Para sus adentros, dio gracias por la amplia capucha que, calada hasta la mitad, le permitía ocultar su turbación.

—Descubrir detrás de qué disfraz se oculta ese canalla es sólo cuestión de días, si no de horas —continuó el Mago Imperial, con voz que vibraba de ira—. Pero nos hemos visto forzados a invitar al Klónklave sólo a los Klansmen de fe probada, excluyendo a los nuevos adeptos. Ha sido una elección desagradable pero necesaria...

Perkins dejó escapar un suspiro de alivio. Conque lo consideraban un Kluxer de «probada fe»... Dan Duke, viceprocurador general de Georgia, sabría apreciar la noticia.

El Mago Imperial dirigió aún algunas amenazas al misterioso Stetson Kennedy antes de acabar rápidamente su discurso.

—Todo lo cual no impedirá que, en lo que queda de 1952, prosigamos la acción de justicia que el Klan lleva ejerciendo desde hace casi noventa años y que ningún politicucho judío ha conseguido sofocar hasta la fecha. Pero permitidme que ceda la palabra a nuestros invitados, miembros de Klans de otros estados y comarcas que han querido honrarnos con su presencia.

El primero en intervenir fue el doctor E. G. Pruitt, Gran Dragón de los Klans federados de Alabama; habló luego J. B. Stoner, Kleagle de Tennessee. Pronunciaron sendos discursos genéricos que consiguieron que los Kluxers, a pesar de estar acostumbrados a los ceremoniales, dieran muestras de aburrirse. Poco faltó incluso para que el segundo se malquistara con la platea al proponer que se mandara a todos los negros de vuelta a África.

—No me parece que se pueda estar de acuerdo con ése —comentó un Kluxer detrás de Perkins—. Si los mandamos a todos a África, ¿quién hará los trabajos más pesados?

La atención se estaba apagando rápidamente cuando Cliff Carter, el Halcón Nocturno, dio una serie de golpes con su martillito.

—¡Silencio! Hablará a continuación un invitado muy especial. —Señaló a un individuo vestido de verde y rojo que subía al palco en aquellos momentos—. ¡El doctor Lycurgus Pinks, Emperador Imperial de los Klaballeros del Ku Klux Klan de Montgomery!

Era la primera vez que Perkins oía aquel nombre, y el personaje le pareció de inmediato verdaderamente singular. Mientras la mayoría de los Klansmen reproducía el mismo tipo de sudista propenso a la adiposidad, de rasgos vulgares y maneras rudas, el recién llegado parecía sacado de *El nacimiento de una nación* de Griffith. Facciones delicadas y un tanto afiladas, perilla, finos bigotillos rubios, ojos azul celeste un sí es no es lánguidos. El típico caballero meridional, mucho más joven, por cierto, que la media de los que estaban presentes, exceptuando a los numerosos críos. Perkins lo observó con atención.

—Dicen que los del Klan odiamos a los negros —empezó Pinks con voz sorprendentemente ronca—. Eso es rotundamente falso. Apreciamos sinceramente a los negros obedientes, que trabajan con lealtad y saben estar en su sitio. Yo mismo tengo muchos así en mi propiedad, los atiendo y me esfuerzo por que sean felices. — De improviso la voz de Pinks subió una octava—. Pero hoy en día los negros están cada vez menos en su sitio. Soliviantados por los judíos del Norte, no sólo tienen la pretensión de votar, sino que hasta quieren entrar en las escuelas de nuestros hijos, o incluso en la universidad. ¡Y eso mientras la misma camarilla de judíos le impide a un blanco del Sur tener acceso a la carrera profesional que le correspondería por derecho y condición!

Estaba claro que Pinks hablaba por propia experiencia, cosa que despertó la curiosidad de la platea y avivó una atención que amenazaba con extinguirse.

Tras una pausa calculada, Pinks reanudó el discurso con tono más tranquilo.

—Soy biólogo. Hasta hace dos años trabajaba en el Instituto de Tecnología de California, donde se me tenía por uno de los investigadores mejor preparados. Estudiaba las anomalías congénitas de los negros y la podredumbre natural que llevan en la sangre. A los judíos que nos gobiernan aquello no les gustaba, y el profesor Pauling, el director de mi grupo, me despachó. Recordad este nombre: profesor Linus Pauling.

Un murmullo de indignación corrió por entre la multitud de encapuchados. No por simpatía hacia Pinks, quien se les antojaba demasiado diferente y distante, sino por odio hacia los científicos sabelotodo que habían venido del Norte a dictar ley.

—Es triste, pero hay que tomar buena nota —siguió Pinks—. Hoy en día la biología está en manos de los judíos y los comunistas; lo mismo que la medicina, por cierto. Dentro de nada no habrá manera de encontrar un médico o un profesor del Sur que sea blanco, y habremos de poner a nuestros hijos en manos de miembros de razas degeneradas y repugnantes, marcadas por enfermedades inmundas. Creedme, no vamos a tardar gran cosa en ver médicos de piel oscura.

Un nuevo murmullo, ahora de escándalo, sacudió la platea.

Pinks se atusó los bigotillos, se puso en jarras y levantó de nuevo la voz.

—Por suerte, el Klan vigila, listo para cabalgar de nuevo, como hace un siglo, para proteger a nuestras mujeres y nuestros hijos de la contaminación afrojudáica. Fue el Klan el que salvó al Sur en 1867. Y será otra vez el Klan el que destruya la conjura comunista. ¡En pie, Klaballeros del Ku Klux Klan! ¡Ha llegado el momento de devolver el golpe!

Un rugido de entusiasmo saludó la exhortación del Emperador Imperial haciendo vibrar los cristales tintados de la Klaverna detrás de los postigos. El Mago Samuel Green, ensombrecida la frente por la envidia, fue a abrazar, pese a todo, a su colega, quien disimulaba su complacencia bajo una expresión absorta. Las solemnes notas de *The Old Rugged Cross*, entonado por el Kludd y coreado fervorosamente por todos los presentes, le dieron más pompa al abrazo.

El Klónklave se cerró con unas cuantas comunicaciones de importancia secundaria, tras las cuales la multitud corrió a agolparse a la salida.

La intervención de Pinks había hecho mella en Perkins. Habría querido saber más acerca de aquel individuo de modales tan discordantes con los de aquel ambiente. Pero ¿cómo podría abordar a un dignatario de rango tan elevado?

Se dirigía ya a la salida que daba a la calle Whitehall, ponderando si no sería oportuno acercarse hasta Montgomery, cuando Cliff Carter acudió sin saberlo en su ayuda.

—¡Eh, Perkins! —lo llamó el Halcón Nocturno mientras bajaba de la tribuna. Cuando lo tuvo a su lado, le susurró—: No te vayas. Los miembros del Klub de los Klaballeros se reunirán dentro de media hora en el café de Wingo. Estarán el Mago Imperial y los invitados de esta noche.

Los ojos de Perkins se iluminaron, pero quedaron rápidamente velados por una sombra.

—¿Tengo que ir preparado?

—No. Nada de armas ni de uniformes. Será un simple intercambio de impresiones.

En el Antro Exterior, mientras guardaba la capucha y la capa negras en su taquilla, Perkins vio a otros acólitos del Klub de los Klaballeros, miembros de la célula de acción del Klan en la que había sido admitido hacía poco. Uno de ellos, un tal Nathan Jones, le pidió un cigarrillo.

—¿Te han convocado a ti también a La Roca Negra?

—Sí —le respondió Perkins—. Carter me ha dicho que estarán también los representantes de los otros estados.

—Será de un aburrido... ¿Quieres que te lleve?

—No, he venido en coche.

Perkins estaba ansioso por informar a Dan Duke del lugar del encuentro, como hacía cada vez que había una reunión secreta. Detuvo el coche en la calle Peachtree junto a una cabina que quedaba un tanto apartada. Como suponía, el procurador

estaba en casa.

—Me dirijo al café de Wingo, uno que llaman La Roca Negra. Nos han convocado por sorpresa.

—¿Habrá expedición? —preguntó Duke con tono de cierta preocupación.

—No, esta noche no. Hay invitados. ¿Has oído hablar de un tal doctor Lycurgus Pinks?

Se produjo un instante de silencio.

—Déjame pensar. ¿No es el fulano aquel que echaron de una clínica por hacer experimentos con los pacientes de color? Pero era de un Klan rival del vuestro.

—Se habrá puesto de acuerdo con Green. ¿Ha estado en la cárcel?

—No. Resultó que sus experimentos los había autorizado algún organismo de la administración, a espaldas del director del equipo para el que trabajaba. ¿Necesitas que te mande a alguien, Stet?

—Sólo para que tome los números de las matrículas. No creo que haya ningún peligro.

El café de Wingo era un local del barrio Este de Atlanta que permanecía abierto toda la noche. Cuando Perkins llegó, muchos de los Klaballeros estaban ya en el comedor, acomodados alrededor de una mesa formada por muchas mesillas puestas juntas. Sentado frente a media docena de botellas de *bourbon* barato, el Mago Imperial daba voces, con el Emperador Imperial a un lado y el Gran Dragón Pruitt al otro. El humo era tan espeso que hacía llorar, cosa que parecía irritar sobremanera a Pinks.

—El cocinero de este restaurante es un negro sinvergüenza —estaba diciendo el Mago—. Se niega a servir a los Klansmen.

—¿Y qué esperáis para darle un escarmiento? —preguntó Pruitt.

El Mago sacudió la cabeza con aire triste.

—Según parece no resulta fácil encontrarle un sustituto. Lo único que he conseguido es que el patrón lo mantenga alejado.

Pinks irguió la cabeza con gesto desdeñoso.

—Yo no tocaría jamás la comida preparada por un negro que no conociera. Con todas las enfermedades de las que son portadores...

Perkins se sentó a un extremo de la mesa, entre el Halcón Nocturno y un taxista de nombre Slim. Pidió una hamburguesa, bebió un par de tragos y siguió en silencio la conversación.

No fue más que una retahíla de charlas intrascendentes, que se iban haciendo más y más animadas a medida que las botellas se iban vaciando. Sólo en un determinado momento tuvo Perkins un sobresalto, al oír pronunciar por segunda vez aquella noche su verdadero nombre.

—Como no apañemos a ese tal Stetson Kennedy nos vamos a ver colapsados —le dijo Green, bastante bebido a aquellas alturas, al Eminentísimo Cíclope Sam Roberts—. La semana pasada les pasó nuestro santo y seña a los locutores del programa

radiofónico *Superman*. Hasta los niños se ríen ahora de nosotros.

—Las solicitudes de ingreso están cayendo a ojos vistas, majestad —terció el Halcón Nocturno con amargura—. Me temo que vayan a pararse de un momento a otro.

Fue una salida poco afortunada. Se hizo evidente que a Green no le agradaba que se hiciera mención de las flaquezas de su Klan ante los invitados, porque fulminó al Halcón Nocturno con la mirada y cambió inmediatamente de tema.

Pasó más de una hora antes de que se abordara el tema más relevante de la reunión. Pinks había estado la mayor parte del tiempo en silencio, sin tomar una gota de *bourbon*. Había pasado todo aquel rato ordenando ante sí vasos y cubiertos en meticulosas formaciones geométricas. Como viera que la mayor parte de los presentes, una docena en total, estaban ya próximos a caer en una modorra etílica, no pudo contener por más tiempo la cólera que había acumulado hasta aquel momento.

—Le he pedido ayuda y usted sigue sin darme una respuesta —increpó, vuelto hacia Green—. ¿Tengo que interpretarlo como una negativa?

La voz le salió más ronca de lo habitual.

El Mago Imperial mostró cierto embarazo.

—Oh, casi se me había olvidado. Pero su petición, ¿en qué consiste, exactamente?

—En primer lugar, en que dejen de fumar y abran las ventanas. ¿Es pedir demasiado?

El Mago, sorprendido, le hizo una seña al Halcón Nocturno. Carter, murmurando entre dientes, se levantó a abrir la única ventana que no daba a la calle.

Algo menos tenso, Pinks se quedó mirando a Green con sus ojos de porcelana.

—Baton Rouge es territorio de ustedes, si no me equivoco.

—Sí, es la única provincia que tenemos en Louisiana, además de Nueva Orleans.

—El Mago Imperial arqueó las cejas—. ¿Qué interés tiene en Baton Rouge?

Pinks miró a su alrededor.

—Aquí hay demasiada gente. Yo le había pedido una entrevista privada y usted me ha traído a un banquete. —El tono bajo y sofocado de su voz denotaba una cólera intensa.

—Creí que lo que quería era ayuda para una expedición. Por eso he reunido al Klub de los Klaballeros.

—¿Sería posible que habláramos a solas?

—En fin, sí, en mi coche.

—¿A qué esperamos?

Green, con bastante fastidio, se levantó, seguido de Pinks. Transcurrieron veinte minutos que los hombres pasaron trasegando los últimos vasos de *bourbon*. Perkins estuvo hablando con Slim de esto y de lo otro, tratando de sonsacarle alguna información de provecho.

—La semana que viene tendremos que ocuparnos de un par de sindicalistas que

andan armando jaleo en el aserradero del Castaño —le anunció el taxista con voz espesa—. Y luego de los negros que llevan en sus taxis mujeres blancas a pesar de que la ley lo prohíbe. Me sé de uno que lo va a pagar caro.

—¿Y lo de Baton Rouge? —se aventuró Perkins.

—De eso no sé nada; por no saber, no sé ni dónde cae Baton Rouge. No entiendo por qué el Mago le hace caso al mediquillo ése.

—Es Emperador Imperial en Montgomery —observó uno de los Klaballeros, un tal Meeks.

El Halcón Nocturno, que parecía molesto por haber sido excluido de la entrevista entre Green y Pinks, se encogió de hombros.

—El Klan que tiene ese tío en Montgomery es pequeñísimo. Con gente así, perdemos el tiempo.

Al volver a entrar en la sala, el Mago iba solo. Parecía agitado. Se sentó, agarró una botella e hizo un gesto de impaciencia al darse cuenta de que estaba vacía.

—¡Bebida! —gritó. Luego, con un hilo de voz, susurró—: ¡Dios! Ese Pinks está completamente loco.

El Halcón Nocturno adoptó una actitud solícita.

—¿Hay problemas, majestad?

—¿Que si hay problemas? ¡Ya lo creo! —Green se puso en pie, sin esperar a que el camarero le trajera más *bourbon*—. Pero no puedo hablar de eso aquí. Acompáñame a casa.

Por un momento Perkins temió quedarse sin saber nada más, pero entonces tuvo una inspiración.

—Mi coche está haciendo el tonto. ¿Podrías acercarme?

El Halcón Nocturno miró a Green.

—Perkins es de fiar.

—Está bien —dijo el Mago Imperial, perdiendo la paciencia—. Pero que sea deprisa.

Salieron los tres, mientras los demás Kluxers se demoraban con una última ronda de *bourbon*. Green estuvo callado al principio, pero luego, mientras el coche torcía por la calle Ivy, la exasperación que llevaba en el cuerpo explotó.

—¡Será imbécil! Creí que quería negociar una fusión entre Klanes y resulta que no es más que un loco.

—Pero ¿qué es lo que quiere de nosotros? —preguntó Carter.

—¿Que qué quiere? Que le dejemos las manos libres en Baton Rouge. Se le ha metido en la cabeza, mira tú, desencadenar allí una epidemia.

Perkins dio un respingo. Carter se volvió hacia el Mago Imperial.

—Será una broma, majestad.

Green se arrellanó en el asiento con gesto cansado.

—Ojalá. Dice que hay una enfermedad que ataca sólo a los negros, y que muchos ya la llevan en la sangre. Quiere aprovechar para organizar una matanza.

—Eso me suena a fanfarronada —soltó Carter.

—Me ha enseñado fotos. Para echarse a vomitar. Se veían negros con las venas de la cara todas hinchadas, gruesas como cordones, y los ojos fuera de las órbitas. Sangre por todas partes. No sé cómo, pero la enfermedad consiste en que revientan las venas. Esas fotos me han quitado las ganas de comer para varios días.

El Halcón Nocturno dejó escapar una risilla.

—Bueno, una lección así no les iría mal a los negros de casa.

Green alzó los hombros.

—Tú es que no te enteras. El Pinks ese no quiere meter en cintura a unos cuantos negros, lo que quiere es que la palmen prácticamente todos los negros de Louisiana al sur de Baton Rouge.

Perkins notaba que se había quedado helado. Haciendo un esfuerzo tragó saliva.

—Pero ¿por qué Baton Rouge?

—Porque han abierto una sede del NAACP, la asociación para la promoción de los negrotos. Y porque parece que esa enfermedad sólo se propaga en zonas de malaria. —Green hizo una pausa—. ¿Os dais cuenta? Ese loco quiere que los negros se mueran como las moscas, y encima pide que le apoyemos. Justo cuando estamos llenos de espías y tenemos a los puñeteros federales echándonos el aliento al cogote.

Hasta el Halcón Nocturno daba muestras ahora de estar impresionado. Aminoró la marcha.

—¿Y usted qué le ha contestado, majestad?

—Le he dicho que se mantenga alejado de nosotros. Le he dicho que los nuestros necesitan negros que trabajen, y no cadáveres. Pero no ha habido forma de que entrara en razón. Entonces le he dicho que no haga estupideces si quiere conservar el pellejo. Se ha limitado a soltar una risotada y se ha marchado.

—¿Hay que aplicarle un correctivo?

—No va a ser fácil. Por increíble que parezca, ese tío tiene en Montgomery su propio séquito. Lo único que podemos hacer es advertir a nuestra gente en Baton Rouge. Que tengan los ojos y los oídos bien abiertos, y que sigan todos los movimientos de Pinks en su zona. Y lo mismo a los otros Klanes de Louisiana. Pero confiemos en que ese loco se lo piense dos veces. —Green emitió un siseo y murmuró—: Emperador Imperial. ¡Qué ridiculez de título!

Aquella noche Perkins durmió poco y mal. A la mañana siguiente llamó a Duke, que acababa de levantarse, y le pidió una entrevista. Se vieron a las once en el Smith Palace, donde un abogado complaciente ponía a su disposición su propio despacho para aquellas citas clandestinas.

—Me parece una historia absurda —fue el comentario del procurador, un joven vigoroso de maneras francas, después de que Perkins lo pusiera al corriente—. Pero al personaje le cuadra. Si no fuera un racista fanático, probablemente Pinks sería hoy un joven científico respetado por todos.

Perkins se quedó pensativo, entrecerrando los ojos a causa del sol, que entraba a



raudales por el arco de la vidriera.

—¿Sabes exactamente por qué lo echaron del Instituto Tecnológico de California?

—Más o menos. Su jefe, el profesor Pauling, descubrió que Pinks contaminaba deliberadamente la sangre de sus pacientes de color. Lo echó e intentó denunciarlo, pero entonces intervino un organismo de la administración, no me preguntes cuál. Estaban interesados en los experimentos de Pinks y consiguieron que la denuncia no prosperara.

—¿Qué me aconsejas que haga?

Duke arrugó la frente.

—¿Puedes ir a Baton Rouge?

—Sí. Siempre puedo recurrir a mi empleo de vendedor de enciclopedias. Les diré a los Klan que la agencia me envía fuera de Atlanta varios días.

—Bien. —Duke apartó una pila de expedientes y se sentó en el escritorio de caoba que ocupaba el centro de la habitación—. En Baton Rouge preséntate al responsable de zona del FBI y dile que vas de mi parte. Lo conocí hace años en Lafayette. Se llama Hugh Cleggs; creo que podemos fiarnos de él.

Antes de emprender el viaje, Perkins se detuvo en el edificio en ruinas que albergaba el Movimiento de los Trabajadores de Colón, un grupúsculo manifiestamente nazi en el que había ingresado poco después de infiltrarse en el Klan. El führer del grupo, Homer Loomis, un individuo robusto de rasgos cuadrados y labia exuberante, nunca había oído hablar de Lycurgus Pinks ni tenía conocidos en Baton Rouge. No obstante, le proporcionó el nombre de un dirigente de la Corporación Schlumberger de Houma, el único contacto que los Trabajadores de Colón tenían en Louisiana.

Perkins llegó a Baton Rouge a primera hora de la tarde del día siguiente, con el maletero repleto de enciclopedias que no tenía la menor intención de vender. Llevaba, además, bien a la vista sobre el asiento trasero, un paquete de ejemplares del *Southern Outlook*, un periódico ultraconservador de Birmingham en el que figuraba como agente y que más de una vez le había servido de salvoconducto para acceder a los círculos nacionalsocialistas más reservados.

Aunque la sola idea de la amenaza que debía tratar de conjurar seguía helándole la sangre, no sentía temor alguno. Se había alistado para aquella misión con la determinación de un misionero, sobrecogido por los episodios criminales a los que el Klan lo había obligado a asistir siendo niño, allá en Jacksonville. Ahora, Stetson Kennedy había quedado atrás. El que seguía en la brecha era John S. Perkins, dividido entre la personalidad del fanático Klansman, que lucía a diario, y la del justiciero, que crecía al amparo de la otra en espera de poder salir a la luz y asestar al Klan el golpe definitivo.

Atravesó las pintorescas arterias de Baton Rouge bajo un sol ardiente, en busca de una cabina telefónica. Cuando por fin dio con una libre, buscó en el listín el número

del FBI.

Cleggs se quedó de piedra por la pregunta que Perkins le lanzó no bien hubo traspuesto el umbral de su despacho.

—¿Conoce a un tal señor Ayak?

El agente, perplejo, se acarició el mentón, inmaculadamente afeitado.

—No. ¿Quién demonios se supone que es ese Ayak?

Perkins se sonrió.

—Si me hubiese contestado que lo conoce, y que conoce también al señor Akai, me habría largado. Ayak significa «soy un Klansman».

Cleggs le devolvió la sonrisa.

—Comprendido. Usted es Kennedy. Duke me ha avisado por teléfono de su visita. —Se acercó a su escritorio, se sentó y apartó el descomunal ventilador. Le señaló un silloncito—. Siéntese, señor Kennedy. ¿En qué puedo ayudarle?

La entrevista fue brevísima. Después de la llamada de Duke, Cleggs se había hecho con los datos físicos de Lycurgus Pinks, pero nadie había comunicado su presencia en la ciudad. El Klan local causaba muchos problemas, pero estaba afiliado a la organización de Green y Roper, no a la de los Klaballeros del Ku Klux Klan de América de Pinks. En la ciudad, por lo demás, no había ningún brote epidémico ni se habían manifestado enfermedades singulares.

—¿Qué planes tiene ahora? —le preguntó Cleggs al estrecharle la mano, ya en la puerta.

—Bueno, no lo sé muy bien. Creo que iré a Houma, donde termina la única pista que me queda.

—Que tenga buena suerte. Pero ándese con ojo. Para llegar a Houma tendrá usted que atravesar las zonas con más malaria de toda Louisiana.

Perkins pasó algunas horas más en Baton Rouge. Compró un diario local, pero no descubrió nada interesante; cenó en un bar con todo el aspecto de congregar Klansmen, y sólo oyó conversaciones de lo más inocentes; corroboró en un hospital que no existían formas epidémicas de gravedad. Por fin, hacia las siete de la tarde, se puso nuevamente de camino, con la intención de pernoctar en algún motel lo más cercano posible a su meta.

Atravesó Addis, Plaquemine y Seymourville. Pasado White Castle, el calor empezó a hacerse de veras insoportable, y las casas a ralear. Cruzó arbolados de troncos empapados y cubiertos de musgo a cuyos pies, semiocultas bajo alfombras de hojas en descomposición, se vislumbraban las aguas oscuras e inmóviles de los marjales. De vez en cuando tenía que limpiar el parabrisas de capas de insectos espachurrados, que se desplazaban a nubes. Su zumbido saturaba el aire.

Estuvo tentado de detenerse en Donaldsonville, pero justo acababa de anocheecer y se sentía descansado. Siguió adelante, mientras el calor se tornaba malsano y casi intolerable.

Pierre Part le pareció una localidad espectral, con sus calles desiertas iluminadas

por la luz de la luna. A partir de aquel punto dejó de cruzarse con otros coches; llegó a temer que hubiera extraviado la carretera por la que había estado circulando. Llevaba la camisa empapada y empezaba a sentirse presa de una extraña inquietud. Decidió detenerse en un motel.

El cartel del primero que vio estaba apagado, y le pareció completamente desierto. Siguió avanzando algunos kilómetros, mientras una ligera neblina que salía de los pantanos se posaba con pereza sobre el asfalto. El silencio era profundo, roto únicamente por el pitido o el zumbido de las omnipresentes colonias de insectos. El bochorno era tal que se planteó quitarse la camisa, pero el temor a las picaduras lo disuadió.

Debía de encontrarse en las cercanías de Napoleonville cuando vio un segundo motel. Esta vez no sólo estaba iluminado el rótulo, sino que había una pequeña familia de negros en el porche, sentados en varias mecedoras chirriantes. Perkins dejó escapar un espontáneo suspiro de alivio. Aparcó el coche en el patio desierto y se encaminó hacia ellos.

Fue al llegar a escasos metros del porche cuando se dio cuenta de que algo no marchaba. Ni uno solo de los negros se había vuelto a mirarlo. Tenían todos la mirada fija, unos clavada en el suelo, otros en el cielo estrellado, y seguían meciéndose. El más viejo canturreaba una tonada incomprensible.

Había una pareja de ancianos, dos parejas más jóvenes y tres niños. Perkins se acercó vacilante, con el corazón desbocado. Sus sentidos le habían puesto enseguida sobre aviso de la anomalía de aquellos rostros.

El color ictérico, que se superponía en manchas al tono oscuro de su piel, era lo que primero se advertía. Pero lo que más impresión causaba era la hinchazón de las venillas, particularmente exagerada alrededor de los ojos y en la raíz de la frente. El rostro de los dos viejos semejaba poco menos que un nudo palpitante de venas entumecidas, como una nidada de gruesas lombrices. Con todo, los ojos que asomaban estaban vivos, las bocas abiertas. De las de los niños pendían, no obstante, finos reguerillos de sangre.

Perkins sintió el impulso de volverse al coche y alejarse de allí. Se obligó a no hacerlo. Si estaban vivos, se merecían las atenciones debidas a un enfermo. Por más repulsiva que fuera su enfermedad.

Se acercó al viejo que canturreaba.

—Abuelo, ¿necesitan ayuda?

El hombre volvió el rostro muy despacio, como si aquel gesto le costara un esfuerzo enorme. El ovillo de venas latió y se retorció.

—Es un buen motel —murmuró el anciano—. Se está muy bien.

Perkins tragó saliva.

—Claro, abuelo. Pero ustedes, ¿están bien?

—Siempre tenemos mucha gente —murmuró el viejo.

Acto seguido se puso a toser, y una baba rojiza le cayó mentón abajo.

—Ahora mismo llamo a un médico —dijo Perkins.

Pero por el rabillo del ojo percibió que también la mujer más vieja volvía con esfuerzo la cabeza, tratando de decir algo.

Le puso una mano en el hombro.

—Hable, señora. ¿Puede usted?

La vieja emitió un borboteo, adelantando la mandíbula. Consiguió por fin mover su boca desdentada.

—Es el mejor... el mejor motel del pueblo. Seguro.

Perkins se quedó inmóvil un instante, mientras un escalofrío le recorría la espalda. Luego, de una zancada, subió los escalones del entarimado y abrió la puerta de la entrada, ya bajo el porche. Estaba abierta. En el zaguán vio un grupo de niños que corrían de acá para allá soltando grititos sofocados. Sus rostros eran atroces marañas de venas escarlatas. No había teléfono.

Volvió a cerrar la puerta y corrió al coche. Al encenderse el motor, apretó a fondo el pedal del acelerador. El corazón le latía con tal fuerza que iba boqueando. El sudor que le caía de las cejas le escocía en los ojos. Esquivó por los pelos a un negro viejo que pedaleaba encaramado a su bicicleta, siguiendo una trayectoria oscilante. Al frenar para preguntarle si necesitaba ayuda, vio la máscara de sangre. No fue capaz de soportar aquella visión y volvió a acelerar. Las luces de Labadieville lo animaron un poco. Casi de inmediato cayó en la cuenta de que se trataba de una única luz, intensísima. Una cruz de cinco metros por lo menos, hecha de latas de queroseno colgadas de leños claveteados, que echaba un humo espeso.

Unos cuantos encapuchados, con uniformes ligeramente distintos de los de su propio Klan, vigilaban el acceso al pueblo. Aminoró hasta detenerse. Uno de los Kluxers se le acercó, levantándose la capucha. Vio los rasgos aguileños de una mujer, cuyos cabellos color de estopa estaban en desorden.

—Buenas, forastero —le saludó aquella bruja, con un ligero acento francés. Echó un vistazo al interior del coche—. ¡Anda, pero si es periodista del *Southern Outlook*! Pues llega que ni pintado.

Perkins intentó dominarse.

—¿Es que ha pasado algo? —preguntó con voz quebrada.

—¡Vaya si no! Dios está castigando a los negrotres de estos parajes. Mueren como moscas, de una condenada enfermedad que llevan en la sangre. —La mujer volvió a erguirse—. Escríbalo. Así no podíamos seguir. Pero antes o después Dios tenía que hacer que prevaleciera la superioridad del hombre blanco. ¿O no?

Perkins trató de sonreír, pero no le salió más que una mueca siniestra. Como la de la mujer que tenía delante.

## 2. La Torre de la Justicia

El padre Arnaud de Sancy, prior de los dominicos de Carcassonne, estudió el rostro enjuto y severo del hombre que tenía delante.

—Pero ¿cuántos años tenéis, entonces? —preguntó en pura lengua de *oc*, enarcando una ceja.

Eymerich frunció los labios en una tensa sonrisa.

—Treinta y ocho. Nací en 1320.

—¡Tan sólo treinta y ocho años! —El padre Arnaud contrajo su frente arrugada—. ¡Y ya sois inquisidor general de Aragón! Tenía entendido que las reglas de Clemente V fijaban una edad mínima de cuarenta años.

Eymerich abrió ligeramente los brazos.

El señor de Berjavel, que se había mantenido a algunos pasos de distancia, se sintió en la obligación de intervenir.

—El nombramiento del padre Eymerich fue uno de los últimos actos del pontificado de Clemente VI. Y los aragoneses han tenido que inclinarse ante la clarividencia de la elección.

—Lo sé, señor notario. —El reverendo De Sancy volvió su mirada a la franja espejeante del Aude, que discurría a los pies de la fortaleza hendiendo una campiña de color verde oscuro—. He leído la carta de presentación del abad de Grimoard. Comprenderéis, no obstante, el estupor de un viejo.

—Oh, no sois tan viejo. —Los rasgos carnosos del señor de Berjavel se distendieron en una amplia sonrisa—. Pero si aun así tenéis menester de un bastón, en todos los sentidos, el padre Nicolás Eymerich es vuestro hombre.

La conversación tenía lugar en los parapetos de la ciudadela de Carcassonne, junto a la embocadura de un pasillo cubierto. Desde allí se accedía al torreón circular que albergaba la cancillería de la Inquisición, llamado Torre de la Justicia. Acababa de sonar la hora nona y sólo una brisa ligera atenuaba el bochorno de una tarde que se anunciaba larga y soleada.

Eymerich empezaba a impacientarse.

—Perdonadme, padre prior, pero desearía conocer el motivo por el que se me ha convocado. En el refectorio no habéis querido hablarme de ello.

Los ojos azules del anciano, hundidos en una retícula de arrugas, lanzaron un destello de malicia.

—A buen seguro sois muy sabio, pero sois también muy joven. —Suspiró—. Tenéis razón, es momento de pasar a las cosas serias. Señor notario, ¿venís con nosotros?

Berjavel dobló ligeramente su cuello carnoso.

—Si no me necesitáis, padre, tengo que presenciar un interrogatorio.

—En tal caso os reuniréis con nosotros más tarde en la Torre de la Justicia.

Dicho lo cual, el anciano echó a andar a buen paso por el pasillo cubierto, seguido

por Eymerich. Por las estrechas aspilleras abiertas a intervalos entre los macizos sillares de la pared derecha se alcanzaba a ver los edificios titánicos, los adarves y las fortificaciones que constituían el corazón de la ciudadela. Un penetrante olor a salitre hacía desagradable respirar.

Ya casi al final del pasillo, el padre De Sancy se detuvo.

—Vamos a entrar en un recinto atestado, pero os aseguro que se fumiga continuamente.

—¿Por qué me lo decís? —preguntó Eymerich con desconfianza—. ¿Hay todavía casos de muerte negra?

—Sí, por desgracia. Poco frecuentes, pero los hay.

Sin añadir más comentarios, el padre De Sancy atravesó el umbral de la puerta que cerraba el corredor.

El humo de las antorchas, la nauseabunda sobaquina y la algarabía de voces de la pequeña multitud congregada en aquella estancia provocaron en Eymerich una sensación de sofoco. Se hallaban en una sala circular, de techo altísimo, que ocupaba todo un piso de la Torre de la Justicia. Una claridad apenas suficiente la iluminaba desde tres ventanucos excavados en profundos nichos flanqueados por bancos de piedra. Sentados en ellos había individuos de las condiciones más dispares: campesinos de túnicas de tela tosca, mercaderes con turbantes recamados, leguleyos vestidos de negro que sostenían sobre sus rodillas rollos de pergamino.

Pero era en el centro de la estancia donde más densa era la aglomeración: las gentes se agolpaban ante mesillas desbordantes de papeles tras las cuales se sentaban jóvenes dominicos en actitud de estar muy ocupados. Decenas de hombres y mujeres trataban de arrancarles noticias sobre algún detenido, de saber por qué se los había convocado, de obtener la gracia de una entrevista urgente con tal o cual inquisidor. Las respuestas eran, por lo común, genéricas e irritadas. Cuando la presión se hacía excesiva, dos hombres de armas se ocupaban de aliviarla, propinando brutales empujones a los postulantes de las primeras filas.

En un primer momento, la entrada de Eymerich y del prior pasó inadvertida; al poco, uno de los dominicos los vio y se puso en pie, siendo imitado enseguida por todos los demás.

—¿En qué podemos servirlos, padre De Sancy? —preguntó con una voz lo suficientemente aguda como para imponerla sobre la algarabía.

Se hizo un silencio inmediato. Algunos aldeanos se arrodillaron; los que llevaban sombrero se descubrieron con reverencia. Por los ojos de muchos cruzó un relámpago de temor.

—Continuad con vuestro trabajo —respondió el prior con una sonrisa—. Me retiro a mi gabinete con este ilustre huésped.

La muchedumbre se apartó para permitirles que llegaran hasta una puertecilla que se abría al fondo de la sala, oculta en el hueco de una gran chimenea apagada. Eymerich tuvo que agacharse para seguir al prior por el estrecho pasadizo excavado

en la piedra. Alguien cerró la puerta detrás de ellos.

Caminaron durante algunos instantes en la oscuridad, para entrar al poco en un cuartito iluminado desde arriba.

—Éste es mi refugio —dijo el padre De Sancy con una sonrisa—. No es muy cómodo, pero está alejado de oídos indiscretos.

Se trataba de un recinto semicircular, muy estrecho y de techo altísimo. La claridad entraba a raudales por dos troneras, practicadas en la pared a media altura y agrandadas hasta las medidas de verdaderas ventanas a golpes de maza. Daban luz a una mesilla atestada de papeles, a unas pocas sillas y a unas sacas repletas de libros y documentos que colgaban de los muros.

El prior se sentó a la mesa y le señaló a Eymerich un escabel. Se inclinó entonces hacia delante, adoptando un aire repentinamente grave.

—El abad de Grimoard me ha cantado vuestras excelencias. Pero no me basta. ¿Tenéis coraje? ¿Cuánto?

Eymerich frunció el ceño, pero sin manifestar sorpresa.

—El coraje se mide por los hechos. Hasta el día de hoy me ha bastado con el que tengo.

—Una buena respuesta —fue el comentario del anciano. Su expresión se hizo un poco más relajada—. Quizá seáis la persona adecuada. Pero debo advertiros que si aceptáis la tarea que os voy a encomendar, vais a necesitar mucho valor.

—Os escucho —se limitó a contestarle Eymerich.

Durante algunos instantes ambos interlocutores se estuvieron observando. En los pequeños ojos del anciano, el inquisidor leyó astucia, sabiduría y capacidad para calibrar a hombres y mujeres. Iba a tener que medir sus palabras y controlar las expresiones de su rostro. Por lo demás, era algo a lo que estaba acostumbrado.

—¿Habéis oído hablar de Castres? —preguntó el prior.

—Sí. En Castres se detienen los peregrinos que van a Santiago de Compostela. Mas nunca estuve allí.

—Pues es allí adonde vais a ir. Y si se ha mandado venir desde Aragón a un inquisidor de vuestro rango, podéis imaginar la gravedad del problema.

Eymerich alzó una ceja.

—¿Herejía?

—También. Los cátaros supervivientes no son tan numerosos como en otros tiempos, pero su progenie jamás llegó a extinguirse. En Castres, como en todo el Languedoc, se nutre del recuerdo de su antigua independencia y de una cierta hostilidad contra el dominio del rey de Francia. Quemamos cátaros continuamente, pero otros ocupan su lugar.

—Tal vez no quemáis los suficientes —contestó Eymerich, glacial.

El prior esbozó una sonrisa.

—Conozco vuestra fama de implacable, pero os aseguro que también nosotros cumplimos con nuestro deber. No, la herejía tradicional no es nuestro problema.

—¿De qué se trata, entonces?

—Al parecer, en Castres prolifera un culto malsano, basado en la profanación de la sangre. Algo nigromántico, diabólico más allá de lo concebible. A sus adeptos los llaman *masc*, un término genérico que las gentes de estos lugares adoptan para todo lo que da miedo. Por ahora no ha sido capturado ninguno.

Eymerich experimentó una inexplicable sensación de repugnancia, como si aquel ambiente húmedo y mortecino le diera frío.

—Profanación de la sangre, decís. ¿Os referís a sangre consagrada?

—No. No es mucho lo que os sé decir, porque las sombras envuelven a esos *masc*. Según se dice, no obstante, propagan una enfermedad sobrenatural, que penetra en las venas y lleva rápidamente a la muerte. Una especie de peste, que en aquellos pagos llaman «la Muerte Roja».

—Brujería —comentó Eymerich con un rápido encogimiento de hombros—. Perdonad, padre Arnaud, pero ¿es posible que ni aquí en Carcassonne, ni en Toulouse ni Avignon contéis con un inquisidor capaz de indagar en un caso como éste? ¿Era necesario mandarme venir desde Aragón?

Una nueva sonrisa volvió a dibujarse en los labios finos del viejo prior.

—Vuestra perplejidad es legítima. Habéis sido convocado por dos motivos. En primer lugar, no sois ni francés ni occitano, y por ello, permanecéis ajeno a las controversias locales.

—No me parece razón suficiente —replicó Eymerich en tono frío—. En esta misma fortaleza hay padres de otras nacionalidades.

—En efecto, el inquisidor que he enviado a Castres antes de vos, el padre Jacinto Corona, es de Valladolid. Pero un segundo motivo ha guiado nuestra elección. Según el abad de Grimoard, poseéis un talento especial para la política. ¿Es eso cierto?

—No sé si es verdad. Pero no veo qué relación pueda tener eso con una secta de herejes sanguinarios.

El entrecejo del padre De Sancy volvió a arrugarse.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de Simón de Montfort?

—¿No es ése el condotiero que derrotó a los albigenses el siglo pasado?

—El mismo. Lo que tal vez no sepáis es que, en el transcurso de la cruzada, Simón de Montfort sitió en Castres a su propio hermano Guy, a quien sucedió su hijo Philippe. Es uno de los descendientes de éste, Othon de Montfort, quien aún gobierna en la ciudad. Sus posesiones incluyen Béziers y la mismísima Carcassonne.

Impaciente por naturaleza, Eymerich empezaba a encontrar insoportable a aquel viejo que no acababa de ir al grano.

—¿Y bien? —preguntó, dejando intencionadamente que en el tono de su voz aflorara parte de su nerviosismo.

El viejo pareció no advertir su estado de ánimo.

—Sabréis también que otra rama de los Montfort gobierna Bretaña.

Eymerich hizo un gesto afirmativo.



—Pues bien —prosiguió el prior—, en 1341, en una de las fases más delicadas de esta guerra que Francia hace cincuenta años viene librando con los ingleses, Jean de Montfort, hermanastro del duque de Bretaña, se alió con Eduardo III. Una vez derrotado Jean, primero su esposa y después su hijo han seguido buscando apoyo en los Plantagenet. Es más, podría decirse que si su hijo gobierna una franja de tierra francesa, lo hace por representación, tanto más cuanto que es duque de Richmond y que Eduardo III viene a ser su tutor. —El prior hizo una pausa, y a continuación preguntó, a bocajarro—: ¿Cuál es vuestro punto de vista sobre esta guerra?

Los labios de Eymerich se curvaron en una leve sonrisa.

—El mismo que el de la Iglesia.

El anciano le lanzó una mirada de aprobación, acompañándola con un gesto de cabeza.

—Admiro vuestra prudencia, pero conmigo es superflua. Decidme, pues: ¿cuál sería, a vuestro entender, el interés de la Iglesia?

Eymerich dudó un instante, preguntándose cuánta sinceridad podía permitirse. Y entonces contestó:

—Oficialmente, Avignon es neutral. Los dos son reyes católicos. Pero Eduardo de Inglaterra ha avocado para sí el privilegio de los nombramientos eclesiásticos aprovechándose de su posición de fuerza. Objetivamente, es interés del papado que los franceses puedan salir vencedores, aunque después de la derrota de Poitiers y de la captura del rey Juan II, parece poco probable.

—Exacto. La Iglesia tiene un interés muy preciso en que venzan los franceses. —La mirada del prior mostraba ahora una franca complacencia—. Y en el caso de una eventual contraofensiva, Bretaña podría desempeñar un papel estratégico fundamental, dado que es una especie de puente natural hacia Inglaterra. Pero es muy poco probable que Jean de Montfort abandone a Eduardo III, y menos aún en un momento en que el ejército francés se desangra y en Francia gobierna el Delfín.

—Y en esta tesitura, los Montfort de Castres vienen al pelo.

—Me sorprendéis gratamente, padre Nicolás. —En la voz del viejo vibraba un timbre de respeto inexistente antes—. Othon de Montfort posee todos los títulos para aspirar al ducado de Bretaña, y en tiempos llegó incluso a reivindicarlo, de manera muy tímida. Quién sabe si en un futuro sus pretensiones no hayan de resultarnos útiles, si las respaldamos oportunamente. Una vez perdida Bretaña, a los ingleses la vida en Francia no les resultaría nada fácil.

—Pero también Charles de Blois aspira al dominio sobre Bretaña. Hace dos años regresó de su prisión en Inglaterra muy decidido a adueñarse del feudo.

—Veo que estáis bien informado. Pero Charles de Blois es un asceta, una especie de santo. En Bretaña no nos hacen falta santos. En cambio, los Montfort de Castres son de los nuestros, hasta la médula. Naturalmente, eso no quiere decir que debamos descuidar a los De Blois. Lo importante es tener siempre un as en la manga.

Eymerich empezaba a experimentar cierta simpatía por aquel viejo de ojos

acerados, dotado, a lo que parecía, de una lógica tan tortuosa como la suya.

—Capto el planteamiento. Pero me tenéis que explicar de qué modo enlaza todo esto con esa secta sanguinaria de la que me habéis hablado.

—Oh, es bien sencillo —dijo el prior con naturalidad—. Sobre Othon de Montfort, y en general sobre su familia, pesa la sospecha de la gente de Castres de que estén vinculados a la secta. Más aún, de que sean ellos mismos los *masc* que tanto temen.

Eymerich alzó un ceja.

—¿Es eso posible?

—No lo creo. Pero que los Montfort sean los jefes de la secta importa menos que se los considere como tales. A la que se produzca un nuevo delito de los *masc*, nos enfrentaremos, me temo, a una sublevación. Cosa que alteraría gravemente nuestros planes, como podéis suponer.

—Pero ¿cómo haría la gente de Castres para sublevarse? Avignon está al lado, y lo mismo Carcassonne. Sería fácil reprimir la revuelta.

—Hubiera sido fácil hasta hace pocos años —respondió el viejo con un suspiro—, pero ahora las tierras del Mediodía las recorren bandas de ex mercenarios, de forajidos, de veteranos del ejército de Eduardo o de Juan. A los revoltosos no les iban a faltar aliados, aunque no fueran de su agrado. Por si fuera poco, el alguacil de Castres, Guillaume d'Armagnac, aspira, sin ningún secreto, al señorío. Aprovecharía la revuelta para suplantar a los Montfort, y nos es mucho menos fiel. Perderíamos no sólo Bretaña, sino también el control efectivo sobre el condado.

Eymerich guardó silencio unos instantes, mientras contemplaba las sacas llenas de libros y legajos que colgaban de las paredes. Dijo al cabo:

—En suma, que mi misión no es la represión de los presuntos profanadores de sangre, sino más bien alejar de los Montfort todas las sospechas que se ciernen sobre ellos.

El padre De Sancy juntó las manos, asumiendo una expresión amable.

—Hagamos votos porque ambas cosas no sean incompatibles. Pero de serlo, nos libraríamos a vuestra sabiduría.

—Espero no defraudaros —dijo Eymerich, poniéndose en pie.

También el prior se levantó.

—¿Cuándo pensáis partir?

—De inmediato, si esto es todo.

—¿Y no querríais ver un *masc*?

Eymerich se detuvo en el umbral.

—Me habéis dicho que no habíais capturado ninguno.

—Oh, bueno, le hemos echado el guante a un sospechoso. Pero no sabemos si catalogarlo como verdugo o como víctima.

—¿Qué significa eso?

—Seguidme y lo comprenderéis.

El viejo se encaminó a buen paso hacia la puertecilla. Atravesaron de nuevo la sala abarrotada, devolviéndole un silencio precario, pero no entraron en el pasillo cubierto. El prior se acercó a uno de los soldados, de guardia ante la mesa de un joven dominico.

—El escotillón —le susurró, haciendo caso omiso a la multitud de postulantes que empujaba por todas partes.

El hombre, un gigante de barba rojiza, probablemente de origen flamenco, asintió en silencio. Condujo a Eymerich y al padre De Sancy hasta un entrante cubierto por una tela ajada, la retiró y la dejó caer de nuevo en cuanto hubieron pasado, quedando él del otro lado.

El cuchitril en el que aparecieron recibía luz del suelo, ocupado casi enteramente por una ancha trampilla abierta de par de par. Por el borde asomaba el extremo de una escala de mano.

—Hay que bajar por ahí —dijo el prior—, es el único acceso.

Se levantó el hábito y, apoyándose en el piso, puso el pie en los primeros escalones. Eymerich lo imitó con cierto embarazo.

El descenso fue breve, pero suficiente para anular el tumulto del piso de arriba. La sala a la que accedieron era poco más grande que la que quedaba encima. No había aspilleras, y la resina de las antorchas sujetas a los muros hacía llorar. La bóveda se hallaba sostenida por una columna central, a la que estaba encadenado un muchacho. Por el suelo, encima de escasas briznas de paja, una escudilla mellada abandonada en medio de los excrementos dejaba adivinar un trato durísimo, de aquellos que la Inquisición gustaba definir *murus arctus*, prisión estricta.

Un soldado con armadura, que daba cabezadas apoyado en la alabarda, acudió con premura.

—¿Puedo servirlos en algo, padre?

El prior echó a andar en dirección a la columna.

—¿Ha hablado?

—Las frases confusas de siempre —respondió el soldado encogiéndose de hombros—. Tengo la impresión de que se está muriendo.

Eymerich observó al prisionero. Era un muchacho de unos quince años, pálido en extremo. Sus ropas de campesino, hechas jirones y manchadas de sangre, daban a entender que había sido largamente torturado. Respiraba con esfuerzo, mirando al vacío con ojos cansados. Su rostro había perdido el color, como si su sangre se hubiese diluido por completo. Sólo el latido de sus venas en las sienes, hinchadas sobremanera, animaba aquel rostro sin vida.

—¿Cómo vamos, amigo mío? —preguntó el prior con tono afable.

El muchacho no contestó. Entonces el viejo alargó una mano delgada y le apartó uno de los picos de sus vestiduras, a la altura del pecho. Cortes profundos orlados de sangre reseca cruzaban su tórax huesudo, ceñido por las cadenas. Sin decir palabra, el prior metió los dedos en uno de los surcos e hincó las uñas, haciendo que brotara un

hillo de sangre.

El prisionero dio un respingo y abrió desorbitadamente los ojos. Lo que había de ser un lamento le salió en forma de estertor. Las cadenas tintinearón un poco.

—Te he preguntado que cómo estás —susurró el prior con voz neutra, mirándose la sangre que le bajaba por los dedos. Se volvió hacia Eymerich—. ¿Os escandalizo?

El inquisidor se había quedado un tanto azorado, pero se rehizo enseguida.

—No, padre. —Pero a continuación, añadió—: Pero el procedimiento establece que semejantes cosas sean dejadas al brazo secular.

—Veo que tenéis vocación de jurista —respondió el viejo con una sonrisa, mientras se secaba los dedos en la vuelta de su capa negra. Se dirigió nuevamente al prisionero—: ¿Por qué te obstinas en no decir nada? Necesitas cuidados. Que te los dispensemos o no, de ti depende.

El prisionero se apartó del rostro sus largos cabellos de color paja. Abrió una boca desdentada y trató de hablar, pero no le salió más que una baba rojiza. Medio sofocado, tosió un par de veces. Por fin consiguió pronunciar unas pocas frases roncas, mientras la baba se le escurría por el mentón.

—Libres del cuerpo... Libres del cuerpo... Siervos de Ialdabaoth, nunca más...

El esfuerzo debió de resultarle excesivo. Las venas hinchadas de las sienas latieron frenéticamente, algo espantoso de verse. A continuación, volteó las pupilas y se estremeció. Tras emitir un breve estertor, la cabeza volvió a caerle sobre el pecho, empapándolo con la sangre que se escurría de la boca.

—Ha muerto —dijo el padre De Sancy, palpando sus miembros, completamente aflojados ya—. De hecho, ya estaba agonizando cuando lo trajeron aquí.

Eymerich estaba ansioso por abandonar aquel lugar. Había presenciado, e incluso ordenado, muertes mucho peores que aquélla, pero el espectáculo al que acababa de asistir le había parecido sórdido, vagamente obsceno. También aquel viejo de uñas ensangrentadas le provocaba ahora una imprecisa repugnancia, como si fuera el portador de una oscura enfermedad. Y no había sensación que le resultara más odiosa que aquélla.

—Es mejor que me vaya —dijo con brusquedad, dirigiéndose a la escala de mano.

El prior pareció quedarse un tanto sorprendido, pero no hizo comentarios. Le dio al soldado algunas instrucciones y después trepó a su vez fuera del escotillón. Trabajo le costó seguir el paso nervioso de Eymerich a través de la cancillería y a lo largo del pasadizo.

Sólo cuando se encontró de nuevo en el adarve sintió Eymerich desvanecerse el indefinible malestar que lo había invadido. Se detuvo e inspiró profundamente, mientras el prior le daba alcance. Cuando el viejo se situó a su lado, habló con voz tranquila, haciendo votos porque no asomaran a ella rastros de la emoción que lo había embargado.

—Habéis dicho que ese muchacho podía ser tanto víctima como verdugo. ¿Qué

queríais decir con eso?

El padre De Sancy, jadeando aún un poco, lo miró de hito en hito, como tratando de penetrar sus pensamientos. Al cabo, le respondió:

—Ha sido traído aquí acusado de beber sangre humana, pero en realidad parecía ser víctima, él mismo, de la peste roja. No sabemos si era un *masc* o una de sus víctimas, suponiendo que los tales *masc* existan verdaderamente. Él nada ha dicho.

—Y ahora ya nada podrá decir. —Eymerich contempló el paisaje soleado que se extendía a los pies de la ciudadela, como para olvidar aquel hedor de humedad que lo había perseguido por el interior de la torre. Se volvió entonces hacia el prior—. Padre Arnaud, con lo que me habéis dicho me basta. Acepto el encargo, si ello es conforme a los designios de la Iglesia. Pero quiero ponerme en camino enseguida, y solo.

—¿Solo? ¡Pero necesitaréis una escolta!

—Una escolta llamaría la atención, y yo quiero llegar a Castres de incógnito. Es más, os pido que me dispenséis de vestir el hábito durante el trayecto.

El prior pareció quedarse perplejo, pero asintió.

—Concedido.

—Os pido asimismo que me autoricéis a llevar un arma, a pesar de que nuestra orden nos lo prohíba.

—¿Una espada?

—No, un simple puñal.

—No sólo os autorizo a usarlo, sino que os aconsejo que no dudéis en hacerlo si es necesario. ¿Cuándo partís?

—De inmediato. Mi caballo ya debería estar ensillado.

—No podréis llegar a Castres antes de que anochezca por completo, y la noche es peligrosa.

Eymerich esbozó una media sonrisa.

—También yo puedo ser peligroso, si la ocasión lo requiere.

El prior no respondió, pero en sus ojos se leía que no lo había puesto en duda en ningún momento.

Menos de una hora más tarde, Eymerich cabalgaba a trote lento por la carretera pedregosa que circundaba por occidente el altozano llamado Montaña Negra. El calor lo había persuadido de llevar la capa, más el hábito y las sandalias, en una alforja colgada de la silla. Vestía una sencilla camisola de sarga, ceñida a la cintura por un cinturón de cuero y un par de calzas de tela basta. En la cabeza llevaba un sombrero de fieltro de alas anchas, que aun resultándole bastante incómodo le servía para ocultar la tonsura. Calzaba pesadas botas, ajustadas al tobillo por numerosos cordones.

A pesar de una indumentaria tan escasa, el sudor le empapaba las prendas y le corría por la espalda. La única vegetación que crecía exuberante sobre el altozano eran las matas de retama, agarradas a rocas a las que la luz del sol hacía fulgurar. Tan intensa era, que apenas pudo columbrar, a su izquierda y en lo alto, el perfil oscuro de

la fortaleza de Lastours, aquel poderoso complejo formado por cuatro castillos que, tantos años atrás, había quebrado la ofensiva de Simón de Montfort contra los cátaros.

La complexión afilada y nerviosa de Eymerich le permitía soportar bien el calor; más aún, lo animaba a buscarlo. Con todo, desde que atravesara los Pirineos, en su mente asociaba al calor la sensación de algo mefítico e insidioso que parecía esconderse en la calima que se levantaba del suelo. La peste ya no era más que un hecho esporádico, si bien había dejado su señal a lo largo de kilómetros y kilómetros de campos sin cultivar; sin embargo, le parecía que el aire hubiera quedado contaminado, como si sólo la lluvia y el hielo pudieran volver a purificarla. Pero el prior le había dicho que llevaba meses sin llover, como atestiguaban las numerosas resquebrajaduras del terreno, semejantes a labios boqueantes y requemados.

El Orbiel estaba en aquel punto casi del todo seco, y la sed empezó muy pronto a dejarse sentir. El caballo jadeaba al encarar una cuesta que parecía no tener final. El inquisidor atravesó una aldea grande saqueada y destruida por alguna banda de forajidos. Las puertas de todas las viviendas —grandes construcciones de madera y arcilla, que en aquellos lugares llamaban *ostals*— habían sido sacadas de sus quicios, las paredes quemadas, arrancados los postigos. En patios y eras yacían muchos animales degollados, señal de que los saqueadores iban en busca de presas pequeñas y de botín fácil de acarrear. Debían de haber caído sobre aquel poblado no más de tres días antes.

Enjambres de moscas verdes zumbaban entre las casas, pasando de un despojo a otro. Cubrían también el único cadáver humano a la vista, clavado por las manos a las vigas del techo de un establo. Los cuervos habían dejado irreconocibles sus rasgos, pero por los jirones de sus vestimentas se adivinaba que debía de tratarse de un pastor, tal vez reacio a revelar el escondite de sus pocas pertenencias.

Una vez pasada la villa, Eymerich avanzó con mayor cautela, deteniendo el caballo y prestando atención al mínimo sonido insólito. No mucho después, una vegetación pujante en la que dominaban hayas y robles le deparó cierta frescura. Se sintió más tranquilo, con la complicidad del silencio reinante entre los troncos. La soledad le daba una sensación de libertad intensísima, casi embriagadora. Por el contrario, cualquier contacto humano, por inocente que fuese, hacía que, instintivamente, se pusiera tenso y en guardia. Adivinaba que aquel era un comportamiento excesivo, pero no sabía qué hacer al respecto. Estaba acostumbrado a considerar a cualquier desconocido como un potencial enemigo, mientras no se demostrara lo contrario.

Durante casi media hora respiró una sensación de calma y de bienestar turbada únicamente por el creciente ardor y su sudor, que le caía en regueros por la frente y las axilas. Debían de haber pasado ya las completas: el sol estaba bajo en el horizonte; sin embargo, seguía siendo abrasador. Cuando la zona arbolada quedó a sus espaldas, el granito de la Montaña Negra se le apareció surcado por estrías

rojizas, como si reflejara las llamas de una mastodónica fragua.

Atravesó por en medio de un rebaño de carneros, alrededor de los cuales corría un perro poco sano.

—El Señor esté con vos, extranjero —le gritó el pastor, un viejo flaco como un palo, en el dialecto del Alto Languedoc.

—¿Qué ha ocurrido en aquella aldea? —preguntó Eymerich, señalando detrás de sí.

El pastor miró en aquella dirección. Una barba blanca, de pelos ásperos, le cubría el rostro hasta casi la comisura de sus ojos vivaces.

—¿Cabardès, queréis decir? Ah, pobre gente, la de Cabardès. Después de la peste negra, la peste de los pulmones. Después de la peste de los pulmones, la sequía. No quedaban más que tres familias y, a pesar de lo maltrechas que estaban, tenían que mantener a los mercenarios del capitán De Morlux, que ocupan el Pic de Nore. Pero no pagaban bastante, y hace tres días el capitán destruyó la aldea.

—¿Mercenarios, decís? —preguntó Eymerich, frunciendo el ceño—. Pero ¿al servicio de quién? ¿De los ingleses? ¿Del rey de Francia?

—No creo que lo sepan ni ellos. Desde que los ingleses capturaron al rey Juan, no hay quien entienda nada. El capitán De Morlux ha combatido con los franceses, pero ahora no obedece a nadie. Y en Cabrespine está Raymond de Canigou, que ha estado con los ingleses. Y también Jean le Vautour, Armand de Nayrac, don Pedro de Barcelona. Ya no tienen bandera, pero sí campesinos a los que chupar la sangre. Y lo mismo el peor de todos ellos, Othon de Montfort.

Eymerich se sobresaltó.

—¿El señor de Castres?

—El mismo. —El pastor se santiguó con ademán rápido—. Perdonad, extranjero, pero está oscureciendo y querría estar en casa antes de que anochezca.

—Una última pregunta: ¿queda lejos Castres?

—No, pero no os conviene llegar de noche. El camino es peligroso. Buscaos un abrigo para la noche, y viajad con luz.

—Seguiré vuestro consejo. Id con Dios.

Eymerich se despidió del viejo con un ademán y guió el caballo entre los carneros, mientras el perro, por detrás, le ladraba.

El sol descendía velozmente, llenando de sombras el sotobosque. El calor, no obstante, seguía siendo sofocante; sólo que se tomaba más húmedo. El inquisidor se reprochó no haberle pedido de beber al pastor. Pero aquella alusión a Othon de Montfort en términos tan negativos lo había distraído de su sed durante unos instantes, y ahora habría querido poder hallar un riachuelo en el que hundir brazos y cara.

Atravesaba una garganta boscosa, dominada por rocas colosales, cuando ante sus ojos se abrió una llanura casi del todo baldía, cerrada por una larguísima hilera de olmos. Justo en el linde de la tierra yerma, alineado a la hilera de árboles, se

levantaba un pequeño conjunto de casas, circundado de eras y corrales. Espoleó su montura y bajó al llano por un sendero parcialmente invadido por las zarzas. No se veían pájaros, ni se oían zumbidos ni chicharras.

El silencio era tan compacto que se sintió presa de una creciente inquietud. Sin darse cuenta, se encogió sobre su silla y con la mano izquierda iba apretando la vaina que llevaba colgada del cuello, escondida entre los pliegues de la camisola. La soledad, ahora, lejos de embelesarlo se le venía encima con todo su peso.

Alcanzó enseguida el villorrio, que aparecía tan desierto como había hallado Cabardès. Pero aquí no había rastro de destrucción. Los *ostals*, seis o siete en total, parecían intactos, incluso en buen estado, si bien puertas y ventanas se veían atrancadas. Únicamente el desorden que reinaba en las eras, llenas de broza y hierbajos, daba una impresión de abandono. No había animales a la vista, ni vivos ni muertos.

Eymerich sintió que su inquietud crecía hasta hacerse casi dolorosa. Atravesó deprisa el poblado y se acercó a los árboles, mientras las sombras se iban adensando.

Oyó el fragor de una pequeña cascada. Saltó del caballo, tan descompuesto y sediento como él, ató las bridas al tronco de un árbol y se acercó a la hondonada cubierta de matorrales por donde parecía discurrir el río.

A los pocos pasos se sobresaltó y se dejó caer sobre sus rodillas, agachando la cabeza. Un poco más adelante había visto destellar entre la vegetación un reflejo metálico. Con el corazón desbocado esperó unos instantes, y entonces volvió a alzar la cabeza con precaución. No había duda. Junto a la corriente, alguien que se tocaba con un casco se movía sin hacer ruido.

Se incorporó despacio y avanzó un poco, manteniéndose al arrimo de los troncos. La luz ya era muy débil, pero bastó para iluminar la escena que se presentó ante sus ojos.

El hombre estaba solo. En la cabeza, por encima de la capucha de la loriga, por la que asomaba una larguísima cabellera recogida en trencillas, llevaba un yelmo de acero. Vestía por encima una cota de armas de lino, que le llegaba a las rodillas. Con la espada al hombro, vacilaba ligeramente al tentar con el pie una estrecha pasarela que cruzaba a flor de agua.

El río, sin duda algún meandro del Orbiel, corría en aquel punto ancho e impetuoso, quizás a causa de algún afluente oculto entre las rocas. Aguzando la mirada, Eymerich descubrió en la otra orilla un nutrido grupo de hombres armados que, apoyados en escudos y espadas, esperaban que llegara el retrasado. En las cotas, en su mayoría verdes, lucían emblemas multicolores, diferentes unos de otros. Daban la impresión de ser un ejército de aluvión, formado de energúmenos de las procedencias más dispares.

Verdaderamente, no era cuestión de seguir mirando. Eymerich retrocedió hasta su montura, la desató y se dirigió a pie hacia el villorrio abandonado, rogando en su fuero interno por que al caballo no le diera por relinchar.



La idea de pasar la noche en uno de aquellos *ostals* no le resultaba muy apetecible, menos aún en vista de que el calor no aflojaba. Pero no tenía opción. Se metió por entre las casas, no más de seis en total, que ahora, por efecto de la penumbra, estaban adquiriendo un aspecto fantasmal. Eran todas ellas alargadas, con pocas ventanas para conservar el fresco, y de techos casi planos.

La más alejada del sendero tenía la puerta y las ventanas cerradas a cal y canto. Pero Eymerich no albergaba la menor intención de entrar por el acceso principal. Dio la vuelta a la casa y, tal como había supuesto, se encontró con el establo, vacío y abierto de par en par.

Había aún luz suficiente para examinar la entrada del establo. Era amplio y estaba en muy buenas condiciones, con el piso de tierra apisonada cubierto de paja. Hizo entrar al caballo, que parecía ir a derrumbarse de un momento a otro. Mientras lo ataba vio que los comederos estaban todavía llenos de cebada. Pero no había ni rastro de agua.

El animal dejó escapar un leve relincho, haciéndole dar al inquisidor un respingo, y alargó el morro hacia el comedero. Eymerich se alegró de ello, y más se alegró al descubrir allí al lado una punta de antorcha, que seguía impregnada de resina. La recogió, desató la silla y sacó su hato. Anduvo hurgando en él hasta que encontró un pedernal.

El pedernal no respondió a los primeros golpes, por lo que el inquisidor se sintió tentado de renunciar a su propósito. Por fin, las chispas empezaron a brotar y la resina de la antorcha prendió. La luz que surgió iluminó una estancia amplia, apta para albergar a una decena de bovinos. Había también una jarra de terracota que contenía un poco de leche. Eymerich la recogió y la olfateó, y acto seguido se mojó los labios con cautela. No estaba ácida. Levantó la jarra y vació su contenido.

Sintiéndose ya bastante más repuesto, siguió con la exploración del establo. Halló una segunda jarra, en la que había agua, demasiado sucia, no obstante, como para que la bebiese un hombre. Se la llevó al caballo, el cual, tras un instante de vacilación, hundió en ella el morro. Un relincho de satisfacción moderada acogió el vaciado del recipiente.

En la antorcha brillaban las últimas llamas. Eymerich recogió toda la paja que pudo encontrar y se hizo con ella una rudimentaria yacija. A punto ya de recostarse, vio al fondo del establo algunas vigas fuera de lugar, tal vez la ruta secreta de una pareja de amantes. Al tocarlas, cayeron a tierra con un estrépito que le hizo dar un brinco.

Se encontró delante de una hendidura oscura, lo bastante ancha como para permitir el paso de un hombre no muy metido en carnes. No tenía la menor intención de entrar en la casa, pero la prudencia le aconsejaba que echara un vistazo a la habitación contigua, en vista, además, de que recolocar las vigas le iba a resultar cuando menos trabajoso, y en absoluto seguro.

Alargó, pues, el brazo con la antorcha y metió la cabeza por la abertura.

No consiguió contener un grito. Seis rostros palidísimos, sin expresión, miraban en dirección a él con ojos apagados.

### 3. El hombre de la guadaña

Perkins daba vueltas incrédulo por el hospital Hôtel Dieu de Nueva Orleans, resonante de ajetreo. Los enfermos eran colocados sobre redes sin colchón, los arrimaban a las paredes de los pasillos, los acostaban en bancos y sofás, según la gravedad de los síntomas. Por todas partes había gotitas de sangre que despedían un olor acre que se mezclaba con el olor penetrante del alcohol. Cuando la muerte de un paciente dejaba una cama libre, rápidamente disponían en ella otro cuerpo en las últimas.

Algunas enfermeras sollozaban, y muchas de ellas estaban al borde de una crisis nerviosa. Sin expresión alguna en sus rostros, los médicos daban vueltas entre los pacientes suministrando medicamentos de cuya eficacia eran los primeros en dudar. Religiosos, soldados de la Guardia Nacional, incluso *boy scouts* acudían continuamente, transportando en sus brazos a nuevos pacientes.

En aquel recinto infernal, lo que mayor impresión causaba era quizá la ausencia de familiares llorosos u ocupados en atender a los enfermos. Se hubiera dicho que la muerte había segado familias enteras, la mayoría de color, sin respetar edades. Pero a Perkins lo anonadaba la ausencia de lamentos, sustituidos ora por frases inconexas y divagaciones delirantes, ora por un silencio colmado de ruidos metálicos de muebles corridos.

Perkins se acercó a uno de los médicos, que se había apoyado, exhausto, en una pared.

—Pero ¿de qué enfermedad se trata?

El hombre, bastante entrado en años, se lo quedó mirando con ojos cansados. Le contestó al cabo de algunos instantes.

—Una que creíamos extinguida, o casi. Es evidente que nos equivocamos.

Parecía contento de poder abstraerse un instante del espectáculo que lo rodeaba.

—¿Extinguida? —preguntó Perkins.

El médico se pasó los dedos por sus cabellos blancos. Tenía la frente perlada de sudor.

—No voy a entrar en detalles, pero es una enfermedad bien conocida. Sólo que estábamos convencidos de tenerla bajo control. Es de origen genético. Por lo común se manifiesta en la infancia. No difundamos su nombre para no suscitar alarma.

—¿Es frecuente en estos lugares?

—Es frecuente en África, no aquí.

El médico sacudió la cabeza y se separó de la pared, para dirigirse a una de las camas. Vacilaba un poco.

Perkins comprendió que no tenía nada que hacer en aquel lugar de muerte.

—Mil quinientos, ¿entiendes? —Dan Duke, exasperado, convirtió el papel que tenía

delante en una bola—. Mil quinientos. En Luisiana eso significa uno de cada diez negros. Uno de cada diez negros ha muerto de una enfermedad desconocida.

Perkins se quedó mirando la pared, cubierta de notas y fotografías.

—El médico con el que estuve hablando me dijo que no es desconocida.

—Sí, ya, el nombre científico ya lo sabemos —murmuró Duke—. ¿Pero cómo explicas tú que una enfermedad casi desconocida en América aparezca de repente y con semejante virulencia?

—Alguien la habrá difundido —aventuró Perkins. Y añadió—: Y también sabemos quién.

—Ésa es la cuestión. No es una de esas enfermedades que se contraen por contagio. Es de tipo genético, se hereda. —Duke se incorporó—. Moraleja: tú y yo sabemos que ha sido Pinks. Pero jamás lo podremos demostrar.

En sus palabras había cólera, pero más aún desconsuelo.

Quedaron ambos en silencio. El panorama de Atlanta, visto por los cristales en forma de media luna, brillaba bajo un sol incandescente. Pero ni toda aquella luz conseguía disipar el olor de muerte que Perkins llevaba consigo desde hacía dos días. Es más, se le antojaba alimentada por el calor, igual que las moscas y los parásitos. Habría dado cualquier cosa por poder respirar una bocanada de aire fresco y cristalino.

—Por lo menos la epidemia se ha detenido —dijo por fin, más que nada por romper un silencio que les resultaba opresivo a ambos.

Duke meneó la cabeza.

—Ya te lo he dicho, no ha sido una epidemia. Un tanto por ciento de los negros tenía cierto tipo de sangre y ¡zas!, se han muerto en menos de treinta y seis horas, con las venas hinchadas hasta reventar. Y sin embargo, hasta ayer mismo hubieran llegado a la vejez sin problemas. ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que ese mismo tipo de sangre lo tiene entre el veinte y el treinta por ciento de los negros de América. Si de verdad ha sido Pinks...

—Ha sido Pinks.

—Lo sé, lo decía por decir. —Duke se apretó los ojos con el índice y el pulgar—. Si no detenemos a Pinks, puede repetir el experimento en otro estado. En este país hay unos dos millones de negros en peligro —dijo, y soltó una blasfemia.

—¿Habéis difundido su foto?

—No. No podemos desatar el pánico. La matanza de Luisiana debe parecer un accidente, un efecto de la malaria de los pantanos. De lo contrario se desencadenarán revueltas, o cosas peores. No, lo mejor es que nos estemos callados. Y que busquemos a Pinks.

Perkins dejó escapar un profundo suspiro.

—Bueno, yo me vuelvo a mi baile de disfraces cotidiano.

—¿Nos ayudarás, Stet?

—En lo que pueda. Antes tengo que acorrallar al Klan de aquí.

—El «normal». —Duke hizo un guiño sin alegría—. Comparados con Pinks, los hombres de Green y de Roper parecen buena gente.

Perkins estuvo a punto de hacer un comentario, pero se lo guardó y salió del despacho. Caminaba con los hombros un poco caídos, como si hubiera envejecido de pronto.

Jacques de Mesnil parecía azorado e irritado a un tiempo. Habló por el interfono.

—No me pase llamadas durante al menos un cuarto de hora, ¿entendido?

Al otro lado del escritorio, Lycurgus Pinks estaba ocupado ordenando lápices, chinchetas y grapas en líneas dispuestas a distancias regulares. El desorden que reinaba en la mesa le resultaba a las claras insufrible.

De Mesnil lo miró unos instantes y a continuación exhaló un suspiro.

—Veamos. ¿Por qué la Schlumberger debería ayudarle?

—La Schlumberger no —precisó Pinks con su voz baja y ronca—. La Central de Inteligencia...

—Da lo mismo —atajó De Mesnil, impaciente—. Contésteme.

Pinks clavó aquellos ojos suyos demasiado azules en los de su interlocutor.

—Porque lo han hecho otras veces.

—Me lo imaginaba. —De Mesnil se levantó bruscamente y se dirigió al ventanal que daba al ala norte del establecimiento. Puso las manos sobre su prominente barriga. Y entonces se volvió de pronto—. Esas otras veces lo considerábamos una persona normal, Pinks. No creíamos...

—Llámeme doctor —dijo Lycurgus inquieto.

De Mesnil se quedó sin palabras. Su mandíbula boqueó un par de veces antes de que estuviera en condiciones de replicar. Cuando lo hizo, su voz estaba henchida de cólera contenida.

—De acuerdo, «doctor» Pinks. Cuando le salvamos del escándalo y de la cárcel, usted no era todavía emperador del Klan y todas esas gilipolleces.

—Hacía lo mismo. Con los negros. Por ustedes.

—¡No! ¡No era lo mismo! Eran experimentos útiles para la defensa nacional, no... no... —De Mesnil buscó en vano las palabras.

—Hacía lo mismo. Con los negros. Por ustedes. —Pinks bajó aún más el tono de su voz, hasta convertirla en un susurro áspero—. Mis ideas de entonces eran las mismas de ahora. Y ustedes las conocían de sobras. Pero siéntese, se está usted congestionando. Por favor...

De Mesnil obedeció mecánicamente. Entonces se dio cuenta de lo que acababa de hacer y la cólera lo invadió. Pero logró dominarla contrayendo el estómago.

—¿Tiene usted idea de lo que podríamos hacerle, con sólo proponérselo?

Sus dedos hurgaron espasmódicamente en un paquete de Lucky Strike. Se

encendió un cigarrillo y soltó una bocanada frenética.

Pinks acarició su rubio bigotillo.

—Aún me quedaría tiempo para contarle todo. Ya veo los titulares de los periódicos: «Un experimento de la CIA, causante de la matanza de negros en Luisiana». No creo que les conviniera.

De Mesnil, más tranquilo, contemplaba el humo que le salía por la boca.

—Hable, pues. ¿Qué es lo que quiere, en concreto?

—En primer lugar, que deje de fumar. —Pinks alargó el brazo, tomó el cigarrillo de los dedos del otro y lo apagó en el cenicero—. Detesto el aire viciado.

Una vez más, De Mesnil se quedó boquiabierto. Pero esta vez se recuperó casi de inmediato.

—Déjese de payasadas. Le he preguntado qué quiere.

—Una identidad nueva, para todo el tiempo que me haga falta. Y fondos para mis investigaciones. A cambio les doy mi garantía de que no intentaré nuevas aplicaciones de mis descubrimientos sin su autorización.

De Mesnil guardó silencio. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa.

—Nadie podría autorizar fondos para eso —dijo al cabo, en tono reflexivo.

—No pido que me pague la CIA. Tendría bastante con que la Schlumberger me pagara un sueldo. Podrían contratarme como directivo. O jefe de laboratorio.

De Mesnil negó con la cabeza.

—Sabe muy bien que eso es imposible. Houma está en el borde de la zona que usted ha... despoblado, empleando para colmo nuestros equipamientos. Su captura sería sólo cuestión de tiempo.

—No tengo intención de quedarme aquí. ¿Es que no tienen filiales en otros estados? ¿O en el extranjero?

Las facciones carnosas de De Mesnil se distendieron un poco. La perspectiva de alejar a aquel loco de Estados Unidos le complacía. Luego, ya se vería.

—Déjeme reflexionar. Sí, en efecto, tenemos otras sedes, podríamos... ¿Piensa usted en algún país en concreto?

—No. Pero el lugar al que me manden debe cumplir un requisito específico.

—¿Cuál es?

Pinks sonrió ligeramente.

—Que haya gente de color. Y mucha.

De Mesnil frunció el ceño. Observó al hombre que tenía delante y que le miraba impasible. Trató de calcular para sus adentros el grado de su locura, pero no lo consiguió. Finalmente se encogió de hombros.

—Tenemos intereses en Argelia. ¿Le iría bien?

—¿Argelia? —la sonrisa de Pinks se ensanchó—. ¿Y por qué no? Argelia me iría de perlas. —Se puso en pie—. Que sea Argelia, entonces.

De Mesnil hizo caso omiso a la mano que le tendía.

## 4. La ciudad escarlata

La impresión inicial, si bien intensa, desapareció en pocos instantes. Los seis rostros iluminados por la antorcha eran los de otros tantos cadáveres, alineados sobre un amplio jergón con la espalda apoyada en la pared. Tenían los ojos completamente abiertos, pero Eymerich había presenciado espectáculos mucho peores como para que aquel detalle pudiera impresionarlo. Pero no se sintió con ganas de entrar en la habitación y se limitó a examinar la escena a la luz de los últimos resplandores de la antorcha.

La estancia, más bien amplia, era una de aquellas bodegas en planta baja que llamaban *sotula*, típicas de muchas viviendas de montaña, cuya función era acomodar los odres y algún que otro lecho. La puerta que se abría junto a una tina llevaba con toda probabilidad a la cocina.

Los cuerpos pertenecían a tres hombres, dos de ellos muy jóvenes, y a tres mujeres de edad indefinible, vestidas con ropas de trabajo. Los seis habían sido degollados, pero la sangre visible en sus ropas y en el jergón se limitaba a unas pocas gotas. Daba la impresión de que los habían degollado en otro lugar, y que luego los habían llevado hasta el *sotulum*, donde alguien se había tomado el trabajo de disponerlos sentados uno al lado de otro.

Un temblor en la antorcha obligó a Eymerich a retirar la cabeza de la abertura. A pesar de que su corazón había recuperado su ritmo normal, la idea de dormir en el establo se le había hecho intolerable. Se acercó al caballo, que movió ligeramente la cabeza, y recogió su hato. Por último, apagó completamente el ascua y salió del establo.

La luna no había salido aún. De la densa oscuridad no le llegaba rumor alguno, aparte del canto de los grillos y del lejano estrépito de las aguas del río. El calor seguía sin ceder, como si la tierra, después de haber estado absorbiéndolo todo el día, lo devolviera ahora aumentado. Aromas dulzones, excesivamente densos, se estancaban en el aire.

Moviéndose a tientas, Eymerich buscó un área herbosa de terreno y la probó, primero con los pies y luego con las manos. La oscuridad exacerbaba su desconfianza natural, hasta tal punto que estuvo un buen rato despierto antes de decidirse a dormir. Después de permanecer largo rato inmóvil con los oídos atentos, abrió su fardel y extrajo su hábito, que desplegó sobre el suelo. A continuación se tumbó encima, y una vez acomodada la cabeza sobre el hato, estiró los bordes del hábito hacia sí, envolviéndose el pecho y las piernas. Era preferible el calor al contacto con algún gusano húmedo o con algún insecto.

Lo consoló el pensamiento de que probablemente el establo hervía de pulgas, o incluso de piojos. La celda que ocupaba en Zaragoza era uno de los pocos lugares de Aragón, y quizá de toda Europa, donde los parásitos estaban rigurosamente prohibidos. La sola idea de que sobre su cuerpo pudieran hormiguar bichos

inmundos llenaba a Eymerich del más puro horror. Pero la intensidad de aquella repugnancia era también su castigo, porque tal pensamiento lo asediaba a menudo en sueños, procurándole el tormento que había logrado evitar durante la vigilia.

Lo cierto es que aquella noche durmió bastante tranquilamente, a pesar de la respiración casi jadeante a que lo obligaba el ambiente bochornoso. Se despertó con las primeras luces del alba, cuando el aire se hizo un poco más fresco. Pudo comprobar que había pasado la noche entre dos delgados cipreses que señalaban el comienzo de un área de terreno sembrada de centeno. Poco más allá se extendía un pequeño campo de lino, hecho insólito a semejante altura.

Visto a la luz del día, el *ostal* ofrecía un aspecto del todo tranquilo, lo mismo que los otros que formaban aquel pequeño emplazamiento. Eymerich se preguntó con un escalofrío si también aquellos guardarían cadáveres, pero no tenía la menor intención de ir a averiguarlo. Se arrodilló y rezó algunas oraciones; al acabar se dirigió al establo, donde volvió a poner al caballo, en apariencia ya recuperado, la silla y los arreos.

Poco después, llevando al animal por la brida, se acercó a la hilera de árboles que ocultaban el río. Los soldados habían desaparecido, pero la pasarela que cruzaba a flor de agua era demasiado estrecha y endeble como para que un hombre a caballo pudiera atravesarla montado. Hizo que su cabalgadura bebiera, y se lavó a su vez la cara en la corriente impetuosa, de rodillas entre dos rocas. Por fin, empezó a recorrer el ribazo, en busca de un lugar por donde vadear.

Lo encontró un poco más allá, hacia levante, donde los riachuelos subterráneos no conseguían alimentar lo bastante aprisa las aguas del Orbiel, reducidas a un mero hilillo a causa de la sequía. Ya sobre la otra orilla, le fue fácil dar con la pasarela y la continuación del sendero. Algunos montoncillos de ceniza, la hierba removida y unos pocos huesos pelados revelaban que los soldados habían vivaqueado por poco tiempo en aquel lugar.

De nuevo a caballo, reanudó su camino mientras el sol volvía a picar con renovado vigor. La Montaña Negra, accidentada y solemne, constituía un espectáculo fascinante y salvaje, pero Eymerich estaba demasiado concentrado en sus pensamientos como para prestarle atención. Se preguntaba si los cadáveres del *ostal* eran víctimas de los soldados de fortuna o si no se trataba más bien de infelices que habían caído en manos de los sanguinarios *masc*. Era proclive a descartar la primera hipótesis. A excepción de los tristemente famosos mercenarios armañacs, era difícil que unos soldados, por muy dados al pillaje que estuvieran, mataran mujeres. A pesar de que cincuenta años de guerra habían dado al traste con el código de la caballería, aquella prohibición se mantenía, y más que menos era respetada por todos los ejércitos, regulares o irregulares.

A fin de cuentas, ¿por qué iban a preocuparse unos soldados en alinear a sus víctimas sobre un jergón? No, aquel homicidio debía de esconder algún ritual siniestro. Los ojos abiertos constituían una prueba añadida: los cinco campesinos



parecían haber muerto de golpe, mientras se hallaban presa de un terror sobrecogedor.

Por un momento, a Eymerich se le puso la carne de gallina, reacción que consiguió reprimir enseguida gracias a su capacidad de autodisciplina. Había enviado a la hoguera a brujas y brujos de todo jaez, y dispersado sectas heréticas que parecían invencibles. Por amenazador que fuera el enemigo, él contaba con toda la potencia de un aparato secular, dotado de medios terribles y universalmente temido. Mientras no se probara lo contrario, la fuerza estaba de su parte.

Un recodo en un cañón boscoso desplegó repentinamente ante él la visión de una fortaleza poderosa, encaramada en la Montaña Negra cual nido de buitres. Eymerich comprendió que debía de tratarse de Hautpoul, la fortificada ciudadela morada habitual de los Montfort, que era la llave para acceder a Castres. El campanil de una iglesia y la extensión de las murallas, ampliadas hasta recubrir los machones, daban a entender que la fortaleza encerraba una población importante, capaz de resistir cualquier asedio.

Había recorrido ya un breve tramo a los pies del castillo cuando algunos soldados, surgiendo del bosque, le salieron al paso. Sobre sus cortos escudos y las cotas se veía una sencilla cruz roja en campo blanco, como si se tratara de veteranos de una cruzada. Eymerich intuyó que eran hombres de Montfort, adornados todavía con las insignias de la antigua expedición contra los albigenses.

—¿Quién sois y adónde vais? —le preguntó el jefe del grupo, un soldado de edad avanzada que empuñaba un simple bastón.

Eymerich ponderó si le convenía mentirle. Su instinto lo indujo a descartar de inmediato semejante idea.

—Soy el padre Nicolás Eymerich, de la orden de Santo Domingo —respondió, al tiempo que se erguía sobre la silla—. Soy el nuevo inquisidor de Castres.

El soldado lo miró perplejo.

—¿Podéis demostrarlo?

—Ciertamente. —Eymerich rebuscó en el hato que colgaba de la silla y sacó de él un pergamino, firmado por el padre De Sancy. Se lo tendió al soldado—. Leed. Es de la Inquisición de Carcassonne.

El soldado intercambió miradas con sus compañeros de armas y tomó la carta. Sorprendentemente, sabía leer.

—Lo que decís es cierto, padre —murmuró al cabo de algunos instantes, devolviéndole la carta—. ¿Por qué vestís esas ropas viejas?

—Deseo llegar a Castres de incógnito.

El soldado asintió con la cabeza.

—Entiendo. Pero sin duda al conde de Montfort le gustaría veros. En estos momentos se encuentra en el castillo.

—Iré a visitarlo más tarde, cuando me haya recompuesto y cambiado de ropa. Entretanto, hacedle llegar mis respetos.

—Así se hará —contestó el soldado, inclinándose ligeramente. Su voz reflejaba el

más profundo respeto—. Esperábamos con impaciencia la llegada de un inquisidor serio, que nos libre de la ralea de los *masc*.

Eymerich quedó un tanto sorprendido. Detuvo su montura con un golpe seco de riendas.

—¿Los *masc*? —preguntó con voz severa—. ¿Qué sabéis de eso?

El soldado pareció cohibirse. Vaciló un momento y luego dijo:

—Sé lo que saben todos. No son hombres, son demonios. —Esbozó la señal de la cruz—. Se precipitan sobre las aldeas y chupan la sangre de sus habitantes, sin dejar ni una gota.

—He atravesado un grupo de casas desiertas, a poca distancia de aquí. Dentro de un *ostal* había seis cadáveres.

El soldado asintió.

—Ya sé a qué casas os referís. Los hemos encontrado hace seis días. Había cuerpos en todas las casas. El padre Corona ha ordenado sellar puertas y ventanas y no tocar nada. Habla de una enfermedad, pero las enfermedades no le cortan el cuello a la gente. —De repente, el soldado se puso de rodillas—. ¡Padre, tenemos miedo! ¡Benedicidnos!

Sus compañeros lo imitaron, inclinando la cabeza ante la empuñadura en forma de cruz de sus espadas.

A Eymerich le irritó tanto pavor, pero impartió una veloz bendición.

—He de continuar mi viaje —dijo en tono seco—. En cuanto a esos *masc* vuestros, no temáis nada. En estos bosques hay leña suficiente para quemarlos a todos.

Espoleó el caballo y salió al galope. Detrás de sí, oyó decir «Sabemos quiénes son...» a un soldado a quien sus compañeros hicieron callar de inmediato. Sin querer, levantó la mirada a la tétrica fortaleza de Hautpoul. Después se encogió de hombros y se concentró en el sendero.

Ahora tenía prisa por llegar a Castres, si no por otra cosa, al menos para protegerse del calor, que ya no filtraba vegetación alguna. Sentía una fastidiosa sensación de malestar, unida a la renovada impresión de algo morboso que flotaba en el aire. En su camino se había tropezado con seis víctimas de la secta que acudía a erradicar. Si los *masc* asesinaban con tal frenesí, la locura debía de correr por sus venas.

Castres se le mostró a la salida de un valle surcado por cursos de agua no del todo desecados por la sequía, entre campos de flores violáceas que le parecieron de azafrán. La ciudad se alzaba sobre un río, cuyo nombre desconocía, espejeante bajo el sol incandescente. No parecía que hubiera murallas, aparte de un breve fragmento, lo cual era en verdad muy poco corriente. Era evidente que la población se había considerado siempre a salvo después de su espontánea rendición a los cruzados de Simón de Montfort.

Al acercarse, Eymerich advirtió que por encima del río se alzaban hileras de

casitas rojizas, a cuyos pies se desarrollaba una actividad frenética. Grupos de hombres, minúsculos a aquella distancia, batían con mazas de madera en unos calderos humeantes, o bien seguían el movimiento de pequeños molinillos semihundidos en el agua y accionados por la corriente.

Sólo cuando estuvo más cerca de la ciudad pudo comprender la escena. Los calderos contenían tejidos, que de vez en cuando levantaban y removían con la ayuda de pértigas, mientras las palas de los molinos batían rítmicamente sobre madejas informes, que un tropel de muchachos se ocupaba de cambiar y de llevar a otra parte. Comprendió que los tejidos debían de ser la ocupación predominante de los habitantes de Castres.

Se accedía a la villa a través de un puente de piedra, lo bastante ancho como para permitir el paso de dos filas de carros. Viendo que algunos soldados, adornados con la cruz roja, vigilaban la entrada, Eymerich se planteó si no sería cuestión de detener el caballo entre los árboles y de vestirse con el hábito y la capa de dominico. Decidió continuar vestido de paisano, presto a mostrar sus credenciales si llegaban a interpelarlo.

Pero los soldados no le hicieron ningún caso, tal vez porque no llevaba carga. Cruzó así el largo puente, construido sobre aguas aún muy impetuosas, y se adentró en la población justo en el momento en que los repiques de varias campanas tocaban las laudes.

Tras el silencio de la Montaña Negra, el trasiego que reinaba en las calles de Castres lo dejó aturdido. El suelo estaba cubierto de paja y de excrementos de animales de todas clases, y por él circulaban carros tirados por mulos o asnos, cargados de forraje, de pacas de tela, de lana cruda, rollos de paño. Los acompañaban troteles de viandantes, todos ellos aparentemente ocupadísimos, tan numerosos que Eymerich se vio constreñido a desmontar. Algunos de los peatones iban azuzando ante sí enormes carneros que a cada cruce obstaculizaban el paso de algún vehículo, lo que daba lugar a altercados entre carreteros y pastores. Los artesanos, sentados a la puerta de sus talleres, parecían divertirse con aquel espectáculo, y a menudo animaban a uno u otro de los contendientes con comentarios en voz alta o gritos de apoyo.

Eymerich advirtió que una tinte de color rojo intenso manchaba las fachadas de las casas, en su mayoría toscas construcciones de dos pisos, y se escurría calle abajo desde los frecuentes aguazales. Hasta el austero muro que rodeaba un convento benedictino, que atisbo en un cruce a su izquierda, aparecía embadurnado con aquel color chillón, tan poco apropiado para el edificio.

En una plazoleta que estaba a los pies de un enorme edificio fortificado, de aspecto lúgubre, descubrió el origen de aquella tinte. Ante una hilera de tienduchas habían alineado voluminosas tinas; escuadras de mozos vociferantes, con los brazos teñidos de rojo hasta los codos, hundían en ellas rollos de tejido basto o de lana abatanada y cardada, que a continuación desenrollaban y extendían sobre unas

cuerdas tendidas entre las tinas y las tiendas. Otros mozos, entre los cuales había algunos sarracenos, machacaban en grandes morteros las raíces de una planta que Eymerich conocía con el nombre de «rubia», y de la que había visto campos enteros en el último tramo de su recorrido. El jugo que desprendían sus raíces, de un rojo violáceo, se añadía a la solución contenida en las tinas, transformándola en el tinte escarlata que daba color a los tejidos.

Transitar por aquella plaza era en verdad complicado. Eymerich ya estaba pensando en buscar otro itinerario cuando vio salir del palacio a cuatro frailes, dominicos como él, que trataban de abrirse paso entre los tintoreros.

Le llamó la atención el menos joven de los cuatro. Era un hombre imponente, más o menos de su edad, con un rostro carnosos rematado por una barba corta oscura. Sus ojos, de mirar inteligente, se cruzaron con los suyos y lo estudiaron con curiosidad durante algunos instantes, como si captaran la singularidad de aquel forastero. Pero el examen duró poco. Eymerich se estaba preguntando si no había llegado el momento de presentarse a sus hermanos cuando vio a un mozalbete recoger una madejilla de lana, empapada en tinte, y lanzarla contra los dominicos. El proyectil alcanzó de lleno al fraile de la barba dejándole una gran mancha roja en el hábito blanco.

Una risotada coral se propagó por la plaza. Como si hubieran estado esperando aquella señal, muchos de los aprendices recogieron retales, jirones de tejido, torundas de lana mojados en el líquido bermejo y los arrojaron sobre los monjes. Los dominicos trataron de zafarse de aquel tiro al blanco, pero no corrían lo bastante deprisa. No les quedó más remedio que salir de la plaza empapados de rojo de la cabeza a los pies.

—¡Muerte a los servidores de Montfort! —gritó alguien.

Pero la hilaridad parecía prevalecer sobre la cólera, y las carcajadas siguieron inundando la plaza como oleadas de un estremecimiento irrefrenable.

Eymerich asistía al espectáculo presa de la indignación más encendida. Tentado estuvo de salir en defensa de sus hermanos, pero la idea de revelar su identidad y de padecer el mismo trato ultrajante bastó para paralizarlo. Quedó en silencio donde estaba, temblando de rabia y de impotencia. Pero cuando un joven que se hallaba a su lado murmuró «¡Vivan los *bonhommes!*!», poco faltó para que el inquisidor perdiera el control. Con mucho esfuerzo consiguió canalizar su odio hacia una mirada asesina que sorprendió y turbó al muchacho. Aquella mirada contenía una promesa glacial.

Después de su desahogo silencioso, en apariencia inocuo, Eymerich se sintió más sereno. Dejó la plaza a largos trancos, arrastrando tras de sí el caballo. En la esquina opuesta a aquella por la que había venido descubrió al grupito de dominicos, patética mancha roja entre ringleras de casas de idéntico color. Ya estaban lejos, y se hubiera dicho que se dirigían a toda prisa hacia un palacio de aspecto severo que se elevaba por encima de las casuchas mal conjuntadas.

Eymerich pensó que debía de tratarse del palacio episcopal, que sabía que se alzaba en la ciudad. Pero no estaba ansioso por reunirse con sus hermanos dominicos.

Por lo menos hasta tanto que pudiera entender el sentido de lo que acababa de ver.

Justo enfrente del austero edificio, una modesta posada de aspecto anónimo exhibía la tradicional fronda. A aquellas horas no había clientela; así y todo, la posadera —una mujer fondona, de rasgos toscos y maneras francas— estaba recolocando las cinco mesas que, con sus respectivos bancos, componían todo el mobiliario del local.

Al entrar Eymerich, la mujer se irguió y lo estudió rápidamente.

—La cocina está cerrada, micer —le dijo en tono altanero, poniéndose en jarras—. ¿Queríais una habitación?

—Oh, no tengo prisa, no os incomodéis —replicó el inquisidor con exagerada cortesía—. Se trata más bien de mi caballo, que tengo fuera. ¿Podríais atenderlo?

La mujer pareció pensarlo unos instantes, y luego gritó:

—¡Raymond!

Asomó por la cocina un muchachito pálido, de unos doce años. La posadera le señaló la puerta de entrada.

—Encárgate del caballo del señor. —Se volvió hacia Eymerich—. ¿Os quedaréis mucho tiempo? De lo contrario, es menester un adelanto.

El inquisidor rebuscó por entre su camisa y sacó la faltriquera, de la que extrajo algunas monedas. Las dejó caer sobre una mesa, entre una garrafa vacía y un plato cubierto todavía de espesa salsa.

—Va por la habitación y el caballo. Os pido tan sólo que me dejéis subir ahora a mi habitación, si es que queda alguna libre.

Los rasgos de la mujer se relajaron al instante.

—Desde luego que la hay. No tenéis más que subir por aquella escalera del fondo. La habitación está arreglada, lo único que tendréis que hacer es acomodaros a vuestro gusto. ¿Queréis que os acompañe?

—No es necesario. Pero os advierto que podría tener que ausentarme de tanto en cuando, incluso durante bastante tiempo. Pero daos por pagada.

La mujer sopesó en la palma de la mano el montoncillo de monedas.

—Haced como os parezca, micer. ¿Sois mercader?

Eymerich esbozó una sonrisilla.

—Ya sabréis quién soy. Pero permitidme una pregunta: ese palacio de ahí enfrente, ¿es el obispado?

—Sí, ahí vive nuestro buen obispo, Thomas de Lautrec. Por desgracia, es ya muy viejo, y también un poco... —La mujer se golpeó con el dedo índice en la frente—. De joven era un gran obispo, y quizá lo sea aún. Pero la gente ya no le quiere bien.

Eymerich fue todo oídos.

—¿Cómo es eso?

—Lo comprenderéis estando aquí. Esta ciudad de pecadores está dividida en tres facciones: la de los D'Armagnac, la de los Nayrac y la de los Montfort. La equivocación del obispo, a los ojos de mucha gente, ha sido ponerse de parte de los

Montfort y combatir a los herejes.

—Y vos, ¿de parte de quién estáis?

Tras escrutar al inquisidor durante algunos instantes, la mujer dijo:

—Os lo digo sólo porque sois forastero. Yo vengo del campo, donde vive toda mi familia. De no ser por los Montfort, las bandas de facinerosos nos pasarían a todos a cuchillo. Si veis tanta gente aquí en Castres es porque los *routiers* los han obligado a huir de las aldeas. No han quedado más que los soldados de los Montfort para oponerse a esos canallas, y ni ellos pueden hacer gran cosa. Pero ay de nosotros si no estuvieran.

Eymerich habría querido hacerle más preguntas, pero consideró que no era oportuno. Salió a ver cómo trataba el muchachito a su caballo, descolgó de la silla su fardo y subió a la habitación que le habían indicado, la única en lo alto de una escalera de travesaños mal trabados.

Le bastó con un solo vistazo al cuarto, iluminado por una amplia ventana, para comprender que era el refugio que andaba buscando. El jergón estaba, a buen seguro, infestado de piojos, pero eso se daba por descontado. En las paredes, sin embargo, no había cercos de humedad, y no se veían ratoneras. Incluso la paja que cubría el piso de piedra era bastante fresca. La presencia de dos arcones y —hecho verdaderamente insólito— de una mesilla colocada bajo la protección de un considerable crucifijo garantizaban una comodidad que era raro hallar en una posada corriente.

Lo primero que hizo fue hincarse de rodillas ante el crucifijo y rezar algunas oraciones. Se quitó después sus ropas de paisano, que dispuso con orden encima de uno de los arquibancos. Abrió el fardo y sacó la capa negra y el hábito blanco, completamente arrugados. Estiró las arrugas lo mejor que pudo y se puso ambas prendas. Mas no se calzó las sandalias, limitándose a quitar la suciedad a las botas.

Se sentía cansadísimo; sin embargo, al pensar en la fauna que sin duda infestaba el jergón se abstuvo de acostarse allí. En lugar de eso, se tumbó sobre el otro arquibanco y cerró los ojos. Pocos instantes después dormía profundamente pese a la incomodidad de su lecho.

Se despertó a eso de la hora sexta, a juzgar por la luz que entraba por la aspillera y por el estrépito que le llegaba de la calle. Todavía un poco amodorrado, Eymerich se levantó del arquibanco, sacó del ható algunos papeles de los que había menester y bajó por la escalera sin preocuparse de cerrar la puerta.

En la taberna había ya algunos parroquianos, que bebían y mordisqueaban una hogaza. Al ver a Eymerich en hábito dominico, se callaron de golpe y lo miraron sorprendidos. Mucho mayor fue la maravilla de la dueña, que salía en aquel momento de la cocina portando otra hogaza.

—¡En nombre de Dios —exclamó—, pero cómo os habéis vestido!

Eymerich se detuvo en el centro de la sala. Depositó una mirada severa sobre los presentes, y seguidamente sobre la mujer.

—Señora, mi nombre es Nicolás Eymerich de Gerona. Os anuncio que, de ahora

en adelante, hospedaréis al nuevo inquisidor de Castres, aquí presente por mandato de la Santa Inquisición de Carcassonne. Seréis debidamente recompensada por las molestias.

Estaba claro que la patrona habría podido pasarse muy bien sin semejante honor, pero el tono de Eymerich era tan imperioso que no fue capaz de replicar. Cosa que sí hizo uno de los parroquianos, un mozo joven de aires impertinentes.

—Ésta sí que es buena. Un fraile que se hospeda en una posada.

A alguien se le escapó una risilla, pero la respuesta de Eymerich llegó seca como un golpe.

—Incluso una posada puede convertirse en tribunal. Y sus clientes, en los primeros encausados.

Dicho lo cual, Eymerich les dio la espalda a los presentes y salió a la calle. Con dos zancadas tuvo bastante para llegar al obispado.

La puerta, amplia y maciza, estaba guardada por un soldado decrepito con la cota de malla exenta de insignias, apoyado con desgana en una de las jambas. Al ver a Eymerich, ni se irguió ni cruzó la alabarda en la que se apoyaba.

—¿Sois uno de los dominicos? —preguntó con voz indolente.

—Soy el inquisidor general de Aragón, de misión en Castres. Anunciadme al obispo.

—El obispo se encuentra ya comiendo. Volved más tarde.

Eymerich levantó las cejas y entrecerró los ojos. Habló con voz despaciosa, cargada de cólera reprimida.

—Por lo que veo, el conde de Montfort le ha cedido al obispo la morralla de su ejército. Te he dicho que me anuncies a Thomas de Lautrec. No me obligues a repetirlo.

El soldado mostró alguna reacción.

—Eh, eh, calma. Si de verdad conocéis al obispo, no tenéis necesidad de que os anuncie. Está en la sala al fondo del corredor, con los demás frailes.

Antes de que el viejo terminara de hablar, Eymerich atravesaba ya el atrio del palacio, oscuro y sin otra decoración que unos cuantos arquibancos. No se veían sirvientes. El sonido de algunas voces y el tintineo de vajilla lo guiaron hasta una gran puerta de madera, al fondo. Abrió las hojas de par en par sin remilgos.

En torno a una larga mesa, un anciano prelado vestido de color morado y los mismos dominicos que había visto en la plaza de los tintoreros estaban examinando un cochinillo asado, que dos jóvenes sirvientes sostenían a la luz sobre una larga bandeja. La entrada del recién llegado borró por un instante del rostro del obispo su sonrisa, que reapareció enseguida, aún más amplia.

—Pero mira qué agradable sorpresa. Otro valeroso hermano de la orden de San Domingo que viene a visitarnos. ¡Y no podía llegar en momento más oportuno!

Eymerich le dedicó al frágil anciano, de piel blanca como la cera, una leve inclinación. El ceremonial habría exigido que le besase el anillo, pero estaban de por

medio la mesa, los dos servidores y el cochinito. Miró entonces a los dominicos, quienes también sonreían. La mirada del más corpulento era penetrante. Tuvo la seguridad de que le había reconocido. En cambio los otros tres, que parecían jóvenes terciarios, daban la impresión de ver al desconocido por vez primera, y de no estar demasiado satisfechos con aquella novedad.

—Veo que os habéis cambiado de hábitos —dijo Eymerich con tono intencionadamente hiriente. Y acto seguido, dirigiéndose al obispo—: Monseñor, os transmito los saludos del prior de Carcassonne, el padre Arnaud de Sancy.

—¡Ese santo varón! —exclamó el obispo, radiante—. Padre, probad con nosotros este tentador cochinito. Le daréis a nuestro querido prior la noticia de que gozo de buena salud y que le correspondo sus respetos.

—A decir verdad, monseñor, tengo idea de que nuestro hermano no es un simple mensajero. —El dominico corpulento pronunció estas palabras con voz grave, mirando a Eymerich fijamente—. ¿O quizá me engaño?

Eymerich frunció los labios. Había reconocido en aquél a un hombre inteligente.

—No os engañáis. Supongo que vos sois el padre Jacinto Corona.

El dominico hizo una leve inclinación de cabeza.

—Para serviros. Jacinto Corona Gutiérrez de Valladolid.

—Ah, sois castellano. Yo soy catalán, de Gerona. Me llamo Eymerich, Nicolás Eymerich.

Al padre Corona se le desencajó la boca, pero se repuso enseguida y tragó saliva.

—Sois entonces el famoso Eymerich, inquisidor del reino de Aragón.

—Me halaga que hayáis oído hablar de mí. He abandonado Aragón para hacerme cargo de la dirección de la Inquisición de Castres. Sólo por algún tiempo, claro está.

El obispo, que hasta aquel momento se había mostrado ansioso porque diera comienzo el almuerzo, dejó de sonreír por primera vez.

—Pero ya tenemos al padre Corona como inquisidor.

—En efecto, cuento con la valiosa colaboración del padre Corona para llevar a cabo mi cometido —respondió Eymerich, suavizando el tono de su voz—. Estoy aquí por una indagación concreta, que espero concluir en breve. No puedo permanecer alejado de Aragón durante mucho tiempo.

—¿Qué indagación? —preguntó uno de los terciarios, dando voz a la curiosidad de todos.

—Veo que estabais a punto de dedicaros a una comida succulenta, y no quiero seguir entreteniéndoo. Si me permitís que me siente a la mesa con vosotros, os explicaré los detalles de mi misión.

—Os lo ruego —dijo el obispo, alegre otra vez. Se dirigió a los dos sirvientes, todavía inmóviles con su carga—. Traed otro plato y una copa, y sentaos vosotros también.

Al sentarse, Eymerich se percató de la finura del tejido del mantel y las servilletas, de que las jarras para el vino eran de plata, y de que junto a los cuchillos



había unos minúsculos tridentes de los que había oído hablar pero que veía ahora por primera vez. La sala, considerablemente amplia y presidida por una enorme chimenea apagada, estaba iluminada por multitud de velas que al arder desprendían un humo de delicado aroma.

Semejante sofisticación lo irritó en exceso, y no consiguió reprimir una mueca. Cuando levantó la cabeza, vio que el padre Corona lo observaba fijamente, y que, desde luego, había advertido su repulsa. Mas no pudo determinar si la compartía o no.

—Cuando acabemos de comer haré que os preparen una estancia, padre Nicolás —dijo el obispo—, a menos que preferáis alojaros con nuestros buenos padres benedictinos, que estarán contentísimos de acogeros. —Era evidente que el viejo confiaba en esta segunda solución.

—Os doy las gracias, monseñor —respondió Eymerich lavándose los dedos en una bacinilla llena de agua—, pero ya he tomado habitación en la posada de enfrente, y me encuentro muy bien allí.

—¿En la posada? —El obispo parecía sorprendido y ultrajado a un tiempo—. ¿Vos? ¡Pero vuestra vida correría peligro!

—¿Y eso por qué?

—Veréis, *magister* —intervino el padre Corona—, nuestra presencia aquí no es grata a todos aquellos que se oponen a los Montfort, y que son mayoría. Vos mismo habéis podido constatarlo hace poco.

Eymerich apreció que el recio dominico hablara sin empacho de un episodio tan vergonzoso como el del lanzamiento de madejas de lana. Esperó a que un criado le llenase el plato con una loncha de carne y dijo:

—Quién sabe, padre Jacinto, si la piara a la que pertenecía este cerdito que nos aprestamos a comer no odiaba a los hombres y quería morderles. Pero apostarí a que las intenciones de la piara han desaparecido al ver que a su congénere lo mataban y lo quemaban.

Un escalofrío bien visible sacudió a casi todos los presentes. La frente del padre Corona se oscureció.

—Pero si son muchos los cerditos, no se los puede quemar a todos.

—Oh, no es necesario quemarlos a todos. Basta con quemar unos pocos, y si no es suficiente, a otros pocos más. Antes o después a los cerditos se les quitarán las ganas de tirar pintura.

Los terciarios enrojecieron. El padre Corona guardó silencio, con el rostro muy serio. El único que pareció no entender la parábola fue el obispo.

—El caso es que no podéis hospedaros en una posada. No es decoroso.

Eymerich lo miró fijamente, entrecerrando levemente los párpados.

—El decoro no depende de la situación, sino de la manera como se la vive. Probablemente no es decoroso que clérigos tan humildes como nosotros estemos sentados a una mesa tan rica como ésta. Pero si la hubiéramos santificado dándole gracias a Dios por la comida, como quiere la regla, tal vez nuestra culpa sería menor.

Un silencio cargado de embarazo cayó de pronto sobre los presentes. Al fin, el obispo tosió, juntó las manos y murmuró:

—Te damos gracias, Señor, por...

El padre Corona lo interrumpió con un ademán brusco.

—Dejadlo estar, monseñor. El padre Nicolás tiene razón. Ya es tarde para remediarlo. —Se volvió hacia Eymerich, que comía tranquilamente haciendo caso omiso de los pequeños tridentes—. Decidnos, pues, *magister*, ¿cuál es vuestra misión?

Eymerich se limpió la boca con la servilleta bordada.

—Se dice pronto. Erradicar la secta de criminales herejes denominada *masc*.

Al obispo se le atragantó el bocado y tuvo que embuchar dos tragos de vino para calmar el acceso de tos. Uno de los terciarios murmuró:

—O sea que en Carcassonne saben lo de los *masc*.

—No sólo en Carcassonne —respondió Eymerich—. También en Avignon. El encargo inicial lo he recibido del abad de Grimoard, que como sabéis es la persona más cercana a nuestro santo padre Inocencio.

—He enviado diversos informes sobre el asunto —dijo el padre Corona—. Pero también he informado de que, a mi juicio, los presuntos bebedores de sangre no existen. Sólo el abad benedictino parece creer en esta historia. A buen seguro han sido sus cartas las que han provocado vuestra presencia aquí.

—Al abad no lo conozco. Lo único que sé es que el padre De Sancy me mostró un prisionero que murió desangrándose e invocando no sé qué divinidad. Yo mismo, más tarde, al venir hacia aquí, me he tropezado con seis cadáveres exangües en un *ostal* en las laderas de la Montaña Negra.

El padre Corona se encogió de hombros.

—Víctimas de los *routiers* que el ejército inglés ha diseminado por estos parajes. El hecho de que estuvieran exangües depende de una enfermedad por desgracia muy extendida, una secuela de la peste...

—La Muerte Roja.

—Exacto. Hay quien dice que han sido los *masc* quienes han difundido el contagio, pero lo cierto es que no ha sido probado. Yo mismo he indagado las causas de muerte entre los campesinos de la Montaña Negra. La mayoría padecían enfermedades de naturaleza poco clara, y a casi todos disgustaba tener que mantener a los mercenarios de la zona. Lo cual explica por qué los cuerpos estaban anémicos y por qué les habían cortado el cuello.

El obispo escuchaba estos parlamentos con un aire de progresivo descontento.

—¡Oh, vamos, padre Jacinto! —explotó, llegados a aquel punto—. ¡No querréis estropearnos la comida hablando de enfermedades! Decidme vos, padre Nicolás: ¿qué especias usáis en Aragón para asar los cochinitos?

Eymerich masculló un comentario, tras el cual permaneció callado mientras el obispo se extendía en explicaciones sobre la cocina del Alto Languedoc, criticando la

escasa calidad de los vinos locales.

La comida, presidida por el monólogo del anciano, se prolongó hasta la hora nona, transformándose, para Eymerich, en un suplicio intolerable. Una vez que hasta la salsa de la última escudilla fue cuidadosamente rebañada, Eymerich se puso en pie casi de un brinco.

—Perdonadme, monseñor, pero debo ir a ver a los señores y a los prohombres de Castres, como prevé mi cometido. Me llevo conmigo al padre Corona, que tiene muchas cosas que contarme.

El obispo, interrumpido a mitad de una frase, se quedó desconcertado unos momentos para volver a sonreír poco después.

—Como veis, padre Nicolás, aquí es bien poco lo que tenéis que hacer, y estoy seguro de que este inconveniente pasará pronto. ¿De verdad no aceptáis mi hospitalidad?

—Gracias, monseñor, pero prefiero mi posada. —Con una fría inclinación de cabeza, Eymerich salió de la sala poco menos que empujando ante sí al padre Corona. Al llegar al atrio se detuvo y lo miró fijamente—. Si salimos juntos, ¿corremos el riesgo de que vuelvan a arrojarnos alguna inmundicia?

El padre Corona asintió.

—Cuando menos, podemos esperar algún escarnio.

Eymerich apretó los labios.

—Esto es intolerable. ¿Cuántos soldados tiene el obispo?

—Solamente aquel pobre desgraciado que está de guardia a la puerta, medio sordo y medio ciego.

—¿Uno nada más? —La voz de Eymerich sonó henchida de cólera—. ¿Y vos no lo habéis remediado? Venid.

Llegó al portalón, donde el anciano soldado parecía dormitar apoyado en su alabarda. Lo sacudió con tan pocos miramientos que de poco no lo hizo caer. Eymerich sentía horror por cualquier forma de fragilidad, de debilidad, de imperfección.

—Despierta, soldado. Dame tu espada.

—¿Cómo? —preguntó el viejo, acercando el oído derecho.

—La espada.

Le soltó el cinto a la fuerza, sin que el otro hiciera ademán alguno de resistírsele, y se lo abrochó en torno al hábito, ajustando la vaina.

El padre Corona le tocó un brazo. Tras dar un brinco hacia atrás, con todos sus sentidos alerta, Eymerich volvió a serenarse.

—¿Qué hay?

—Nuestra orden nos prohíbe llevar armas, *magister* —murmuró el padre Corona, un tanto sorprendido.

—No podemos llevar armas en calidad de dominicos. Pero en cuanto inquisidores estamos autorizados a hacer cualquier cosa que resulte útil para el éxito de nuestra

misión. Es en tanto que inquisidor, no como dominico, que he tomado esta espada.

Eymerich se esperaba una réplica, pero el otro guardó silencio. Le preguntó entonces:

—¿Dónde vive el alguacil?

El viejo soldado los miraba con cara de tonto.

—En la plaza de los tintoreros —le respondió el padre Corona—. Esta mañana, cuando nos habéis visto, salíamos del palacio de D'Armagnac.

—Habría preferido no veros. Después de las virtudes cristianas, lo que más cuenta en un hombre es la dignidad. —Eymerich echó a andar por la calle, un poco menos concurrida a aquella hora, en dirección al río—. Pero decidme, padre Jacinto. Durante el tiempo que lleváis aquí, ¿habéis arrestado a algún hereje?

—A una familia de herejes y a un judío, al que después dejé ir. Contaba con dejar libres también a los cátaros. No hay entre ellos ningún perfecto, ningún *bonhomme*, como los llaman aquí. Una simple penitencia, aunque haya de ser severa, bastará. Por lo demás, aquí el catarismo está en vías de extinción. Sobrevive sólo en forma de resistencia a los Montfort, y más en general al reino de Francia.

—¿Dónde están reclusos esos cátaros?

—El presidio más grande está justo debajo de la morada del alguacil, Guillaume d'Armagnac. Por eso esta mañana me habéis visto salir de su palacio. Hay otra prisión, contigua al obispado. Pero es demasiado asfixiante como para encerrar en ella a una familia entera de campesinos.

Eymerich no contestó. Entraban en aquel momento en la plazuela circundada por los locales de los tintoreros. El calor sofocante arrancaba de los tejidos y de las tinajas de rubia efluvios intensos y poco agradables. Se veían pocos mozos trabajando. La canícula debía de haber constreñido a la mayoría a buscar amparo en los talleres y dedicarse a actividades menos fatigosas.

—¡Mira, dos cucarachas de los Montfort! —exclamó uno de los mozos que estaban trabajando al ver a los dominicos.

Eymerich se fue derecho hacia él, con la mano en la empuñadura. Así que llegó a su altura, desenvainó la espada, una de aquellas hojas de forja normanda, pesadas y temibles, tan corrientes un siglo antes. La levantó por encima del muchacho, amenazándolo cuando éste hundía ya un trozo de tela en la tintura.

—Llévame ante tu patrón —ordenó con una voz sin inflexiones.

El muchacho miró a su alrededor, pero ninguno de sus compañeros, inmóviles y alerta, daba muestras de ir a salir en su ayuda.

—Venid —murmuró por fin.

Condujo a los inquisidores hacia uno de los talleres. Sentado en una silla, con uno de sus acólitos a su lado, el artesano estaba comentando la calidad de un tejido púrpura enrollado en una gruesa madeja. Ante la llegada del grupito, levantó la cabeza con expresión de aburrimiento.

—Estoy trabajando, ¿qué queréis?

El mozo iba a decir algo, pero Eymerich lo interrumpió. Se detuvo ante el artesano, un hombre oscuro de facciones rudas. Con la punta de la espada señaló al muchacho.

—¿Es uno de vuestros aprendices?

—¿Acaso es asunto tuyo, fraile? —replicó el artesano en tono áspero.

—Es asunto vuestro. Este miserable acaba de incurrir en la excomuni3n autom3tica que alcanza a todos aquellos que obstaculizan la actividad de la Santa Inquisici3n o se oponen a ella. Si se mantiene en esta condici3n durante un a3o, ser3 considerado hereje y entregado a las autoridades civiles de Castres. Lo cual significar3 la hoguera. Pero la excomuni3n se extiende a cualquiera que le preste ayuda, lo secunde y no maldiga su nombre, como debe hacer todo buen cristiano. Qued3is pues advertido de que si continu3is d3ndole empleo a este excomulgado en vuestro taller, os manchar3is con sus mismas culpas, todos vuestros bienes os ser3n confiscados y ser3is susceptible de sufrir el mismo fin. ¿He sido claro?

Del apretado grupo de artesanos y aprendices que se hab3a agolpado detr3s del inquisidor se levant3 un murmullo. El muchacho, desconcertado, miraba a su alrededor con aire de no comprender. Hasta el mismo padre Corona parec3a sorprendido.

El maestro del taller no quiso dar su brazo a torcer.

—¿Y qu3 leyes son 3sas? ¿Leyes de los Montfort? —pregunt3 en actitud despectiva.

Eymerich lo mir3 con los ojos reducidos a dos rendijas de las que escapaba una luz g3lida.

—Son leyes del derecho can3nico, aceptadas por todos los reyes cat3licos de la Tierra. Y ahora lev3ntate, como se requiere ante un inquisidor, e incl3nate para pedir perd3n por tu arrogancia. O la excomuni3n caer3 tambi3n sobre ti.

En un primer momento el hombre mostr3 estupefacci3n, despu3s indignaci3n, finalmente extravi3. Sobre la plaza cay3 un gran silencio. Expresiones encontradas se reflejaron en el rostro vulgar del artesano mientras Eymerich lo contemplaba con indiferencia, apoyado en el mango de la espada. Al cabo, el hombre se levant3 con lentitud y cay3 de rodillas ante el inquisidor; agach3 la cabeza, presa de una verg3enza que deb3a de resultarle perturbadora.

—Has elegido la opci3n justa —le dijo Eymerich con displicencia—. Hoy es jueves. Te espero el domingo en misa. Ir3s vestido con una t3nica de lino basto y llevar3s la cabeza cubierta de ceniza. Te arrodillar3s en medio de la nave, donde todos puedan verte.

El hombre dobl3 a3n m3s la cabeza, sin responder. Eymerich se dirigi3 al mozo, que sudaba por todos sus poros. Lo estuvo mirando largo rato y despu3s le dijo:

—En cuanto a ti...

Entonces el muchacho se arroj3 entre el gent3o, deshaciendo sus filas. Ech3 a correr hacia una esquina de la plaza. Hab3a llegado a la mitad de su trayectoria

cuando una fila de hombres armados trunció su ímpetu. Eran soldados, que acababan de salir en aquel momento del gran edificio que cerraba la plaza por el lado sur. Lo apresaron y lo detuvieron.

Un hombre corpulento, de baja estatura, caminó en dirección a Eymerich. Vestía una túnica de seda azul que le llegaba a las rodillas, ceñida a la cintura por una correa recamada. Llevaba la cabeza cubierta con un amplio turbante de terciopelo adornado con plumas de pavo real. Sus ojos eran pequeños, sin pestañas visibles, y por encima de su boca carnosa destacaba una nariz prominente y ganchuda.

La muchedumbre le abrió paso respetuosamente, dejando un pasillo que llevaba directamente hasta Eymerich, inmóvil y grave. Cuando el señor llegó junto a él, en lugar de hablarle se dirigió al padre Corona, al que se veía cohibido e inseguro.

—Y bien, padre Jacinto, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué este tumulto a los pies de mis ventanas?

—Buen día tengáis, señor D'Armagnac —le respondió el padre Corona, haciendo una reverencia—. Lo lamento, si es que hemos alterado...

—Presentadme —ordenó secamente Eymerich.

El padre Corona tragó saliva.

—Sí, magister. —Se volvió al procer—. Éste es el padre Nicolás Eymerich, inquisidor general del reino de Aragón, de misión en Castres por mandato del prior dominico de Carcassonne. Lo que ha sucedido es que...

El señor D'Armagnac se fue derecho a Eymerich y lo escrutó.

—Supongo que tendréis credenciales.

—Acudía justamente a presentároslas, señor alguacil. —Eymerich sostuvo la intensa mirada del otro con idéntica intensidad en la suya—. Dispongo de autorizaciones del padre De Sancy y del abad de Grimoard, de los Victorianos de Marsella.

Este último nombre pareció impresionar a D'Armagnac, quien no por eso atenuó su tono imperioso.

—Referencias ilustres son ésas, y estaré gustoso de examinarlas. Pero os advierto desde este mismo momento que en esta ciudad no se permite llevar espada sin licencia. Y mucho menos a un religioso.

Eymerich se irguió y sonrió con frialdad.

—Y yo os recuerdo, señor, que el edicto de Felipe de Valois de 1329 obliga a todos los duques, condes, barones, senescales, alguaciles, prebostes, vicarios, castellanos, sargentos y otros administradores de la justicia pública del reino de Francia, a obedecer a los inquisidores, procurándoles salvoconductos, ayuda y protección, so pena de verse depuestos de sus cargos. Si me veis armado es porque habéis omitido proporcionarle una escolta a la Inquisición de Castres, exponiéndola a los ultrajes del vulgo y de los herejes. Ello os hace sospechoso de herejía, mas no pediré vuestra destitución. Me limito a pedir os que cumpláis con vuestras obligaciones, proporcionándome no menos de seis sirvientes armados. Así no me

veré obligado a ir por ahí espada en mano.

El rostro hinchado del señor D'Armagnac se puso tan colorado como las paredes de Castres. Por un momento, pareció que iba a golpear al inquisidor, mientras la muchedumbre contenía la respiración. Después, merced a un penoso esfuerzo, consiguió distender sus facciones y hablar con calma, con una expresión grotesca en la cara.

—Veo que conocéis las leyes de memoria. Seguidme a mi palacio, hemos de hablar.

—Por desgracia, ya no me queda tiempo. He establecido mi domicilio en la posada de enfrente del obispado. Allí os espero mañana por la mañana, temprano. —Eymerich contempló durante unos instantes la expresión indignada del alguacil, y luego añadió—: Entretanto, hacedme llegar la escolta. Y meted en vuestros calabozos a ese joven excomulgado. Debo comprobar si tiene contacto con los herejes.

Tras estas palabras, Eymerich dio media vuelta bruscamente y atravesó el gentío, seguido, tras una breve vacilación, por el padre Corona. Nadie se interpuso en su camino; más aún, un par de mozos lanzaron sendos «¡Viva el inquisidor!» que algunas voces reprimieron.

—¿No os parece que habéis exagerado? —le preguntó el padre Corona en cuanto hubieron salido de la plaza.

Eymerich se detuvo de golpe y lo miró a los ojos.

—¿Que yo he exagerado? Sois vos, más bien, quien tiene que explicarme por qué habéis permitido hasta el día de hoy que vuestra dignidad se viera pisoteada por un alguacil cualquiera. Por no hablar del vulgo, cuya volubilidad ya deberíais conocer.

Puesto en aquel compromiso, el padre Corona se aferró al último argumento que le quedaba.

—No os dejéis impresionar por esos gritos a favor vuestro. La gente humilde de por aquí detesta al rey de Francia, y por ello al alguacil, no menos de lo que detesta a los Montfort.

—Pues tendrán que aprender a comprender que nosotros no estamos ni con los D'Armagnac ni con los Montfort. Nosotros somos la Iglesia, y no hay poder al que nos subordinemos. —Eymerich suavizó un poco el tono—. Tenéis mucho que aprender todavía sobre el oficio de inquisidor. Por desgracia, no hay ningún manual puesto al día, pero procuraré serviros de guía. Vayamos ahora a devolver esta espada, y después os invito a mi posada. Hablaremos a resguardo de la gente, y de este calor insoportable.

Al verlos entrar en la taberna, la patrona dejó de golpe la jarra que llevaba en la mano. Se dirigió hacia Eymerich con aspecto enfurecido.

—Mirad a vuestro alrededor, micer. ¿Acaso veis clientes? No, se han marchado todos. Me los habéis espantado, y mientras sigáis aquí, seguro que no vuelven. Marchaos, o seréis mi ruina.

—Calmaos, buena mujer —respondió Eymerich, dando un paso atrás. Rebuscó en

la bolsa que llevaba a la cintura y arrojó un puñado de monedas encima de una mesa —. Aquí hay el doble de lo que ganáis en un mes de trabajo, y si lo necesitáis, os daré más. ¿Qué me decís?

La patrona recogió las monedas y las contó, incrédula. En un momento estuvo apaciguada.

—¿Y qué os puedo decir, micer? Desde este momento, esta posada es vuestra casa. Os serviré en todo lo que podáis necesitar.

El padre Corona soltó una carcajada.

—No creo, mi señora Emersende, que el padre Nicolás Eymerich tenga necesidad de los mismos servicios que le procuráis al obispo, de vez en cuando. —La mujer se ruborizó, Eymerich lo miró sorprendido—. Procurad, más bien, que al hermano no le moleste nadie mientras dure su estancia, y que no entren clientes cuando esté entrevistándose con alguien.

—Así se hará.

—Cenaré cuando den vísperas, una sopa sin carne —dijo Eymerich—. Ya os daré más tarde nuevas instrucciones. Sabed por ahora que vendrán criados armados, enviados por el alguacil. Los pondré de guardia en la posada. También a ellos tendréis que prepararles de comer, y si es posible, darles alojamiento.

—No dispongo más que de tres habitaciones, además de la vuestra —dijo Emersende—. Pero puedo alojarlos en el establo.

—Más que suficiente. También por eso seréis recompensada. Y ahora volved a vuestro trabajo, y traednos una jarra de aguapié.

Una vez se hubo marchado la mujer, los dos dominicos se acomodaron en una de las mesas. El padre Corona se inclinó hacia Eymerich.

—¿De verdad estáis convencido, *magister*, de que el señor D'Armagnac os asignará una escolta?

—Sí. No es estúpido. Sabe perfectamente que basta con una nota mía a Avignon para hacerle perder un cargo que ha comprado muy caro. No sólo nos dará la escolta, sino que vendrá él en persona. Y se mostrará condescendiente hasta la exageración.

El padre Corona suspiró.

—Yo llevo aquí seis meses, y ya era mucho que accediera a recibirme.

—¿Cómo habéis llegado a inquisidor? —le preguntó Eymerich con severidad—. Os lo pregunto porque no parece que tengáis mucho conocimiento de vuestras prerrogativas.

—De hecho, nunca antes había desempeñado esta actividad. Tengo la impresión de que el padre De Sancy tenía necesidad de un dominico cualquiera que no incomodase demasiado a los Montfort. Y entonces empezó este asunto de los *masc*...

Se interrumpió porque el pequeño Raymond acababa de salir de la cocina con una jarra en la mano. El padre Corona estiró la mano hacia unos vasos de terracota que estaban agrupados en una esquina de la mesa. El rapaz empezó a escanciar el vino; entonces, de repente, dejó caer la jarra, que se rompió salpicando en todas direcciones



su líquido púrpura.

—Pero qué... —exclamó Eymerich, haciendo ademán de levantarse.

—¡Viento, sal de tu prisión! —gritó el muchacho.

En su rostro había una expresión de raptó, como si estuviese contemplando una visión mística. Rebuscó en su camisola y sacó un cuchillo largo. Y entonces se arrojó contra el inquisidor.

—¡Cuidado! —gritó el padre Corona.

Eymerich esquivó la cuchillada justo a tiempo. Reaccionó con una patada que alcanzó a Raymond en el estómago, arrancándole un gemido y haciendo que cayera rodando sobre el suelo.

El muchacho sujetaba todavía el cuchillo. Se arrastró veloz debajo de una mesa. Eymerich apartó un banco y empezó a inclinarse, alzando un brazo para defender su rostro.

Esta vez el rapaz no trató de apuñalarlo. Volvió a gritar «¡Viento, sal de tu prisión!», y se clavó la hoja en la garganta, de donde brotó un chorro bermejo, que empapó el piso con un borboteo.

Cuando Eymerich se incorporó, conmocionado, llevaba el hábito todo salpicado de sangre. El muchacho, muerto ya, lo miraba fijamente con una especie de sonrisa, la cabeza casi separada del cuello.

## 5. La armada secreta

—Ahí tiene, mire ahora —dijo Jacques Orchard tendiéndole los prismáticos a Lycurgus Pinks.

Pinks se colocó el instrumento y reguló las lentes. Vio la Place du Gouvernement invadida por el sol de las primeras horas de la tarde. Una multitud de árabes, procedentes de los callejones de la Casbah, se desparramaba alrededor de la estatua del duque de Orleans, dispersándose entre los tenderetes que ofrecían salchichas de cordero, limonadas, carne de cordero lechal muy especiada y otras golosinas. Varios viejos se disputaban los bancos de debajo de las grandes higueras que rodeaban la plaza; otros, sentados en el suelo, trataban de librarse de los enjambres de moscas que los asediaban. Parecía una escena cotidiana de la vida argelina en la bochornosa primavera de 1962.

—No veo nada de extraordinario —gruñó Pinks.

—Conque no, ¿eh? —dijo Orchard, regodeándose—. ¿Cuántos franceses ve usted?

Pinks ajustó las lentes del binocular y miró en derredor.

—Tiene razón. Ni uno.

—Les han avisado. Saben lo que va a pasar.

—¿Lo que va a pasar cuándo?

—Ahora.

Justo en aquel momento se oyó un estruendo en la colina que quedaba detrás de la terraza en la que se encontraban. Tres más lo siguieron. La Place du Gouvernement se transformó en pocos segundos en una bola de fuego, al tiempo que se elevaban hacia el cielo regueros de desechos. Las explosiones quebraron cientos de cristales en las casas de los alrededores.

Al llevarse de nuevo el binocular a los ojos, lo único que Pinks consiguió ver al principio fue humo. Después pudo distinguir un quiosco de prensa convertido en una columna de fuego, un viejo que se buscaba unas piernas que habían desaparecido y una mujer que caía de rodillas. Un automóvil boca abajo explotó sin ruido, haciendo que el aire continuara vibrando. Los cuerpos caídos se contaban por decenas.

—¡Buen golpe! —gritó Orchard con entusiasmo—. ¡Esas ratas de las Casbah se acordarán de este día!

Pinks se lo quedó mirando en silencio antes de volver a contemplar la plaza. Varias decenas de árabes se cernían ahora amenazadores en torno a un soldado al que habían tomado como chivo expiatorio. Un oficial francés intervino para salvarlo. Algunos socorrían a los heridos, o lloraban con los rostros contra las paredes. Alguno había que abría la boca en un grito. El silencio, debido a la distancia, hacía irreal la escena.

—Vámonos —dijo Orchard—. Enseguida vendrán a buscarnos.

Bajaron a la carrera las escaleras de la villa y salieron a la calle. Sobre la pared

blanquísima del edificio se leía la pintada «OAS<sup>[1]</sup> vaincra», y junto a ella, la otra, ritual, de «Algérie française». Unos cuantos *pieds noirs* habían salido de casa y comentaban con entusiasmo lo sucedido.

—¿Qué le había dicho? —dijo Orchard mientras recorrían a paso normal las callejuelas del barrio de Babel-Oued—. No hay acuerdo que resista. Somos los más fuertes.

Pinks lo miró con displicencia.

—No he visto nada que me parezca excepcional. Un atentado, nada más. Cualquiera puede hacer eso.

—¿Cualquiera? —Orchard parecía escandalizado. Habló con vehemencia—. En París no podríamos pasear tan tranquilos como ahora. Aquí la gente está con nosotros, totalmente.

—Sí, pero ¿y el ejército?

El semblante de Orchard se oscureció.

—Al ejército hay que ponerlo en un atolladero, hay que desafiarlo abiertamente. Y entonces se verá de parte de quién está.

Pinks sacudió la cabeza y no dijo nada.

Se quedaron en las mesillas al aire libre de un bar de la avenida Bouzaréah, la calle más elegante de Babel-Oued. Se sentaron y pidieron dos *pastis*. En las otras mesas, muy alejadas, había dos comerciantes, algunos suboficiales de la Legión Extranjera y un matrimonio. Daba la impresión de que comentaban animadamente el atentado de la Place du Gouvernement. Por los alrededores no se veía ni un árabe.

—Podríamos hacer mucho más, pero para eso necesitamos armas —dijo Orchard mientras le añadía agua al líquido amarillo que tenía delante, volviéndolo blancuzco—. Por eso he querido que estuviera presente.

Pinks colocó con cuidado su vaso en el centro de uno de los recuadros del mantelito y luego dispuso la damajuana en el recuadro de más arriba con idéntica precisión.

—¿Armas? La Schlumberger no ha dejado de proporcionárselas. Demasiadas incluso, diría yo.

—Sí, pero después de lo de Évian ustedes han interrumpido los contactos. No puede negarlo.

—El acuerdo de Évian es de hace solamente dos días.

—Sí, pero tenían que entregarnos los morteros anteayer. La que han disparado hoy es la última munición de 60 milímetros que nos quedaba.

Pinks inspiró profundamente. Contempló su bebida; después miró a su alrededor. En la calle, el tráfico había disminuido notablemente. Tardó aún unos cuantos segundos en concederle de nuevo su atención a Orchard.

—Hablemos claro —dijo, pronunciando cuidadosamente cada palabra—. Tras el acuerdo de Évian, es más que seguro que Argelia será de los argelinos. Podéis matar los que queráis. Quedarán los suficientes como para quitaros el país.

Para gran sorpresa de Pinks, Orchard se echó a reír.

—¡Camarero, otro *pastis*! —gritó. Y a continuación, bajando la voz, añadió—: Lo que ha visto hoy no es nada. Quizá no debería decírselo, pero mañana mismo cambiará de opinión. Todo Babel-Oued se levantará en armas. Se combatirá casa por casa. ¿Lo entiende? Es la insurrección final, el tiro de gracia a los acuerdos de paz.

Pinks aguardó a que el camarero se alejara. Levantó su vaso, que no había tocado aún, y contempló a la luz los reflejos turbios del licor.

—Quizá le parezca aburrido, pero tengo que repetirle la pregunta de antes: ¿y el ejército?

—Y dale con el ejército —se quejó Orchard—. El ejército tendrá que decidir de qué parte está. Hace dos días lo intimé a retirarse de Babel-Oued. Si mañana se pone en contra nuestra, probará nuestro fuego.

Se sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos todo aplastado. Al ir a sacar un pitillo, Pinks empezó a toser de manera tan furiosa y postiza que no le quedó otro remedio que guardarlo. Volvió a meterse el paquete en el bolsillo mirando al americano como quien mira a un loco.

—Disculpe —murmuró.

—El tabaco convierte a los hombres en chimeneas, pero es un exceso de confianza en sí mismos lo que los reduce a cenizas. —Pinks hendió el aire con un gesto decidido—. Yo creo en lo que veo a mi alrededor. Sus *pieds noirs* están haciendo el equipaje en masa en estos mismos momentos. El ejército no aprecia a De Gaulle, pero tampoco los aprecia a ustedes. Es demasiado tarde para levantarse en armas. Tenían que haberlo hecho antes, e incluso entonces hubieran tenido escasas probabilidades.

—O sea que no van a ayudarnos.

—Yo no he dicho eso. —La voz de Pinks se suavizó inopinadamente—. Lo que he venido exponiendo hasta ahora es el punto de vista de mi agencia, no el mío. Olvídese de las armas, ya no se trata de eso. Pero yo tengo poder para cambiar la suerte de su lucha. De manera radical.

Orchard se lo quedó mirando perplejo.

—¿Y de qué manera?

Pinks guardó silencio algunos segundos, mientras se peinaba los finos bigotillos rubios con el índice de la mano izquierda.

—Imagínese algo que pudiera matar a los árabes por miles en cuestión de unas cuantas horas. Algo que obligaría al FLN<sup>[2]</sup> a implorar la rendición.

—¿Una bomba atómica?

—Ya le he dicho que nada de armas. —Pinks se irguió de repente, clavando en Orchard sus ojos de porcelana, fríos como los de una muñeca—. Quiero ver a Salan. Cuanto antes.

—¿Al general? ¿Se ha vuelto loco?

—En ese caso no hay nada que hablar. Mis mejores deseos para su insurrección.

Orchard detuvo a Pinks, que ya se levantaba, agarrándolo por el brazo.

—¡Espere! ¿Habla usted en serio?

—Si me lo pregunta es que no me conoce.

—¿Y no podría adelantarme qué le dirá?

Pinks apretó los labios, sin darle una respuesta.

Orchard reflexionó.

—Escuche —dijo por fin—. El general nunca se avendría a encontrarse directamente con usted. Si llegara a saberse que tiene contactos con la CIA...

—Llámela la Agencia. O mejor aún, la Schlumberger.

—Está bien, está bien. Le propongo otra cosa. Olvídese del general; en su lugar, puedo llevarle a ver a alguien de la OAS que cuente tanto como el propio Salan. Qué sé yo, Gardes, o Prugny, mejor aún. ¿Qué me contesta?

Tras arrugar la frente, Pinks sacudió afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo, acepto. ¿Cuándo?

—Hoy mismo. Pero espero que sea importante de verdad.

—Lo es.

—Siempre les he odiado a ustedes los americanos. —Jean-Jacques Prugny, el ideólogo de la Organisation Armée Secrète era tal como Pinks se lo había imaginado. Delgadísimo, pálido, con una anchísima frente sobre la que caían cuatro cabellos rubios. Hablaba con frialdad, como con violencia contenida—. Carecen de idealismo. Jamás han creído en nuestra revolución. Ni tan siquiera un minuto. Si nos han ayudado bajo mano ha sido solamente porque les fastidia De Gaulle.

—Puede que sea así, pero sólo en lo que se refiere a mi gobierno —le respondió Pinks, con no menos frialdad—. ¿Qué opina de mi propuesta?

En lugar de contestarle, Prugny se acercó al gran ventanal con las manos detrás de la espalda. Villa des Arcades, a una treintena de kilómetros de Argel, dominaba la bahía de Clos Salembier. Del mar la separaba una franja rojo-morada de buganvillas salpicada aquí y allá de planteles de palmeras. La vista era tan cautivadora que dejaba sin aliento.

Pinks había sentido por Prugny un vivo aprecio desde el primer instante. Lo encontraba muy parecido a sí mismo, si bien advertía en él cierto desorden y unos instintos demasiado vivos. Y más aún le había gustado Roger Defeldre, un tétrico y reconcentrado ex militar que se había situado en una esquina y que en todo aquel rato no había dicho más de dos o tres palabras. Pero en aquel momento empezaba a estar bastante cansado de los dos.

—Odio tener que repetirme. ¿Qué le parece mi propuesta?

Prugny se volvió de golpe.

—No sé si he entendido bien esa propuesta suya. Usted, ¿en nombre de quién habla? ¿De la Schlumberger?

—No. Hablo en mi nombre.

—Y dice que el cuarenta por ciento de los árabes llevan en la sangre una enfermedad latente que usted podría activar a distancia.

—Exactamente.

—Señor Pinks —Prugny se llegó hasta el centro de la habitación, amueblada con refinada sobriedad—, usted nos toma por racistas. No lo somos. La OAS no ha sido nunca un movimiento de derechas. No odiamos a los árabes por ser árabes.

—Pero los matan.

Defeldre salió de la penumbra por primera vez, con una expresión de cólera pintada en el rostro.

—¡Mentira! ¡Matamos a los simpatizantes del FLN!

Pinks mostró una amplia sonrisa.

—Teniente, seamos serios. Hoy mismo, sin ir más lejos, he visto a sus comandos Delta en acción en la Place du Gouvernement. Han llevado a cabo una matanza indiscriminada.

—Ésos no eran comandos míos, eran...

Prugny interrumpió a Defeldre poniéndole una mano en el brazo. Se acercó al sofá en el que se sentaba su invitado.

—Señor Pinks, los acuerdos de Évian nos han puesto en una situación que ni queríamos ni habíamos previsto. Al principio pedíamos que Argelia siguiera dentro de Francia, después reclamamos la independencia. Ahora luchamos por la separación de los *pieds noirs* y los árabes. No podemos evitar el golpear a ciegas. Pero nuestro programa sigue siendo unitario, y en conjunto, socialista. Lo que usted nos propone, si le he entendido bien, es una especie de genocidio.

—La falta de precisión —saltó Pinks; de pronto, su voz sonaba estridente, agitada—, ése es el mal de los franceses. Usted me habla de genocidio como si yo quisiera acabar con todos los árabes de Argelia. Cuando yo lo que quiero es ofrecerles la manera de acabar con muchos de ellos. Igual que ustedes hacen ahora; sólo que muchos más. ¿Me entiende usted? —Prugny, un poco sorprendido, apretó los labios sin responder—. Y no me hable de racismo. Yo soy racista: ¿y qué? Es un hecho biológico, científico, normal. No tengo necesidad de justificarlo apelando a las necesidades de la historia, o al socialismo, nada menos. Puedo ayudarles a echar a miles de árabes, y a poner de rodillas ya sea al FLN o a París. Y bien, ¿sí o no?

Fue Defeldre quien tomó la palabra.

—Hasta ahora no hemos oído más que palabras: habrá que contrastar su propuesta con los hechos. ¿Sería posible realizar un experimento?

—Desde luego que lo es. —Pinks se relajó, recuperando su tono de voz normal—. Llevé a cabo uno en Luisiana, hace nueve años. Pero hace falta una situación excepcional, que permita que lo que ocurra pase inadvertido. De lo contrario, no van a poder usar mi sistema por segunda vez.

—En Argelia la situación ya es excepcional —gruñó Prugny.

—Sí, pero no es suficiente. Orchard me ha dicho que mañana el barrio de Babel-Oued se levantará en armas. Ahí lo tiene: ése es un contexto en el que el experimento podría pasar inadvertido.

Defeldre se encogió de hombros.

—Orchard es un payaso. Su revuelta se quedará en nada.

—Pues entonces, ¿por qué dejan que lo intente? —Viendo que no le contestaban, Pinks sonrió con ironía—. Yo les diré por qué: porque no saben qué otra cosa hacer. La OAS está contra las cuerdas, y los *pieds noirs* con los que contaban huyen en masa de Argelia. —Trazó un ademán vago—. Pero todo esto es secundario. La revuelta de Orchard es una buena cortina de humo. Durante algunas horas, Argel tendrá algo más importante que hacer que pensar en la salud de sus árabes.

Se produjo una pausa, tras la cual Prugny preguntó:

—¿Qué necesita?

—Cuatro o cinco hombres, nada más. Las herramientas ya las tengo.

Prugny miró a Defeldre.

—¿Te encargas tú?

—Sí, me encargo yo.

Las bombas desgarraron la noche, pero aquello no era una novedad en Argel. Se hizo por fin la calma, una calma precaria, cargada de tensión, que se prolongó hasta las primeras horas de la mañana. Con el sol, brillante, el cielo se tornó todo diafanidad y calor. Más tarde, en Babel-Oued, un grupo de jovencísimos *pieds noirs* atacó dos carros blindados del cuerpo de ingenieros en la calle Christophe Colombe. Dos militares perdieron la vida. Poco después, en una plazoleta tranquila hasta aquel momento, una patrulla de gendarmes fue alcanzada por ráfagas de ametralladora.

Con todo, la batalla propiamente dicha no dio comienzo hasta primeras horas de la tarde, cuando una columna de carros armados del ejército embocó a toda velocidad la avenida de la Bouzaréah abriendo fuego indiscriminadamente contra los cafés y las fachadas de las casas. Le respondió el fuego de bazokas. Varios grupos de francotiradores de la OAS, atrincherados en los tejados, consiguieron detener un segundo convoy merced a un intenso fuego de fusilería. Media hora más tarde, el cielo estaba lleno de helicópteros de la gendarmería, que trataban de desalojar a los francotiradores sin descender demasiado. Uno de los autogiros tuvo que alejarse y dejó una estela de humo tras ser alcanzado.

Un camión cisterna irrumpió en aquel instante procedente del barrio contiguo de El-Biar. Defeldre, que era quien conducía, sacó la cabeza por la ventanilla.

—La majadería de Orchard ya ha empezado. ¿Tenemos que hacer algo más?

—No, solamente esperar —le respondió Pinks, que iba sentado a su lado—. Y si es posible, en un lugar más seguro.

—¿Y el camión?

—Déjelo donde le venga bien. Nadie sospechará de una cisterna de agua oxigenada.

Aparcaron el camión a la entrada del bulevar Guillemín. Detrás de ellos se detuvo un Renault rojo en el que iban cuatro comandos Delta: tipos duros, de bar de mala nota, uniformados con monos que llevaban el emblema de la compañía del agua.

—Marchaos —les dijo Defeldre. Y volviéndose hacia Pinks añadió—: Usted venga conmigo.

Mientras se dirigían al extremo septentrional del barrio, vieron grupos de muchachos que empuñaban fusiles correr por los tejados de las casas y las terrazas de los bares. Algunos llevaban ametralladoras y cajas con cargadores. Casi todos llevaban brazaletes con la cruz celta, símbolo del ejército clandestino.

Se oían golpes sordos, cada vez más cercanos, y de las arterias centrales de Babel-Oued se levantaban columnas de humo. De pronto, cuatro aviones pasaron zumbando sobre sus cabezas y soltaron una andanada de proyectiles. Del centro les llegó el estruendo de una serie de explosiones, en rápida sucesión. Sobre la calle se precipitó una lluvia tintineante de fragmentos de vidrio.

—Los T6 —masculló Defeldre—. Me parece que Orchard no va a durar mucho.

—Qué levantamiento más ridículo —dijo Pinks.

Sin previo aviso, Defeldre lo agarró por la pechera de la camisa y lo empujó contra el tronco de una palmera. El rostro del jefe de los Delta, torvo por naturaleza, estaba descompuesto por la cólera.

—Escucha, americano. Nadie te ha pedido tu opinión sobre lo que hacemos. Si nos va mal, es culpa vuestra también, que en lugar de armas nos dais agua destilada...

—Destilada no —replicó Pinks sin descomponerse lo más mínimo—, oxigenada.

Defeldre se lo quedó mirando; entonces sacudió la cabeza y lo soltó.

—Vámonos. Prugny nos está esperando.

El barrio de El-Biar aparecía tranquilo a la luz del crepúsculo; con todo, la gente observaba con aprensión, reunida en los balcones, los incendios de Babel-Oued y la enorme columna de humo que el viento arrastraba hacia el puerto. Prugny, Pinks y Defeldre salieron de la villita blanca, oculta entre los naranjos, en la que habían estado reunidos y se subieron a un coche. Al volante les esperaba Jean-Claude Sánchez, un hombre robusto, de piel oscura, impetuoso y charlatán, que compartía con Defeldre el mando de los Delta. A Pinks se le había atragantado desde el primer momento.

—Ahora me vais a explicar una cosa —dijo Sánchez en cuanto se pusieron en movimiento—. Si esta arma milagrosa requiere que echemos veneno a las tuberías, ¿qué necesidad tenemos del agua oxigenada del americano este? Con un veneno cualquiera el efecto es el mismo.

Defeldre asintió vigorosamente.



—Eso mismo me vengo diciendo yo desde el primer momento. Tengo la impresión de que estamos perdiendo el tiempo.

Pinks se puso tenso. La voz le salió una octava más alta que de costumbre.

—Estoy condenado a tener que vérmelas con imbéciles. —Miró a Prugny—. Explíquesele usted a sus amigos. Yo no lo consigo.

Prugny se aclaró la voz.

—Si nos limitáramos a envenenar las tuberías, árabes y franceses resultarían afectados indistintamente. Este señor afirma que puede matar a los árabes solamente, dejando incólumes a los blancos.

—Mentiras —fue el comentario de Sánchez mientras negaba con la cabeza—. Yo soy médico, y algo entiendo. Beber agua oxigenada es malo para cualquiera, sea blanco, negro o amarillo.

—Pero el tanto por ciento de agua oxigenada que he usado está por debajo del umbral de peligrosidad. —Pinks estaba al borde de la desesperación, entre otras cosas porque dentro del coche el aire le parecía viciado—. Hemos usado poquísima.

—Eso es verdad —confirmó Defeldre—, lo cierto es que es un arma sin punta. Si se llegara a saber que estamos contaminando los acueductos, los árabes se pondrían a beber de los pozos, o usarían agua mineral. No son tontos.

—No, ellos no —replicó Pinks. A continuación, en tono más calmado, añadió—: He tratado de hacerles entender que en este caso he empleado agua oxigenada porque tenían prisa. Se podría echar mano de muchísimas otras sustancias. Y no sólo sustancias que se beben, también de las que se respiran. Todas ellas imposibles de detectar y todas con el mismo efecto: miles de árabes muertos.

Prugny tuvo un gesto de irritación.

—Ya basta. Enseguida lo comprobaremos personalmente.

Mientras ellos recorrían las calles de El-Biar, familias enteras habían salido a los balcones, empuñando ollas y cazuelas. Empezaron a golpear con ellas las barandillas de hierro forjado: tres golpes rápidos, dos más separados. Había quienes gritaban, cadenciándolo con aquel ritmo, el eslogan «*Al-gé-rie fran-çaise*». Al poco, el anochecer estuvo lleno de aquel estrépito repetido por miles de cacharros, mientras más abajo Babel-Oued seguía ardiendo.

—Ahí está la clínica —decía Sánchez al cabo de unos minutos—. Sí, hay cierta animación.

Detuvo el automóvil a escasa distancia de un edificio bajo y ancho, con las paredes encaladas. Un cartel luminoso anunciaba que se trataba de la clínica del Beau Fraisier. Había grupos de enfermeros delante de la puerta; discutían animadamente entre las ambulancias. A juzgar por los bajos de los pantalones que asomaban por debajo de las batas, varios de los sanitarios debían de ir en pijama.

Sánchez se asomó por la ventanilla y se dirigió a una monja que pasaba.

—Hermana, ¿ha pasado algo? Soy médico.

—Oh, sí. —La religiosa estaba palidísima. La voz le temblaba de la emoción—.

Tenemos más de cincuenta fallecidos, y muchos enfermos que están muy mal. El director no sabe qué hacer.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Una intoxicación?

—No, es peor. Trombosis por todo el cuerpo. Las venas no aguantan la presión de la sangre. —La hermana cerró los ojos—. En mi vida había visto nada parecido. Es horrible. Hay sangre por todas partes.

Hizo ademán de alejarse, pero Sánchez la volvió a llamar.

—Perdone, hermana. Una última información. ¿Afecta a todos los pacientes?

—No, no a todos, por suerte. A menos de la mitad.

—¿Árabes?

La monja entornó los ojos, recelosa.

—¿Por qué me lo pregunta? Sí, la mayoría árabes. Pero también hay algunos franceses.

Sánchez puso el coche en marcha y se alejó. Se detuvo dos manzanas más allá, junto a la entrada de un callejón. No se veía a nadie. Se volvió en su asiento a mirar atrás.

Prugny miró ceñudo a Pinks.

—Quiero una explicación.

—¿Qué es lo que tengo que explicar? —Pinks estaba radiante—. Ha salido según lo previsto.

—La monja ha hablado de franceses muertos.

Pinks se encogió de hombros.

—Bien, sí, es posible, pero el porcentaje de probabilidades es mínimo. ¿Qué les importa? Se conoce que tenían mala sangre. A saber si sus abuelas...

No pudo terminar. La pesada mano de Defeldre cayó sobre su rostro, partiéndole el labio. Entonces Sánchez salió del coche, abrió la portezuela posterior, lo agarró de la pechera y lo arrastró a la calzada.

—¿Qué hacemos con él? —le preguntó a Prugny—. ¿Nos conviene liquidarlo?

—No, déjalo. Su carrera en Argelia ha terminado.

Pinks se quedó sentado en el suelo, mientras el automóvil se alejaba veloz. Tosió un par de veces. Se secó con la manga de la camisa la sangre que le caía de la boca. Se puso en pie, con algunas vacilaciones.

Se quedó mirando el punto en el que el vehículo había desaparecido.

—Perderéis —murmuró—. Ya habéis perdido. Pero yo no.

Echó a andar a trompicones por la calle; mientras, al ir cayendo la noche, el estrépito de las cazuelas crecía en intensidad.

## 6. El sótano del río

La mañana siguiente a su llegada a Castres, Eymerich tomó asiento frente a una de las mesas de la posada, vigilada ya por los hombres armados que la tarde antes le enviara el señor D'Armagnac. Había pasado la noche acostado en uno de los arquibancos, fatigado por las primeras e inútiles pesquisas sobre el suicidio de Raymond. Aparentemente, el muchacho llevaba una vida normal y nunca había entrado en ninguna secta. Por lo menos eso era lo que afirmaba una Emersende conmocionada hasta tal punto que Eymerich había tenido que aplazar su interrogatorio hasta el día siguiente y renunciar a su propia cena.

Nada más levantarse había ido a misa a la iglesia de San Benito de Nursia, contigua a la abadía que llevaba el mismo nombre; desde el fondo de la nave se había dedicado a escrutar los rostros de los fieles, tratando de interpretar sus expresiones sin ser visto. Si había una forma de indagación que le gustara, era observar de lejos, lo que le permitía permanecer oculto. Por el contrario, todo contacto directo le cohibía siempre un poco.

Al sentarse a la mesa de la posada, Eymerich vestía un hábito que le había proporcionado el padre Corona, y en el que ya había manchas de sudor a causa del calor oprimente de aquella mañana de sol. Acalorados y jadeantes se veía también a los tres terciarios que había mandado venir del palacio episcopal para que le hicieran de secretarios y escribanos.

—Nos haría falta un notario —observó el padre Corona mientras tomaba asiento junto al maestro—. ¿Queréis que busque uno?

—No, no me fío de la gente de aquí. He enviado ya un mensaje al señor de Berjavel, un notario de Carcassonne. Y la patrona, ¿dónde está?

El padre Corona le señaló la cocina.

—Ahí. Tengo la impresión de que está bastante repuesta. Ayer estaba alterada por el hecho en sí, no por la pérdida del muchacho. Se diría que no le tenía demasiado cariño.

—Que venga.

Al salir de la cocina, Emersende iba todavía despiojándose. Llevaba en el rostro las huellas del llanto del día antes, pero en conjunto se la veía tranquila.

—Sentaos —le dijo Eymerich, señalándole el banco que tenía enfrente—. Este interrogatorio no es oficial, así que todavía no os voy a hacer jurar. Pero quiero la verdad.

La mujer asintió.

—Ayer tarde —prosiguió Eymerich— me dijisteis que el chico no tenía padres. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para vos?

—Toda la vida. A efectos prácticos lo he criado yo, aunque no por mi gusto. Era muy pequeño cuando me lo trajo el señor Piquier y me rogó que me quedara con él. Me dio una pequeña suma, pero no era suficiente para criar a un mocoso.

El padre Corona se agitó un poco en su silla. Tras lanzarle una mirada, Eymerich le preguntó a la mujer:

—¿Quién es el señor Piquier?

—Es el intendente del conde de Montfort. De hecho, creí que el pequeño sería uno de los muchos bastardos del conde. Pero como era más pálido que los demás, acabé por no pensar más en ello.

Eymerich miró al padre Corona, que parecía azorado.

—¿Creéis que es posible?

—Bueno, es del dominio público que Castres está llena de hijos ilegítimos de Othon de Montfort. Y también que el señor Piquier se ocupa de colocarlos lo mejor que puede.

Eymerich meneó la cabeza con desaprobación. Volvió a dirigirse a la mujer.

—Y así es como adoptasteis a Raymond. ¿Dónde lo alojabais? ¿En vuestras habitaciones?

El rostro más bien severo de Emersende adquirió una expresión de indignación.

—¡Ah, no! ¡Ése no era hijo mío! Vivía en el sótano de una casa a orillas del Agout. Ya hacía mucho dándole trabajo.

—¿Podríais conducirnos hasta esa casa?

—Podría, pero ahora no tengo tiempo. Y tampoco estoy segura de si sabría encontrarla.

Eymerich llevaba ya varios minutos sintiendo una aversión incontenible contra aquella arpía. Sintió un alivio inconfesable al poder darle rienda suelta.

—Escucha, Emersende —le dijo, hablando con gran lentitud—. Podría acusarte formalmente de complicidad con un hereje asesino. Lo cual implicaría tortura, y quizá la hoguera. Así que es mejor que te pongas en pie y te dirijas deprisita a esa casa. ¿Me he explicado?

Emersende no se dejó apabullar tan fácilmente.

—No creo que monseñor dejara pasar semejante abuso.

Eymerich esbozó una amplia sonrisa.

—Ya veo que no entiendes en asuntos de Inquisición. No hay obispo que pueda darle órdenes a un inquisidor. Si encima quisiera ponerle trabas, podría ser destituido y acusado de complicidad con el reo. No sería la primera vez. —Le hizo un gesto al padre Corona—. Llevadle esta mujer al señor D'Armagnac y ofrecedla para los tirones de cuerda.

Emersende palideció a ojos vistas.

—Os llevaré donde queréis —murmuró—. Sencillamente, no estaba segura de la casa.

—En cambio, ahora la recuerdas perfectamente.

—Sí.

—Estupendo. Pues adelante.

La mujer se dirigió a la puerta, seguida por Eymerich y el padre Corona. Una vez

en la calle, quedó claro que la actitud de la ciudad había cambiado. Los pastores arrimaban los carneros a las paredes para dejar paso a los dominicos; los artesanos saludaban respetuosamente desde las puertas de sus establecimientos; algunas vendedoras de frutas y verduras les invitaban a que escogieran a placer entre su mercancía.

Indiferente a todo ello, Eymerich se inclinó hacia el padre Corona.

—¿Por qué están rojas las casas? ¿Es por el tinte?

El padre Corona asintió.

—La rubia, una vez seca y reducida a polvo, se la lleva el viento. Con el paso de los años ha acabado por formar una capa encima de las fachadas, tiñéndolas de rojo.

Cuando pasaron por la plazuela de los tintoreros, algunos mozos les dedicaron gestos de saludo, mientras que otros se limitaron a mirarlos pasar, en silencio. Pero nadie dio el menor atisbo de querer faltarles al respeto.

—Empiezan a comprender —comentó Eymerich, complacido.

El padre Corona negó con la cabeza.

—No os hagáis ilusiones. El odio contra el rey de Francia y los Montfort lleva arraigado demasiado tiempo como para que se lo pueda borrar de un día para otro. Ahora os temen, pero a las primeras de cambio veréis cómo se transforman.

—Con que tengan miedo me basta —dijo Eymerich en tono seco.

Llegaron enseguida a las casas construidas a orillas del río. Eran construcciones de una o dos plantas, con las paredes rojas. Los tejados eran casi todos de piedra, y raros los de paja. Pero también la piedra estaba roja, como si la recalentara un fuego interior.

—Ahí es donde vivía Raymond —dijo Emersende, quien caminaba rígida y como indiferente a todo.

Eymerich vio un tugurio de dos pisos, que bajo un amplio arco cobijaba el enésimo taller de tintura, anunciado por un emblema de hierro forjado. Un tercer piso, por debajo del nivel de la calle, descendía suavemente hasta el río, surcado en aquel momento por numerosas embarcaciones.

—Pero eso no es una vivienda —comentó.

—El chico estaba en el sótano —le contestó Emersende de malos modos.

Eymerich la miró con severidad, pero sin decirle nada.

El propietario del establecimiento, un gigantón pelirrojo, estaba de pie junto a un pilón de cobre muy grande, que ocupaba el local por entero. Vigilaba con ojo crítico a sus dos aprendices y a unos niños, probablemente hijos suyos, que estaban atareados vertiendo en la balsa, llena a rebosar de piezas ya trabajadas, alumbre y cal muerta para desengrasar los tejidos.

Al ver que entraban, salió al encuentro de la mesonera y los dominicos.

—Cuidado con tocar nada —dijo señalándoles las largas cuerdas colgadas del techo, de las que pendían telas chorreantes de líquido rojo—. Se están tiñendo. —Se volvió hacia Emersende—. He sabido lo de Raymond. Lástima, a veces me echaba

una mano. Tendré que buscarme otro.

—¿Trabajaba para vos? —preguntó Eymerich.

—Vivía en la bodega de abajo, donde guardo las tinas de madera para la tintura al pastel. Calentaba el agua y añadía la ceniza. Pero lo hacía sólo por la tarde: el resto de la jornada lo pasaba en la posada.

—¿Tenía amigos?

Tras intercambiar una rápida mirada con Emersende, como para pedirle permiso para hablar, el hombre contestó:

—No, ¿qué amigos queréis que tuviera? A veces jugaba con mis hijos, pero ellos no lo soportaban. El único amigo que tenía, si se lo puede llamar así, era la muchacha que los domingos le traía comida.

Emersende se alteró ligeramente. Eymerich captó la contracción del rostro de la posadera, pero hizo como si nada.

—Y esa chica, ¿quién era? —le preguntó al artesano.

—No lo sé, padre. —Un pliegue en la frente del hombre reveló que mentía—. Iba con un velo, y bajaba directamente a la bodega. Yo no le prestaba atención.

—Mostrádnos esa famosa bodega.

El hombre pareció sorprenderse.

—Pero... si no hay nada que ver.

—Mostrádnosla igualmente.

El artesano salió del taller y dio la vuelta a la casa. En la estrecha callejuela que separaba la pared del taller de la construcción contigua, el terreno descendía formando una especie de talud.

—Se baja por aquí.

La crujiá terminaba a flor de agua. Una estrecha franja de terreno permitía el acceso a la parte de la casa que quedaba por debajo del nivel del suelo. Se abría allí un amplio local, con un arco en la entrada que la corriente pasaba rozando. En épocas menos secas debía de encontrarse parcialmente cubierto por las aguas.

Eymerich advirtió que casi todas las casas de la orilla del río descansaban sobre locales semejantes. El padre Corona captó la dirección de su mirada.

—Los edificios de Castres que se alzan a orillas del Agout poseen todos sótanos parecidos —explicó—. Sirven para cargar los tejidos en las almadías. Y además, como están semianegados, los usan para aclarar las telas.

Entraron en un local enorme y muy húmedo, en el que reinaba un fuerte tufo a moho. En su centro había una gran pila de madera en cuyo interior se veía un conglomerado informe de tejidos, sumergidos en agua. A su alrededor, dispuestas en filas, se encontraban las grandes vasijas que contenían el familiar tinte rojo. Una enorme estufa de terracota dominaba aquel espacio desde una tarima, al fondo del sótano. Sobre esa misma tarima se veía un jergón, rodeado por más vasijas de tintura.

—No querréis hacerme creer que el muchacho dormía aquí —dijo Eymerich con tono neutro.

El tintorero se encogió de hombros.

—No era hijo mío. Aquí estaba la mar de bien.

El inquisidor lamentó durante un instante no haber podido conocer mejor a aquel pobre zagal, condenado a una vida de miserias entre gentes que no sentían por él el menor afecto. Pero aquel asunto iba más allá de los límites de su investigación.

—¿Y cómo hacía para entrar aquí, cuando las aguas bajaban crecidas? —se limitó a preguntar.

—¿Veis esa trampilla, padre? —preguntó el tintorero, señalando una abertura en el techo—. Tiraba una cuerda y se descolgaba desde arriba.

—Y la muchacha del velo que venía a verlo, ¿hacía lo mismo?

El tintorero se encogió nuevamente de hombros.

—Nunca me preocupé de saberlo. No era asunto mío.

Un arranque de ira hinchó el pecho de Eymerich, pero consiguió contenerlo. Se dirigió a la tarima, rodeando la pila de madera. Trepó ágilmente al lado del jergón. El hormiguear de los chinches que descubrió entre la paja lo obligó a volver la cabeza.

—¿No llegaba nunca el agua hasta aquí arriba? —preguntó.

—No —le contestó el tintorero desde abajo—. Ni a la cama ni a la estufa, ni siquiera en los días de crecida.

El padre Corona trepó también, y removió el jergón sin miramientos.

—¿Qué es esto? —preguntaba unos instantes después, mostrando un brazalete de bronce.

El tintorero contestó con un gruñido.

—¿Qué sé yo? Tendría también sus cosas.

—Qué curioso —murmuró el padre Corona—. Representa una serpiente que se muerde la cola. No es un objeto corriente.

Eymerich no le prestó atención. Estaba examinando una de las vasijas de tinte, diferente de las demás por el color del líquido que contenía, más oscuro y opaco, y también por sus dimensiones, verdaderamente enormes. Tras superar alguna vacilación, sumergió en él el dedo índice, y luego lo sacó y lo miró al trasluz. Observó la sustancia que se le escurría dedo abajo con el ceño fruncido. Se volvió hacia el tintorero.

—¿Empleáis sangre de pollo o de buey en vuestras tinturas?

El hombre se quedó perplejo.

—Desde luego que no. Uso las flores de una planta que se llama rubia, o también granza. En Florencia, adonde mandamos nuestras telas, no quieren otra cosa.

Eymerich olisqueó el líquido que seguía escurriéndosele por el dedo.

—Pues esto parece sangre. —Alargó el dedo en dirección al padre Corona—. ¿No estáis de acuerdo?

—Sí —respondió el dominico, tras un breve examen—. No cabe duda.

Eymerich lo miró sin decir nada, y saltó de la tarima abajo. Pasó por delante del tintorero y Emersende y fue a lavarse el dedo en la pila. El agua en torno a su dedo

adquirió una coloración rojiza, que se expandió en volutas. Se secó con una gasa de lino que había quedado colgada del canto de madera. Se la tendió al padre Corona, que había saltado también de la tarima.

—Meted este trapo en la vasija y dádselo a examinar a un especiero. Quiero saber de qué clase de sangre se trata. —Y volviéndose hacia el tintorero añadió—: Guardaos de tocar nada de lo que hay en este sótano, hasta nueva orden. ¿Entendido?

—Pero tengo que trabajar.

—Trabajad en otras cosas. Y si no os parece bien, requisaré todo el edificio.

El artesano puso cara de fastidio.

—Está bien, está bien.

Le dio la espalda al inquisidor e hizo ademán de ir a marcharse.

Eymerich lo adelantó y le cortó el paso. Lo miró fijamente, entornando los ojos.

—Un momento, amigo mío —le dijo en voz baja, cargada de amenaza—. Y ahora me diréis quién era la muchacha que venía a ver a Raymond.

—Ya os he dicho...

—¡Cuentos! —Con un sentimiento de liberación, Eymerich dio rienda suelta a la cólera que había acumulado hasta aquel momento. Pero lo hizo en un tono exageradamente sereno, casi aflautado—. Hereje, dime la verdad o antes de que anochezca estarás en Carcassonne, en la cámara de Jos interrogatorios. Y mañana por la mañana, tu familia estará pidiendo limosna.

El tintorero evaluó al fraile que tenía delante y captó la luz homicida que brillaba en su mirada. Bajó los ojos.

—Tengo entendido que la muchacha es una de las hijas del conde de Montfort. Una que va por ahí siempre con un velo, y a la que llaman la bruja. Es la protegida del señor Piquier. Raymond era un bastardo del conde.

—Eso está mejor.

Eymerich inspiró profundamente y se dirigió a la salida, sin dignarse mirar a los presentes. No estaba exultante por su triunfo. Toda manifestación de su instinto agresivo le causaba un sutil sentimiento de culpa que necesitaba de algunos instantes para desvanecerse.

El padre Corona le dio alcance en la pequeña cuesta que llevaba al camino.

—¿Os fiáis de las palabras de ese hombre, *magister*?

—Sí. Cada paso que damos en dirección a los *masc* nos lleva a los Montfort. Tengo que ir a ver al conde cuanto antes. ¿Tenéis el trapo?

—Sí.

—Llevádselo enseguida al especiero, y después reuníos conmigo en la posada. Esta tarde iremos juntos a Hautpoul.

Eymerich sentía una agudísima necesidad de estar a solas. Después de sortear un carro cargado de hortalizas, se echó la capucha sobre la cabeza y se sumergió con la cabeza gacha en el tropel de comerciantes, niños, mujeres con la cesta de la colada encima de la cabeza y pedigüenos que invadía las calles embarradas, deslizándose a



uno u otro lado del albañal rebosante de agüilla rojiza que bajaba por su centro.

A su paso, la multitud se apartaba, guardando silencio durante algunos instantes. Tampoco en la plazoleta de los tintoreros se atrevió nadie a gritar improperios dirigidos al inquisidor, ni a entorpecer su camino. Un pequeño rebaño de ovejas se vio obligado a apretarse de manera tan precipitada contra las paredes de unas casas, que por poco no se llevó por delante un tenderete de vinos y siropes.

Indiferente a todo ello, Eymerich caminaba a buen paso, absorto en sus pensamientos. Le contrarió descubrir que el tramo de calle a la puerta de la posada estaba ocupado por una pequeña multitud de hombres armados que lucían en sus indumentarias los emblemas del rey de Francia. En medio de todos ellos, envuelto en una rica túnica de seda amarilla de manga larga, se movía la recia figura de Guillaume d'Armagnac, enfrascado en repartir órdenes.

Viendo que se acercaba Eymerich, el alguacil salió a su encuentro con una gran sonrisa.

—¡Mi querido padre Nicolás! Os debo una disculpa por lo de ayer tarde. Soy desconfiado por naturaleza y todavía no estaba enterado de que trataba con un personaje tan ilustre. —Y, a continuación, moderando su sonrisa y el tono de su voz, añadió—: Lo único que siento es tener que deciros esto en unas circunstancias tan trágicas.

—¿Circunstancias trágicas? —preguntó Eymerich tras dedicarle una sobria inclinación de cabeza.

—Claro, vos no podíais saberlo todavía. En vuestra ausencia ha sido apuñalado uno de los jóvenes dominicos que habíais dejado en la posada. He venido a toda prisa en cuanto lo he sabido.

Eymerich se sobresaltó.

—¿Sigue allí?

—Sí. Al parecer el asesino es un joven, pero no hemos conseguido todavía...

Antes de que el alguacil terminara la frase, Eymerich se había plantado ya en la posada. El terciario, con el hábito cubierto de sangre, había sido colocado sobre una mesa. Un médico y los otros dos dominicos lo asistían, pero por la palidez de su rostro se comprendía que ya no había nada que hacer.

—Le queda poco —dijo el médico, un hombre de edad avanzada, vestido de pañete negro—. Pero tal vez estéis a tiempo de administrarle la extremaunción.

—Que lo haga otro —dijo Eymerich, haciéndole una seña a uno de los jóvenes dominicos. El terciario se apresuró a salir—. ¿Puede hablar?

—No —respondió el médico.

El inquisidor se volvió hacia el señor D'Armagnac, que acababa de entrar en aquel preciso momento.

—Señor alguacil, me habéis dicho que el asesino ha conseguido escapar. ¿Cómo se ha producido el crimen?

—Yo estaba presente —intervino el terciario que se había quedado junto al

herido, llenos de lágrimas los ojos—. Étienne ha salido a la calle. Un joven que había en las inmediaciones se ha acercado y lo ha apuñalado por la espalda. Ha salido corriendo con el puñal todavía en la mano.

—Acaba de expirar en este instante —anunció el médico, con voz compungida.

—Queda poco por hacer, pues —dijo Eymerich bruscamente. Miró a D'Armagnac—. Señor alguacil, ¿queréis acompañarme a mi habitación? Debo hablaros en privado.

El médico parecía muy sorprendido.

—Pero cómo, ¿no vais a recitar las oraciones?

Pero Eymerich subía ya por las escaleras, seguido de un D'Armagnac presuroso y obediente.

—Sentaos en aquel arquibanco, o en la cama, donde queráis —le dijo Eymerich al llegar arriba.

El alguacil miró a su alrededor, maravillado.

—¿De verdad que os alojáis aquí? No es posible. Estaré encantado de teneros en mi palacio.

—Prefiero estar aquí. —El tono de Eymerich, de tan seco, era casi grosero—. ¿Qué opináis de ese crimen? ¿Han sido los *masc*, los cátaros o algún otro?

El alguacil mostró su embarazo ante preguntas tan directas como aquéllas. Se dejó caer pesadamente en uno de los arquibancos, sudando copiosamente.

—Bien, los cátaros normalmente no matan. Se lo prohíbe su doctrina, aunque ya no es tan rigurosa como lo fue en otros tiempos. En cuanto a esos que llaman *masc*, no sé siquiera si de verdad existen. Vuestro eximio hermano, el padre Corona...

—Olvidaos del padre Corona. La verdad es muy otra. —Eymerich se puso a deambular nerviosamente por la habitación, sin mirar a su interlocutor—. Esta ciudad está contaminada de la cima a los pies. En sólo dos días se han producido dos delitos de sangre, y de camino acá me he encontrado con los campos sembrados de cadáveres. Y por lo que se refiere a los asesinos, sólo falta ponerse a elegir: el terciario podría haber sido asesinado por los *masc*, por los cátaros, por gente hostil al rey de Francia, o fiel al rey de Francia pero hostil a la Iglesia, y suma y sigue. Incluso por un sicario vuestro.

D'Armagnac se alarmó.

—¡Pero padre! Os aseguro que yo...

Eymerich hizo un gesto distraído.

—No hagáis caso, no era más que una suposición. Lo único cierto es que ambos episodios, el de Raymond y el del terciario, tienen que ver conmigo. En el primer caso, en calidad de víctima; en el segundo, como destinatario de una advertencia clara. ¿Convenís conmigo?

—Quizá.

—Nada de quizás. Es así. Pero lo cierto es que esta ciudad está enferma, es venenosa como un nido de víboras. Me pregunto si el color de sus paredes no se

deberá a la sangre, y no a la rubia.

—Hasta el día de ayer era una ciudad bastante tranquila. —El tono del alguacil sonó un poco molesto.

—¿Tranquila, decís? Desde luego, todo el mundo cerraba los ojos a la proliferación de sectas, de herejías, de partidos y facciones. Pero en el fondo, la tranquilidad que imperaba aquí era la del *rigor mortis*.

—¿Y qué proponéis vos?

Eymerich se detuvo en seco. Su rostro, sombrío hasta aquel momento, se iluminó con una luz vagamente sardónica. Se sentía emplazado a un reto y saboreaba ya el placer de la batalla y la solidez de sus músculos.

—En primer lugar, cambiar la multiplicidad de poderes por el sometimiento a un poder único.

El alguacil negó con la cabeza.

—Imposible.

—Sería imposible si me propusiera reducir a la obediencia a las distintas facciones mediante el uso de la fuerza. Pero no es imposible propiciar en ellas nuevas divisiones, hasta dejarlas sin fuerzas. ¿Recordáis lo que decía Nuestro Señor?: «No he venido a traer la paz, sino la espada. Porque he venido para enfrentar al hijo con el padre, a la hija con la madre, a la nuera con la suegra». Espero que comprendáis qué quiero decir.

La expresión del alguacil había cambiado. De la exagerada cortesía de poco antes, a todas luces falsa, había pasado a un interés evidente, tras el cual se apreciaba cierta admiración.

—¿Por qué me contáis todo esto, padre Nicolás? Tal vez yo mismo represente uno de esos poderes que queréis dividir y debilitar.

—Desde luego que lo representáis. —Eymerich se sentó sobre el otro arquibanco. Se echó un poco hacia delante, con una expresión intensa en el rostro—. Pero la fuerza que os sostiene es compatible, a fin de cuentas, con la que yo encarno. La corona de Francia, hoy por hoy, es muy débil. No es ése el caso de la Iglesia, capaz de sobrevivir a la disolución de los imperios. Si Francia ha de recuperar su potencia, será sólo porque las relaciones entre la Iglesia y los Plantagenet son menos buenas de lo que parecen.

—¿Y qué gano yo con vuestros planes?

Eymerich agradeció la franqueza de su interlocutor y la sonrisa espontánea que había aparecido en sus labios.

—No es difícil de imaginar. Los Montfort sufren descrédito, aunque a fin de cuentas los planes que les tenemos reservados no tienen a Castres por escenario. Quienes los siguen lo hacen por fidelidad a la Iglesia o porque aprecian su capacidad para mantener cierto orden. Pero en vos ambas virtudes podrían conciliarse. En cuestión de meses, los D'Armagnac podrían estar gobernando Castres en calidad de feudatarios, y no como simples alguaciles.

El inquisidor comprendió que había dado en el blanco. Tras guardar silencio durante algunos instantes, como si reflexionara intensamente, el señor D'Armagnac preguntó:

—Resumiendo, ¿cómo os proponéis actuar?

—En primer lugar, mi intención es emitir un bando que vos me ayudaréis a divulgar. Prometeré recompensas a quienes denuncien a sospechosos de herejía, sea cual fuere la secta a la que pertenezcan, y amenazaré con castigos a quien no denuncie. Así, el vecino denunciará al vecino, o lo tendrá vigilado, y la división penetrará hasta en las mismísimas familias. Tened por seguro que en poco tiempo el nudo de víboras empezará a soltarse.

—Dudo que vuestras amenazas vayan a surtir un efecto tan inmediato.

—En efecto, por sí solas no bastan. Es menester un ejemplo que agite la conciencia de los débiles. Permitidme una segunda cita de los Evangelios: «Aquel que no esté conmigo, será expulsado como la cizaña. Se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego y arderá». Es necesario que semejante final le quede claro a todo aquel que dude qué partido tomar.

El alguacil enarcó una ceja.

—¿Qué insinuáis? Espero que no...

Eymerich lo miró fijamente. Movi6 lentamente la cabeza en sentido afirmativo.

—Efectivamente.

En aquel preciso instante entr6 de estampía el padre Corona. Se detuvo en el umbral.

—Oh, disculpadme. Creí que os hallaría solo. —Hizo ademán de salir.

—No, quedaos —le dijo Eymerich—. ¿Novedades?

—He sabido de la tragedia...

—Sí, sí. ¿Habéis ido a ver al especiero?

El padre Corona miró al señor D'Armagnac, y volvió su mirada hacia Eymerich.

—Sí, he ido a verlo. Su opinión es que se trata de sangre humana.

El alguacil se puso en pie de un brinco.

—¿Sangre? ¿De qué sangre habláis?

Eymerich no le hizo caso.

—Lo sospechaba. Es más, estaba convencido de ello. —Eché a pasear de nuevo por la estancia—. Señor D'Armagnac, el pequeño Raymond era un *masc*, o estaba en contacto con ellos. Esta segunda hipótesis es la más probable. Esto me reafirma en mi opinión de que las víboras de Castres necesitan que se les dé un escarmiento.

—Pero aquí hace al menos diez años que no se celebran autos de fe.

El padre Corona dio un paso en dirección a Eymerich.

—¿Un auto de fe? —preguntó con voz descompuesta—. Pero ¿a quién querríais mandar a la hoguera, *magister*?

—Según me dijisteis, habíais arrestado a unos herejes.

—Sí, una familia de cátaros.

—Supongo que los habréis juzgado.

—Sí, y los he declarado culpables. Pero se trata de unos pobres campesinos, víctimas de los pocos *bonhommes* que han sobrevivido. Por eso los he condenado a seis meses de *murus arctus*.

Eymerich se cruzó de brazos. Habló silabeando las palabras, en tono doctoral.

—La condena no es asunto nuestro, sino del brazo secular. A nosotros nos compete tan sólo el juicio. Ahora bien, si habéis declarado a esa gente culpable de arraigadas convicciones heréticas y no han dado muestras de arrepentimiento, la pena que la ley civil les reserva es la muerte en la hoguera. Creo que el señor D'Armagnac es de mi parecer.

El alguacil abrió la boca para replicar, pero finalmente prefirió callar. Esbozó una leve reverencia.

—¡*Magister*, escuchadme! —El padre Corona estaba conmocionado—. Esa gente no merece que la maten.

—Es esta ciudad la que se merece que mueran —replicó Eymerich fríamente—. Nosotros, naturalmente, le rogaremos al señor alguacil que sea clemente. Pero sospecho que no lograremos conmoverlo.

El señor D'Armagnac se quedó sorprendido por un momento, mas enseguida una tímida sonrisa apareció en sus labios.

—Eso mismo sospecho yo. —Su rostro recuperó la seriedad—. Pero hay un problema, padre Nicolás. Para proceder a un auto de fe, necesito el consenso del obispo y del feudatario.

—Por el obispo no os preocupéis. En cuanto al señor de Montfort, el padre Corona y yo iremos a verlo después de comer. A nuestro regreso tendréis su conformidad.

El alguacil se quitó el turbante emplumado e hizo una profunda reverencia.

—La espero, padre Nicolás, como espero vuestro pregón. Y ahora, si me lo permitís, me retiro. Espero que os acordéis de lo que me acabáis de decir sobre los poderes conciliables.

—Estad tranquilo, señor mío —le respondió Eymerich, devolviéndole la inclinación.

Una vez se hubo marchado el alguacil, el inquisidor miró al padre Corona, quien seguía profundamente turbado.

—Interesante personaje —comentó Eymerich—: No es particularmente inteligente, pero es astuto. Por lo menos es capaz de reconocer su conveniencia.

—*Magister*, me veo en la obligación de repetiros que los herejes que he arrestado no merecen la muerte. Si no he conseguido de ellos que se arrepientan por completo, es sólo porque ni siquiera entienden qué culpa han cometido. En muchas aldeas de montaña, hasta los propios párrocos a duras penas aciertan a distinguir entre catarismo y cristianismo.

Para su sorpresa, una expresión benévola se reflejó en el rostro de Eymerich, por

lo común tenso y severo. Se acercó un poco al padre Corona y, fugazmente, le apoyó las manos en los hombros.

—Serenaos, padre Jacinto, y tened confianza en mí. Persigo dos fines: hacer comprender a Castres que desde hoy tiene una autoridad superior a todas las otras, y estudiar la actitud de los señorones del lugar ante mi propuesta de un auto de fe. Debo saber hasta qué punto se hallan en connivencia con la herejía. —Sonrió débilmente—. Como veis, no tengo la menor intención de mandar a la hoguera a las personas que habéis arrestado. Me interesa una hoguera, y nada más. Pero preferiría no hablaros ahora de mis planes, que son asaz complejos y conciernen a estos señorones nuestros.

—De todos los señorones a los que os referís, sin duda el alguacil es el más siniestro —observó el padre Corona, algo aliviado.

—Muy cierto. Por eso era el primero al que había que neutralizar. Ya ha matado a nuestro terciario. Sin la conversación de hace un momento, habría intentado muy pronto acabar también con nosotros dos.

Una expresión de profundo estupor se dibujó en el rostro del padre Corona.

—Suponéis, pues...

—No lo supongo, lo sé. —Eymerich fue hacia a la puerta—. Venid, vamos a ver qué han hecho con el cuerpo de ese pobre muchacho. Y luego trataremos de convencer a mi señora Emersende de que nos prepare algo de comer. Hace ya un rato que ha pasado la sexta, y hoy tenemos que ponernos de camino.

Abajo había quedado sólo uno de los terciarios, un joven imberbe que seguía muy afectado. Les informó de que el cadáver había sido llevado a la abadía, donde los benedictinos iban a ocuparse de las exequias. Tras mandarle que se retirara, Eymerich se dedicó a Emersende, que no hacía más que ir de la sala a la cocina y viceversa como si tuviera que atender a una clientela inexistente.

La posadera se mostró aliviadísima cuando el inquisidor, sin hacer la menor referencia a su comportamiento ambiguo de la mañana, se limitó a ordenarle que les diera algo de comer. Si también se sorprendió, es cosa que no dio a entender. Antes al contrario, preparó carne de cerdo a la sal, con una salsa a base de cebolla y de miga de pan. Tampoco protestó cuando Eymerich le ordenó que la probara y que les ofreciera algunos pedazos a los soldados del alguacil que montaban guardia fuera.

La comida fue rápida: la engulleron de mala gana a causa del calor opresivo y húmedo que el sol, en su cenit, estaba condensando. Eymerich, absorto en sus reflexiones, respondió a las preguntas del padre Corona con cuatro frases distraídas. Una vez hubo dado cuenta del último bocado, se puso en pie de golpe y se dirigió al establo, donde él mismo ensilló su caballo. Su compañero se dirigió a su vez al palacio episcopal, de donde volvía poco después llevando de la brida un rocín embridado con arneses baratos. Pero Eymerich, indiferente a los animales, pareció no reparar en la pobreza de aquella cabalgadura.

Atravesaron una ciudad que el calor excesivo había dejado desierta y apestada

con los tufos malolientes de los albañales y las tinturas. Al distinguir en la distancia, a su derecha, los muros rojizos del monasterio, Eymerich detuvo momentáneamente su caballo.

—¿Cómo se llama el abad?

—Josserand de Nayrac —respondió el padre Corona—. Es primo de Guy de Nayrac, uno de los señores de la ciudad, y hermano de Armand de Nayrac, una especie de condotiero que ha combatido junto a los ingleses. Pero no tiene relación con ninguno de ellos. O tal vez son ellos los que no quieren relacionarse con él.

—¿Por qué?

—Cuando conozcáis al abad lo comprenderéis enseguida. No está del todo loco, pero poco le falta.

Eymerich no hizo comentarios y volvió a ponerse en camino.

Los soldados de guardia en el puente del Agout, entontecidos por el sueño, los miraron pasar sin ninguna curiosidad. Un oficial les dirigió un fugaz gesto de saludo. Le dieron la espalda a la ciudad y cabalgaron entre campos de rubia y de azafrán, agobiados por aquel sol abrasador.

Eymerich permaneció largo rato taciturno, o lacónico. Tener compañía demasiado prolongada acababa siempre por pesarle, como si se tratara de un obstáculo inmerecido a su recurrente necesidad de soledad. Hasta el más agradable de los interlocutores, a la larga, se le habría hecho insufrible. En tales casos comenzaba a responder de malos modos, con la esperanza de que el otro se diera por enterado y se retirase con discreción.

Por fortuna, el padre Corona debía de haber comprendido la personalidad del inquisidor, porque aminoró la marcha ya de por sí poco vivaz de su jamelgo y se mantuvo a algunos pasos del maestro. Así marcharon hasta llegar a los cañones boscosos que anunciaban la Montaña Negra, cuyo majestuoso perfil se cernía desde hacía un buen rato sobre sus cabezas, por encima de la calima amarillenta debida al calor.

Al llegar a los primeros bosques, el humor de Eymerich cambió. Retuvo su caballo y lo situó al paso del del padre Corona.

—Dentro de poco nos encontraremos frente al primero de los cinco poderes que reinan en Castres —le anunció con algo que parecía alegría.

—¿Y cuáles son los otros cuatro?

—El obispo, el alguacil, el abad y ese Guy de Nayrac del que me habéis hablado. —Eymerich frunció los labios—. Las marionetas son muchas. Lo importante es saber distinguir los hilos.

El padre Corona entornó los ojos.

—¿Me permitís una observación, *magister*?

—Ciertamente.

—Se diría que manejaís a los hombres como piezas en un tablero. Y además...

—Acabad. ¿Y además?

—... No parece que os importen demasiado los peones sacrificados. Como Raymond y nuestro terciario. —El padre Corona miró a su compañero con el temor de haber hablado en exceso—. Con esto no quiero decir...

—Oh, no me ofendo en absoluto, amigo mío. —Eymerich dejó escapar una risilla casi jovial—. Hay mucho de cierto en lo que decís. Pero es que nosotros estamos al servicio de un designio que está por encima de las individualidades, y eso puede hacernos parecer cínicos. En realidad, ello se debe a que nos vemos obligados a jugar en un tablero enorme, donde cada una de las piezas tiene un valor muy transitorio.

Aquella respuesta no pareció satisfacer al padre Corona, que iba ya a replicar. Pero en aquel momento aparecieron en el camino cuatro soldados a caballo, con la insignia de la cruz roja en campo blanco. Uno de ellos, que llevaba una larga capa negra y daba la impresión de estar acaloradísimo, les hizo señas a los dominicos de que se detuvieran.

—Buen día tengáis, reverendos padres. ¿Adónde os dirigís?

—Al castillo de Hautpoul —respondió Eymerich con idéntica cortesía—. Vamos a ofrecerle nuestros respetos al señor conde de Montfort.

—El conde se alegrará de veros —dijo el oficial—. Sed tan amables de seguirme. Os escoltaremos hasta el castillo.

Los jinetes recorrieron aún un tramo de calzada, desde donde tomaron un sendero, muy largo y bien cuidado, que se hundía entre robles gigantescos para trepar luego por los flancos de la montaña. Muy pronto, las señales de vida humana, tan escasas en la vaguada, empezaron a multiplicarse. Eran grupos de mendigos sentados al borde del camino, tropeles de zagales que se perseguían por los bosques, carromatos que subían con gran esfuerzo, soldados de guardia en lugares estratégicos. El monte parecía bullir de una vida propia, casi invisible desde abajo.

—La guerra y la peste han obligado a muchos a refugiarse aquí arriba —le comentó el padre Corona— y a trasladar sus actividades al amparo del castillo.

Eymerich no le contestó. Observaba la cresta rocosa que se cernía sobre sus cabezas y que acababa de aparecer por sorpresa entre los árboles. Estaba ocupada enteramente por murallas enormes, que ascendían por la falda de la montaña interrumpidas, aquí y allí, por torres macizas.

—Una fortaleza inexpugnable —comentó.

—El conde Othon se jacta de poder resistir cualquier asedio.

Una serie de recodos les condujo a un pasillo de rocas gigantescas entre las que crecían arbustos y matorrales de retama. En lo alto vigilaban algunos centinelas, erguidos sobre las piedras, y el sol, todavía ardiente, arrancaba destellos a sus armaduras. Observaban los carros que se encaramaban por el sendero polvoriento, chirriando y rechinando; a viandantes que subían o bajaban apoyándose en sus bastones; campesinos que azuzaban a sus bueyes y a sus cerdos. Las paredes de roca acogían un tráfico no menor que el de las calles de Castres, ni menos ruidoso.

Eymerich comenzaba ya a ponerse nervioso por el paso lento al que se veían



constreñidos, cuando el corredor desembocó bruscamente en una amplia explanada pedregosa, desde la cual se accedía a la cima de la cresta. Estaba resguardada por las murallas titánicas del castillo, mucho más altas de lo acostumbrado, cuyo único punto de acceso arrancaba de allí. Había una puerta fortificada de extraordinarias dimensiones, protegida por torres de guardia y cerrada por una serie de rastrillos que en aquel momento estaban levantados. A ambos lados, algunos vendedores habían levantado sus tiendas, y anunciaban mercancías de todas clases loando sus cualidades a la pequeña multitud de hombres y animales que transitaba sin descanso.

Guiados por el oficial, los inquisidores entraron sin formalidades en el recinto. A su derecha, adosadas a las murallas, se extendían ringleras de casitas bajas, con la techumbre de paja y madera, por encima de las cuales sobresalían, al fondo, la fachada y el campanario de una iglesia. Era aquella la dirección en la que confluía el rebaño de villanos. A la izquierda, en cambio, un arco tallado en una torre y guardado por algunos soldados daba acceso a un ala protegida, resguardada por más rastrillos. El oficial desmontó, confabuló con los hombres de la guarnición y les hizo a los dominicos señal de que pasaran adelante, mientras su patrulla se quedaba atrás.

Salieron a una plaza de armas de grandes dimensiones, cubierta de briznas de paja y apestada por el olor penetrante de estiércol equino. Estaba rodeada por los establos, algunas edificaciones para los servicios y una fortificación poderosa, de tres pisos de alto.

—Ésa es la morada del señor de Montfort —les explicó el oficial, señalándoles una hilera de ventanucos en la fachada de la fortaleza—. Podéis confiarme vuestros caballos y entrar directamente.

—¿No nos anunciáis? —preguntó Eymerich.

—No es menester. El conde ha establecido ya disposiciones para que cualquier religioso sea admitido inmediatamente a su presencia, sin más formalidades.

Mientras se dirigían a la entrada del torreón, Eymerich le indicó al padre Corona un grupo numeroso de soldados que se hallaba en una esquina de la plaza de armas, reunidos en torno a una fuente.

—En mi vida había visto cabelleras ni barbas tan largas. Ni vestimentas tan ajadas y armaduras tan dispares.

—Oh, éstos a buen seguro que no son soldados del conde. Probablemente haya recibido la visita de algún jefe mercenario de los alrededores.

—Pero ¿no es de los mercenarios de quienes debería proteger a los campesinos?

—Debería. Pero se sabe que algunos *routiers* le gustan al conde más que otros. Sobre todo los que le ceden parte de sus botines.

Tras pasaron el umbral del torreón al tiempo que, desde el campanario de la iglesia, les llegaba el tañido de la nona. Un criado salió a su encuentro, en actitud de premura. Les saludó con una profunda reverencia.

—Sed bienvenidos, reverendos padres. Espero que hayáis tenido buen viaje.

—Excelente, gracias —respondió Eymerich—. ¿Sería posible ver al conde?

—En este momento tiene audiencia con el capitán De Morlux, pero no tardará en quedar libre. Entretanto puedo hacer que os sirvan algo y mostraros las letrinas.

—Gracias, buen hombre, pero no es necesario. Esperaremos hasta que el conde pueda recibirnos.

—Entonces os acompaño a la antesala.

El atrio era oscuro y despojado, como el aspecto sobrio del torreón dejaba suponer. Pasaron por delante de un grupo de guardias, enfrascados en su conversación o jugando a los dados en grupos. El criado les condujo por una amplia escalinata de techo abovedado, iluminado por algunas antorchas.

En el piso más alto, por el contrario, el ambiente era por completo diferente. Aquí las antorchas era numerosas, y el techo alto, con artesonado de casetones. De las paredes, tapizadas en seda, colgaban elaborados reposteros flamencos y cortinas de terciopelo. Las sillas estaban tapizadas de piel roja de Córdoba. Flotaba en el aire un perfume de flores indefinible, que eliminaba el tufo que llegaba del exterior.

El criado se acercó a uno de los cinco pajes que había en la sala y le señaló una puerta. El paje entró por ella y volvió a salir casi inmediatamente después.

—El señor conde se está despidiendo al capitán De Morlux —les anunció a los dominicos—. Enseguida estará con vosotros.

En cuanto el criado se hubo marchado, Eymerich le susurró al padre Corona:

—No me esperaba tantos lujos en estos tiempos.

—No todos han salido perjudicados de las calamidades de los últimos años. Mas no dejéis que las apariencias os engañen: el señor de Montfort es ante todo un guerrero.

Estaban aún contemplando en silencio el lujo que los rodeaba, cuando una puertecilla oculta tras los tapices se abrió. La criatura que salió por ella provocó en Eymerich un escalofrío incontrolable, tanto más intenso por cuanto inesperado.

Era una joven de unos veinticinco o veintiséis años, tan alta que tuvo que agacharse para entrar en la sala. La larga túnica azul que vestía no conseguía tapar por completo unas extremidades largas y de una delgadez impresionante, tan magras que parecía que la carne no fuera más que un ligera membrana adherida a los huesos. Pero lo que más impresionó a Eymerich fue el rostro de la joven. Semejaba una calavera alargada, de color amarillento, coronado por escasísimos cabellos. Destacaban una boca fina, similar a una hendidura corta y, sobre todo, dos ojos enormes y saltones, de un azul tan claro que a duras penas se veía el iris. Surcaban aquel rostro monstruoso finísimos nudos de venillas escarlatas, que en la frente y las sienes trenzaban complicadas marañas.

A Eymerich le dio la impresión de estar contemplando una especie de pescado dotado de indefinibles rasgos humanos. Pero si su corazón se aceleró fue sobre todo por la sensación de tener ante sí algo horrendamente enfermo, un amasijo de nervios y venas en cuyo interior latía una dolencia innombrable.

Fue cosa de un abrir y cerrar de ojos. Dando boqueadas, la muchacha caminó

algunos pasos en dirección a los dominicos, pero casi de inmediato un hombre flaco, vestido de negro, salió por la portezuela sacudiendo una mano y produciendo un curioso tintineo.

—¡Señorita Sophie, os lo ruego! ¡Vuestro padre podría veros!

Eymerich necesitó de algunos segundos para caer en la cuenta de que el hombre sujetaba en su puño una cadenilla larga y delgadísima que iba atada a uno de los tobillos de la criatura. La muchacha abrió la boca, como para decir algo, pero giró sobre sus talones y regresó hacia la puertecilla. El hombre de negro lanzó una mirada a su alrededor, deteniéndola sobre los dos dominicos, y volvió a cruzar el umbral detrás de la joven.

Eymerich se pasó el dorso de la mano por la frente.

—No puedo creer lo que han visto mis ojos.

El padre Corona sacudió la cabeza.

—¿Es triste, verdad? Es Sophie de Montfort, una de las hijas del conde. Y el que iba con ella es el intendente, el señor Piquier.

—Pero ¿qué es lo que tiene?

—Nadie lo sabe. Nació así, y todos creían que moriría enseguida. El conde así lo esperaba. Y sin embargo, no se sabe cómo, consiguió sobrevivir. La gente le tiene miedo. Como insinuaba esta mañana el tintorero, la gente la cree una bruja.

—¡Y vos, sin decirme nada!

—No he tenido tiempo. Ni durante la comida, ni después, de camino aquí, parecíais tener ganas de conversar.

Eymerich se quedó pensativo.

—¿Sabe hablar?

—Oh, sí, y habla bien. Su inteligencia es normal. Pero el conde no quiere...

Se interrumpió porque la puerta más grande se había abierto. Salió por ella un hombre de facciones duras, con un yelmo emplumado bajo el brazo, que marchó camino de la escalera. Por detrás de él asomó un paje.

—Reverendos padres —se dirigió a los inquisidores—, el señor conde de Montfort os ruega que paséis.

## 7. Los conspiradores

Decir que el bar aquel no invitaba a entrar era dedicarle un cumplido. La desvencijada tapicería de sus butacas rojas, la grisura de su anónimo escaparate, los colores verde y amarillo con que habían pintado la barra, la espesa nube de humo que flotaba a media altura: todo ello hacía el lugar apetecible tan sólo al restringido número de sus incondicionales clientes.

Tampoco aquella tarde la Ryder's Coffee House, uno de los bares menos pintorescos del Vieux Carré de Nueva Orleans, rebosaba de gente. A finales de agosto de 1963 el aire era tan sofocante que costaba respirar. Algunos clientes bebían en la calle, en la ilusión de estar al fresco, pero la mayoría acababa por emigrar a otros locales donde la cerveza ofrecía un desahogo más atractivo que el de aquel café de medio pelo.

Guy Banister era el único de los asistentes que parecía insensible al calor. Vestido con el consabido terno negro, la corbata tornasolada bien ajustada al cuello de la camisa inmaculada, sorbía su café como si de un granizado se tratara. David Ferrie, en cambio, sentado enfrente de él, sudaba copiosamente. En un momento dado, en su afán por secarse el sudor, poco le faltó para desordenar la increíble peluca rubia que llevaba en lo alto de la cabeza. Después de aquello, dejó que las gotitas de sudor resbalaran libres por sus cejas teñidas.

No menos acalorado se encontraba Clay Shaw —al que algunos llamaban Clay Bertrand—, quien ocupaba el asiento del extremo de la mesa más próximo al balcón y pasaba continuamente la mano por sus blancos cabellos, que contrastaban de modo curioso con su tez olivácea. Empapado de la cabeza a los pies, Johnny Roselli, la mano derecha de Sam Giancana, seguía aún sorprendido por hallarse en un café mucho más modesto que los que solía frecuentar.

—Se ahoga uno —refunfuñó Ferrie, al límite de su resistencia—. Este aire pesa.

Banister dejó la taza de café.

—Y pesa también por otra razón. Nadie se esperaba que fueran a cerrarnos el campo de entrenamiento de Saint Tommany Parish. Nos han sustraído la mitad de los explosivos, y casi todas nuestras armas.

—El sentido de la acción del gobierno está claro —comentó Shaw—. Nos engañábamos. No quieren volver a intentar la invasión de Cuba, y ahora se preparan para liquidar a los anticastristas.

—No está tan claro, no está tan claro. —Banister levantó la mano derecha, en la que relucían cuatro espléndidos anillos—. De momento, nadie ha prohibido nuestras actividades. Es más, mi compañía le ha comunicado al presidente que las encuentra perfectamente legítimas. Y el presidente no ha puesto objeciones.

Ferrie se encogió de hombros.

—Cuentos. Kennedy es un traidor. No nos aprieta porque de momento no tiene más remedio. Bien que mal, ha asumido la responsabilidad del desembarco en la

bahía de Cochinos y no puede desdecirse tan pronto. Pero, a la que pueda, nos dejará tirados. El cierre del campo no es más que una advertencia.

—Pues entonces no nos queda más que una cosa. Darle un golpe a Castro antes de que el presidente cambie de línea completamente. —Banister miró a sus compañeros uno por uno—. ¿Entendéis lo que os digo? Que lo pongamos frente a los hechos consumados.

Ferrie negó vigorosamente con la cabeza.

—Ya lo hemos intentado. Mi Cuban Revolutionary Front y su Alpha 66 han hecho saltar bastantes barcos soviéticos en el puerto de La Habana, y ya ha visto el resultado. No sólo no ha habido ningún incidente diplomático, sino que ha faltado poco para que el presidente se disculpara con los rusos. Y ahora nos cierra los campos de entrenamiento.

—Me parece que el señor Banister se refería a otra cosa. —Clay Shaw encendió un cigarrillo, el quinto desde que entrara en el local. Aspiró el humo cerrando los ojos—. Un golpe decisivo de verdad, que impida para siempre una convivencia pacífica con los comunistas.

Banister asintió, y dirigió su mirada al más taciturno de sus contertulios.

—¿Y usted qué opina, Roselli?

El gángster habló de corrido, como si llevara rato esperando la ocasión de decir lo que pensaba.

—El señor Giancana me ha encargado que os diga que ya está harto de todos vosotros. Hace dos años que nuestra organización os prepara los atentados contra Castro. Nos habéis hecho emplear los sistemas más absurdos. Cigarrillos envenenados, un jabón que provoca infartos, drogas de todas clases. Memeces. A ver si entendéis que no somos un circo, y os buscáis los payasos en otra parte. —Miró a Ferrie—. Y ésa, si no me engaño, es también la opinión de Carlos Marcello.

Muy a su pesar, Ferrie asintió. No le gustaba que se mencionara en público su relación con el capo de la familia de Nueva Orleans.

—A decir verdad, no estaba pensando en un atentado contra Castro —dijo Banister, un tanto cohibido.

—Mejor que mejor. —Roselli hizo ademán de ir a levantarse. De inmediato, dos de sus hombres, sentados a una mesa junto a la puerta, se levantaron también—. Repito, olvidaos de nosotros. Hemos tratado de ayudar a la CIA a cambio de algunos favores, pero el riesgo no compensa. Entre otras cosas porque llevamos ya algún tiempo bajo presión, gracias a Kennedy. A quien, por cierto, le traéis sin cuidado.

Roselli se levantó sin despedirse y salió del local con su escolta.

Tras un breve silencio, Banister negó con la cabeza.

—Es un golpe duro, pero eso nos demuestra que hay que actuar con rapidez. Estamos perdiendo credibilidad.

Shaw le echó una mirada a su Rolex.

—Pero en definitiva, ¿qué es lo que planea? No puedo perder aquí toda la tarde,

tengo una reunión de negocios.

—Mi idea todavía es un poco confusa. Yo excluiría un atentado contra Castro. Ya hemos visto que es casi imposible. No, más bien algo con muchos muertos, que todo el mundo atribuya a la administración Kennedy pero que no puedan probarlo...

—Las simpatías hacia Castro aumentarían, en vez de disminuir —objetó Ferrie. Banister se encogió de hombros.

—Las simpatías no nos interesan. Nos interesa que Kennedy vuelva a enfrentarse con Cuba.

—Pero si nos han secuestrado el armamento...

—Ya encontraremos otro arsenal. Total, ¿no tenemos esas que les habéis quitado a...? ¿Cómo se llamaba aquella compañía de Houma que apoyaba a la OAS?

—Schlumberger —respondió Shaw—. Pero es armamento ligero. Y sigo sin entender qué plan tiene usted en mente.

Banister dejó de hablar, como si hubiera tenido una ocurrencia. Chasqueó en el aire sus dedos cubiertos de anillos.

—¿Y el tío aquel de la Schlumberger... el que facilitó el robo porque quería vengarse de la OAS...? No recuerdo cómo se llamaba.

—Lycurgus Pinks. —Shaw apagó el cigarrillo que estaba fumando; al poco ya estaba encendiendo otro—. Lo conozco bien. Trabaja conmigo en la International Trade Mart. Se ocupa de América Latina.

—Ése, ése. ¿No nos había hablado de la posibilidad de una epidemia en Cuba, o algo así?

—Sí, es como un disco rayado. Qué tío más raro.

—Será raro, pero si su idea funciona, es el hombre que necesitamos —dijo Banister, radiante—. Una epidemia, y que los cubanos se la atribuyan a Kennedy. El presidente se iba a quedar jodido. —Hizo una pausa para paladear la perspectiva y añadió—: Tenemos que vernos con ese tal señor Pinks como sea.

El despacho de Banister estaba en un edificio gris y pretencioso llamado Edificio Newman, sito en el número 531 de la calle Lafayette. Justo enfrente, al otro lado de la calle, se encontraba la sede de la Office of Naval Investigation, de la que Banister dependía, y poco más allá, en el número 300 de la avenida Saint Charles, se levantaba un edificio al que llamaban Masonic Temple, sede de las oficinas de la CIA. Banister gozaba del privilegio de trabajar codo con codo, como aquel que dice, con quienes le surtían de trabajo.

Pinks entró en el edificio con actitud desconfiada. Estrechó la mano de Banister, pero evitó con ostentación hacer lo mismo con la de Ferrie, a quien sabía homosexual. Además, detestaba su peluquín ligeramente pelirrojo, así como sus cejas postizas, que le daban aspecto de payaso. No obstante, se dirigió con paso decidido hacia Shaw, que estaba sentado en el sillón que quedaba más lejos y se disponía a

sacar de la cajetilla el enésimo pitillo.

—Se lo ruego, no fume. —Le arrebató el cigarrillo de la mano y lo arrojó por la ventana.

Shaw iba a protestar, pero Banister se le adelantó.

—Ya sabe por qué lo he convocado —le dijo a Pinks, indicándole que se sentara—. Nos interesa su presunta capacidad para desatar epidemias.

—Le agradecería un lenguaje más apropiado. Epidemia no es el término correcto.

—Usted me dirá, en ese caso.

Pinks se ajustó con cuidado la raya de los pantalones.

—¿Han oído ustedes hablar de la anemia falciforme?

Tras mirarse entre sí, sus interlocutores negaron con un movimiento de cabeza.

—Ya lo suponía. La información científica, en este país, es del todo insatisfactoria.

—Anemia falciforme. Bien, ¿y qué es? —le preguntó Banister, un tanto impaciente.

—Es una anomalía genética de los glóbulos rojos. Se halla muy difundida entre las poblaciones de color, sobre todo en el África del Norte y subsahariana, en Oriente Próximo, en América Central y en el sur y el este de Asia. Aquí, en Estados Unidos, alrededor de un veinte por ciento de los negros son portadores, sin ellos saberlo. Se da con más frecuencia en las zonas de malaria, como en el sur de Luisiana, porque constituye una especie de antídoto natural contra la malaria. Quien contrae la malaria se hace inmune a la anemia falciforme. Y viceversa.

—Interesante —comentó Banister—. ¿Y es ésta la epi... la enfermedad que usted podría difundir en Cuba?

—No se trata de «difundir». —Pinks suspiró—. Me veo obligado a ser más preciso. Una cosa es la afección propiamente dicha, la anemia falciforme, y otra cosa el carácter falcemia, es decir, la predisposición genética a contraer dicho tipo de enfermedad. Los porcentajes que acabo de mencionar se refieren, precisamente, al carácter falcemia, que afecta por lo menos al cuarenta por ciento de los negroides norteafricanos y a buena parte de los que están esparcidos por el mundo. ¿He sido claro?

—Bastante.

—Pues todavía lo seré más. Hace años trabajé con un tal profesor Pauling, un comunista californiano. Descubrimos que la anomalía que se halla en el origen tanto de la anemia falciforme como del carácter falcemia es la presencia en sangre de una hemoglobina anormal, que denominamos hemoglobina S. Cuando toda la sangre es de este tipo, la anemia falciforme se manifiesta. Pero si sólo lo es el treinta o cuarenta por ciento, el individuo es portador del carácter falcemia. Depende de la sangre de sus padres.

Banister, Ferrie y Shaw demostraban ahora un vivo interés.

—Total, que un buen porcentaje de negros está predispuesto a contraer esta

anemia —dijo el primero—. ¿Es así?

—Es lo que llevo explicándoles desde hace diez minutos.

—Y si la contraen, ¿qué les pasa?

—Los glóbulos rojos adquieren una forma de hoz que bloquea la circulación local de la sangre y el flujo de oxígeno. Se advierten fiebre y dolores por todas partes, seguidos de trombosis repetidas en todas las zonas del cuerpo. Resumiendo: los vasos, obturados, se hinchan y se rompen, y la necrosis ataca los tejidos. Sobreviene la muerte, por lo general muy dolorosa.

Ferrie, muy impresionado, había empalidecido a ojos vistas.

—¿Y no tiene remedio? —preguntó con un hilo de voz.

—No. Es posible prolongar la vida del paciente a base de continuas transfusiones de sangre, como en la talasemia, pero en sustancia es muy poco lo que puede hacerse. Quien se ve aquejado de anemia falciforme no alcanza la edad adulta.

Banister sacudió la cabeza.

—No, no es nuestro estilo. No podemos permitirnos extender una enfermedad que golpea sólo a los niños.

—¡Si dice eso es que no han entendido nada! —gritó Pinks, exasperado—. Mi proyecto va dirigido contra los adultos que son portadores del carácter falcemia. Es en ellos en quienes me propongo que se desarrolle la anemia falciforme.

Shaw, que no había parado de martirizar el bolsillo en el que llevaba el paquete de cigarrillos, se echó adelante en su asiento.

—¿Es posible hacer eso?

—Pues claro que es posible. Ya lo he hecho. —Pinks, algo más calmado, se retrepó en su sillón y se pasó el dedo índice por encima de sus bigotillos rubios—. En los sujetos con predisposición, portadores del carácter falcemia, la deformación de los glóbulos rojos tiene lugar cuando se reduce la presión del oxígeno. Ello se debe a que la hemoglobina S, si no recibe oxígeno, se sedimenta en fibras, que dan a los glóbulos la característica forma de hoz. No es casualidad, por lo tanto, que quien posee el carácter falcemia no pueda subir a cimas muy elevadas, y si viaja en avión, se vea obligado a respirar con una bombona. —Pinks mostró una sonrisa de oreja a oreja—. Ésa es mi solución. Reducir el oxígeno. En tales condiciones, la anemia falciforme explota en las venas de aquellos que tienen hemoglobina S en la sangre. O sea, como les decía, del veinte al cuarenta por ciento de la totalidad de los negros, según las zonas.

—Por lo tanto, en Cuba...

—En Cuba, lo mismo. No sé qué porcentajes habrá, pero deben de ser altísimos.

Banister levantó una mano.

—Verdaderamente, su idea es muy buena. Pero ¿cómo consigue reducir el oxígeno?

—Oh, hay muchos sistemas. —La sonrisa de Pinks se hizo aún más amplia—. En 1952 empleé el monóxido de carbono. Para provocar una matanza en el sur de este



estado fue suficiente con una emisión de las instalaciones de la Schlumberger, no tan intensa como para poner en peligro a una persona normal, pero lo bastante como para afectar a los sujetos falcémicos. Silenciaron el asunto, pero tal vez alguno de ustedes lo recuerde. Más tarde, en Argelia, el año pasado, bombeé agua oxigenada en las tuberías de una clínica...

—¿Agua oxigenada? —preguntó Banister—. Pero ¿no aumenta la cantidad de oxígeno en la sangre?

—Sí, pero un exceso de oxígeno reduce la ventilación pulmonar. La oxigenación de la sangre termina por disminuir también en este caso. En Argelia, como les decía, los resultados fueron clamorosos. —Pinks hizo una mueca—. Lástima que los franceses sean tan estúpidos.

—¿Y en el caso de Cuba?

—Les repito que hay miles de sistemas. Den su visto bueno y de lo demás me encargo yo.

Banister miró a los otros.

—Bueno, ¿qué pensáis?

Tras un breve silencio, Ferrie explotó:

—Es una idea grandiosa, sencillamente.

—Sí —la encareció Shaw—. Genial y fácil de ejecutar.

—Bien. —Banister sonrió—. Señor Pinks, es usted de los nuestros.

Una semana después de aquella entrevista, Lycurgus Pinks salía silbando del ascensor que conducía al último piso del International Trade Mart, un elegante edificio que se alzaba en el corazón de Nueva Orleans. Sin prestar la menor atención a un par de secretarias, entró directamente en el despacho de Clay Shaw, que era tan grande que ocupaba casi la mitad de la planta.

Se percató casi de inmediato del pésimo humor que reinaba entre los personajes sentados alrededor del escritorio que dominaba la sala desde una esquina, al pie de un ventanal tan amplio que ocupaba la práctica totalidad de la pared. Aquello lo puso enseguida en guardia. Estrechó la mano de Banister, hizo caso omiso de la que le tendía Ferrie por ser homosexual, le dedicó un ademán a un tipo que conocía como David Atlee Bishop, líder anticastrista por cuenta de la CIA, y se sentó frente a Shaw, quien se apresuró a apagar el cigarrillo que estaba fumando.

—Traigo excelentes noticias —empezó Pinks, sin dejar de espiar con suspicacia las expresiones de los otros—. La transmisión del carácter falcemia a individuos de raza blanca es posible. Denme sólo un poco más de tiempo.

Se produjo un largo silencio lleno de tensión, tras el cual Shaw negó con la cabeza.

—Lo siento, Lycurgus. Nuestro proyecto ha sido anulado.

Pinks se irguió en su asiento.

—¿Y se puede saber por qué?

En lugar de responderle, Shaw movió la cabeza en dirección a Banister, quien se aclaró la voz y dijo:

—Se lo estaba explicando a nuestros amigos. El presidente Kennedy ha oído campanas de lo que estábamos preparando. Ha puesto veto al asunto. Absoluto.

—Siempre es lo mismo. —La voz de Pinks adquirió un curioso timbre de falsete. Se removi6 en su butaca con los movimientos de un pollo—. Mi destino es tener que vérmelas con organizaciones que son auténticos coladeros. Ni reglas, ni disciplina. Nada más que charlatanes, más transparentes que un vaso vacío.

Banister convino en ello, no sin cierto esfuerzo.

—Tiene usted razón, lo admito. Pero debe saber que la CIA no siempre puede llevar adelante la política que querría. Existen ciertas reglas, ciertos controles. Mientras la administración Kennedy siga en pie, no es mucho lo que vamos a poder hacer.

—El problema es Kennedy —gruñó Bishop.

—Pues entonces hay que quitarlo de en medio —replicó Pinks—. Pero con Kennedy o sin Kennedy, no acierto a ver por qué no podemos darle nuestro golpe a Castro.

—Créame, Lycurgus —terció Shaw—. Por el momento no es posible. Ni hablar del asunto.

Bishop levantó una mano.

—No vaya usted a creer, señor Pinks, que la compañía no se plantea el problema de Kennedy. A propósito, David, ¿cómo va la preparación de tu hombre?

—De perlas —respondió Ferrie—. No tiene ni la más ligera idea de cómo pensamos utilizarlo.

—¿Se refiere a ese tal Lee Oswald? —preguntó Bishop.

Banister agitó una mano.

—Nada de nombres, por favor, señores. —Se volvió a Pinks—. De todas formas, su proyecto no queda abandonado. Pero habrá que escoger otro momento. Mientras tanto, siga usted con sus investigaciones y esté preparado.

—Mis investigaciones requieren ser verificadas experimentalmente, cosa que no logro jamás. —Pinks se levantó—. Creo que no tenemos nada más que decirnos.

Shaw se movió inquieto al otro lado de su escritorio.

—No se ponga así, Pinks. Ya sabe que acabo de nombrarle responsable de nuestra asociada Parmindex en América Latina. No le recortaremos la financiación.

—Bonito consuelo —dijo Pinks. Y se dirigió a la puerta sin despedirse.

Bishop se quedó mirando el sillón que acababa de quedar vacío.

—No puedo culparle. Pero nuestro problema sigue siendo Kennedy.

—Lo resolveremos —dijo Ferrie. Y luego, en voz más alta, añadió—: Ya veréis cómo lo resolveremos. Es cuestión de meses.

## 8. El cuerpo y la sangre

—¡Adelante, adelante, mis buenos monjes! —exclamó el conde de Montfort, tendiendo los brazos—. ¡Que no se diga que dos animosos frailecillos han dejado mi castillo sin llevarse algún regalo!

Eymerich se puso rígido de inmediato, temiendo que el conde quisiera darle un abrazo. Lo examinó con desconfianza: era un hombre imponente, de rostro encendido y rasgos toscos. Lucía una gran barba negra que le llegaba al pecho, donde se confundía con los cabellos, que le caían en bucles. Unas cejas espesísimas cubrían sus ojos, pequeños y negrísimos, en los que ardía un brillo de ironía.

—¡Pero quién ha venido hoy, mi amigo el padre Jacinto! —continuó el conde sin dar muestras de querer moderar el tono de su voz—. Decidme, mi buen padre, ¿qué nos habéis traído hoy?

Eymerich observaba la riquísima vestidura que llevaba el conde: bordada en oro, forradas las amplias mangas, los zapatos rematados por una punta muy larga y rizada. Y sin embargo, la sala en la que se encontraban no era tan lujosa como la antesala, ni tenía nada de alegre. Unos cuantos arquibancos sin taracea, una mesa de nogal grande pero sobria, pocas sillas forradas de cuero frente a la chimenea, ahora apagada. Para sus adentros, el inquisidor se dijo que en aquel castillo parecían reflejarse los gustos de dos personalidades distintas.

—Éste es el padre Nicolás Eymerich, señor conde —explicó el padre Corona—. Es inquisidor general del reino de Aragón, y ha venido a Castres a ejercer sus funciones.

—Bien, bien, algo así me habían dicho. Pero va vestido como un mendigo. —El conde rompió a reír a grandes carcajadas que hacían que se le bamboleara el vientre. A continuación, dando a entender que se esforzaba por contenerse, dijo—: Os ruego que me perdonéis. Sé que es el hábito de los dominicos. Pero estoy acostumbrado a los benedictinos de Castres, que compiten en elegancia con el rey de Francia, si es que sigue en este mundo.

—Cada orden tiene sus costumbres —le contestó Eymerich sin sonreír siquiera.

—Ya, ya me imagino que es así. —El conde se acercó a la mesa—. Sentémonos, pues. Mandaré que traigan vino.

—Gracias, pero para nosotros no —dijo el padre Corona.

—¿Pues qué oigo? Un fraile sin vino es como un guerrero sin armadura. —El conde estalló en una nueva risotada, todavía más exagerada que la otra—. ¿Digo bien?

Eymerich frunció el ceño.

—De lo que decís colijo que el clero de vuestro feudo no es muy morigerado.

—No debería decir esto delante del padre Jacinto, que aspira a la santidad —respondió el conde—. Pero si tengo que ser franco, os diré que las costumbres de mi soldadesca son más recatadas que las de los buenos monjes de Castres, o que las del

obispo Lautrec. —Se volvió hacia el padre Corona—. ¿Sigue solazándose con aquella posadera?

El aludido hizo un gesto de azoramiento.

—Lo tengo dicho —concluyó el conde—. Cuanto más viejo, más cerdo. Pero para eso están las indulgencias —dijo con otra risotada.

Eymerich se sentía cohibido por el giro que había tomado la conversación, tan alejada de su manera de ser. Decidió aceptar las reglas del juego, dentro de un orden.

—Creo que aceptaré vuestro vino.

—¡Así se habla, padre! Espero que os quedéis a cenar. No os pesará.

—No. Con este calor, prefiero no cenar. Pero querría rogaros que me hospedéis esta noche, si os es posible.

—Por supuesto. Para vos y para el padre Corona siempre hay sitio.

Eymerich miró a su cofrade.

—Por desgracia, el padre Corona ha de llevar a Castres ciertos mensajes míos, y ha de marcharse enseguida. Me quedaré yo solo.

—Como gustéis. —El conde se levantó, se fue a la puerta y le dijo algo a uno de los pajes que estaban en la antesala. Regresó entonces a la mesa—. Os servirá el vino mi mujer, así la conoceréis. —Se sentó—. Si habéis venido hasta aquí, es porque debéis de tener algo importante que comunicarme. ¿O sólo queríais saber qué cara tengo?

Eymerich no dejó que la franqueza del conde lo sorprendiera esta vez. Ya había calado qué clase de individuo era.

—Como ya debéis saber, Castres está llena de herejes.

Othon de Montfort arrugó el entrecejo. Poco a poco apretó el puño, convirtiéndolo en una especie de maza poderosa.

—¡Por supuesto que lo sé! ¡Y cómo los odio! Quizá más que mi abuelo Simón. Gente débil, junquillos afeminados que no ven el momento de liberarse del cuerpo para vagar por el aire como plumas. —Clavó en Eymerich una mirada límpida, rebotante de indignación—. Yo amo la vida, padre. Amo a nuestra Iglesia, que sabe comprender y perdonar los impulsos de la carne. ¿Sabíais vos que los cátaros llegan a suicidarse, de tanto como odian sus propios cuerpos?

—Lo sé, señor conde. Así pues, ¿aceptaríais un castigo ejemplar, justo pero severo, para los herejes de Castres?

—A buen seguro que sí, padre, a condición de que fuera verdaderamente severo. ¿Qué os proponéis hacer?

Eymerich guardó silencio algunos instantes, y después dijo:

—Una hoguera. Pero necesito vuestro consentimiento.

—¡Ya era hora! ¡Por fin un inquisidor que sirve para algo! —La voz del conde sonó tan fuerte que las paredes resonaron. Moderando un poco su tono, dijo acto seguido—: Perdonad, padre Corona. No era mi intención ofenderos. Pero las palabras de vuestro amigo son música celestial para mis oídos.

—Necesito vuestra autorización formal —insistió Eymerich.

—La tendréis. Ya lo creo que la tendréis.

El conde hizo ademán de volver a levantarse, pero en aquel momento se abrió la puerta. Entró por ella el paje de antes, llevando en una mano una botella y en la otra tres copas de plata. Una dama pequeña y morena lo seguía, envuelta en una larguísima túnica enteramente negra.

Mientras se acercaba a la mesa atenta a los movimientos del paje, Eymerich la observó con atención. Una mujer de unos cincuenta años, de rostro triste, muy estropeado. Ojos sin brillo, piel amarillenta, rasgos marcados pero no lo suficiente como para dibujar una expresión. Curiosamente, se parecía muchísimo al conde; pero era como el inverso de su imagen, tan apagada como el conde era vivaz y brutal.

—Ésta es mi mujer, Corinne de Montfort —anunció el conde mientras el paje escanciaba el vino—. Señora, salud a nuestros huéspedes, el padre Eymerich y el padre Corona.

La mujer miró con cierto detenimiento a ambos dominicos, tras lo cual hizo una torpe reverencia. Enseguida se dirigió a la puerta.

—¿Por qué no os quedáis con nosotros, señora? —le preguntó el conde levantando un poco la voz—. Sé muy bien que los asuntos de la Iglesia son de vuestro agrado.

—Tengo que dar órdenes al servicio —murmuró la mujer precipitadamente.

Se inclinó de nuevo, muy rápidamente, y siguió en dirección a la puerta. Caminaba sin hacer ningún ruido.

—Os habréis hecho una idea de qué vida llevo —exclamó el conde sin preocuparse por moderar su tono—. Me casé con una especie de piedra, fría como el hielo. Es incapaz de darme un hijo varón.

La mujer se detuvo un instante, pero enseguida reanudó sus pasos.

—Ahora se retirará a llorar —gruñó el conde—. No hace otra cosa. A veces me da por pensar que me casé con una fuente.

Eymerich se preguntó si sería aquél buen momento para preguntar por la muchacha monstruosa vista poco antes. Decidió que no. Las reacciones del feudatario eran imprevisibles.

—Entonces, dais vuestro consentimiento al auto de fe —se limitó a preguntar.

—En efecto. Y no sólo yo. Si os quedáis a pasar la noche, mañana os acompañaré a ver al obispo y al abad. Veréis como no habrá dificultades.

—Tengo ya la conformidad del alguacil, el señor D'Armagnac.

El conde frunció el ceño.

—¡Ese hipócrita desagradable! Dejádme que os cuente alguna cosa de él, mientras probamos este vino de Gaillac...

La conversación se alargó aún una media hora, regada con otras dos botellas de un vino ligero, poco aromático. El señor de Montfort pasó revista a los prohombres de Castres, a todos los cuales odiaba, y después quiso que le relataran los últimos

acontecimientos, prorrumpiendo de vez en cuando en exclamaciones de sorpresa o de disgusto. No volvió a referirse a su mujer y no mencionó a su hija.

A Eymerich, el personaje no tardó en hacérsele monocorde para sus gustos, careciendo como carecía de claroscuros. Pero podía resultarle útil. Esperó a que la última botella quedara vacía y pidió licencia para retirarse.

—Pero antes querría pedir os recado de escribir —añadió—. Tengo que confiarle al padre Corona un par de misivas que debe entregar en Castres.

—Lo mejor será que uséis el gabinete de mi intendente, el señor Piquier —respondió el conde—. Pero ¿de verdad no queréis cenar conmigo?

—Os doy las gracias, pero de verdad que no me apetece.

—Mucho que lo siento. —En la voz del conde vibró una nota sincera. Se veía que, como muchas personas de acción, sabía captar y apreciar la inteligencia, como en respuesta a una necesidad nunca manifestada de complementariedad—. Eso quiere decir que disfrutaré de vuestra compañía mañana por la mañana, cuando viajemos juntos. Pero os advierto que soy muy madrugador.

Eymerich sonrió.

—En Zaragoza me despertaba a laudes, y a veces a maitines.

—Cuando lo sepan los benedictinos de Castres, os tomarán por loco —comentó el conde, rompiendo una vez más a reír.

Tras los cumplimientos de rigor, Eymerich y el padre Corona fueron confiados a un paje, quien los condujo a una estancia adyacente a la antesala. Se trataba de una habitación angosta, pero amueblada con mucho gusto: tapices en las paredes, antorchas perfumadas, flores frescas sobre el piso. Un escritorio trabajado con taracea de plata ofrecía un tintero, una pluma de oca y muchas hojas de papel finamente elaboradas.

Eymerich llenó con su escritura afilada dos hojillas, las plegó, trazó los nombres de los destinatarios y se las entregó al padre Corona.

—Aquí tenéis el texto de mi bando, que debéis entregar al señor D'Armagnac. Este otro mensaje, en cambio, es para el prior de Carcassonne, el padre De Sancy. No he traído conmigo mi sello. Selladlo con el vuestro y ponedlo en manos de un correo de vuestra confianza.

—Usaré a uno de los terciarios. Pero ¿de veras os fiáis de permanecer en este castillo?

—Oh, no hay peligro —dijo una voz detrás de ellos.

Era el individuo vestido de negro que hacía una hora habían visto sosteniendo la cadena de Sophie de Montfort. Eymerich le lanzó una mirada penetrante. Era un hombre joven todavía, de rasgos finos, cuidadosamente afeitado. Llevaba los cabellos cortos, con flequillo, como los de los dos dominicos. De no haber sido porque le faltaba la tonsura, se lo hubiera podido tomar por un clérigo.

—Buenas tardes, señor Piquier —dijo el padre Corona.

—Buenas tardes tengáis, padre Jacinto. ¿Os vais ya?

—Debo entregar ciertos mensajes. Confío en llegar a Castres a una hora razonable.

—Buen viaje, entonces.

Después de que el padre Corona se hubo marchado, Piquier miró a Eymerich sin hablar.

—¿No cenáis con el conde? —le preguntó el inquisidor, un tanto nervioso.

—No, no es mi costumbre hacerlo. Querría hablar con vos. ¿Puedo?

—Estamos en vuestro estudio —respondió Eymerich, señalándole una silla—. ¿Me conocéis?

—Sí. Sois el padre Nicolás Eymerich de Gerona. Se ha hablado mucho de vos en estos dos últimos días. —Piquier tomó asiento y puso las palmas de sus manos sobre las rodillas—. Y además, nos hemos visto a primera hora, en la antesala.

Dado que Eymerich guardaba silencio, el intendente prosiguió:

—La joven a la que habéis visto es Sophie de Montfort, una de las hijas del conde.

—Lo sé. Sus otras hijas, ¿son como ella?

—No. Jeanne y Philippa son normales. Únicamente la primogénita lleva las marcas de un matrimonio que no hubiera debido celebrarse. ¿Habéis conocido a la condesa Corinne?

—Sí. He advertido que se parece mucho al conde. ¿Son primos hermanos?

—Peor, mucho peor que eso. —Piquier se pasó el pulgar y el índice por los párpados, como si lo que tenía que decir le costara un gran esfuerzo—. Sí, Corinne es hija de Henry de Montfort, el tío del conde. Se pudo casar con el conde gracias a una dispensa concedida por el obispo Lautrec, y pagada a precio de oro. Además, estaba embarazada. Pero, según parece, Corinne tan sólo había sido adoptada por Henry de Montfort a instancias de su hermano, Guibert, que quería desembarazarse de una hija ilegítima. Y Guibert era el padre de Othon de Montfort.

Eymerich dio un respingo.

—Entonces, el conde y su esposa son hermanos.

Piquier asintió en silencio.

También Eymerich quedó callado, pensativo. Preguntó entonces:

—¿Por qué me explicáis todo esto? ¿Qué queréis de mí?

—Temo por la vida de Sophie. Ya me habéis visto llevándola de una cadena, como si fuera un animal. Pero en realidad es una criatura sensible, envuelta en un aspecto equivocado. —Piquier dejó escapar un profundo suspiro—. Vos acabáis de llegar, y ciertos rumores no os habrán llegado todavía. Pero el pueblo tiene miedo de ella, la considera una bruja, un monstruo infernal. Vierte sobre ella todo el odio que siente por los Montfort. Desde que esta región se convirtió en el escenario de crímenes incomprensibles, las acusaciones se han multiplicado. Querrían que fuera quemada. ¿Habéis oído hablar de los *masc*?

—Sí. Al parecer, se trata de una secta de profanadores de sangre.

—*Masc* es la abreviatura de *masque*, máscara. El término ha empezado a usarse precisamente para referirse al rostro de Sophie. Del mismo modo que quien es víctima de brujería es llamado *emmasqué*. —A medida que iba hablando, Piquier parecía cada vez más turbado. En su tono había ahora una nota febril—. ¿Comprendéis ahora por qué hablan de sangre profanada? Todos saben que Sophie nació de un incesto. Creen que contamina a quien se le acerca. Tengo miedo por ella, mucho miedo.

Eymerich sentía en su interior un sombrío malestar. La oscura historia que estaba empezando a desentrañar desencadenaba su repugnancia instintiva hacia todo aquello que fuera enfermizo, anormal, corrupto. Habría querido marcharse, pero se daba cuenta de que aquélla era la conversación más importante de cuantas había tenido hasta aquel momento.

—¿Teméis, pues, que la gente le haga daño?

—No, la gente no. El conde de Montfort les infunde demasiado miedo. Nadie tocaría a su hija.

—¿Pues entonces? No hay nadie más poderoso que el conde.

—Ahora sí, ahora estáis vos.

Se produjo un silencio momentáneo, tras el cual Eymerich entornó los párpados. Se pasó lentamente la mano por la barbilla.

—Si os he entendido bien, teméis que pueda dejarme influir por los rumores que corren acerca de Sophie de Montfort.

—Así es.

—Me habéis infravalorado.

Piquier hizo un gesto de indiferencia.

—Cualquiera puede verse influido por los prejuicios de la gente, si carece de otros elementos.

—No me refería a eso. —Eymerich se inclinó hacia delante. Una sonrisilla apareció en sus labios, para desaparecer casi de inmediato—. Me habéis infravalorado invitándome a mantener este coloquio. Más que lo que voy a hacer, os interesa lo que sé. ¿Me engaño, acaso?

Piquier no trató de negarlo.

—No, no os engañáis, pero lo que os he dicho es cierto. Temo por Sophie, y haría cualquier cosa por salvarla, si se viera en peligro.

—Entonces responded con franqueza a mis preguntas, sin tratar de hacer que yo os revele nada. El inquisidor soy yo, no vos. ¿Os sentís capaz?

—Sí.

Eymerich se apoyó en el respaldo de su silla.

—El conde mantiene a su hija apartada, a pesar de lo cual ella acudía todos los domingos a Castres a escuchar misa, oculta tras un velo. ¿Lo admitís?

—¿Os lo ha dicho el tintorero?

—Limitaos a responder. ¿Lo admitís?



—Sí, así es.

—Y, naturalmente, erais vos quien la liberaba.

Tras una breve vacilación, Piquier respondió:

—No sólo yo. No habría podido hacerlo sin el permiso de su madre. Cada domingo, al salir de misa, el conde va a cazar y no regresa hasta el anochecer. La condesa y yo liberábamos a Sophie y la acompañábamos a Castres, al taller del tintorero, con un velo y vestida de sierva.

—Y allí se encontraba con el pequeño Raymond, su hermano ilegítimo.

—Raymond no era su hermano. Hace cosa de doce años hice creer que era hijo del conde sólo para conseguir que lo adoptaran sin problemas. Pero no era cierto.

Eymerich consiguió sobreponerse a su estupor.

—¿Pues quién era? —preguntó con voz neutra.

En lugar de responderle, Piquier se puso en pie.

—Os lo diré, padre, pero antes he de pedir os que me sigáis. De lo contrario, se os hará difícil entenderlo.

—¿Que os siga adónde?

—A los aposentos de Sophie. Quiero que habléis con ella. Sólo así podréis comprender el resto.

La sola idea de volver a ver a aquella criatura aceleró el pulso de Eymerich. La breve visión a la que había tenido acceso se le había grabado en la mente como una esquirla de hielo. Pero tenía que armarse de valor. Se levantó.

—Está bien —dijo, controlando el tono de su voz—. Pero ¿qué va a pensar el conde de esta visita?

—No se enterará. Está cenando en el piso de abajo. Tiene para una hora, por lo menos.

El intendente salió a la antesala, ahora desierta. Se acercó al tapiz que ocultaba la entrada secreta y hurgó en ella. Un pestillo saltó. La portezuela se abrió sin hacer ruido. Piquier hizo pasar a Eymerich y volvió a cerrarla. Se encontraron en un corredor corto y estrecho, iluminado por una solitaria antorcha. Una luz vivísima llegaba del fondo.

—Os muestro el camino.

Un olor extraño, dulzón, llenaba el pasillo, de paredes desnudas. Lo recorrieron y entraron en la alcoba de Sophie de Montfort.

La joven yacía en una cama demasiado pequeña, y parecía un montón de huesos envuelto en seda azul. Eymerich vio que se movía, pero desvió la mirada para retrasar el encuentro con aquel rostro. La habitación era muy pobre, tapizada de un lino roto en algunos lugares, ahumada por las antorchas. Un pequeño escritorio y una silla constituían todo el mobiliario.

—Sophie, éste es el padre Nicolás, un dominico de Aragón. Ha venido a veros.

Eymerich oyó el tintineo de la cadena, y vio que terminaba en un anillo fijado a la pared. Entonces levantó la vista y miró a Sophie. Aquellos ojos glaucos y saltones,

aquella piel amarillenta surcada de marañas de venas, aquellos huesos monstruosamente alargados lo hicieron estremecer. Pero menos que la primera vez.

—Bienvenido, padre. —La voz de la muchacha sonó ronca y quebrada, pero vibraba con un matiz gentil que nadie se hubiera esperado—. ¿Soportáis verme?

—Oh, sí, condesita.

—No me llaméis condesita. —Sophie se incorporó y se sentó al borde de la cama. Se hubiera dicho un insecto grande que estiraba sus patitas—. Al conde no le agradaría.

Eymerich, que empezaba a recuperar la calma, se preguntó qué podía decir. Como de costumbre, la vista de la imperfección física lo cohibía.

—¿Viene a veros a menudo? —improvisó.

—Nunca, como podéis suponer. ¿Quién queréis que venga a verme, si no es por un motivo urgente?

—Pues yo estoy aquí.

—Algún motivo tendréis, sin duda, pero me complace lo mismo. —La lengua de la joven pareció haber quedado trabada. Volvió a hablar después de hacer un curioso movimiento con la cabeza—. Estoy acostumbrada a mis condiciones. He nacido así. Durante muchos años he vivido con el temor de que mi padre quisiera matarme, pero parece haber renunciado a ello. Lo importante es que no me vea, y que no me vean los desconocidos.

Eymerich se quedó pensativo. Ahora podía distinguir, en el fondo de aquellos ojos tan semejantes a los de un pez, una inteligencia afligida y lejana, habituada a mantenerse oculta.

—¿Quién se ocupa de vuestras necesidades?

—Mi madre y el señor Piquier, mi único amigo. Por lo demás, mis necesidades no son muchas. Por raro que parezca, este cuerpo mío funciona bien, aparte de algunas crisis pasajeras. Basta con dejarlo descansar.

Sophie dejó escapar una especie de carcajada, que sonó como un rasguido metálico.

Otra vez incómodo, Eymerich recurrió a palabras en un tiempo familiares, pero que ahora se habían tornado raras en sus labios.

—Consolaos; vuestros sufrimientos se verán recompensados. Llegará el día en que vuestra alma pueda conocer la paz en el seno...

Lo que sucedió entonces lo cogió por sorpresa. Sin aviso previo, Sophie se irguió con el rostro contraído en una mueca horrenda.

—¡Calla, fraile! —chilló temblando de cólera—. ¡No mientas! ¡Tu Iglesia infernal promete la resurrección de los cuerpos! ¿Te das cuenta? ¡De los cuerpos!

Tenía la apariencia de una serpiente retorciéndose, con la boca llena de babas. Eymerich, palidísimo, dio un paso atrás. Piquier, en cambio, se acercó a la joven. Le puso las manos sobre sus hombros esqueléticos.

—¡Cálmate, Sophie! ¡Te lo ruego, cálmate!

—¿Que me calme? ¡Estos malditos frailes, siervos de Ialdabaoth, dicen que mi espíritu nunca será libre, que renacerá encadenado a este horror! Ni la muerte va a poder liberarme de él. ¡No sólo te quitan la vida, te quitan la muerte!

De golpe, Eymerich se sintió distante en extremo. Contempló con frialdad aquellas venas que ahora latían todas, encarnadas sobre aquella piel amarilla. Se dirigió a la puerta.

—¡No voy a seguir escuchando blasfemias!

En su fuero interno, experimentaba un gran alivio de poder volver a su ser. Recorrió a buen paso el breve pasadizo, tiró de la puerta, que se abrió sin dificultad, y salió de nuevo a la antesala. Un instante después, Piquier, sin aliento, le daba alcance.

—¡Os lo ruego, padre, olvidad lo que habéis oído!

Eymerich miró al intendente con desprecio.

—Lo que he oído era pura blasfemia —siseó—. Sabré sacar las justas consecuencias.

—¡Pero padre, haced un esfuerzo por entenderla! —Piquier se apoyó en la pared, sudando a raudales—. Vive en un cuerpo horrendo, y sin embargo es muy sensible. No puede existir tortura peor.

Eymerich guardó silencio, pero su fría mirada hablaba por él.

—¡Oh, vamos, padre! —insistió Piquier, con lágrimas en los ojos—. Tened piedad de esa criatura. Detesta su propio cuerpo porque su alma es muy superior a él. ¿Por qué castigarla? Cada uno de los días de su vida es un castigo.

—Estáis hablando con un inquisidor. Veo que tendéis a olvidarlo. Las palabras que ha pronunciado esa mujer son una profesión de fe cátara. Y no sólo las suyas. Las vuestras, también.

—¡Fe cátara! —El intendente se puso rígido de golpe, como si lo hubieran herido en lo más vivo. Se secó los ojos con un gesto de rabia—. ¿Fe cátara? ¡Pero si yo odio el catarismo! —Dejó escapar una ronca carcajada—. El catarismo es sólo una caricatura, el reflejo vulgar y deshonesto de creencias más antiguas y nobles, que se han perdido, pero que... —Se interrumpió a media frase, al ver el resplandor siniestro que había cruzado por los ojos del inquisidor.

—¿Creencias perdidas? —preguntó Eymerich con una nota de avidez cruel en el timbre de su voz—. Qué interesante. ¿De qué creencias estáis hablando?

Pareció que a Piquier lo hubieran abandonado las fuerzas. Calló y se apoyó en la pared, con la mirada en el suelo. La frente se le perló de sudor.

Eymerich lo contempló en silencio, como si se tratara de un objeto enormemente lejano, y entonces añadió:

—No os queda más que una posibilidad para libraros de la hoguera, vos y vuestra protegida. Responded a mi pregunta de antes: ¿qué era Raymond para Sophie?

Piquier miró a su alrededor, debatiéndose entre el terror y un rayo de esperanza.

—Aquí no puedo decíroslo. Podrían oírme.

—No hay nadie. Hablad, y deprisa.

—Raymond era el hijo de Sophie.

Eymerich sintió una sensación de vacío, como si lo hubieran golpeado en pleno estómago. Tuvo que esperar unos momentos antes de volver a hablar.

—No es posible —murmuró.

—Pues lo es. Lo tuvo hace doce años, cuando ella tenía catorce. Y el año antes había tenido otro niño. Sophie es una mujer normal, en todo.

Eymerich se quedó helado.

—No es en absoluto normal, lo sabéis bien —añadió—: Y el padre, ¿quién es? Vos, me imagino.

—Sí.

—Pero cómo habéis podido...

Piquier alzó la vista.

—Si no era normal, tenía por lo menos el derecho de sentirse como tal. ¿Me comprendéis? Yo había conseguido sondear su alma, apreciar su belleza a pesar de la apariencia de un cuerpo monstruoso. Yo era el único que podía hacerla feliz, aunque fuera por poco tiempo. Lo consideraré casi un deber.

—Y el conde, ¿qué dijo?

—El apartamento al que está sujeta jugó a favor nuestro. Nadie, a excepción de su madre, supo de los embarazos. Nadie supo de los nacimientos de Raymond y de Jouel...

—¿Jouel?

—Su otro hijo. Conseguí colocarlos en sendas familias de Castres, como había hecho con otros hijos ilegítimos del conde...

Piquier guardó silencio. Acababan de entrar en la antesala dos pajes provistos de bujías. Se dirigieron a Eymerich.

—Precisamente a vos estábamos buscando, padre. El señor conde nos ha ordenado que os acompañemos a vuestra habitación y os preguntemos si necesitáis algo.

—No, nada. Os sigo. —Eymerich le dirigió a Piquier una mirada severa—. Sois consciente de que esta conversación tendrá su continuación, espero.

—No estoy preocupado por mí. Apiadaos de quien ya sabéis.

El inquisidor no contestó. Siguió a los pajes, quienes lo condujeron a un cuartito en el mismo piso en el que estaban las letrinas, carente de ventanas pero perfumado mediante una alfombra de flores frescas y hierba recién cortada. Una vez solo, Eymerich examinó con cuidado su lecho, que juzgó libre de piojos y otros parásitos.

Mientras se desvestía, estuvo meditando que siempre le había concedido escasa importancia a su cuerpo, que él sentía como algo ajeno y engorroso. Se preguntó si la intolerancia de Sophie por el suyo no sería una exacerbación de sus mismos sentimientos. Pero enseguida semejantes pensamientos fútiles se vieron desbordados por otros, más oscuros, ligados a los muchos sucesos de la jornada y que lo acompañaron en su descenso al sueño. Estaba tan fatigado que se olvidó de rezar y de

apagar la bujía.

Lo despertó una campana, que le pareció que daba la prima. Al salir de su cuarto encontró los pasillos llenos de sirvientes ocupados en quitar la paja del día anterior y en disponer la nueva.

—El conde ha ido a misa con la condesa —le anunció un paje—. Os ruega que lo esperéis abajo.

Fuera el aire era fresco y transparente. Eymerich caminó hasta los establos. Un escudero le trajo el caballo, al que encontró bien alimentado y descansado. Estaba haciendo que se lo ensillaran cuando una alegre voz de barítono le llegó desde detrás, sobresaltándolo.

—¿Dónde os habíais metido anoche, padre? —El señor de Montfort llevaba un vestido de viaje de seda verde, cerrado por un ceñidor de cuero. Las calzas, verdes también, le iban tan ajustadas que marcaban todos los músculos de aquellas piernas poderosas—. Aposté con mis comensales que os habíais metido en cualquier rincón con alguna de mis siervas.

—Estáis lejos de la verdad, mi señor —replicó Eymerich con una leve inclinación de cabeza.

—Enseguida me reuniré con vos. Esperadme.

La espera fue bastante prolongada. Cuando por fin se pusieron en camino, lo hicieron escoltados por cuatro soldados con el emblema de la cruz encarnada, mandados por un oficial. La explanada a los pies del castillo rebosaba de un gentío atareado, que llegaba o se marchaba.

—Apuesto a que os preguntáis adonde va toda esta gente —dijo el conde, mientras descendía por el corredor entre las rocas al lado de Eymerich.

El inquisidor observó a los campesinos, a los menesterosos y a los soldados que se apartaban para dejarles paso, deshaciéndose en reverencias y saludos.

—En efecto, en la vaguada no hay tanta animación.

—Primero la peste y después las huestes de forajidos han convertido Hautpoul en una pequeña ciudad, en la que ya no se cabe. A su alrededor, los refugiados han tratado de hacer crecer de todo, sin tener que bajar de la Montaña Negra. Tarde o temprano tendré que decidirme a volver a echarlos al valle, a las tierras más fértiles. El obispo reclama sus diezmos. Por cierto, dejadme que os explique...

Aquella clase de conversación no le interesaba gran cosa a Eymerich. Escuchó al conde, que hablaba sin descanso, por pura cortesía, mientras tomaba cuerpo en su mente un deseo casi físico de cabalgar a solas, o por lo menos, de poder insinuar alguna pregunta en aquel torrente de palabras, salpicado de carcajadas y de imprecaciones atronadoras.

A medida que se acercaban a los pies de la montaña, el calor crecía en intensidad, arrancándole al terreno una neblina opaca y malsana que se estancaba en el aire, haciéndolo casi encrespase. Eymerich, nerviosísimo, estaba ya preguntándose cómo haría para librarse de aquel charlatán que cabalgaba a su lado en cuanto llegaran a la

ciudad, cuando el soliloquio del conde dio un giro imprevisto.

—Podréis entenderme, pues, si desdeño la compañía de los demás nobles y prefiero la de un medio bandido como es el capitán Morlux. Los nobles tienen la sangre débil, clara como el agua. Ya habéis visto a mi hija, esa especie de araña...

—¿Vuestra hija? —preguntó Eymerich, alarmado.

—Sí, el esperpento ese que llaman Sophie. No, no lo neguéis. Sé que anoche estuvisteis en su alcoba. Mi castillo tiene ojos y oídos. ¿Qué os pareció?

—Fue sólo por insistencia del señor Piquier...

—¡Piquier, ese pretencioso! —le cortó el señor de Montfort, estallando en la enésima carcajada—. Pretencioso pero útil, sabe llevarme las cuentas. Pero habládme de mi presunta hija.

Eymerich se percató de que la situación se estaba escapando a su control, y era la segunda vez que le sucedía en pocas horas. No podía permitirse que fueran otros quienes llevaran la iniciativa, cogiéndolo por sorpresa.

—¿Por qué presunta?

—¡Porque no se me parece en nada! —El conde estalló en una imprecación—. Si acaso, se parece a ese espectro de su madre. Pero no me habéis contestado. ¿Qué os pareció?

—Tiene ideas peligrosas —le contestó Eymerich con cautela.

—¿Ideas? Sólo los seres pensantes tienen ideas, no una especie de rana. —El conde detuvo su montura y miró fijamente a Eymerich—. Sé que todos la tienen por bruja. Eso no le hace ningún bien a mi nombre. ¿Podrías librarme de ella, con discreción?

Eymerich se puso tenso.

—No soy un sicario, señor.

—Oh, no quería decir eso. Pensaba en un juicio en algún lugar distante, que la condenara a ella sin implicarme a mí. Mejor aún, que me absolviera de toda culpa. No me parece imposible, teniendo en cuenta todo lo que la Iglesia les debe a los Montfort.

Eymerich sintió que una llamarada de cólera le subía a la cabeza, pero fue capaz de dominarla. Más aún; al hablar, lo hizo en tono moderado por no decir contemporizador.

—La Iglesia es muy consciente de hasta qué punto tiene deudas con los Montfort. Si tomara cuerpo una solución drástica, lo consultaríamos con vos. Pero por el momento no tengo elementos para acusar a vuestra hija de nada, a pesar de ciertas imprudentes palabras tuyas. Menos aún me parece culpable de brujería.

El conde recibió las palabras del inquisidor con evidente satisfacción. Un sentimiento de sutil satisfacción embargó a su vez a Eymerich, como le sucedía cada vez que conseguía ocultar lo que pensaba, dando a entender justo lo contrario.

A partir de aquel momento, el conde abandonó en parte su locuacidad, quizá porque el calor empezaba a agobiarlo, o tal vez porque había oído lo que deseaba oír.

Eymerich le habló del pequeño Raymond, en un intento por descubrir si sabía de quién era hijo, y si estaba al corriente del increíble amancebamiento de Sophie con el intendente Piquier. Tras unas cuantas alusiones de las que el conde no hizo acuse de recibo, concluyó que probablemente no sabía nada.

Castres apareció de pronto entre los campos de rubia y de azafrán como una lejana franja rojiza recalentada por el sol. Sólo entonces salió el conde de su pasajero mutismo, mientras el sudor le caía en abundancia desde la raíz de los cabellos rostro abajo.

—El padre Josserand es un extraño personaje. ¿Lo habéis conocido?

—No.

—Si no se tratara de un religioso, diría que está completamente loco. Pero incluso loco es menos peligroso que su hermano Guy, que no esconde sus simpatías por los ingleses. Si los soldados de Eduardo llegaran hasta aquí, intentaría deponerme.

—Lo decís con mucha calma.

—Oh, no me preocupa en absoluto. Soy de la opinión que el derecho a vencer es del más fuerte, y mientras no se demuestre lo contrario, el más fuerte soy yo. Y el viejo Guy lo sabe de sobras.

En el puente sobre el Agout, la llegada del conde, del inquisidor y de su pequeña escolta hizo que los soldados de guardia se pusieran en pie de un salto y corrieran a formar a lo largo del parapeto. El señor de Montfort intercambió cuatro frases con el capitán de la guarnición, pidiéndole informaciones sobre los peajes, y a continuación entró en la ciudad seguido de Eymerich.

En la esquina de la calle que llevaba a la abadía de San Benito se toparon con una aglomeración. Algunos de los allí reunidos, que vieron al conde, se alejaron a toda prisa, volviéndose de vez en cuando como si temieran que los atacaran por la espalda. La mayor parte de los presentes, sin embargo, no prestó atención a los recién llegados. Escuchaban atentos a un pregonero oculto por el gentío y lo interrumpían cada poco con exclamaciones cargadas de rabia.

—¡Maldito sea el dominico!

—¿Por qué no quema a la bruja, en lugar de molestar a la gente honrada?

—Los asesinos son los Montfort. ¿Acaso creen que no lo sabemos?

A un gesto del conde, los soldados de la escolta metieron los caballos por en medio de la muchedumbre y desenvainaron las espadas. Superada la sorpresa inicial, todos echaron a correr hacia el final de la calle, empujándose unos a otros. Hubo quien tropezó, y quien perdió el sombrero. Se oyó un grito aislado: «Fraile, ¿desde cuándo el incesto ya no es pecado?».

Los ojos de Eymerich asaetearon a la multitud en fuga. Por un instante se cruzaron con la mirada del joven que el día antes había gritado «¡Vivan los *bonhommes!*»; pero apenas un instante después aquel rostro ya había desaparecido. Miró entonces al conde, pero éste, aparentemente, no había oído la exclamación.

En mitad de la calle había quedado el pregonero, un hombre anciano con un

tamborcillo en bandolera y un penacho rojiblanco en lo alto de su sombrero de teja. El conde se le acercó.

—¿Qué hacías?

—Leía un bando, por orden del señor D'Armagnac.

—Debe de ser mi bando —observó Eymerich.

—Repítelo para que te oigamos —le ordenó el conde.

El viejo desenrolló una hoja que llevaba en la mano y leyó con voz estentórea, como si la muchedumbre estuviera aún presente.

—Nos, Nicolás Eymerich por la misericordia de Dios, inquisidor del error herético, por autoridad apostólica, os exhortamos, habitantes de Castres, en el nombre de la Santísima Trinidad, a que os liberéis del mal que prospera en vuestra ciudad y que ha producido ya tantos lutos y derramamientos de sangre inspirados por la índole satánica de algunos hombres perversos. Os ordenamos, por lo tanto, que nos comunicéis, a nos o a nuestros hermanos o a las autoridades episcopales, los nombres de quienes con palabras o acciones hayan manifestado hostilidad hacia la santa Iglesia católica apostólica y romana, o hayan escarnecido sus enseñanzas o hayan cometido delitos contra Dios y contra los hombres. Quien quiera someterse a este deber puede estar seguro de que su nombre jamás será revelado. Quien de él se sustraiga incurrirá en cambio en el mismo error que los culpables, sufrirá idéntico juicio y tendrá el mismo castigo. Dado en Castres el 15 de julio de 1358, en el séptimo año del pontificado del papa Inocencio.

—Deberíais prometer una recompensa en dinero —observó el conde—. Ésta es una ciudad de mercaderes.

—Ya veremos quién se lleva la mejor parte, si los mercaderes o el templo —respondió Eymerich con sequedad.

Un breve tramo de adoquines los condujo a la puerta de la abadía. Era una construcción poderosa, escondida tras un muro altísimo cubierto de polvo rojo incrustado. Por encima de éste, por entre las copas de algunos robles que indicaban la presencia de un amplio patio, despuntaba el campanario de la iglesia abacial, de planta cuadrada, alto y grácil. Había numerosos accesos, pero estaban todos cerrados por rejas muy espesas, salvo aquellos que en apariencia conducían a los establos. Era como si los benedictinos se hubiesen esmerado en impedirles a los curiosos que atisbaran dentro del edificio.

La entrada principal, cerrada también mediante una serie de rastrillos, era fácilmente reconocible por el arco enorme que la dominaba y por la pequeña portería que tenía a un lado. Fue hacia esta última adonde se encaminó el conde, después de confiar su caballo y el de Eymerich a los hombres de la escolta.

Los acogió un fraile joven y de buena estatura, muy ceremonioso, que los condujo hasta el fondo de la portería. Desde allí, una puertecilla llevaba directamente al patio de la abadía.

—Seguidme, señores. En estos momentos el abad se encuentra en la hospedería;



si sois tan amables de acompañarme hasta allí...

—¿Está el ecónomo? —preguntó el conde.

—¿Fray Teofredo? Estará en la sala capitular.

—Entonces acompañaremos al padre Nicolás ante el abad y después me llevaréis a verlo.

Mientras atravesaban el patio arbolado, inmerso en una frescura que contrastaba con el calor tórrido del exterior, Eymerich advirtió que el joven benedictino no llevaba tonsura, a pesar de las prescripciones de su regla. Notó también que su hábito era de seda, y que crujía graciosamente a cada movimiento.

Al pie de un roble centenario, delante del atrio desde el que se accedía a la parte más recóndita del monasterio, había una decena de jóvenes de paisano, vestidos de rojo y azul. Hablaban animadamente entre ellos y de vez en vez rompían a reír.

—¿Acogéis también seglares? —preguntó, curioso, Eymerich.

El benedictino sonrió.

—Oh, no. Aquí no tenemos alojamientos para desconocidos, no tenemos ni hospicio. Esos que veis ahí son siervos.

—Muchos me parecen.

—Tocan a cinco por cabeza —explicó el conde—. Por no hablar de las siervas — y se echó a reír.

El benedictino le lanzó una mirada de reproche, pero no replicó. Eymerich no dijo nada; se limitó a fruncir el ceño.

La hospedería era un edificio bajo, adosado al muro occidental de la abadía, mucho más alta. Se accedía a ella a través de un gran soportal, al que sucedía un pasillo en el cual, a distancias regulares, habían colocado bancos de mármol. En las paredes había frescos con la vida de san Benito, de óptima ejecución, si bien algo descoloridos.

—Ahí está el abad —anunció el joven.

Les señaló un viejo, descalzo y vestido con un hábito muy gastado, ocupado en examinar unos voluminosos libros amontonados sobre uno de los bancos. Su rostro, pequeño y donoso, estaba enmarcado por una larguísima cabellera blanca y una barba no menos larga. Calzaba sobre la nariz dos pequeñas lentes que mantenía unidas una montura de madera que terminaba detrás de las orejas. Eymerich había visto algo parecido en la corte de Aragón un par de años antes.

—Padre Josserand, os traigo una visita —le anunció el conde—. Éste es el famoso inquisidor Nicolás Eymerich. Habréis oído hablar de él. —Todo esto lo dijo deprisa, como si le urgiera despedirse.

—¡Oh, un dominico! —exclamó el abad con una sonrisa que iluminó sus facciones—. Pero no veo la serpiente.

—¿Qué serpiente? —preguntó Eymerich con cortedad.

—Bien, yo os dejo. —El conde se alejó, tomando del brazo al joven benedictino—. Tengo que ir a ver a fray Teofredo. —Y dejó escapar una risilla.

El abad no le hizo el menor caso.

—Sí, la serpiente que salva de los mordiscos. ¿Me comprendéis?

—No —respondió Eymerich.

—Los números. Veintiuno, seis y nueve. Ellos respetan a la serpiente.

—¿Ellos, quiénes?

—Las bestias llameantes. —El abad bajó la voz en actitud de complicidad—.

Veintiuno, seis. Las bestias que aquí llaman *masc*.

## 9. El agresor invisible

Consciente de que, bajo el sol abrasador, debía de parecerse a una gota de café escurriéndose por un plato de loza, el doctor Manuel Limonta atravesó la plaza de la Revolución. Dejó a su derecha la estatua de José Martí y el mastodóntico edificio de la biblioteca nacional de Cuba. El edificio al que se dirigía se levantaba justo al lado del de las FAR, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que no lucía más engalanamiento que una franja de césped.

Subió las escaleras con cierta emoción. Era la primera vez que entraba en el Ministerio del Interior, o MININT, como le llamaban en Cuba, y se esperaba una interminable serie de controles. No quedó decepcionado. La soldado que salió a su encuentro, una mujerona de piel tan oscura como la suya, verificó en primer lugar sus documentos, comprobando que los datos que declaraban coincidieran con los del invitado al que esperaban. A continuación le hizo rellenar un larguísimo cuestionario; y finalmente le puso en manos de un suboficial que le condujo a una salita para la *comprobación dactiloscópica*<sup>[3]</sup>. Limonta dispuso de treinta segundos para imprimir sus huellas digitales en una lengüeta y retirar la tarjeta de plástico que había de permitirle el acceso a los rincones más secretos del edificio.

Vinieron luego otras formalidades y, por fin, un tramo de escaleras y tres largos pasillos le dejaron ante la puerta del teniente Agenor Escasena Rivera, responsable del Centro de Documentación e Información del ministerio.

Aquí no tuvo más que llamar a la puerta. Escasena en persona acudió a abrirle; y debió de suponerle un buen sacrificio: el uniforme verde oliva del oficial, a pesar de lo generoso de la talla, a duras penas bastaba para contener su vientre, grande como el de un luchador de sumo. Sudoroso todo él, estrechó la mano de Limonta y le señaló una silla. Después de lo cual se dejó caer con todo su peso en una butaquita, al otro lado de un escritorio ridículamente pequeño. Los muelles chirriaron haciendo mucho ruido.

—¿Y bien? —preguntó Escasena sin más preámbulos.

—No es dengue —le respondió Limonta—, ni fiebre amarilla.

El oficial se mostró aliviado.

—Ya es algo. ¿Tiene idea de qué se trata?

—Sí. Adenovirus. El virus corriente causante del resfriado.

—Humm. Cuesta creer que la CIA se tome el trabajo de difundir en Cuba el resfriado. Pero por su expresión deduzco que debe de haber algo más.

Limonta se secó el sudor de la cara con un pañuelo. En aquel despacho hacía un calor sofocante.

—No puedo estar seguro, son estudios muy recientes, en fase embrionaria aún. Pero yo también me he preguntado por qué nadie se iba a tomar el trabajo de esparcir el adenovirus. Si no llegan a darse más de cien casos de resfriado en la misma

fábrica, en Santa Clara, ni nos hubiéramos dado cuenta.

—Continúe.

—En un primer momento he considerado el hecho de que el adenovirus, en ciertas condiciones, puede resultar cancerígeno. Pero los primeros exámenes han demostrado que no era nuestro caso. He pasado varios días dándole vueltas al asunto, y ha sido entonces cuando me ha venido la iluminación. El resfriado no habría sido más que el vehículo, en apariencia casi inocuo, de otra cosa mucho más temible. Es decir, que podría tratarse de una transducción.

Escasena se inclinó por encima del escritorio.

—¿Perdón...?

—Una transducción. —Limonta sonrió, sin alegría—. Ha de saber que los virus poseen la capacidad de penetrar en las células transportando su propio material genético. En la práctica, un virus, que no es más que un filamento de ADN o de ARN, puede sustituir por los suyos propios los genes que encuentra en la célula en la que ha penetrado. Esas nuevas características genéticas serán transmitidas a las células hijas. Es un fenómeno que se conoce desde hace una veintena de años, desde 1952, y que aún no ha sido del todo estudiado.

—Me está usted diciendo que es posible que tengamos generaciones de cubanos acatarrados.

Limonta sonrió de nuevo, pero su sonrisa se curvó en una mueca amarga.

—Ojalá se tratara sólo de eso. Es peor aún. Teóricamente, es posible cargar un virus con ADN de un determinado tipo. Cuando el virus penetre en la célula, y si consigue arraigar, sustituirá el ADN preexistente por el que lleva consigo. —Bajó el tono de voz—. Comprenderá usted que mediante este procedimiento se puede modificar completamente y en poco tiempo el patrimonio genético de un individuo. Y transmitírselo a sus descendientes.

El rostro redondo de Escasena mostraba ahora cierta alarma.

—¿Ha encontrado confirmación a eso?

Limonta asintió lentamente.

—Sí. He llevado a cabo los exámenes muy poco convencido. Los resultados me han dejado horrorizado. —Ante la idea de lo que iba a decir, tuvo que tragar saliva—. Todos los sujetos que han contraído el resfriado presentan ahora el gen de la hemoglobina S. Es decir, el gen de lo que en Cuba llamamos *sicklemlia*, o falcemia. ¿Ha oído usted hablar de ella?

Escasena, muy pálido, indicó que sí.

—Hace cosa de diez años, un grupo de *gusanos*<sup>[4]</sup> de Florida estuvo planeando propagar en Cuba una enfermedad con un nombre parecido...

—La anemia falciforme.

—Exactamente. Por lo que sé, el que les paró los pies fue el propio presidente Kennedy, que fue asesinado poco después. Pero, si no recuerdo mal, se decía que la enfermedad atacaba sólo a personas de color...

—Así es, en efecto, pero no es sólo la enfermedad, es la predisposición a la misma lo que está extendido entre las personas de color. El llamado carácter falcemia. Yo mismo tengo hemoglobina S en la sangre.

Escasena lo miró, con cierta aprensión.

—Continúe.

—En otros tiempos, por lo menos el cuarenta o cincuenta por ciento de los cubanos de color eran falcémicos. Ahora serán... seremos... poco más del cuatro por ciento.

—Y los gringos están tratando de hacer que suba el porcentaje ocultando la operación tras una epidemia de catarro. ¿Es así?

—Sí, pero no es sólo eso. De ciento ocho casos registrados, setenta y dos son individuos de raza blanca. ¿Entiende lo que eso significa?

Escasena apoyó las manos en el escritorio y se puso en pie con mucho trabajo. Se dirigió a un armarito.

—¿Quiere una cerveza?

—Sí, gracias.

—La verdad es que la necesito.

En el fondo del armario había un cubo de plástico lleno de cubitos de hielo medio deshechos. El oficial metió las manos dentro y pescó dos largas botellas de vidrio bruñido, sin etiquetas.

—Hace años que pido una nevera —suspiró—. Me dicen que en el despacho no hace falta.

Hizo saltar las chapas haciendo palanca en la cerradura de la puertecilla. Le tendió una botella a Limonta, se quedó con la otra y volvió a sentarse.

—Así está mejor —dijo después de echarse un buen trago. Entrecerró sus pesados párpados, orlados de pestañas extraordinariamente largas—. Necesito saber un poco más. ¿Cómo se difunde la *sickleemia*?

—Como le decía, hasta la fecha sólo por vía genética. Si ambos padres tienen en la sangre la hemoglobina S, probablemente de cuatro hijos uno será normal, dos presentarán el carácter falcemia y el cuarto morirá de anemia falciforme. En cambio, si ambos padres padecen anemia falciforme, todos sus hijos nacerán con la enfermedad, y ni uno solo de ellos llegará a la adolescencia.

—¿Y si uno de los padres posee el carácter, mientras que el otro es normal?

—La mitad de los hijos será normal, y la otra mitad falcémicos.

Escasena bebió otro trago.

—Es impresionante. Pero acláreme una curiosidad. Esta hemoglobina anormal, alguna causa debe de tener, un momento inicial...

Limonta asintió.

—Desde luego que la hay, pero no es posible individualizarla. Hay que remontarse en el tiempo generaciones y generaciones, siglos. Si pudiéramos hacerlo, descubriríamos que, quizás hace miles de años, hubo un primer individuo con

hemoglobina anómala, y que tuvo descendencia. Casi con toda seguridad en África del Norte, dado que es en esa zona donde el carácter falcemia tiene mayor incidencia.

—Y los padres de este individuo, ¿eran normales?

—Sí, pero debe de haberse producido entre ellos algún accidente genético. El más característico es una unión entre consanguíneos. Probablemente, a la vista de la gravedad de la alteración, entre hermano y hermana. Pero, repito, eso no lo sabremos jamás con certeza. —Limonta miró la botella, que se le estaba calentando en la mano —. Y ahora tenemos que vérnoslas con un segundo accidente. Pero esta vez provocado, si mis deducciones son exactas.

Se produjo un silencio momentáneo, pasado el cual Escasena preguntó:

—¿Qué medidas aconseja que se adopten?

—Oh, es bastante sencillo. Contra el adenovirus existen vacunas. No son del todo eficaces, pero lo suficiente como para evitar que el virus deposite su carga de ADN.

El rostro de Escasena se relajó.

—O sea que, por esta vez, la batalla está ganada.

—Sí. Pero tenemos que prepararnos para hacer frente a un modo de operar completamente nuevo. Estábamos listos para rechazar intentos de difundir enfermedades en Cuba. Pero en este caso no se ha tratado de una enfermedad, sino de la predisposición a una enfermedad. Una especie de bomba de relojería que se hace que explote en el momento justo. Y aquí está el verdadero misterio.

—¿Qué misterio?

—La anemia falciforme no se manifiesta a una orden. En sí misma, la presencia de hemoglobina S puede no comportar consecuencias graves, como mi mismo caso demuestra. Evidentemente, alguien ha conseguido encontrar un método para desencadenar la epidemia cuando lo desee.

—¿Tiene idea de qué método es?

—No, en absoluto. Pero si examinamos las estadísticas en los próximos meses, o años, algún indicio encontraremos. En Cuba o en algún otro lugar.

Escasena volvió a entrecerrar los ojos. Pensaba en aquel primer enfermo, tantos siglos atrás, que había alterado la sangre de millones de personas. A pesar del calor, un violento escalofrío lo sacudió.

La voz normalmente ronca de Lycurgus Pinks se tornó inopinadamente estridente, como le sucedía siempre que estaba irritado.

—Les dije que no escogieran Cuba, que allí están en guardia, que tienen un servicio destinado a prevenir las agresiones biológicas. CIDMI, se llama, o algo parecido. ¿De quién ha sido la genial idea?

En el otro extremo de la mesa que acogía el consejo de administración de la Parmindex, David Atlee Bishop carraspeó.

—Un sector de la CIA ha ejercido presión, señor Pinks... Querían resultados

inmediatos. Creí que podría contentarlos...

Pinks se acarició la perilla que, al cabo de tantos años, se había vuelto a dejar crecer. Sólo que ahora muchos de sus pelos eran blancos.

—Me trae sin cuidado la CIA —dijo, pronunciando claramente cada sílaba—. Somos lo bastante fuertes como para encontrar otros patrocinadores. Pero para poder conseguirlo, tenemos que estar en condiciones de ofrecer un producto ya verificado, experimentado en condiciones de total seguridad. Y de todos los laboratorios posibles, usted ha tenido que elegir el único que está sometido a estrecha vigilancia.

Homer Loomis, el administrador delegado, reclamó su atención levantando un dedo.

—Permítame, señor presidente. Coincido con usted en que elegir Cuba ha sido un error. Pero el experimento ha tenido éxito. El adenovirus se ha revelado un vehículo idóneo para la transmisión del carácter falcemia a individuos de raza blanca. Nuestro poder está asegurado.

Pinks negó enérgicamente con la cabeza.

—No, todavía no. No sabemos si el ADN de la hemoglobina S arraiga de manera duradera. Debemos llevar a cabo ulteriores experimentos. En esta ocasión, en un lugar más adecuado, elegido por nosotros, no por la CIA.

—¿Tiene en mente alguno? —preguntó Loomis.

—No puedo ocuparme de todo —gruñó Pinks—. Nos hace falta una comunidad de blancos aislada, en algún país de América Latina donde esté establecida la Parmindex. Un grupo cerrado, que no esté a la vista de todo el mundo. Qué sé yo, una comunidad religiosa, una comuna anarquista, algo así.

Uno de los administradores, un tipo mofletudo de tez cetrina, se inclinó hacia delante.

—Señor presidente...

—¿Sí, doctor Mureles?

—Estoy pensando en una comunidad que nos viene como anillo al dedo. Tan numerosa que nos permitiría la verificación segura de los resultados, y tan aislada que nos permitiría operar con total secreto.

Los rasgos de Pinks se distendieron por primera vez desde el comienzo de la reunión.

—Perfecto, doctor Mureles. Háblenos de esas cobayas.

## 10. La segunda abadía

El sol intenso de la mañana entraba en la posada de Emersende en volutas de polvillo dorado filtradas por las frondas que pendían en el exterior. La posadera estaba en la cocina. Sentado a la mesa más alejada de la puerta, Eymerich charlaba con el padre Corona. Le relataba su encuentro con el abad Josserand, y echaba de tanto en cuando rápidas miradas a los guardias apostados en la calle.

—Sus primeras palabras me han hecho pensar si no estaría el anciano completamente loco. Esos números: veintiuno, seis, nueve; la manera misma que tenía de hablarme, sin dejar de sonreír. Luego he comprendido que se comunica empleando un lenguaje cifrado suyo, hecho de citas, referencias a la patrística y alusiones evangélicas. Conoce al dedillo Clemente Alejandrino, Orígenes, Tertuliano, Basilio de Cesarea. Habla por medio de la Biblia y de sus autores preferidos. Normal no es, desde luego, pero aunque parece que farfulla, en realidad quiere decir algo.

—¿También éstos son mensajes? —preguntó el padre Corona indicando dos códices de grandes dimensiones que Eymerich había colocado ante sí, entre la jarra y la copa de vino de orujo.

—En cierto sentido. El convento no posee biblioteca, y el padre Josserand tiene los libros amontonados un poco por todas partes. Encima de un banco he visto el *Adversus Haereses* de Ireneo y los *Philosophoumena* de Hipólito que me hacían falta y se los he pedido. Entonces él ha comprendido que poseo las claves de la intriga en la que estamos inmersos y me los ha dado con una sonrisa todavía más amplia. Y ahí, en su sonrisa, estaba el mensaje. Ha comprendido que sé.

El padre Corona se secó con un pañuelo el sudor que le bajaba por el cuello y le goteaba desde la barbilla.

—Espero que me lo queráis explicar a mí también.

—Para eso estamos aquí. —Eymerich miró hacia la puerta—. Lo único que espero es que dispongamos del tiempo necesario. El conde tiene que venir a recogerme para ir a comer con el obispo. ¿Qué hora debe de ser?

—Oh, falta aún mucho para la sexta.

—Bien. Entonces dejadme que os haga una pregunta.

En aquel momento, Emersende salió de la cocina y se dirigió hacia ellos. La posadera había abandonado su acostumbrada expresión hosca por otra de incertidumbre y fatiga. Por sus ojos enrojecidos se comprendía que había estado llorando.

—Perdonadme, reverendos padres —dijo con voz temblorosa. Y de pronto explotó—: ¡Ya no puedo más! ¡No puedo más!

Eymerich, creyendo que se refería a su negocio, vació, frunció las cejas.

—¿Qué tenéis? ¿Acaso no os pago lo suficiente?

—No se trata de eso. —Se dejó caer en uno de los bancos—. Se trata de vuestro bando.



—¿Qué pasa con mi bando?

—Hay mucha gente a quien mi presencia en esta ciudad no les agrada. ¿Sabéis?, saben que estoy de parte de los Montfort, y cuentan por ahí ciertas historias sobre el obispo y yo...

—Semejantes miserias no me interesan en absoluto.

—No, esperad. —Sobre las pestañas de la mujer se formó una lágrima—. En estos tiempos no es fácil salir adelante, sobre todo a una mujer sola como yo. Me ha tocado hacer y callar cosas que que salen de lo corriente. Hace poco hablaba desde la ventana de la cocina con Amalde, que vive al lado de la casa del canónigo y le cuida el huerto...

—¡Señora, estáis abusando de mi paciencia! —soltó Eymerich.

—Esperad, padre. Esta mañana me he dado cuenta de que algunos no me saludaban. No le he dado importancia, porque creí que se debía al hecho de que sois mi huésped. Pero luego Amalde me ha dicho que me quieren denunciar a vos por cómplice de la bruja, junto con Robert...

—Despacio. ¿Quién es ese Robert?

—El tintorero, el dueño del sótano en el que vivía Raymond. Es el único tintorero que no forma parte de la corporación de los maestros, porque odia a los *bonhommes* y es amigo de los benedictinos del Sidobre...

Eymerich miró al padre Corona.

—No entiendo nada. ¿Quiénes son los benedictinos del Sidobre?

—El Sidobre es un altozano que queda al este de Castres. Está dentro de las tierras de los Nayrac, que extraen granito de allí. En la localidad de Burlats, en las laderas del altozano, hay una segunda abadía de San Benito de Nursia, dirigida por el mismo abad. Es mayor que la que habéis visto, y los monjes son más numerosos.

Eymerich miró a Emersende con severidad.

—Habéis hablado de los *bonhommes*. ¿Os referís a los jefes de los cátaros, a los que llaman «perfectos»?

—Sí. Hay muchos, escondidos en el Sidobre. Pero todos los tintoreros de Castres son cátaros, sean maestros o aprendices. Robert es el único que no lo es. Por eso lo odian, y me odian a mí, que he sido su... que soy su amiga.

El padre Corona se sonrió.

—No os ha faltado la compañía, mi señora Emersende.

Una mirada feroz de Eymerich lo hizo enmudecer.

El inquisidor se puso en pie de un salto. Se acercó a Emersende y la miró de hito en hito, con los ojos convertidos en dos pequeñas rendijas brillantes.

—Mujer, no te queda más que una salida para librarte de la tortura. Dime toda la verdad, y que sea la última vez que te lo haya de mandar. ¿Por qué te consideran cómplice de la presunta bruja?

A la posadera le temblaron los labios. Dijo:

—Porque ayudaba a Robert y a Raymond a preparar la sangre.

Eymerich se sobresaltó. Se volvió bruscamente hacia el padre Corona y cruzó con él una mirada de asombro. Volvió entonces fijar su mirada en la posadera, con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso de preparar la sangre?

—Los hombres del capitán De Nayrac nos traían casi cada día cantaros con sangre —respondió la mujer sin dejar de llorar—, nosotros la echábamos en una vasija que guardábamos en la botiga. Era para Sophie, que venía todos los domingos.

—Y Sophie, ¿qué hacía?

—No lo sé. Os juro que no lo sé. Lo único que sé es que después de sus visitas la vasija estaba vacía.

Eymerich golpeó con la palma en la mesa, sobresaltando a la posadera. La jarra y la copa temblaron.

—¡Mientes! Sabes perfectamente qué hacía con la sangre. ¿Se la bebía? ¿Se bañaba en ella?

Emersende sollozó con más fuerza todavía. Necesitó algunos minutos para poder responder.

—No la seguíamos al sótano. De verdad, no lo sé, creedme.

—Es difícil pensar que se la bebiera —observó el padre Corona—. La vasija es de dimensiones mastodónticas. Puede contener lo equivalente a un pequeño barril.

Eymerich se situó detrás de Emersende. Después de caminar durante algunos instantes arriba y abajo, contemplando distraídamente las paredes de la sala, oscurecidas por el humo, preguntó:

—¿Qué más tienes que decirme?

La mujer trató de secarse las lágrimas. Se sonó en la manga de camisa, cubierta de manchas y remiendos.

—Nada, padre, os lo he dicho todo.

—¿De dónde venían los soldados que traían la sangre? ¿De Hautpoul?

—No, del Sidobre. Eran *routiers* del capitán De Nayrac. Es raro verlos en la ciudad, se llevan mal con los hombres de nuestro conde. Hasta hace dos años peleaban a favor de los ingleses.

—O sea, que este sucio comercio hace dos años que dura.

—No lo sé, los acuerdos los estableció Robert.

Eymerich se quedó unos instantes mirando la nuca de la posadera antes de volver a sentarse.

—Ahora vete. Te quedarás en la cocina, no hablarás con nadie y no te moverás por ningún motivo. ¿Entendido?

Emersende se levantó con alguna vacilación.

—Os lo suplico, padre, soy una buena cristiana...

—Vete.

En cuanto la mujer hubo obedecido, Eymerich miró fijamente al padre Corona, con las facciones endurecidas.

—Y ahora vos me explicaréis por qué no me habíais dicho nada de estas historias —dijo apretando los dientes.

—Pues... porque las ignoraba.

—¿Todas?

El padre Corona dudó un instante, y luego dejó escapar un gran suspiro.

—No, no todas. No sabía nada de las venidas de Sophie de Montfort a la ciudad, de sus relaciones con el pequeño Raymond, ni de la sangre traída por los *routiers* del Salobre. Conocía, en cambio, el hecho de que la mayor parte de los tintoreros profesa el catarismo, que la sangre de los Montfort ha sido profanada y que el clero del lugar se abandona al lujo y a la depravación. Esto sí que lo sabía.

—Y no habéis hecho nada. —La voz de Eymerich sonó durísima—. ¡Vos, un inquisidor! ¿Puedo preguntaros el motivo?

El padre Corona levantó hacia su compañero una mirada límpida.

—¿Puedo hablaros con franqueza?

—Más aún, os lo ordeno.

—Pues bien, no estoy del todo convencido de la culpabilidad de estas gentes. No, no me interrumpáis... Los tintoreros, y en general los artesanos de esta ciudad, simpatizan con los cátaros en su odio al rey de Francia. El dominio de la monarquía se identifica, para ellos, con la brutalidad y la avidez del conde de Montfort, o con la insensatez del señor D'Armagnac, representante de una clase de nobles que se ha dejado derrotar por los ingleses y que es incapaz de reinstaurar el orden en estas provincias. Los sentimientos que circulan son los mismos que durante algunos meses han enfrentado a los burgueses de París con el Delfín, y que agitan los campos del septentrión.

—¡Pero el catarismo es herejía, pecado contra la Iglesia!

—¿Y qué es la Iglesia para esta gente? —replicó el padre Corona con vehemencia—. Sólo conocen el rostro corrupto y lujurioso que les ha ofrecido el clero, y que a su vez tiene su origen en la corrupción y la lujuria que reinan en Avignon con la complicidad del propio Papa. El catarismo, que prescribe no considerar las miserias del cuerpo y las apariencias materiales, contiene una promesa de purificación que nosotros no somos capaces de transmitir. ¿No os parece?

Eymerich no replicó. Alargó la mano hacia la jarra y vertió en la copa un poco de vino de orujo, que bebió a pequeños sorbos. Al hablar, lo hizo en un tono menos resentido.

—Comprendo vuestro razonamiento, pero antes de explicaros mi punto de vista deseo que seáis del todo franco. He tenido que descubrir gradualmente, y por mi cuenta, los secretos de la estirpe de los Montfort. Vos no me habéis puesto sobre aviso de nada. Quiero saber el porqué. Y no volváis a repetirme que no habéis tenido ocasión de hacerlo.

En esta ocasión, el padre Corona dio muestras de estar verdaderamente en un aprieto. Antes de responder, tuvo que tragar saliva un par de veces.

—Es verdad, he sido un poco reticente. Cuando llegué aquí por primera vez, también yo me dirigí a Hautpoul. Como vos mismo, fui abordado por el señor Piquier, que me llevó a visitar a Sophie...

—¿... Y?

—No sé describiros la compasión que me causó aquella pobre criatura. Era sensible, delicada, y sin embargo la obligaban a vivir en aquella alcoba sin ventanas, con un padre que la odiaba y que no ocultaba sus intenciones de matarla... —La voz del padre Corona se quebró levemente—. Os confesaré que vuestra llegada me ha dado miedo. Os encontraba inflexible, cruel, casi inhumano. Sí, al ver las condiciones en que mantenían a Raymond os habéis mostrado sinceramente indignado, pero después, vuestro sentimiento se ha desahogado en un arrebato de cólera pura. Dais miedo.

Eymerich se quedó sorprendido por aquellas palabras, mas no se sintió insultado. Se llevó de nuevo la copa a los labios, y dijo:

—Así pues, teméis que yo pueda hacerle daño a Sophie, quien no lo merece — dijo con voz tranquila.

—Incluso si se lo mereciera, ya sufre bastante.

Eymerich suspiró. Por sus labios, por lo general apretados, aleteó la sombra de una sonrisa.

—Pobre padre Jacinto, qué ingenuo sois. Decididamente, este oficio no está hecho para vos.

El padre Corona pareció ofenderse un poco.

—¿Por qué decís eso?

—Porque os dejáis engañar con demasiada facilidad. Oh, no por Sophie. ¿Recordáis la escenita que tuvo lugar en la antesala del conde, en Hautpoul?

—¿Cuando Sophie apareció por la puerta oculta? Sí.

—Piquier la llevaba sujeta con la cadenilla. Para atraerla hacia sí, le dio un tirón brusco, que casi la hizo caer.

—Sí, pero...

—¿Os parece que un acto semejante se corresponde con la imagen de hombre devoto y generoso que Piquier quiere dar de sí mismo? Respondedme.

El padre Corona arrugó la frente.

—Tenía miedo de que el conde la viera.

Eymerich negó con la cabeza.

—Si el conde se hubiera hallado presente, la brutalidad de Piquier habría sido comprensible. Pero el conde no estaba. Bastaba con alcanzar a la muchacha y tomarla del brazo. No, Piquier se ha limitado a repetir un gesto que le resulta habitual. Cosa insólita en un hombre que quiere hacer creer que es tan bueno.

El padre Corona estaba impresionado, pero no le resultaba fácil admitir que Eymerich tenía razón.

—Cuando me llevó a ver a Sophie me pareció sincero, preocupado. Temía que la

acusara de brujería.

—También conmigo ha representado la misma comedia. En ambos casos ha querido curarse en salud, y con vos ha conseguido el resultado deseado. Conmigo no, porque desconfió instintivamente del prójimo. Como podéis ver, esa actitud mía que tanto os desagrada me ha permitido evaluar la situación con más realismo.

El padre Corona aventuró una sonrisa.

—Quién sabe. Lo que espero es que vuestra intuición alcance para comprender las raíces del supuesto catarismo de los tintoreros, del que os acabo de hablar.

—Para comprenderlo sí, pero para justificarlo no. —El timbre de Eymerich adquirió de nuevo un matiz metálico—. También en este caso habéis pecado de ingenuo. El hecho de que esta gente aspire a la pureza no implica en absoluto que sea buena. De creer a nuestra buena Emersende, los honestos tintoreros se aprestan ya a denunciar ante nosotros a quienes no profesan su credo. Y me apuesto cualquier cosa a que se entusiasmarían con la idea de que Sophie de Montfort fuese a parar a la hoguera. Precisamente, como vos mismo habéis dicho muy justamente, porque el catarismo se alimenta del odio que le guardan al conde y al resto de la nobleza. —Eymerich juntó las palmas de sus manos y apoyó en ellas la barbilla—. Aceptad mi consejo, padre Jacinto. Desconfiad de todos, pero ante todo, desconfiad de quienes proponen modelos de virtud demasiado abstractos. Cuando la abstracción es excesiva, a menudo no se ve reflejada en los comportamientos cotidianos ni en las intenciones concretas.

Tal vez el padre Corona habría replicado, pero la puerta de la posada quedó oscurecida por una forma maciza. Una voz potente retumbó en la sala.

—¿Qué os decía? ¡La taberna, he ahí el lugar natural de los frailes! ¡Por eso los quiero tanto y los cubro de regalos!

Eymerich siguió al conde de Montfort un poco de mala gana. El obispo les tenía preparada una mesa suntuosa, en la que refulgían copas y frascos de oro y plata, dispuestos sobre un mantel cándido con los ribetes bordados. En mitad de la sala habían colocado una jofaina, también de oro, en la que los invitados pudieron lavarse las manos. El servicio se inició con un paté, al que siguieron los quesos, la caza, las aves y el pescado. Cerró el ágape un surtido de dulces y confites.

Mientras duró la comida, el conde y el obispo conversaron entre ellos animadamente. El tema de su coloquio fueron los diezmos de los campesinos, que el obispo juzgaba escasos, en tanto que el conde se quejaba de la avidez del alguacil, quien, recientemente, había pretendido recaudar una contribución para el rescate del rey, prisionero de los ingleses. Llegaron al acuerdo de acelerar la salida de Hautpoul de la población que allí se había refugiado, para que volviera a cultivar las tierras entre Castres y la Montaña Negra. En cuanto al pretendido impuesto del alguacil, el conde lo asumiría imponiendo un nuevo impuesto al teñido de telas, destinando una parte del mismo a resarcir al obispo de las pérdidas que estaba sufriendo.

Eymerich asistió distraídamente a esta conversación, limitándose a intervenir en

ella cuando lo interpelaban. No pasó de mordisquear las viandas que traían a la mesa, dejando buena parte de las mismas en las escudillas de terracota en las que las servían. El calor lo agobiaba, así como los aromas demasiado intensos que se iban condensando en la sala.

No tomó la palabra hasta los postres, sin preocuparse lo más mínimo por lo que en aquel momento pudieran estar diciendo los otros dos comensales.

—¿Estáis enterado del auto de fe que estoy preparando? —le preguntó al obispo.

El anciano monseñor se lo quedó mirando pasmado.

—¿Auto de fe? ¿Qué auto de fe?

El conde, más bien ebrio, prorrumpió en fuertes carcajadas.

—Ah, sí, ya me había olvidado. Este burlón del padre Nicolás quiere hacer una hoguera de herejes. Como si no hiciera ya bastante calor.

El obispo miró a Eymerich con ojos desorbitados.

—Verdaderamente, es una obsesión que tenéis. Ya el otro día hablabais de quemar a alguien. ¿Por qué no pensáis en cosas más agradables?

—Entre los humores del padre Nicolás, la bilis es el que predomina —terció el conde—. Pero deberíais sopesar su idea, monseñor. Además de algún campesino hereje, podríais añadir a la pira un par de hebreos impenitentes.

—Pero qué necesidad habrá...

—Que me corrija el padre Nicolás si me equivoco —continuó el conde—, pero me parece que los bienes de quienes son quemados revierten directamente a la Iglesia, representada por el obispo. Y entre los judíos de esta ciudad, hay algunos que son bastante ricos.

Por el rostro arrugado de monseñor de Lautrec cruzó un relámpago de malevolencia.

—En efecto, la riqueza de esos infieles suena a insulto a los oídos de todos los buenos cristianos obligados a la pobreza. Si dispusiera de sus bienes, podría socorrer a muchos necesitados. —Se dirigió a Eymerich—. ¿Qué opináis, padre?

El inquisidor tomó un confite y se puso a jugar con él.

—El conde está en lo cierto. Los bienes de quienes son enviados a la hoguera son adquiridos por la autoridad eclesiástica. Pero necesito vuestra conformidad oficial.

—Oh, contad con ello, contad con ello. —De repente, la alegría del obispo se vio oscurecida por una sombra—. Ahora que lo pienso, la plaza de ahí delante es la única lo bastante espaciosa. ¿No querréis quemar a esa gente debajo de mis ventanas?

—Pensaba en el patio de la abadía.

—Bien, bien. Me parece una idea excelente. Allí podría caber toda la población de Castres y aún sobraría espacio.

Los labios de Eymerich se curvaron en una sonrisilla maliciosa, que desapareció casi de inmediato.

—Muy bien. Necesitaré leños gruesos, paja, sarmientos, aceite y mucha cuerda.

—Yo os lo proporcionaré todo —le aseguró el conde—. ¿Para cuándo lo

necesitáis?

—Para dentro de dos, tres días a lo sumo.

Othon de Montfort abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Tan pronto?

—Sí. Esta ciudad tiene una necesidad urgente de ejemplo. —Eymerich le dedicó al obispo una mirada vagamente cargada de sorna—. Y la Iglesia necesita ingresos.

—De acuerdo —dijo el conde—. Lo tendréis todo. Mandad una nota detallada a mi castillo.

Eymerich se levantó.

—Os lo agradezco mucho. Y ahora tengo que marcharme. Debe de ser la nona, y tengo muchos asuntos que resolver.

Salió del palacio, atravesó la calle achicharrada por el sol y entró en la posada. El padre Corona estaba sentado a una de las mesas, solo, inmerso en sus propias reflexiones. Tenía delante los restos de una frugal refección.

—Subo a mi habitación a leer un poco. Volveré a bajar dentro de una hora, más o menos. Estad listo, porque volveremos a interrogar a Robert el tintorero.

El descanso de Eymerich fue muy breve. Llevaba apenas unos minutos inmerso en la lectura de Ireneo cuando llamaron a su puerta.

—Tenéis visita —le anunció el padre Corona.

—Hacedla pasar.

El personaje que entró en la habitación era un hombrecillo entrado en carnes, enteramente vestido de negro. Una sonrisa cordial iluminaba su rostro mofletudo.

—¡Qué placer volver a veros, padre Nicolás!

—¡Señor de Berjavel! —Eymerich se puso en pie—. Esperaba con impaciencia vuestra llegada. ¿Habéis tenido buen viaje?

Tras un breve intercambio de cortesías, Eymerich se sentó en uno de los arquibancos invitando al señor de Berjavel a hacer lo mismo.

—Y bien, ¿qué novedades me traéis del padre De Sancy?

—El prior ha recibido a vuestro correo —respondió Berjavel—. No os ha enviado una respuesta por temor a que cayera en manos indiscretas.

—Sabia precaución. La Montaña Negra pulula de malhechores.

—Así pues, me ha encargado que os refiera las respuestas a vuestras preguntas. En especial a la más importante.

—¿Y bien?

—Es necesaria la autorización del Pontífice, pero el padre De Sancy dice que no debéis preocuparos porque está seguro de que la obtendrá. Todo lo que os proponéis hacer se hizo ya varias veces el siglo pasado. Béziers es el episodio más famoso, pero también están Lavaur, Cassès y aún otros más. Si lo creéis necesario, tenéis las manos libres para hacerlo.

Los ojos de Eymerich brillaron.

—Estupendo. ¿Y respecto al otro asunto?

—También a ese respecto el padre De Sancy lo deja todo en vuestras manos. En Bretaña se necesita un Montfort, no importa cuál. Más aún: una mujer tal vez sería mejor que un hombre. Charles de Blois no tiene más que un hijo, un bastardo llamado Jehan. Si la sangre de los Blois volviera a mezclarse con la de los Montfort en matrimonio, nadie tendría ya dudas sobre la legitimidad de su pretensión al ducado.

Eymerich frunció el entrecejo.

—Tengo que pensarlo. A todo esto, tengo un encargo que confiaros. ¿Estáis muy cansado?

—Bastante.

—Tomaréis una habitación en esta misma posada. La patrona, a la que tengo bajo arresto en la cocina, estará encantada de tener un nuevo huésped. Cuando os encontréis descansado, iréis a ver al obispo, que vive ahí enfrente. Me ha prometido su conformidad para el auto de fe, pero quiero que la ponga por escrito. Vos os ocuparéis de ello en mi nombre. Haréis lo mismo con el conde de Montfort, que es huésped del obispo, y con el alguacil de la ciudad, el señor D'Armagnac. Los guardias que hay abajo os indicarán dónde encontrarlo. Y otra cosa... —Eymerich entrecerró los ojos—. Evitad que se indique en los documentos el número o el nombre de los condenados, aunque os los pregunten.

—Así se hará. Y vos, ¿os marcháis?

—Tengo que ir a interrogar a cierto tintorero, y después he de llegarme a un monasterio... muy particular. Regresaré tarde.

Después de que el señor de Berjavel saliera, Eymerich se quedó aún una media hora más en su habitación, leyendo el pasaje del *Adversus Haereses* que le interesaba. Al acabar, rezó algunas oraciones, se aseó un poco y bajó. Al poco, él y el padre Corona caminaban en dirección al río, hacia la casa del tintorero.

—Procura no hacernos perder tiempo —intimó Eymerich al voluminoso Robert, pronunciando cuidadosamente cada palabra—. Los demás tintoreros de Castres piden tu cabeza. Decidiré si les doy esa satisfacción, o no, según te comportes.

—¡Pero si los cátaros son ellos! Yo sigo fielmente...

—Ya lo sé todo. Sophie de Montfort venía aquí todos los domingos, y tú le proporcionabas la sangre humana traída por los soldados del capitán De Nayrac. Calcula tú mismo qué castigo podría infligirte.

La frente del gigante pelirrojo, que estaba ya empapado de sudor por el bochorno y las miasmas que llenaban su taller, se puso literalmente a chorrear.

—¿Qué queréis de mí?

—Quiero ver la vasija llena que descubrí ayer por la mañana.

—Pues ya no está aquí.

Eymerich se irguió en toda su estatura, con ojos enfurecidos.

—¿Y dónde la has metido?

—Yo no —murmuró Robert—. Han venido a recogerla dos monjes. Dos benedictinos del Sidobre.



—¿Los conoces?

—Sí, de vista. Venían a menudo entre semana, acompañando a los *routiers*. Volvía a verlos el domingo a media tarde. Venían a recoger a la condesita y se la llevaban con ellos.

—¿Adónde?

—Al Sidobre, me imagino. Tomaban esa dirección. Pero no me dio nunca por hacerles preguntas.

La mirada de Eymerich se empañó, velada por una calma más temible incluso que la cólera.

—Escúchame bien. De tu sinceridad depende tu suerte. ¿Quién organizaba todo esto? Me refiero a la recogida de sangre, a las visitas de Sophie de Montfort y a todo lo demás.

El tintorero bajó la mirada, pero habló sin titubeos.

—El intendente del conde. Desde hace varios años.

—¿El señor Piquier?

—Sí, él.

—Y con Sophie, ¿cómo se comportaba? ¿Como un enamorado?

Los ojos de Robert volvieron a levantarse, llenos de estupor.

—Oh, no, desde luego que no. Se hubiera dicho que era un campesino llevando un animal. Sobre todo cuando la condesita tenía una crisis.

Eymerich frunció el ceño.

—¿Qué crisis?

—El domingo al atardecer volvían a pasar por aquí. No podía verle la cara a la señorita, a causa del velo, pero parecía fuera de sí. Hacía gestos sin sentido, tartamudeaba. Se detenían lo justo para que se rehiciera un poco.

—¿Y Raymond?

—Lloraba a menudo, pero nadie le hacía caso.

—¿Vosotros tampoco?

El tintorero no respondió.

Eymerich miró al padre Corona.

—Creo que este miserable nos lo ha dicho ya casi todo. ¿Cómo se llega al Sidobre?

—Oh, no está lejos. A caballo, menos de una hora.

—Entonces, pongámonos en movimiento. —Eymerich le lanzó al tintorero una mirada glacial—. A partir de este momento, por cada minuto de vida que te sea concedido puedes dar gracias a Dios, y después a mí. ¿Me has entendido?

Por el rostro tosco del hombretón cruzó una expresión esperanzada, tan sórdida como antes lo había sido su miedo.

—¿Queréis los nombres de los cátaros de Castres? Puedo dároslos todos.

Eymerich le dio la espalda y se alejó, seguido por el padre Corona.

De vuelta en la posada recogieron sus monturas. Se pusieron en marcha hacia la

salida septentrional de la ciudad, bordeando el Agout. Las aguas del río rojeaban, quizá porque reflejaban el enorme sol de media tarde que incendiaba el cielo, o tal vez porque las veteaban los restos de tinte escarlata que de los obradores caían al cauce.

Ya en el linde de la ciudad, pasaron por delante de un edificio de tres plantas, de hermosa factura y ornado con elegantes ventanas con parteluz.

—Ahí vive el señor De Nayrac —le explicó el padre Corona—. Es el adalid del partido filoinglés, y punto de referencia para los notables de Castres.

Eymerich contempló la construcción, sólida y elegante a un tiempo.

—Si no me equivoco, Guy de Nayrac es hermano del abad Josserand y del capitán de una banda de mercenarios.

—Exacto. Aparte del viejo Josserand, que como habéis visto está medio loco, los demás Nayrac están muy unidos. Viven todos de los yacimientos de granito del Sidobre, que son propiedad suya. En sustancia, el capitán De Nayrac, el mercenario, vigila la zona en nombre de su hermano Guy, protegiéndolo de cualquier golpe de mano que los Montfort quisieran intentar.

—Me imagino que también los Nayrac aspirarán al gobierno de la ciudad.

—Sí, pero con discreción. Los Nayrac son mucho más ricos que los Montfort, y gozan de la simpatía de la alta burguesía urbana. Pero en el plano militar la supremacía corresponde a los Montfort, y tienen de su parte a los campesinos, a los que por otra parte explotan. Entre ambas familias se ha creado cierto equilibrio.

Sin hacer más preguntas, Eymerich cabalgó a través de los últimos aledaños de la ciudad, adosados a murallas que alguien había empezado a construir sin concluir después los trabajos. Aquél era uno de los indicios de las luchas políticas y sociales que asolaban Francia. En mayo de aquel mismo año, el Delfín había ordenado amurallar y fortificar todas las ciudades cuyo comercio se desarrollara por vía fluvial. Tan pronto como la nobleza se había aprestado a obedecer, en muchas zonas del norte los campesinos se habían rebelado, obligados a financiar los trabajos con nuevos impuestos. El padre Corona explicaba que el conde de Montfort había tenido noticia de la revuelta, llamada *Jacquerie*, y había suspendido la aplicación del edicto. Era mucho mejor seguir explotando el campo gradualmente que quemarlo a cuenta de un futuro rey demasiado débil, demasiado joven y demasiado alejado.

Siguiendo el curso del Agout, al cabo de un breve tramo llano vieron frente a ellos un altozano granítico de forma irregular, cortado por impensadas quebradas. El río se hundía en ellas, pasando por gargantas profundas y montículos de rocas desprendidas de extraña disposición, aparentemente en precario equilibrio, semejantes a montones irregulares que hubieran sido dispuestos por un gigante. La vegetación era aquí rala, allá exuberante, asida de la roca como una pelusa verde y ligera.

La calzada que bordeaba el Agout se veía bastante amplia y bien conservada. Los dos dominicos avanzaron por ella sin dificultad, pero observando con ojos inquietos

los peñascos oscilantes que se cernían sobre sus cabezas. En uno de esos peñascos, arrimado a una mancha boscosa, avistaron a los primeros centinelas.

—¿Quiénes serán? —preguntó Eymerich—. No se distinguen sus armaduras.

—Hombres del capitán De Nayrac, sin duda. —El padre Corona hizo un gesto de saludo en dirección a las rocas que quedaban por encima de él—. No tendríamos por qué correr ningún peligro.

Avanzaron un trecho más sin ser molestados, vigilados desde las alturas. Poco después, dos soldados de a pie, salidos del bosque, les cortaron el paso. Eran individuos robustos, de rostros atezados y barbas espesísimas. Llevaban uniformes cualesquiera, con cotas de armas descoloridas largas hasta las rodillas. El escudo de uno de ellos debía de haber ostentado en tiempos el leopardo de los Plantagenet, reducido ahora a un bajorrelieve indistinguible.

—¡Deteneos! —los conminó el *routier* de más edad levantando una mano—. Éstas son las tierras del señor Guy de Nayrac, a quien Dios guarde.

—Nos dirigimos a Burlats, al monasterio de San Benito —le contestó el padre Corona—. No vamos armados.

El soldado se mostró perplejo.

—¿Al monasterio? Pero si hoy es sábado. La ceremonia no tiene lugar hasta el domingo por la tarde.

Ya se disponía a objetar alguna cosa el padre Corona, cuando Eymerich intervino.

—Lo sabemos, y participaremos en ella. Vamos antes porque tenemos que discutir de ciertas cuestiones con los padres de la abadía. Como veis, somos dominicos.

—En fin, supongo que podéis pasar. Id con Dios.

El soldado le indicó con un gesto a su compañero que se marcharan, pero Eymerich adelantó su caballo hasta situarse junto a ellos.

—Perdonad mi curiosidad. El señor Guy de Nayrac, ¿participa alguna vez en la ceremonia?

Le respondió el *routier* más joven, en una lengua *d'oil* salpicada de expresiones inglesas.

—No, nunca, y nuestro capitán, Armand de Nayrac, tampoco. Sus amigos sí que van.

—¿Como el señor D'Armagnac, por ejemplo?

—No lo he visto nunca. Normalmente vienen algunos comerciantes, con su preboste a la cabeza, abogados, notarios, algún comerciante. Vaya —concluyó el soldado con una nota de rencor—, todos los que viven en Castres como señores sin serlo.

—¿Y dura mucho la ceremonia?

—No nos lo preguntéis a nosotros. Nos limitamos a montar guardia en el exterior de la abadía.

—Gracias, y que el cielo os proteja.

Eymerich y el padre Corona reanudaron su marcha desfiladero adelante, alcanzados de vez en cuando por las salpicaduras del río al estrellarse contra grupos de rocas pulidas. No volvieron a conversar entre ellos hasta que estuvieron a cierta distancia de los soldados.

—¿A qué ceremonia se referían? —preguntó el padre Corona.

—No tengo ni idea —le respondió Eymerich, ceñudo—. Mejor dicho: una idea sí que tengo, pero preferiría verificarla.

El padre Corona comprendió que el maestro estaba entrando en uno de aquellos momentos suyos de humor esquivo y prefirió no molestarlo. Retuvo incluso el paso de su cabalgadura y se situó detrás.

La cabalgada en silencio no duró mucho. La garganta terminó de pronto, y el Agout desembocó en un terreno llano y menos accidentado, flanqueado por montañas. En el punto donde el río trazaba una curva, entre un castañar y un hayal, se levantaba un conjunto de edificios de dos y tres plantas, agrupados en torno a una iglesia de estilo románico.

—Ahí está la abadía —anunció el padre Corona—. Aquella casa grande, que queda a un lado, albergó en tiempos la corte de Adelaida de Toulouse.

—¿Quién vive ahí ahora?

—Nadie. Debe de ser propiedad de los Nayrac, pero creo que la usan los monjes.

—Acerquémonos un poco —dijo Eymerich—, pero sin hacer ruido. Antes de que nos descubran, quiero observar todo lo que pueda.

Echaron pie a tierra y anduvieron por un camino estrecho, semioculto tras los gruesos troncos de los castaños. Enseguida tuvieron a la vista las grandes ventanas de crucería de la abadía, las molduras refinadas, los riquísimos capiteles. Los edificios, a los que se accedía traspasando una columnata cerrada por rejas y custodiada por dos porterías, llamaban la atención por lo sobrecargados de ornamentos, fútiles en su mayoría y, en algunos casos, incluso frívolos. Pero la atención de Eymerich se concentraba en la casa de Adelaida.

—¿Vos qué veis allá arriba, sobre el tejado?

El padre Corona aguzó la mirada.

—Diría que es una girándula. De forma circular.

—¿Y no os recuerda nada?

—Pues sí... Una serpiente. Una serpiente enredada a un círculo.

—Exacto. Una serpiente que se muerde la cola. Idéntica a la que encontramos entre las cosas de Raymond.

—Tenéis razón. Pero ¿qué querrá decir?

Eymerich esbozó una sonrisilla.

—Es lo que intentaba decirnos el abad Josserand. ¿Lo recordáis? Los números: veintiuno, seis, nueve.

—Sí. Estabais a punto de explicármelo, pero nos han interrumpido.

—Se refería al Libro de los Números del Antiguo Testamento, 21,6. Cito de

memoria: «Entonces el Señor mandó contra el pueblo serpientes abrasadoras; las serpientes mordieron al pueblo y muchos de los de Israel murieron». Versículo 9: «Y Moisés hizo una serpiente de bronce, la puso sobre un mástil y cuando una serpiente mordía a alguno, éste miraba a la serpiente de bronce y conservaba la vida».

El padre Corona se quedó mirando al maestro con expresión de incredulidad.

—¿Queréis decir que esa serpiente de ahí es la serpiente del mástil?

—A ella alude, aunque no sólo a ella. Si mis intuiciones son correctas, el secreto que se oculta bajo todo esto es mucho más complejo, y mucho más antiguo. —Eymerich echó a andar en dirección a la abadía—. Venid. Ya hemos visto bastante, y ha llegado el momento de darnos a conocer.

Pasada la columnata se distinguían algunos huertos, pequeños y cultivados con esmero. Más allá, el sol, que ya se estaba poniendo, le confería una tonalidad rojo oscuro a un enorme edificio de ladrillos, rodeado de establos y de otras construcciones más bajas. Pero no les dio tiempo a ir más lejos.

Nada más salir del castañar, un monje jovencísimo, de larga cabellera castaña, salió de una de las porterías y les cortó el paso. Enfundado en un hábito blanco con los bordes de armiño y ajustado a la cintura por un cinturón dorado, sudaba.

—Dios esté con vosotros —dijo apresuradamente—. ¿Qué queréis?

Eymerich adoptó un tono ceremonioso que no le era connatural.

—Somos de la orden mendicante de los dominicos, y nos encontramos de viaje por estos parajes. Nos preguntábamos si podríais darnos hospitalidad hasta mañana. Nuestros caballos están exhaustos.

La mirada del joven se endureció.

—Está fuera de toda discusión. Nuestra regla es precisa. No aceptamos huéspedes.

—Lo comprendemos —respondió Eymerich en tono humilde—, pero considerando que ya nos ha acogido el padre Josserand...

En los labios del joven monje apareció una sonrisa irónica.

—Que Dios conserve al buen padre Josserand, pero ni él puede violar nuestra regla. No podemos acogeros, este monasterio no admite visitas.

—No me refería al monasterio. —Eymerich señaló la casa de Adelaida de Toulouse—. Veo que hay una construcción extramuros. Me imagino que vuestras restricciones no la conciernen.

—Os equivocáis —dijo el joven con tono irritado—. Aquella casa está sujeta a las mismas restricciones. Marchaos.

—Un momento. —Eymerich rebuscó entre sus ropas y sacó la pequeña serpiente enroscada que había pertenecido a Raymond—. Imagino que esto os dirá algo.

Una expresión maravillada apareció en el rostro del joven. Cuando volvió a hablar, su voz se había suavizado considerablemente.

—¿Por qué no lo habéis dicho de buen comienzo? Pero deberíais saber que no podéis venir aquí hasta el domingo, después de la hora nona. ¿Quién os manda?

—Ese abogado de Castres... —aventuró Eymerich.

—Ah, el señor D'Abrissel. Pero por desgracia no os ha informado correctamente. No podemos admitiros hasta el domingo.

—En ese caso, perdonadnos. Volveremos mañana. —Eymerich hizo ademán de volver a montar, y entonces se volvió de nuevo hacia el benedictino—. Perdonadme, hermano. Los hombres del capitán De Nayrac no cuentan con vernos regresar. ¿Podríais hacernos un favor?

—Con mucho gusto. Decid.

—Si lleváramos con nosotros a uno de vuestros monjes jóvenes, podría asegurarnos el paso. Dormiría en la abadía de Castres, y regresaríamos juntos mañana.

El otro se mostró perplejo.

—La verdad, no sé... Tendría que consultarlo.

—Os lo ruego.

Tras un instante de vacilación, el benedictino dijo:

—Dado que sois amigos del señor D'Abrissel, no es imposible arreglarlo. Esperadme. Voy a ver si alguno de nosotros quiere bajar a Castres. —Dicho lo cual, añadió, en tono severo—: Os lo ruego, no tratéis de traspasar esa cancela.

—Estad tranquilo.

En cuanto el monje se alejó, el padre Corona cogió a Eymerich del brazo.

—¿Qué hacemos, entramos?

El inquisidor se liberó de la presión, muy molesto.

—De ninguna manera. Mi plan es muy diferente. Esperemos con paciencia.

La espera fue de lo más breve. Pocos instantes más tarde el padre guardián estaba ya de vuelta con un monje todavía más joven que él, de mirar astuto y actitud un si es no es arrogante.

—Fray Guiscard tiene que ir a ver al abad Josserand, justamente, pero en estos momentos no tenemos caballos disponibles. ¿Podría subir a uno de los vuestros?

—Ciertamente —respondió Eymerich—. El padre Jacinto estará encantado de compartir su montura con él.

La despedida fue tan concisa como lo había sido la presentación. El joven Guiscard se acomodó sobre el caballo del padre Corona, recogiendo con cuidado alrededor de sus piernas el hábito adornado con hilo de plata; acto seguido, el grupito descendió lentamente por el camino que bordeaba el Agout. El calor seguía siendo molesto, pero el atardecer proyectaba ya cintas de sombra sobre las paredes de la garganta.

Eymerich situó su caballo junto al del padre Corona. Sentía sus nervios ponerse tensos por la agitación que lo estremecía, pero se guardó mucho de dejar transparentar sus sentimientos.

—Vestís un hábito completamente distinto del de vuestro hermano —comentó con voz neutra—. Y en Castres he visto otros también diferentes. ¿Os concede tanta

libertad la regla benedictina?

—Sí, por fortuna. —En la voz de Guiscard vibraba una especie de desfachatez natural—. No estamos sometidos a vínculos severos, como vosotros. De lo contrario no conseguiríamos reunir en el Sidobre a los hijos segundones de las mejores familias de la ciudad. Nuestras costumbres son mucho más libres.

—¿Qué entendéis por «libres»?

—Que no nos negamos ningún placer, dentro de ciertos límites, se entiende. Aunque también esos límites habría que abandonarlos.

—¿Por qué?

El joven habló con la pedantería de un teólogo consumado.

—Porque el cuerpo no es sino un envoltorio sin valor. Lo que cuenta es el espíritu. Y en tal caso, ¿por qué habríamos de preocuparnos del uso que hacemos del cuerpo? A fin de cuentas, tarde o temprano se marchitará.

—Y el alma se verá libre.

—El alma no —le rebatió el joven, en tono de superioridad—. El espíritu, que es la parte de Dios que está en nosotros. El alma es un medio, y el cuerpo un impedimento. Usémoslo como mejor nos parezca.

—Hermosas palabras —observó Eymerich, introduciendo en sus palabras una vena de admiración—. ¿Son del abad Josserand?

—No, son de... son cosas lógicas. Por lo demás, hay quien mortifica sus miembros para sublimar el espíritu. Es otra manera de conseguir el mismo objetivo. Desembarazarnos lo antes posible del envoltorio que llevamos con nosotros.

—Sí, lleváis razón. Las tesis gnósticas son muy lógicas.

El joven se sobresaltó.

—Entonces, vos sabéis...

Eymerich asintió.

—Por supuesto que sé. Le he mostrado a vuestro hermano el símbolo de la serpiente, ¿no es cierto, padre Jacinto? Pero procuremos ahora apresurar la marcha. Se nos está echando la noche encima.

Los soldados que custodiaban la entrada a la garganta habían encendido hogueras que punteaban las cimas de los roquedales. No dieron muestras de percatarse de su paso, o tal vez no les preocupó. El eco de canciones de guerra soeces, que arrancaban cada tanto para apagarse poco después, hacía pensar que muchos de ellos estuvieran borrachos, o se prepararan para realizar una pequeña incursión.

Llegaron a Castres poco antes de completas, cuando ya las tabernas se disponían a cerrar sus puertas y los últimos viandantes se apresuraban por llegar a casa para evitar encontrarse con las rondas del alguacil. Pasaron por delante del palacio de los Nayrac, cuyas ventanas ya estaban cerradas, y tomaron la calle de los tintoreros, en la que no había más animación que algún raro grupillo. Para alcanzar el monasterio habrían tenido que torcer a la izquierda en aquel punto, pero Eymerich llevó su caballo directamente hacia el palacio del señor D'Armagnac.

—¿Adónde vais? —le preguntó el padre Corona.

—Seguidme.

—¡Eh! —protestó Guiscard—. Si llego muy tarde, el abad no me dejará entrar.

—No os preocupéis, es cosa de un minuto.

El portón del palacio del alguacil estaba abierto e iluminado. Ante él, un grupo de soldados de a pie estaba formando una pequeña columna, aprestándose a salir a dar una batida.

Eymerich se dirigió a aquel que, por la abundancia de plumas y por lo completo de su equipo, debía de ser el que mandaba.

—¿Me reconocéis?

—Sí, padre, sois el inquisidor.

—¿Está el señor D'Armagnac?

—Creo que sí, pero no estoy seguro de poder molestarlo ahora.

—Yo os lo ordeno. Ya veréis como viene.

Tras un instante de duda, el oficial entró en el palacio. Eymerich acercó su montura a la del padre Corona, pero se mantuvo un tanto retrasado. Entonces, sin previo aviso, agarró a Guiscard por los hombros y lo atrajo hacia sí. El joven, atacado por sorpresa, dejó escapar un grito y se precipitó al suelo, aterrizando de espaldas.

Justo en aquel momento salía el señor D'Armagnac, envuelto en una bata de seda verde. Asistió a la escena estupefacto.

—¿Qué sucede, padre Nicolás?

Eymerich se irguió sobre la silla. Le señaló al muchacho tendido en el suelo.

—Os traigo una presa, señor alguacil —dijo con voz fría, en la que se advertía una nota de crueldad—. Os pido que se lo entreguéis a vuestro verdugo durante todo el tiempo que necesite para prepararlo a una confesión. ¿Me garantizáis vuestra ayuda?

Todavía estupefacto, el alguacil afirmó con la cabeza.

—Desde luego. Pero ¿qué es lo que tiene que confesar?

—Eso es asunto mío —le espetó secamente el inquisidor—. Dejádselo al verdugo toda la noche, pero que evite el agua y el fuego. Regresaré mañana por la mañana con un notario. Quiero que esté preparado para responder a mis preguntas.

—Así se hará.

El señor D'Armagnac les hizo una señal a los soldados, quienes recogieron al muchacho, que seguía aturdido, y lo arrastraron al otro lado del portón.

Eymerich hizo un gesto de aprobación, saludó al alguacil y partió al trote en dirección a la posada, sin preocuparse por el padre Corona. Éste lo siguió un instante después, sacudido por un escalofrío intenso, como si el maestro dejara a sus espaldas una estela de hielo.

Los presentes experimentaron la misma sensación y volvieron deprisa a sus actividades.



## 11. Suicidio

El doctor Mureles se deslizó sin hacer ruido entre los matorrales, en el extremo meridional del campo de aviación de Port Kaituma. El pequeño Otter con el que había llegado parecía fuera de su alcance, a menos que pasara frente al monomotor Cessna alquilado por el diputado Leo Ryan y el grupo de periodistas.

Cuando vio asomar el camión entre los dos hangares que quedaban a su derecha, intuyó de inmediato lo que iba a suceder. Los hombres de Jones creerían que había llegado allí en compañía del diputado, de los periodistas y del grupo de familiares. Mejor, mucho mejor así.

Del camión bajaron cuatro hombres, de los que sólo reconoció a Larry Layton, armado con un fusil Mi. Layton no intentó siquiera acercarse al Cessna. Descargó a distancia una serie de disparos, y sólo entonces se acercó. Sus compañeros hicieron otro tanto.

Mureles vio a Leo Ryan agitar los brazos en el aire y aflojarse después sobre una de las ruedas de la avioneta. Se oyó un coro de gritos por debajo de las detonaciones. Inmediatamente después caía Ron Javers, del *San Francisco Chronicle*. Le siguió Don Harris, de la NBC, mientras su compañero Bob Brown seguía cámara en mano, como olvidado de sí mismo. Uno de los hombres de Jones le puso en la cabeza un fusil de repetición. Sangre y sesos salieron en todas direcciones.

Había llegado el momento de marcharse. Mureles corrió con el corazón en la boca en dirección al río Kaituma, indiferente a los rasguños que las ramas de la selva le dejaban en la cara. Por dos veces estuvo a punto de hundirse en aquel terreno pantanoso, pero consiguió reunir las fuerzas suficientes como para revolverse y evitarlo. Por fin vislumbró la franja espejeante del río y la lancha de Bishop anclada todavía a un árbol. La alcanzaba pocos instantes después.

—No hay avión. Tenemos que irnos enseguida. —Como viera que Bishop vacilaba, empezó él mismo a desatar la maroma.

—Así que tenías razón. Se han dado cuenta.

Mureles miró fijamente a Bishop a los ojos.

—Pon en marcha el motor. Ya. —Y mientras el otro obedecía, añadió—: Sí, se han dado cuenta. La han tomado con Ryan, creyendo que estábamos con ellos.

Un minuto después la lancha se alejaba de la orilla y avanzaba por las aguas fangosas. Mureles dejó escapar un suspiro de alivio y se apoyó en la pared de la cabina.

—Lo hemos conseguido.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Bishop, poniéndose al timón.

—A donde quieras. Con tal de que sea lo más lejos posible de Jonestown. Total, los hombres que tenemos allí dentro ya saben qué tienen que hacer.

El reverendo Jim Jones se ajustó las gafas oscuras y tomó el micrófono. Habló con voz tranquila, persuasiva.

—Ya ha sucedido otras veces en la historia. Les ha pasado a Jesús, al Che Guevara, a Martin Luther King. No nos tiene que maravillar que ahora nos toque a nosotros.

Los altavoces situados a ambos lados del «pabellón», el gran templo construido en el centro de Jonestown, le dieron a su voz una nota aún más doliente. Entretanto, los fieles del Templo del Pueblo se reunían lentamente en una larga fila, los niños delante, sus padres y los más ancianos detrás. Había quien lloraba, pero a la mayoría se los veía serenos. El sol arrancaba destellos cegadores a los tejados de hojalata.

—El imperialismo no nos quiere, este mundo de ricos no nos quiere —continuó Jones—. No quieren nuestro experimento socialista. Por eso nos han envenenado, nos han adulterado la sangre. Creían que así iban a poder con nosotros. Pero no podrán con nosotros, hijos míos, no podrán con nosotros.

Marceline le puso una mano sobre el hombro y recogió el balde que contenía el Kool-Aid mezclado con cianuro y lo puso, junto con los otros recipientes, sobre la mesa central. María Katsalis le tendió el cacillo. Les hicieron un gesto a los padres con recién nacidos para que se acercaran.

—Hay una gran dignidad en la muerte, una gran dignidad. —Las manos de Jones, prietas en torno al micrófono, temblaban un poco—. Nos esperábamos esta prueba. La hemos ensayado muchas veces. Sabíamos que el gobierno de Babilonia no nos iba a permitir vivir en paz. Ahora que ha llegado el momento, hijos míos, vamos a recibirlo con alegría. Sé que dentro de unos instantes nos volveremos a encontrar en otro lugar, al que la CIA no podrá seguirnos. Donde nadie volverá a intentar envenenarnos.

Una mujer de color se acercó llorando a la mesa, con un recién nacido en brazos. Marceline tomó una de las diez jeringuillas que habían colocado al lado de los barreños. La madre besó al pequeñín en la cabeza y lo tendió con un gesto rápido a la vez que tembloroso.

Las lágrimas surcaban el rostro de Marceline. Tomó al recién nacido, lo acunó un instante y le deslizó el cianuro entre los labios. Su cuerpecillo no sufrió más que una breve contracción. Otras madres se adelantaron.

—Hemos sido felices —dijo Jones, estirándose sobre la butaca de mimbre, como si estuviera exhausto—. No hemos hecho daño a nadie. Pero no ha habido bastante con eso. Nos han calumniado, han arrojado contra mi nombre toda clase de iniquidades. Pero tampoco con eso ha sido suficiente. ¿Os acordáis de cuando Linda Mertle cayó enferma, la primera, con un resfriado? ¿Os acordáis de cuando todas sus venas empezaron a perder sangre? Dijeron que aquí la azotábamos. Nos han hecho fotos y luego han hecho creer que las habían robado. Entonces he comprendido. Son

demasiado fuertes para nosotros, demasiado despiadados. En esta vida.

Era el turno de los niños. Había unos trescientos, en muchos casos agrupados aquí y allá. La mayoría estaban compungidos, conscientes de la solemnidad del momento. Otros, los más pequeños, participaban muy excitados en lo que creían un juego. Pero ninguno trataba de romper filas. La severa disciplina del campo los había acostumbrado a una rígida obediencia. Como mucho, buscaban las miradas y las sonrisas tristes de sus padres, detrás de ellos.

Se tomaron el Kool-Aid con el cianuro en vasos de plástico, tosiendo un poco, y salieron a morir fuera del templete, a la explanada polvorienta que había entre las barracas. Algunos cayeron en el recorrido, girando sobre sí mismos como marionetas. Fueron muchas las madres que no pudieron resistirlo, y que corrieron a darles a sus pequeños el último abrazo.

—Hay una enorme dignidad en la muerte —repitió Jones, con la voz quebrada—. Lo sabían los grandes santos de la historia, san Francisco, san Pedro, Lenin, el Che. Pero quienes han querido destruirnos ignoran tal dignidad. Primero nos mandaron comida y ropa contaminadas. Luego, a Satanás en persona, a ese tal Mureles, que vino en persona a comprobar los resultados, con su séquito de diputados y periodistas. Querían que les proporcionáramos una muerte de circo, con cámaras de televisión y todo lo demás. Pues no la van a tener. Moriremos, sí, pero por elección, y antes de que la Muerte Roja nos explote en las venas.

Les tocaba ahora a los adultos. Alguno que otro lloraba, o quizá se tratara sólo del lagrimeo causado por la epidemia de resfriados que se había desatado en la comunidad apenas un par de semanas antes. Cinco o seis presentaban hinchazón de venas y la coloración icterica que precedían a la muerte. Los restos de tantos de sus compañeros yacían a la salida misma de Jonestown, allí donde comenzaba la selva. Había sido el propio Mureles, presentándose como epidemiólogo de la embajada estadounidense en la Guayana, quien insistiera en que los cuerpos no fueran sepultados ni incinerados.

Una anciana mujer de color fue la primera en tomar la poción. Mientras se acercaba el vaso a los labios, miró al reverendo Jones y sonrió. Acto seguido, tragó el veneno de un trago.

—Madre, madre —sollozó Jones al micrófono—, madre, madre, madre, madre, madre, madre.

Un hombre robusto tomó una de las jeringuillas que había sobre la mesa y se la clavó en el brazo. Tardó casi cinco minutos en morir. Otros, en cambio, caían a los pocos metros, y se quedaban inmóviles mirando al sol mientras el veneno les hacía efecto. Al cabo de unos minutos se hacía necesario traer más vasos de plástico, y no había más que un tercio de los seguidores del Templo del Pueblo tendidos sobre la tierra apisonada de la explanada.

—Nos volveremos a ver —murmuró Jones—. Nos volveremos a ver en el abrazo del Señor. Su sangre pura reemplazará nuestra sangre contaminada. La vida volverá a

fluir en nosotros. Gracias, Señor, gracias por tu acogida. Gracias por tu sangre. Te ofrecemos en holocausto nuestros pobres cuerpos, lo único que nos queda.

Lawrence Schacht, el médico de Jonestown, llegó del ambulatorio con un bidón de plástico lleno de Kool-Aid y cianuro. Se lo pasó a Marceline, que lo vació en los contenedores. Más vasos de plástico fueron llenados.

—Lawrie, mi pobre Lawrie —susurró Jones—. Tú has sido el único que ha comprendido lo que se ocultaba tras aquel resfriado. Y nosotros no te hemos creído. Hasta que se ha hecho evidente que decías la verdad. Pero ya era demasiado tarde. Lawrie, hijo mío, en otro lugar alcanzarás tu recompensa. Pronto volveremos a vernos, mi viejo Lawrie.

El médico hizo un gesto de saludo dirigido al pabellón; tomó entonces un vaso de plástico y bebió su contenido lentamente, como si saboreara un líquido precioso.

Cientos de cadáveres llenaban ahora la explanada y los callejones que había entre las barracas. Muchos cuerpos estaban abrazados. Una anciana había muerto de rodillas, con la cabeza apoyada en el cuerpo de una muchacha. Los fieles que seguían con vida eran menos de un centenar y se agolpaban alrededor de Marceline tendiéndole sus vasos.

En aquel momento, los hombres que estaban de guardia en el campo se acercaron, armados con sus fusiles de repetición. Algunos dejaron sus armas y se pusieron a la fila con los otros.

Jones se llevó el micrófono a los labios.

—Adiós a todos, hijos míos. Nos reuniremos en el cielo con Malcolm X y con Martin Luther King. Dejaremos a nuestras espaldas la misma pregunta: ¿Por qué no es posible la justicia social en América? ¿Por qué?

Cuando ya no quedaban con vida más que seis o siete personas, además del reducido grupo de los guardias, Marceline Jones se bebió la poción. Se quedó inmóvil contemplando a su marido, hasta que las rodillas dejaron de sostenerla. Le llegó entonces el turno a una mujer muy anciana, que la había estado ayudando después de que María Katsaris se tomara el veneno.

—Madre —dijo Jones con un hilo de voz—, madre, madre, madre, madre, madre.

Uno de los guardias se puso a su lado, le apuntó una pistola a la sien y abrió fuego.

Los escasos supervivientes lanzaron un grito. Algunos echaron a correr a la desesperada en dirección a la selva. Los guardias levantaron sus fusiles y dispararon contra ellos. Los que se habían quedado quietos, paralizados por el horror, fueron muertos de un disparo en la nuca.

—Alguno lo habrá conseguido —comentó uno de los guardias, mirando hacia la selva con mirada perpleja.

—Deberíamos perseguirlos —dijo otro de los hombres armados—. Las órdenes del doctor Mureles son claras. Nadie debe salir vivo de Jonestown.

El primer guardia, un hombre robusto que tenía aspecto de ser el jefe, se encogió

de hombros.

—Ahí dentro no conseguiríamos encontrarlos jamás. Y además es fácil que la palmen allí. En muchos kilómetros a la redonda no hay más que lianas y arenas movedizas. Venga, volvamos a casa.

—¿Cuántos? —Lycurgus Pinks estaba tan furioso que sus labios habían perdido el color. Le temblaba la mano con la que atenazaba el brazo de la butaca—. ¿Cuántos? —volvió a gritar.

—Poquísimos, señor Pinks. —La actitud de Bishop era contrita—. Una decena, quizá menos.

—¿Una decena? ¡Dije que ni uno! —Pinks le lanzó a Mureles una mirada cargada de desprecio—. ¿No es así, imbécil?

El aludido trató de vencer el temor que le infundía el jefe de la Parmindex.

—No es culpa nuestra, señor Pinks. La mujer, Hyatinth Prahs, era una anciana y estaba demasiado enferma como para ir con los demás. Se quedó en el dormitorio y no vio nada. Cinco o seis han conseguido atravesar la selva. Nadie habría podido...

—Usted es médico, Mureles. —La voz de Pinks se tornó de pronto fría, carente de inflexiones—. ¿Qué pasaría si el adenovirus con el ADN modificado llega a extenderse por Estados Unidos?

—Es una hipótesis que todavía...

—Contésteme. ¿Qué pasaría?

Mureles bajó la cabeza.

—Prefiero no pensar en ello.

—En ese caso se lo diré yo. Dentro de unos diez o quince años, el setenta por ciento de los habitantes de este país tendrá el carácter falcemia. Y no hablo de los negros. Hablo de los blancos, de los amarillos, de los pieles roja, de todos. De usted y de mí.

Bishop reunió el valor para mirar a Pinks a los ojos.

—¿Cuáles son las órdenes?

—¿Las órdenes? Se dice pronto. Primero, matar a todos los supervivientes de Jonestown. Segundo, si para nuestra desgracia no fuera posible matarlos a todos y quedara alguno con vida, emplear toda nuestra influencia para ocultar el hecho de que América está al borde de un desastre genético. Gracias a dos idiotas de su calibre.

Mureles aventuró una tímida sonrisa.

—Bueno, la segunda solución es practicable, si la primera medida no se consigue. Entre otras cosas porque se cree que la falcemia está erradicada, y nadie se pondría a buscarla en la sangre de un blanco.

Pinks lo fulminó con la mirada.

—Bastaría con un pequeño accidente —murmuró en voz baja—, sólo un puñetero accidente para que la verdad saliera a la luz. Quiera el cielo que no suceda.

## 12. La prisión del viento

Faltaba mucho todavía para que diera la prima, y ya el domingo se preveía el día más caluroso de los que Eymerich llevaba en Castres. Las miasmas que se levantaban de los reguerillos de agua que discurrían por el centro de las calles se estancaban en el aire, mezclándose con las exhalaciones irrespirables procedentes de los talleres de los tintoreros, que estaban todos abiertos de par en par.

Oprimido por semejante atmósfera, Eymerich caminó deprisa en dirección a la iglesia, que se alzaba por detrás del palacio episcopal y a la cual se accedía rodeando la morada del señor D'Armagnac. Unas cuantas mujeres iban en su misma dirección; pero para la misa faltaba mucho aún, por lo que su andar era lento y desganado.

Eymerich suponía que el artesano condenado por él el jueves a presentarse en la iglesia con la cabeza cubierta de cenizas se presentaría a la primera misa, a la hora en que las calles estaban menos concurridas. Se alegró de comprobar que había supuesto bien. El hombre, embutido en una túnica de lino larga hasta los pies, se deslizaba con cautela pegado a las paredes de las casas, tratando de llegar a la puerta del templo sin ser visto.

Eymerich sonrió. Había estado seguro de que el tipo acudiría. Incluso en una ciudad de herejes como Castres, la excomunión era una carga demasiado pesada para quien no estuviera dispuesto a mudarse a otro lugar. Y a buen seguro, además de intereses, el artesano debía de tener familia en la ciudad.

Eymerich le dio alcance cerca de los contrafuertes que sostenían el lado derecho de la fachada, sobria y exenta de ornamentos vistosos. Al sentir que le ponían una mano encima, el hombre se sobresaltó. Al ver que se trataba del inquisidor, se puso pálido.

—Como veis, os estaba obedeciendo —murmuró.

—No lo he dudado en ningún momento. —Eymerich adoptó una expresión de gran severidad, temperada, con todo, por un sentido superior de la justicia—. Dime, ¿querías librarte de esta humillación?

—Hablad —le respondió el artesano, con la inmediatez de quien está acostumbrado a hacer negocios cerrando tratos.

—Sé que entre los tintoreros los cátaros son mayoría. No, no lo niegues, sé lo que me digo. ¿Quieres hacerme de intermediario para encontrar a uno de ellos?

—¿A cuál?

—Al de más autoridad, el que está en contacto con los perfectos del Sidobre. Me imaginó que alguno habrá. Uno de esos a los que llaman *Filius major*, o bien un *Filius minor*.

—Jamás aceptaría veros —masculló el artesano, sin darse cuenta de que de aquel modo estaba admitiendo que tenía contactos con los herejes.

—Pero yo no quiero verlo como inquisidor. No tengo más intención que la de hablarle de un problema común, de hombre a hombre.

—¿Y qué garantías iba a tener él?

—Tú serías el garante.

Tras algunos instantes en los que el hombre pareció sopesarlo, el tintorero negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no aceptaría nunca veros.

Los ojos de Eymerich echaban chispas.

—Piénsalo bien. Podría hacerte lo que quisiera. Confiscar tus bienes, arrestar a tus familiares, hacerte flagelar en público todos los domingos. El poder de un inquisidor no conoce límites.

El artesano observó el rostro cruel de su interlocutor y bajó la mirada.

—Está bien. Podría intentarlo. Pero yo, ¿qué saco yo de todo ello?

Eymerich rió con sarcasmo.

—Vaya, sólo mi perdón. ¿Te parece poco?

El hombre dudó aún unos momentos antes de responder:

—Está bien. Veré qué puedo hacer. ¿Dónde queréis veros con él?

—En la posada de Emersende, a la hora sexta. Si no viene, peor para él. Y para ti.

—Así se hará. Y ahora, ¿qué hago?

—Irte a casa y quitarte toda esa ceniza de la cabeza, sencillamente. Pero a partir de ahora tendrás que respetar a los hombres de la Iglesia y recibir regularmente los sacramentos, o la penitencia que te he impuesto volverá a estar vigente. Junto con otras que ya estableceré.

—Así lo haré —murmuró el hombre, muy poco convencido.

—Una última cosa. El martes se celebrará una ceremonia un tanto particular en el monasterio de San Benito. La anunciarán los pregoneros. Procura asistir.

Sin esperar respuesta, Eymerich le dio la espalda al artesano y volvió sobre sus pasos, la calle un poco más animada en aquellos momentos. Al llegar de nuevo frente al palacio D'Armagnac se encontró con el padre Corona y con el señor de Berjavel, quienes ya lo estaban esperando ante la puerta.

—Bien —dijo satisfecho—, habéis sido puntuales. Preparaos a oír revelaciones que os sorprenderán no poco.

—¿Será un interrogatorio en plena regla? —preguntó el notario.

—Sí, pero creo que va a ser breve. El tal Guiscard me ha parecido débil de carácter. Ya veréis como no tarda mucho en decírnoslo todo.

Los dos guardianes de la puerta los hicieron pasar de inmediato, explicando que el señor D'Armagnac, que todavía dormía, había dado la orden de que los secundaran en todo. El interior del palacio no igualaba en lujo al castillo de Hautpoul, pero desde el mismo atrio estaba decorado con espléndidos tapices y arquibancos de maderas nobles. Pero Eymerich no pudo demorarse admirando la decoración. El soldado que los escoltaba los hizo torcer a la izquierda y embocar un pasillo de paredes desnudas y harto estrecho. En su otro extremo, una escalera empinada y tortuosa, cerrada por una cancela, conducía a las mazmorras.

—¿Sois los padres inquisidores? —les preguntó un anciano carcelero mientras abría la cerradura con una larga serie de vueltas—. Os estábamos esperando. Maese Bernard ha pasado toda la noche con el nuevo prisionero, y no ve el momento de que lo releven.

—¿Quién es maese Bernard? —preguntó Eymerich.

—El verdugo. Le ha dado un buen estirón a ese joven, a golpe de pesos y tirones de cuerda. Ahora os llevaré hasta él.

—No, no. —El rostro de Eymerich adquirió una vaga expresión de repugnancia. Ni siquiera ante sí mismo confesaba que las sesiones de tortura a las que había tenido que asistir le habían provocado una mezcla de atracción y repulsión. Ambas sensaciones lo habían turbado, y prefería evitar el experimentarlas de nuevo, si le era posible—. Ésas son tareas del brazo secular. ¿No hay ninguna sala acondicionada para los interrogatorios normales?

—Por descontado que la hay. La que usa el alguacil cuando administra la justicia ordinaria. Os llevaré a ella.

El carcelero los condujo a una nueva escalera, pero en lugar de descender por ella, se detuvo en el húmedo descansillo, protegido por una barandilla, que quedaba en su extremo superior.

—¡Eh, vosotros! —gritó a alguien que debía de encontrarse abajo—. ¡Traed al monje arriba! —Quitó una antorcha de la pared e iluminó una puerta de madera—. Aquí es —les explicó—. Si aguardáis un momento, voy adentro a hacer un poco de luz.

Desapareció tras la puerta. Cuando Eymerich y sus compañeros pudieron entrar a su vez, se encontraron en una sala sobria, cuyo piso se hallaba recubierto de paja demasiado seca. Al fondo, bajo un crucifijo, había una mesa larga y tres sillas. A uno y otro lado había otras dos mesillas, cubiertas de papeles y de tinteros de los que salían largas plumas de oca.

—Pero ¿no hay nadie de guardia? —preguntó Eymerich, muy nervioso.

—El tribunal del alguacil se reúne muy raras veces. Normalmente, es el conde de Montfort el que se ocupa de la justicia. Les diré a los soldados que traen al prisionero que se queden a la puerta.

—No les hagáis entrar todavía. Tenemos que cumplir antes algunas formalidades. Cuando estemos listos os lo diré.

—A vuestras órdenes. —El carcelero se inclinó y salió, cerrando la puerta detrás de él.

En cuanto hubo salido, los dos inquisidores y el señor de Berjavel se reunieron en el centro de la estancia. Eymerich les hizo jurar a sus compañeros que mantendrían en secreto todo cuanto oyeran, y les dio su absolución para el caso de que tuvieran que recurrir nuevamente a la tortura. Entonces se arrodilló, y el padre Corona lo absolvió a él.

Concluidas estas formalidades, el señor de Berjavel se fue derecho a una de las



mesillas laterales, provista de papel y tinta. Eymerich le hizo escribir que, dada la excepcionalidad del caso, el interrogatorio iba a tener lugar ante tres personas únicamente, en lugar de las cuatro que prescribía el procedimiento. Hecho lo cual avisó al carcelero y se sentó tras la mesa central, con el padre Corona al lado.

Entraron dos soldados, arrastrando a una criatura a la que pocos habrían identificado como al arrogante Guiscard del día antes. Completamente desnudo, el muchacho no conseguía mantenerse en pie, y dejaba que los guardias lo arrastraran por el suelo sujetándolo por los brazos. No presentaba heridas, ni siquiera raspones. Tan sólo los brazos parecían exageradamente largos y los pies se le doblaban hacia atrás, en una postura poco natural. Junto a los codos y las rodillas, la piel se veía violácea, como si todos los capilares de aquellas zonas hubieran sido quebrados y hubiesen calado los músculos de sangre.

—Dejadlo ahí —ordenó Eymerich, señalando el centro de la habitación. Su voz sonó quizá más seca de lo que habría querido, indicio de un nerviosismo que no conseguía dominar más que parcialmente.

Abandonado de golpe por sus portadores, el joven cayó de cara al suelo. Se agitó en el piso como un enorme insecto, al tiempo que de su boca salía un gemido. A las claras se veía que no tenía ni fuerzas para gritar.

—Se lo ve en muy mal estado —dijo el padre Corona—. ¿Estará en condiciones de contestar a nuestras preguntas?

—Sí, padre —le respondió uno de los soldados—. Es sólo que está muy débil.

Eymerich rebuscó por la mesa y recogió un librito encuadernado en piel de cabra.

—Hacedle tocar los Evangelios. —Luego, mientras el soldado le obedecía, se dirigió al prisionero—. Si no tienes fuerzas para estar de pie, siéntate por lo menos. Así, muy bien. Y ahora, dime: ¿juras, con la mano en los textos sagrados, decir toda la verdad, ya sea sobre actos cometidos por ti, como los que hayas visto cometer a tus hermanos, que sean contrarios a la fe cristiana?

El joven levantó la mirada e intentó responder. Lo consiguió tras varios esfuerzos.

—Lo juro —respondió con voz áspera. El sudor le caía en regueros de la frente, empapándole las cejas.

—Notario, escribid —prosiguió Eymerich—. *Corarn Nicolau Eymerich, eductus de carceribus, et personaliter constitutus Guiscardus...* ¿Cuál es tu nombre completo?

—Guiscard de l’Espinouse, hijo de Joseph.

—... *qui est homo statura parva, imberbis, habens cicatricem in facie ex parte dextera, et delato sibi iuramento veritatis dicenda...* El resto ya lo conocéis. —De pronto, la voz de Eymerich, hasta aquel momento calma y formal, se encendió de cólera—. Y ahora respóndeme, miserable. ¿Cuánto tiempo hace que perteneces a la secta de los naasenos?

El rostro palidísimo del joven se contrajo como si hubiera recibido un golpe violento. Tragó saliva varias veces.

—Desde hace dos años —respondió con un hilo de voz, mientras las lágrimas se le mezclaban con el sudor.

La mirada de Eymerich se iluminó. Espió los rostros del padre Corona y del notario, que denotaban un profundo estupor.

—Mi intuición era correcta —dijo, esforzándose por dominar la nota eufórica de su tono. Tras una pausa muy calculada añadió, como si se tratara de una cuestión sin importancia—: Probablemente, os preguntaréis quiénes son los naasenos.

—También yo me lo pregunto.

Era el señor D'Armagnac quien acababa de hablar. Había aparecido en aquel instante por el umbral, ataviado con una vestidura de seda celeste, larga hasta los pies y de amplias mangas con las bocamangas bordadas.

—No sé si se me está permitido asistir.

—Acomodaos, señor, y sentaos a mi lado —le respondió Eymerich—. De acuerdo con el procedimiento, no estaría permitido, y debería haceros jurar en calidad de testigo. Pero haré una excepción. Como representante del brazo secular, vuestra presencia es casi indispensable.

Una vez el alguacil hubo tomado asiento, el inquisidor se volvió hacia él, permitiéndose una de sus raras sonrisas.

—Los naasenos, o los ofitas, si lo preferís, son esos que por estos lares llaman *masc*. Pero, en términos bíblicos, yo los definiría más bien como serpientes abrasadoras. ¿Digo bien, Guiscard?

El joven tuvo un arrebato de orgullo, más bien grotesco para alguien que permanecía desnudo sentado en el suelo.

—¡Somos cristianos! ¡Los verdaderos cristianos!

—No, no sois más que herejes. Aunque es cierto que vuestra herejía algo tiene que ver con el cristianismo. —Eymerich se puso en pie y dio la vuelta alrededor de la mesa. Se situó en el centro de la estancia, de espaldas al prisionero—. *Naas*, en hebreo, significa «serpiente». Los naasenos eran una corriente gnóstica, duramente combatida por los Padres de la Iglesia. Ireneo, Hipólito y Epifanio hablan de ellos. Guiscard, ¿quieres explicarnos vuestra teología?

El prisionero, aparentemente, reflexionaba, mientras trataba de detener el temblor que le afectaba el labio inferior. Intentó secarse la nariz, que le goteaba, con el brazo, pero no consiguió levantar la extremidad. Habló, por fin, mecánicamente, interrumpiéndose de vez en cuando para toser.

—Dios alumbró el pensamiento, y después se unió al pensamiento, su hijo, y alumbró a la primera mujer, o sea el Espíritu Santo. Pero de la mujer trasudó un rocío, llamado Sofía, que cayó a las aguas y tomó cuerpo. Sofía tuvo un hijo, que engendró otros seis. Uno de estos, Ialdabaoth, era malvado, y es él quien creó la tierra...

—¡Pero qué absurdas idioteces son ésas! —exclamó el padre Corona.

—¡No son idioteces, son blasfemias! —replicó Eymerich—. Pero reconoceréis en

ellas algo que ha de ser familiar. ¿Lo recordáis? Los cátaros identifican a Satanás con el Dios de la Biblia, creador de la materia. Lo mismo hacen estos sedicentes naasenos, sólo que lo llaman Ialdabaoth. Y le reconocen a la serpiente un valor positivo porque se rebeló contra Ialdabaoth, es decir, el Dios bíblico.

—¡Nosotros no somos cátaros! —protestó el prisionero, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

—Es verdad, no sois cátaros. Sois sus padres. Con ellos tenéis en común el odio por la verdadera Iglesia, pero sobre todo por el cuerpo del hombre, que mantiene prisionero al *anemos*, al viento, el espíritu.

—«Viento, sal de tu prisión» —murmuró el padre Corona.

Eymerich lo miró, asintiendo.

—Exactamente eso. Cuando Raymond trató de matarme, lanzó un grito que para estos herejes debe de ser ritual.

—No somos herejes —dijo el prisionero, entre lágrimas—. Nuestra religión es antiquísima. Y no somos cátaros.

—Te repito que es verdad. No sois cátaros. Pero no sois tampoco naasenos. —Eymerich le lanzó al joven una mirada de desprecio, y se acercó a la mesa—. Por más que tomen el nombre de aquella secta antiquísima, éstos no parecen conocer más que algunos de sus presupuestos. O, para ser más exactos, parece que confunden sus elementos con otros que toman de varias herejías del pasado. Ayer mismo, este monje indigno teorizaba sobre el uso desenfrenado del cuerpo como vía para la sublimación del alma. Esta creencia era característica de otra corriente gnóstica, los carpocracianos, y no de los naasenos, que predicaban una absoluta abstinencia. Además, la referencia a la serpiente de bronce de Moisés era propia de los peratas, otro grupo gnóstico distinto.

—¿Y qué conclusión sacáis? —le preguntó el padre Corona, que parecía más bien confundido.

—Que alguien ha realizado lecturas apresuradas sobre el gnosticismo, extrayendo una reelaboración suya personal. Desde la época de los verdaderos naasenos ha pasado un milenio; los que tenemos ante nosotros, esos a quienes llaman los masc, son naasenos reinventados. Un producto, llamémoslo así, intelectual.

—Me imagino que estaréis pensando en el abad Josserand. Me dijisteis que conoce la literatura patristica al dedillo.

—La conoce demasiado bien. De haberle devuelto la vida al gnosticismo, no habría cometido errores tan elementales. No, desde que he comprendido con qué teníamos que vérnoslas, he sabido también que detrás de esta trama tenía que estar un hombre de cierta cultura, mas no excepcionalmente docto. Un preceptor, un instructor, no un filósofo. De todos los personajes implicados, Piquier es quien mejor responde a estos requisitos.

—Os puedo confirmar ese extremo —terció el señor D'Armagnac—. Piquier fue bibliotecario del abad Josserand, antes de que éste decidiera trasladar la biblioteca al

monasterio del Sidobre. Fue después de eso cuando el conde de Montfort lo tomó como intendente.

Eymerich suspiró.

—Entonces, una parte del misterio queda aclarada. Y ahora, este muchacho nos explicará el resto. —Se volvió hacia el prisionero, interpe­lándolo con tono inesperadamente rabioso—. Ahora nos vas a hablar de Sophie de Montfort, y de la ceremonia que tiene lugar todos los domingos en vuestro lupanar.

Aquella pregunta pareció afectar al muchacho aún más que las anteriores sobre su secta.

—Yo... sé poco de eso —murmuró, mientras el sudor le corría por sus miembros dislocados.

Eymerich miró a los soldados.

—¡Levantadlo!

Al ser agarrado bruscamente por las axilas, el prisionero lanzó un grito agudísimo. Sus piernas se separaron del piso formando un ángulo irregular, horrible de ver.

—Es suficiente —ordenó Eymerich—. Dejadlo.

El joven volvió a caer al suelo como un cuerpo muerto. Se golpeó la frente, que sangró de nuevo.

El inquisidor dio una vuelta alrededor del joven monje con paso lento, clavándole una mirada despiadada.

—Tú mismo te das cuenta de que no soportarías otra sesión de tortura —le dijo con tono indiferente—. Tanto menos cuanto que ahora serían las tenazas al rojo del verdugo las que hurgarían en ese cuerpo tuyo que tanto desprecias. Tu agonía podría durar horas.

El joven se movió.

—Os lo diré todo —susurró sin levantar el rostro del suelo.

—Te conviene hacerlo. Así pues, ¿en qué consiste la ceremonia?

—En beber sangre —susurró el prisionero.

—Me lo imaginaba. Sophie de Montfort se bebía la sangre que le traían los hombres del capitán De Nayrac.

—No, no. Eso era más tarde, en la ciudad. Eran los invitados los que se bebían la sangre de Sophie.

Eymerich se detuvo en seco, cogido por sorpresa.

—¿He oído bien? ¿Los invitados de Nayrac, los burgueses de Castres, bebían la sangre de ese monstruo?

—Sí, le abrían una vena y bebían.

La voz del inquisidor se quebró un tanto.

—Y vosotros, los monjes, ¿tomabais parte en la ceremonia?

El joven se echó a llorar.

—Sí.

Un murmullo de estupor corrió entre los presentes. Hasta el señor de Berjavel dejó de escribir y se secó la frente con la mano.

Eymerich se aclaró la voz, haciendo un esfuerzo por ocultar su propia turbación.

—Pero ¿por qué lo hacíais?

—Sophie tiene la sangre enferma. Si no se le saca, muere. Eso dice el señor Piquier.

—Y la sangre que recogían los *routiers* servía para sustituir la que vosotros os bebíais. Para darle sangre sana en lugar de la suya, infecta.

—Así es.

Se produjo un instante de silencio profundo, roto únicamente por los sollozos del joven. Poco después Eymerich volvía a tomar la palabra.

—Sigo sin entenderlo bien. ¿Por qué os importaba tanto mantener viva a Sophie?

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

El monje alzó un poco el rostro. Temblaba de pies a cabeza.

—No era Sophie lo que nos importaba. Queríamos que la sangre enferma pasara a ser la nuestra. Por eso la bebíamos.

—Pero ¿con qué propósito?

—El señor Piquier decía que así contaminaríamos la sangre de nuestros descendientes, y que ellos harían lo mismo con los suyos. Que algún día la humanidad entera sería barrida por la Muerte Roja que nosotros llevamos en las venas. Y así, el reino de la materia cesaría. —El joven fijó por primera vez en Eymerich una mirada febril—. Ese día, el reino de Ialdabaoth terminará para siempre. El hombre se liberará del cuerpo que lo mantiene prisionero y podrá reunirse con el espíritu que reina en los cielos.

—Dios mío —murmuró el señor D'Armagnac, impresionado—. Todo esto es monstruoso.

Eymerich sintió cómo toda su turbación se trocaba en una suerte de malestar, como si estuviera manipulando una sustancia viscosa y repugnante.

—Es más que monstruoso. Es diabólico. Es la blasfemia más atroz que haya sido jamás lanzada contra el Creador. —Se agachó y agarró al joven por los cabellos, arrancándole una queja. Le mantuvo el rostro levantado—. ¿Te das cuenta de los crímenes que has cometido? Estás todo tú manchado de sangre, tu alma está manchada de sangre.

—Jamás hemos matado a nadie —protestó el joven, que parecía haber recuperado parte de su perversidad.

—¿Ah, no? ¿Y los campesinos que desangraron los mercenarios por cuenta de tu secta?

Mientras pronunciaba estas palabras, en la mente de Eymerich relampagueó la imagen de los seis cuerpos palidísimos que había encontrado en el *ostal* de la Montaña Negra, al comienzo de su descenso a los infiernos.

—Eran hombres materiales. Matarlos no es pecado.

—¿Qué significa eso? —preguntó el padre Corona, cada vez más estupefacto.

Eymerich dejó caer la cabeza del joven y se irguió.

—Los naasenos dividían a los hombres en angélicos, espirituales y materiales. A estos últimos los consideraban simples cuerpos, no alcanzados por el rocío divino. — Se dirigió entonces al señor D'Armagnac—. Yo ya he tenido suficiente. Os devuelvo a este miserable.

—Volveréis a encontrároslo en vuestra hoguera —dijo el alguacil con voz lúgubre.

—No, sería una muerte demasiado digna. No quiero interferir en vuestras decisiones, pero si muriera desangrado en manos de vuestro carníface, hallaría un castigo adecuado a su culpa.

—Muy sabio —comentó el señor D'Armagnac con una risa malévola. Les hizo un gesto a los soldados—. Devolvedle el prisionero a maese Bernard, y advertidle que recibirá instrucciones mías.

Después de que los guardias y el carcelero abandonaran la sala arrastrando por los pies al joven, extenuado, Eymerich se acercó a la mesilla del notario.

—¿Está completa el acta?

—Sí —le respondió el señor de Berjavel—, pero falta el cierre.

—Dejadla como está. Selladla y dadla a un correo. Quiero que el padre De Sancy la reciba lo antes posible.

—Así se hará, magister.

El notario recogió los papeles que tenía delante y se dirigió a la puerta.

—En cuanto a vos, señor —dijo Eymerich dirigiéndose al alguacil—, tendríais que procurarme leña, aceite, sarmientos y todo lo demás que puede hacer falta para el auto de fe.

—Pero ya se lo habéis pedido al conde de Montfort —le recordó el padre Corona.

—Sí, pero no me alcanza. Proyecto una hoguera de grandes dimensiones. Quiero pilas enteras de leña grande. Y también de leña verde, en abundancia.

—Pero ¿por qué leña verde?

—También la necesito.

—Haré lo posible. —El señor D'Armagnac se puso en pie—. Pero os advierto que todo eso va a salir muy caro.

—Os compensaré con los bienes de los ajusticiados. Ya veréis cómo quedaréis satisfecho. Y otra cosa...

—Decid.

—Deseo que toda la población de Castres asista a la ejecución. Os rogaría, por lo tanto, que hagáis público un bando que obligue a todos los habitantes de la ciudad, de más de nueve años, a acudir al monasterio de San Benito de Nursia el martes por la mañana. Quien no se presente, será acusado de herejía y sometido a proceso.

—Así se hará, padre. Pero el martes, ¿no os parece un poco pronto?

—Confío en vuestra eficiencia. Si me obedecéis, no sólo seréis premiado, sino que me olvidaré de la muerte de cierto terciario dominico que sería mi obligación investigar.

El señor D'Armagnac se sobresaltó ligeramente, pero se recuperó casi de inmediato.

—Tendréis todo cuanto necesitáis el martes por la mañana. Corro a preparar el bando. —Hizo una leve reverencia.

—Os lo agradezco, señor.

Eymerich siguió la salida del alguacil con una sonrisilla en los labios; miró entonces al padre Corona.

—Bien, ¿qué os ha parecido? Me refiero al interrogatorio del joven naaseno.

El robusto dominico sacudió la cabeza con incredulidad.

—No consigo acabar de creerme lo que acabo de escuchar. ¡Un proyecto para contaminar a la humanidad entera, generación tras generación, hasta su completa extinción! No sólo es una locura, sino que me parece incluso irrealizable.

—Si es realizable o no, no lo sé, pero cuadra muy bien con la lógica de la perversión colectiva que se ha adueñado de esta ciudad. Venid, salgamos. Os hablaré de todo ello mientras volvemos a la posada.

En la plazuela, los lugares sombreados estaban atestados de grupitos, que callaron al salir los inquisidores y les dedicaron miradas de soslayo. Pese a todo, nadie insinuó ni un solo gesto hostil; es más, los ociosos más cercanos saludaron con respeto, descubriéndose la cabeza y sosteniendo entre las manos los gorros de fiesta.

Eymerich no se dignó mirarlos.

—Vos mismo habéis advertido que las convicciones religiosas enmascaran a menudo las aspiraciones de las diferentes clases —le dijo al padre Corona, que caminaba a su lado—. Aquí, en Castres, la peste primero, y la guerra después, han dado origen a una aspiración en absoluto insólita tras una crisis de tanta gravedad. La de liberarse de despojos tan frágiles como lo son los mortales, la de escapar para siempre del miedo y la miseria. De ahí que se hayan propalado doctrinas que predicán la mortificación o la humillación de la carne, con el fin de una redención que permita desligarse definitivamente de las miserias materiales. Pero este impulso común ha hallado respuestas diversas en las distintas clases. Si bien los tintoreros y los artesanos pobres han dado nueva vida al catarismo, la burguesía no podía contentarse con una respuesta tan vulgar. Fuera cuando fuese cuando Piquier empezó a difundir su propia doctrina gnóstica, fantasiosa y pintoresca, aunque dotada de cierta complejidad, los burgueses debieron de ver en ella una solución más adecuada a sus propias veleidades intelectuales. Y la han hecho suya.

—¡Pero se trata de una doctrina monstruosa!

—También este elemento satisfacía a una clase que mientras desprecia a quienes son sus inferiores, no ha dejado de sentir envidia por quienes tiene por encima. Y entre las muchas cosas que le envidia a la nobleza están la relajación de las

costumbres y cierta inclinación a la perversión. La religión propuesta por Piquier contenía esos dos elementos, sacados de las herejías más dispares. Por ello, la burguesía del lugar no ha dudado en mandar a sus hijos al monasterio del Sidobre; y quienes han abrigado alguna duda, han terminado por adecuarse a las costumbres de su clase, so pena de verse marginados.

—Entonces, ¿no se salva nadie, entre los habitantes de Castres?

Eymerich reflexionó durante algunos instantes, pasados los cuales respondió:

—Sí, los campesinos. Pero no viven en Castres.

Entretanto habían llegado a la posada, que seguía custodiada por los hombres de D'Armagnac. Eymerich se acercó al jefe de la patrulla, el cual, sentado en el suelo, jugaba a cartas con sus hombres.

—¿Ha venido alguien a buscarme?

—No, padre —respondió el soldado, poniéndose en pie.

—Marchaos, pues. Ya no tendré necesidad de vuestra ayuda en lo que queda de día.

Los soldados recogieron los dados y se marcharon. Eymerich miró hacia el final de la calle y le preguntó al padre Corona:

—¿Será ya la sexta?

—No debe de faltar mucho.

—En ese caso, el hombre al que estoy esperando no debería tardar mucho. Suponiendo que acepte venir.

Encontraron a Emersende en el interior; debía de haber considerado vencido el plazo de su reclusión en la cocina. Eymerich, que se había olvidado de ella por completo, no le hizo notar que no había dado ninguna orden al respecto.

—¿Novedades? —le preguntó.

—Ninguna, padre. Pero me he acordado de algunos nombres y algunos hechos que...

—En otro momento. Ahora traednos algo de limonada, si tenéis, y después dejadnos a solas.

Se sentó con el padre Corona en la sala en penumbra, con una damajuana delante en la que flotaban algunas mondas de limón. La espera se prolongó aún un poco, mientras el calor, fuera, se hacía tórrido y empezaba a extender su aura también en aquel refugio. Poco después, los campanarios daban la sexta, y justo en aquel momento apareció una sombra en la puerta.

Era el joven que había gritado «¡Vivan los *bonhommes!*» en la plaza de los tintoreros. Y que más tarde había hecho alusión a las relaciones incestuosas del conde durante la lectura del bando de Eymerich. El inquisidor, por más que no se esperase su aparición, tampoco se sorprendió demasiado al verlo. Se limitó a hacerle una seña de que se sentara, mientras lo miraba con frialdad.

Era la primera vez que tenía ocasión de observarlo con detenimiento. Debía de tener menos de veinticinco años. En lugar de la túnica corta al estilo de los tintoreros,



vestía en esta ocasión un sayo negro, ajustado a la cintura mediante una simple cuerda. Tenía los rasgos pronunciados y un aire intenso, como afligido. Casi con toda seguridad se trataba de un perfecto, es decir, un cátaro que había renunciado completamente a la carne en favor de una existencia bajo el signo de la más estricta templanza.

El joven llegó hasta la mesa de Eymerich y el padre Corona, pero permaneció en pie.

—No sé por qué me habéis hecho venir, pero imagino que se tratará de una trampa —empezó con brusquedad—. Vos y yo somos enemigos.

—Desde luego que lo somos —respondió Eymerich, más que frío—. Espero verte arder en la hoguera, tarde o temprano, junto con todos tus compadres. Pero ahora tenemos un enemigo común.

—No veo cuál. Vos sois mi enemigo.

—No soy el único. Sabes muy bien que en esta ciudad existe una secta semejante a la vuestra en muchos aspectos y que os mira con desdén. Me refiero a los naasenos.

Una expresión de cólera cruzó por el rostro del joven, alterando por un instante su expresión severa pero pacata.

—No tengo nada que ver con esa gente. Son pecadores impenitentes, hijos de Satanás. Se parecen más a vosotros.

Eymerich esbozó una sonrisa irónica, reprimida de inmediato.

—Olvídate de mí. Vayamos al grano. Tengo prisionera a una familia de adeptos vuestros. El martes será quemada viva.

Nuevamente, el joven perdió la calma.

—Su agonía será breve, pero la vuestra no. Arderéis para siempre en el infierno, llorando a cada momento vuestros delitos. ¡Sois una criatura maldita, un servidor del demonio, la serpiente hecha carne! —Agitó el puño ante Eymerich, y luego lo retiró y recuperó su actitud distante de antes.

—Puede ser, pero el infierno está muy lejos todavía —le respondió el inquisidor con voz tranquila. Percibía la debilidad de su interlocutor, y eso redoblaba sus fuerzas—. Ocupémonos del presente. Yo puedo dejar libres a tus amigos, y al mismo tiempo quitarte de en medio a esa secta rival que tantas molestias te causa. ¿Qué dices a eso?

El joven arrugó la frente.

—¿En qué ardid diabólico estáis pensando?

—Si te dijera que no estoy pensando en ningún ardid, no me creerías. Planteémoslo así. En estos momentos, mi interés primordial es acabar con los naasenos. Con vosotros los cátaros tengo intención de pasar cuentas más adelante, y ya veréis lo despiadado que puedo llegar a ser. Pero esto es cosa del futuro. Ahora lo que te ofrezco es la vida de la familia cátara que tengo en mis manos, pero a cambio quiero la vida de los miembros de la otra secta.

El padre Corona miró a Eymerich con cierto estupor. También el joven parecía perplejo.

—Pero ¿qué significa eso, en concreto?

Eymerich lo miró fijamente.

—El martes, en la abadía de San Benito, arderá la hoguera de la que te he hablado. Se habrá dispuesto un palco para acoger a los notables de la ciudad. Estarán el señor D'Abrissel y otros ricos burgueses. Notarios, médicos, los jefes de los gremios. Todos aquellos que tienen algún peso en Castres, sin ser de la nobleza. —Se inclinó hacia delante—. Tú sabes tan bien como yo que los *masc* son ellos.

En los ojos del joven brilló un odio profundo.

—Entendido. ¿Y bien?

—El palco será inestable, estará mal construido. Yo haré que se retrase la llegada de los condenados. Tú y tus amigos, a una señal mía, empujaréis el palco y lo haréis caer justo encima del montón de leña y paja. En ese momento, los soldados del alguacil prenderán el fuego. Todos los notables a los que aborreces morirán quemados en lugar de los condenados, que quedarán libres.

El padre Corona se había quedado boquiabierto. Pero su pasmo no era nada en comparación con el del joven, que había enmudecido de puro asombro. Necesitó de algunos instantes antes de poder hablar de nuevo.

—Estáis completamente loco —murmuró.

—Sabes tan bien como yo que no es así.

—Lo que me proponéis no es en absoluto factible. Si el palco llega a caer, todos tratarán de ayudar a quienes se vean arrastrados. Los soldados no podrán prenderle fuego.

—Deja que sea yo quien decida los detalles. Yo nunca hablo a la ligera.

El joven negó con la cabeza.

—No. Es un desvarío.

Eymerich hizo un gesto vago.

—Nadie te obliga a aceptar. Eso significa que vuestros adeptos serán quemados vivos, y luego os llegará el turno a todos los demás. Si por el contrario aceptas, no sólo quedarán libres los prisioneros, sino que te garantizo un período de tregua.

—¿A qué se debe tanta consideración para con nosotros?

—La consideración no tiene nada que ver con esto. He dicho una tregua, no un armisticio. Ahora lo que me interesa es destruir a los naasenos.

El joven exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué garantías me dais de haber dicho la verdad?

—Mi palabra.

—No me basta.

Eymerich levantó una mano.

—Te lo juro delante de Dios —dijo con tono solemne.

—De acuerdo. —El joven se fue hacia la puerta—. No puedo daros una respuesta ahora mismo. Tengo que consultarlo con los míos. Si el martes nos veis en el monasterio, querrá decir que hemos aceptado.

Tras dar la espalda a ambos dominicos, salió a la calle.

—¡*Magister!* —El padre Corona estaba horrorizado—. ¡Pero cómo habéis podido...!

Eymerich le dedicó una media sonrisa.

—Amigo mío, no os fiéis nunca de las palabras. Son engañosas.

—¡Pero si acabáis de hacer un pacto con los herejes! ¡Y habéis jurado respetarlo!

—No. He hecho un juramento y basta. El contenido del juramento me lo he guardado para mí. Y no coincide para nada con lo que cree ese joven imbécil.

El padre Corona se quedó otra vez sin aliento.

—Pues no me parece... honesto —murmuró al fin.

Eymerich sacudió la cabeza, con una luz irónica brillándole en la mirada.

—¿Es que no vais a aprender nunca, padre Jacinto? Ante un hereje, un inquisidor debe dejar de lado la honestidad, la lealtad, la franqueza y toda otra virtud. Su cometido es anular al enemigo, sean cuales sean los medios a los que haya de recurrir. Puede engañar, mentir, hacer promesas que está seguro que no va a mantener. Lo que tiene delante no es un hombre, sino un servidor del demonio, a menudo dotado de la misma astucia que éste. Y ante un servidor del diablo, la honestidad es debilidad, la franqueza, indulgencia, y la lealtad, connivencia. ¿He sido claro?

El padre Corona no supo qué replicar. Eymerich echó un vistazo al exterior y se dirigió a la cocina.

—Voy a buscar a la señora Emersende. Ya es hora de que comamos algo. Dentro de un rato tengo que hacer algo importante.

—¿Podéis explicarme qué es?

—Desde luego. Hoy es domingo, ¿lo recordáis? Por la tarde, Sophie baja al taller del tintorero y de allí la llevan luego a la ceremonia del Sidobre. Quiero interceptarla antes de que suba al monasterio y hablar con la persona que la acompaña.

—¿Piquier?

—No, no creo.

Sin añadir una palabra más, Eymerich entró en la cocina.

La comida fue frugal, a base de frutas del bosque y queso de oveja, regada con el mediocre vinillo de Gaillac. Nada más acabar, Eymerich se apresuró a dejar la mesa. Se detuvo en el umbral.

—¿Conocéis al señor De Nayrac? Quiero decir a Guy, no a Armand.

—Lo habré visto un par de veces. No le gustan los frailes, y menos aún los dominicos.

—Id a verlo e invítadlo a participar en el auto de fe del martes. Pedidle que haga extensiva la invitación a su hermano, el capitán, y a los mejores de sus *routiers*. ¿Creéis que aceptará?

—Quién sabe. Es de carácter antojadizo.

—Decidle que también el abad Josserand presenciara la ejecución. Mejor aún, dadle a entender que la idea de invítarlos ha salido del propio abad, su hermano.

—¡Pero si no es verdad!

—Desde luego que no es verdad. ¿Y qué?

Sin esperar respuesta, Eymerich salió a la calle. A aquella hora, la ciudad estaba prácticamente desierta. Tan sólo algún mendigo, en la esquina de alguna calle, soportaba estoicamente la tenaza de la canícula. Flotaba en las calles una calima ligera, vagamente opaca, espesada por las exhalaciones que emanaban de los albañales.

El taller de Robert, a orillas del río que el sol hacía destellar, parecía vacío. Delante, sin embargo, se veía un palanquín abandonado entre los rollos de tela puestos a secar al sol. Al acercarse, Eymerich percibió un movimiento convulso entre los velos del palanquín, como el que haría un animal de gran tamaño encerrado en un habitáculo demasiado pequeño. Reprimió un escalofrío. Al otro lado de las cortinillas se entreveían unos miembros larguísimos que se agitaban como si buscaran una posición más confortable. Su mirada se cruzó con la de dos ojos enormes, atemorizados y alucinados a un tiempo, de inmediato ocultados por los movimientos de la tela. Siguió adelante. Dos soldados del conde de Montfort conversaban en voz baja en la planta baja, sentados a la orilla del río.

Cruzó silenciosamente el arco del taller. Robert estaba sentado en un escabel, en un rincón, con un codo apoyado en el borde de la gran cisterna de madera que ocupaba todo el local. A su lado había una mujer envuelta en un vestido de seda negro que le ocultaba parcialmente el rostro. Al oír los pasos del inquisidor, volvió de golpe hacia él un rostro marchito, sin expresión, enmarcado por cabellos en los que dominaba el gris. Durante un instante, una expresión de terror animó sus ojos sin vida.

Como Eymerich había imaginado, se trataba de Corinne de Montfort. Le dedicó una reverencia llena de respeto.

—Buen día, condesa. —Tras estas palabras, le dirigió a Robert una dura mirada—. Desaparece. Y no vuelvas antes del anochecer.

El artesano se levantó y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Corinne inició una protesta:

—¡No quiero hablar con vos! —exclamó.

—Pero yo sí con vos. —Sin esperar a que le invitara a hacerlo, Eymerich se llegó hasta el escabel ocupado hasta hacía un momento por el artesano y se sentó en él—. Quedaos, os lo ruego —le dijo a la condesa, que acababa de hacer ademán de levantarse—. Veréis cómo esta conversación nos resulta útil a los dos.

—No veo qué tenemos que decirnos.

—Por lo que a nosotros dos se refiere, bien poco. Pero el asunto concierne a vuestra hija Sophie. —Eymerich hizo un gesto en dirección al exterior del taller—. La he visto retorcerse ahí fuera, en el palanquín.

La expresión «retorcerse» arrancó una expresión de dolor al rostro de Corinne, en apariencia inanimado. Pero casi de inmediato sus facciones recuperaron su

inexpresividad.

—Habláis de ella como de un animal. Basta sólo con esto para abrir una brecha entre nosotros. —Corinne de Montfort se encogió de hombros, en un gesto cargado de desprecio—. No veo qué puede amenazar la vida de mi hija. Desde luego no sois vos, pobre fraile presuntuoso.

Una fugaz sonrisa apareció en los labios de Eymerich.

—Oh, no tengo tantas pretensiones. Mas yo soy un humilde siervo de la Inquisición, y a la Inquisición le interesan ciertas cosas. La existencia de la secta de los naasenos, por ejemplo, el hecho de que se nutran de la sangre de Sophie, y el que la propia Sophie sea mantenida en vida merced a la sangre de los campesinos asesinados. —El rostro de Eymerich se endureció repentinamente—. Como podéis ver, lo sé todo, incluido ese insensato proyecto de envenenar a la humanidad entera. Deponed, pues, vuestra afectación. Conmigo está fuera de lugar.

Corinne bajó la vista con un gesto brusco, como si quisiera esconder una lágrima brotada entre sus pestañas. Su voz, no obstante, sonó calma, bien que cargada de reproche.

—La Inquisición me ha arrebatado ya un nieto. Y ahora quiere llevarse también a Sophie.

—¿Que os ha arrebatado un...? —empezó a decir Eymerich, en tono interrogativo. Pero se interrumpió al acordarse de la celda de Carcassonne, del muchacho de rostro ensangrentado encadenado a un palo, del padre De Sancy hincándole la uña en las heridas—. ¿Era el hijo de Sophie? ¿El hermano de Raymond?

Corinne asintió. Levantó una mirada cargada de brillos, y también de dignidad.

—Sí. Se llamaba Jouel. Y también sé quién os lo entregó.

—¿Quién?

—Mi marido Othon.

Eymerich se dio cuenta de que estaba perdiendo terreno. Aquella mujer le estaba hablando de sucesos de los que él no tenía conocimiento. Además, por debajo de su aspecto insignificante parecía ocultar una fuerza considerable. Había que hacer pedazos aquella resistencia, golpeándola con crueldad y determinación.

—Habéis dicho «mi marido». Deberíais decir «mi hermano».

El dardo dio en el blanco. La mujer perdió de golpe todo su orgullo, que quedó sumido bajo una expresión de extravío. Si no rompió a llorar fue porque su dolor estaba más allá de cualquier manifestación física.

—Lo sabéis —murmuró agachando la cabeza.

—Lo sé, y no os culpo por ello. —Era una táctica de Eymerich no encarnizarse con el enemigo vencido. Alguien puesto entre la espada y la pared podía reaccionar a la desesperada. Suavizó sensiblemente su tono—. La enormidad del pecado bajo el que vivís puede verse aligerada. Abríos a mí, sin temor.

Se hubiera dicho que Corinne se había empequeñecido en su escabel. Cuando

volvió a hablar lo hizo con tono infantil, como si su verdadero espíritu saliera a la luz por primera vez.

—Yo era muy joven en aquel entonces. No sabía que ciertos vínculos de sangre fueran pecaminosos. Othon, en cambio, lo sabía perfectamente. Y también todos los que nos rodeaban, obispo incluido.

—¿Cuándo lo comprendisteis?

—Tardé mucho tiempo, era muy ingenua. Pero me parecía que algo no marchaba. Mis sospechas se confirmaron al nacer mi primer hijo, un varón. Era horrible. Nadie quiso bautizarlo, ni siquiera el obispo, quien no obstante había oficiado el matrimonio. Se quedó sin nombre. Fue el canónigo quien me reveló que me había casado con mi propio hermano, y que, por lo tanto, mi prole iba a ser, casi con toda seguridad, anormal. Pero ¿cómo hablar con Othon de aquello? Vos lo habéis conocido, pero no lo conocéis tan bien como yo. Sus accesos de cólera son terribles.

—Comprendo. ¿Y Sophie?

—¡Pobre hija mía! Era todavía más monstruosa que el varón. —Corinne hablaba ahora con gran soltura, como si se estuviera liberando de un peso arrastrado en silencio durante años—. Othon había puesto muchas esperanzas en su nacimiento, y su parto tuvo muchos testigos. No era posible confiársela a nadie. Pero pensé que no viviría mucho. Todos lo pensamos.

—Y en cambio...

—... Resistió. Othon no quiso que nadie la viera, y prácticamente la emparedó en vida, en una pequeña alcoba. No fue hasta los seis años cuando Sophie empezó a sufrir de verdad. Pero a aquellas alturas yo ya le había tomado cariño, y no estaba dispuesta a dejarla morir. Como su enfermedad estaba en su sangre, creí que dándole otra sangre podría sobrevivir.

—¿Sangre sacada de dónde?

—Oh, en aquella época era fácil. Estábamos en guerra, y Othon había partido con el capitán De Morlux en el séquito del rey de Francia. Los campos estaban sembrados de cadáveres insepultos. Si algo no faltaba, era sangre. Pero yo me había hecho la ilusión de que bastaría con que la niña la bebiera una sola vez. Es más, me hacía la ilusión de que quedaría curada.

Eymerich entornó los ojos.

—Pero no fue así.

—No. —Ahora Corinne hablaba como para sí misma, fija en el suelo la vista—. Sus necesidades fueron en aumento. Con el tiempo comprendí que no soportaba las alturas. Vivir en Hautpoul, a pesar de que no es un lugar altísimo, le producía crisis cada seis o siete días. En esos momentos tenía necesidad de sangre nueva, y en cantidades cada vez mayores.

—¿Cuándo apareció en escena el señor Piquier?

—Sophie tenía entonces doce años. Piquier era bibliotecario del abad Josserand, y había vivido mucho tiempo en Alejandría, en Egipto. Consideré que Sophie

necesitaba un instructor, y me dirigí a él. Othon, que regresaba al castillo entre una batalla y otra, aceptó tomarlo como intendente. Jamás habría imaginado que aquel joven se enamoraría de ella.

—¿Se enamoró?

—Tenéis razón. No es la expresión justa. Piquier sencillamente se interesó por ella. Era Sophie quien lo amaba a él. Piquier perseguía ciertos proyectos suyos, que yo entonces ignoraba. Supo casi inmediatamente de la enfermedad de mi hija, y de su continua necesidad de sangre. Cosa que no lo turbó en absoluto. Es más, no hacía aún dos años que estaba en el castillo cuando quiso casarse con ella, en una ceremonia secreta. Othon seguía lejos.

—¿Y vos?

Las lágrimas, contenidas durante demasiado tiempo, empezaron a surcar el rostro de Corinne.

—Habría hecho cualquier cosa para que mi hija fuera feliz. Era tan inteligente, tan sensible... Di mi consentimiento al matrimonio sólo porque ella lo quería. Por lo demás, fue el único momento de normalidad de toda su pobre vida.

Eymerich sintió crecer en su interior cierta admiración por la mujer que tenía delante, pero la reprimió enseguida. No podía permitirse debilidades.

—¿Cómo nació el asunto de los naasenos?

—Fue idea de Piquier, como habréis supuesto. Siempre ha aspirado a entrar en el círculo de las clases superiores. Creyó que una apariencia religiosa le permitiría entrar en los ámbitos de los que estaba excluido. Sophie fue su instrumento. Todavía lo es.

—¿Cómo podéis aceptar todo esto?

—Sophie necesita sangre, vive de ella. Las fases alternas de la guerra me impedían encontrar la suficiente. La secta de Piquier le iba a permitir a mi hija seguir con vida, procurándole la sangre que necesitaba. Me resigné, aunque no me he alejado jamás del cristianismo.

Eymerich la miró con severidad.

—¿Y os parece que todo eso está bien?

—No, evidentemente no. Pero por lo menos Sophie ha podido seguir viva. — Corinne tragó con esfuerzo para ahogar un sollozo—. Sólo la tengo a ella.

Eymerich se puso en pie, ceñudo. Estuvo unos instantes paseando de un lado a otro, con las manos a la espalda. Entonces se detuvo frente a la mujer.

—¿Sabéis que vuestro marido me ha pedido la cabeza de vuestra hija?

La mujer levantó la mirada, húmeda y febril.

—¡Esa bestia! ¡Nunca ha querido otra cosa! Yo misma lo mataría con mis propias manos si...

—¿Si?

Corinne enmudeció. Un relámpago de comprensión cruzó por sus ojos.

—Así que es eso lo que queréis —susurró.

Eymerich negó con la cabeza.

—No. Eso es lo que queréis vos. Yo, como mucho, puedo garantizaros la impunidad.

—Oh, no me preocupo por mí.

—Yo, en cambio, sí que me preocupo por vos. —Eymerich bajó la voz—. Garantizar la vida de vuestra hija está en el límite de mis posibilidades. Pero puedo hacerlo. A cambio, no obstante, exijo muchísimo. Mucho más de lo que habéis insinuado.

Una débil esperanza asomó en los rasgos tristes de Corinne.

—Decid. Estoy preparada para lo que sea.

Eymerich reanudó su paseo por la estancia. Continuó como si no la hubiese oído.

—No es vuestro marido el único que quiere la muerte de vuestra hija. Toda Castres la reclama. Podría ahorrarle la hoguera solamente si desapareciera, si se marchara tan lejos como para hacer que la olvidaran.

—Oh, sí, iremos a donde queráis.

—No, vos no. Tendréis que decirle adiós a Sophie. No estoy hablando de trasladarse, hablo de exilio, fuera de Francia.

—Pero yo tengo que ir con ella. Moriría en pocos días si...

Eymerich hizo un gesto imperioso.

—Repito que no es posible. Podréis hacer que la acompañe quien queráis, pero vos deberéis quedaros aquí. Y eso no es todo. Tendréis que aceptar convertirlos en uno de los nuestros, estar dispuesta a obedecer sin discutir cualquier orden que os llegue de la Iglesia. Tenemos proyectos respecto a vos.

—Yo vivo para Sophie. Por lo que a mí se refiere, llevo ya viviendo muerta muchos años. Desde que comprendí que había cometido un pecado que Dios no iba a perdonarme.

—No existe pecado que Dios no pueda perdonar. —El timbre de la voz de Eymerich se suavizó todavía más, a pesar de conservar una nota de severidad entreverada de sabiduría—. Reflexionad. Si os entregáis a la Iglesia, empezará para vos una nueva existencia, libre del recuerdo de las culpas pasadas. Sophie estará lejos, sí, pero viva, y quizás incluso feliz. Y no hay que excluir que algún día volváis a verla.

Una vez más, los ojos de Corinne se iluminaron de esperanza.

—Pero ¿cómo puedo fiarme de vos? —Le temblaba la voz—. La Iglesia ya me ha matado a Jouel.

—Nadie sabía que era vuestro nieto, salvo su verdadero asesino. Ya sabéis a quién me refiero. Habréis de fiaros. La alternativa es la hoguera para Sophie, y para vos, toda una vida al lado de Othon de Montfort, quien os empujó al incesto y al delito. Una vida de remordimiento y vergüenza. —Hizo una pausa—. Entonces, ¿aceptáis?

Se produjo un largo silencio, durante el cual pareció que el calor del taller, ya de



por sí sofocante, se acentuara. Por fin la mujer asintió.

—Acepto, pero con una condición.

El inquisidor la miró con desconfianza.

—¿Qué condición?

—Que salvéis también a Piquier. Además de mí, es el único que puede cuidar de Sophie.

—Me pedís demasiado. Piquier es el personaje más siniestro de toda esta historia.

—Lo sé. Yo misma le odio, y sé perfectamente que no ama en absoluto a Sophie. Pero es su marido, y le interesa no dejarla morir. Si no puedo acompañarla al exilio, quiero que tenga por lo menos a ese hombre a su lado.

Eymerich calló por un instante, y después dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo. Pero a cambio, ¿consentiréis en hacer todo lo que se os pida, por desagradable o extraño que parezca?

—Sí. Por la vida de mi hija y de su marido, consiento en ello.

Eymerich dominó la euforia que lo invadía.

—Es una decisión sabia. Por ahora no me pidáis nada más. Quitar de en medio el último obstáculo es cosa vuestra ahora. Yo no interferiré.

—Pero después de haber... Cuando Othon esté muerto... Me encerrarán.

—Refugiaos con Sophie en el monasterio del Sidobre, y no os mováis de allí por ningún motivo. Ni siquiera cuando los monjes acudan a Castres el martes que viene. Me reuniré con vos allí.

Eymerich realizó una leve inclinación y echó a andar en dirección a la arcada, rodeando la pila. Corinne se levantó y corrió detrás de él. Lo agarró por un brazo.

—Y ahora, ¿qué hago? Es domingo, Sophie necesita sangre.

Reprimiendo sus propios impulsos, Eymerich no se rebeló ante aquel contacto. Dirigió a la condesa una mirada tranquila.

—Sabéis tan bien como yo dónde encontrarla. Mejor es que vuestra hija se beba la sangre de un padre indigno que la de un pobre campesino. —Entonces, como viera el terror reflejado en el rostro de la mujer, añadió—: Es como si vuestro marido sacrificara su vida para hacer que Sophie viva. Muriendo llevará a cabo el acto de amor del que no fue capaz en vida. A fin de cuentas, todos nosotros bebemos la sangre del Padre en la comunión.

Dicho lo cual, Eymerich se alejó a buen paso, mientras la condesa, conmovida, lloraba al tiempo que corría hacia el palanquín.

El calor era atroz.

## 13. Fuel-air

Jean-Paul Maric, enviado especial del *Nouvel Observateur*, vio que el oficial egipcio señalaba en su dirección. Un poco irritado, se levantó y fue hacia él.

—¿Qué sucede?

El oficial señaló al robusto subteniente de los marines que tenía a su lado.

—Ni mis hombres ni yo hablamos inglés —dijo en su vacilante francés—. Mire a ver si consigue entender qué quiere.

El estadounidense miró a Maric con evidente alivio. Era un hombre grande y recio, de maneras simpáticas. No parecía que tuviera demasiada confianza en la capacidad de comprensión de los egipcios.

—Menos mal que está usted. Dígale a esta gente que no tengan miedo esta noche. Descargaremos sobre los iraquíes unas cuantas bombas FAE. Parecen bombas atómicas pero son inocuas... para nosotros, naturalmente. No hay radiación.

Maric tradujo. El egipcio adoptó una expresión de asombro. Iba a formular una pregunta, pero el periodista se le adelantó.

—¿Qué son las bombas FAE? —le preguntó al estadounidense—. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—FAE son las siglas de Fuel-Air Explosives —respondió el marine, con la expresión de quien repite una explicación por enésima vez—. Un regalito de nuestra aviación a Saddam. Son bombas que caen en paracaídas. —Acompañó sus palabras con amplios gestos—. Explotan a una determinada altura, liberando óxido de etileno y una segunda carga, que explota unos momentos más tarde incendiando la nube de aerosol que se ha formado. Todo el oxígeno que hay en el aire se quema en un instante. ¿He sido claro?

Maric le tradujo la explicación al egipcio.

—Mi amigo querría saber qué efecto tiene todo eso —preguntó a continuación.

—Se dice pronto. —El marine se llevó las manos a la garganta y sacó la lengua—. Todo aquel que se encuentra debajo de la nube de aerosol muere ahogado. En pocos segundos. —Se apresuró a añadir—: Pero no es una bomba atómica. Pueden estar tranquilos. Como mucho, los que se encuentren en las posiciones más avanzadas notarán una ligera falta de oxígeno. No hay ningún peligro.

Aquella noche hubo gran expectación en el campamento egipcio. Todos los ojos estaban clavados en el cielo, iluminado débilmente por la luna. Debajo de ésta, a una veintena de kilómetros, los iraquíes esperaban, medio enterrados en la arena, el acostumbrado bombardeo rasante, temblando de frío, de hambre, de sed y sobre todo, de miedo. Maric, hecho un ovillo al lado del oficial, seguía su agonía desde hacía varios días con un creciente sentimiento de náusea. Náusea por el tirano que los había enviado al matadero, pero también por quien se cebaba en ellos con gélida determinación.

—Me parece que ya estamos —le dijo el oficial apuntando al cielo.

Se oyó el zumbido bajo de los B-52, semejante al ruido de una locomotora acercándose por debajo del suelo. Pero en esta ocasión no se produjeron los acostumbrados treinta segundos de horror puro, con el suelo trepidando y el desierto estallando en chorros de fuego. Esta vez fue el horizonte entero el que ardió, silenciosa, misteriosamente. Una nube ardiente, de proporciones nunca vistas, que desapareció al cabo de unos segundos sin ningún ruido.

Maric sintió un ligero mareo, y se quedó mirando al oficial que tenía a su lado. Estaba palidísimo.

—Pero ¿qué clase de guerra es ésta? —murmuró, con los labios exangües.

Durante treinta noches, a la misma hora, el cielo se incendió de un extremo al otro, en medio del silencio más absoluto. Al cabo de aquellos treinta días, el ejército iraquí se rindió. Maric vio a soldados-insecto salir de sus madrigueras, de las tuberías de agua rotas, de impensables orificios en el suelo. Chavales vestidos con uniformes demasiado grandes, veteranos de guerra que revivían antiguos miedos, viejos que cojeaban, burgueses barrigudos cubiertos con uniformes todos rotos. Sus oficiales los habían abandonado hacía tiempo. Saddam Hussein los había destinado al sacrificio, los aliados los habían exterminado. No eran más que un montón de pobres diablos.

Pocos días después, Maric tenía la oportunidad de recorrer, en compañía de otros periodistas, la autopista que unía Irak y Kuwait. Era una hilera de vehículos abandonados, de hojalata achicharrada, de autocares capotados sobre el asfalto. Pero no había rastro de cadáveres. Los únicos cadáveres que llegó a ver fueron los de una veintena de ovejas en el remolque de un camión caído sobre un costado. Ni uno solo de los animales presentaba heridas ni quemaduras. Habían muerto estranguladas, como si una mano gigantesca las hubiera agarrado por la garganta y se la hubiese apretado con todas sus fuerzas. Supuso que los soldados desaparecidos habrían tenido el mismo final. Y él sabía cuál.

—Menudo espectáculo, ¿eh?

Maric se volvió. Reconoció a un enfermero estadounidense que había conocido al inicio de la guerra.

—¿Qué habéis hecho con los cuerpos? —le preguntó.

—Impresentables —le respondió el estadounidense. Y entonces añadió, en voz baja—: Pero eran iraquíes. También nosotros hemos tenido nuestras propias desgracias.

—¿Desgracias, cuáles? Si vuestros muertos son poco más de un centenar...

El otro sacudió la cabeza.

—No se trata de eso. Mira a ver si descubres por qué han repatriado a novecientos marines a toda velocidad en los últimos días. Esta guerra no ha sido indolora, ni siquiera para nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Trata de descubrirlo tú solo. Si te dejan, te llevarás una sorpresa. Dramática.

En el Pentágono, la sala blindada subterránea en la que el jefe del Estado Mayor Powell mantenía las reuniones más reservadas era conocida como el «Tanque». No había sistema de escucha electrónico capaz de violar aquellas paredes; y no había arma que pudiera ni siquiera mellarlas.

La tarde del 13 de marzo de 1991 Powell se retiró al «Tanque» en compañía de los diferentes jefes de los servicios secretos de Estados Unidos. No era algo extraño por aquellos días; lo insólito era que formara parte del grupo un civil que no había sido visto nunca antes en los sótanos: un hombre joven, de rasgos asiáticos, que parecía encontrarse allí bastante a disgusto.

—Señores —arrancó Powell, tan pronto como sus invitados ocuparon sus asientos en torno a una mesa de vidrio y metal, en el centro de aquella sala sin adornos—. Perdonarán que no les diga el nombre del hombre al que he invitado. En estos momentos, la seguridad del país está en sus manos, y quizás en las de nadie más. —Se volvió hacia el joven asiático—. Doctor, ¿quiere informarnos de los resultados de sus análisis?

El aludido carraspeó y ajustó unas gafas de montura dorada a su delicada nariz.

—Me ha sido encomendado el análisis de los novecientos marines repatriados en secreto desde Irak. El diagnóstico no ha sido difícil. Todos ellos han contraído una enfermedad muy rara entre los blancos: la anemia falciforme.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Dick Kerr, vicedirector de la CIA—. ¿Tienen alguna esperanza?

—Los mantenemos vivos a base de transfusiones. Pero a largo plazo diría que no, no tienen esperanza.

Un débil rumor se difundió en torno a la mesa. Powell alzó una mano.

—Doctor, ¿quiere explicarles a estos señores el aspecto más preocupante del asunto?

—Oh, aspectos preocupantes tiene muchos. Pero hay uno que resulta más desconcertante que los demás. La anemia falciforme no se contrae por casualidad. Hay que estar predispuesto genéticamente. Tener cierto tipo de hemoglobina, la llamada hemoglobina S. Pues bien, esos novecientos jóvenes presentaban todos esa predisposición.

—Continúe.

—Los contingentes a los que pertenecen contaban en su conjunto mil doscientas once unidades. Eso significa que tres cuartas partes de dichos soldados poseían una herencia genética que los predisponía a contraer la anemia falciforme. Es decir, que poseían lo que se llama carácter falcemia. Pero aún hay más. La anemia falciforme afecta casi exclusivamente a la gente de color. En cambio, el sesenta por ciento de los marines que la han contraído eran blancos.

Powell miró a su alrededor.

—¿Comprenden, señores, la gravedad del asunto?

El jefe de la Intelligence G2-Dienst del ejército, un hombre mayor con una perilla caprina, tosió para llamar la atención.

—General, ¿considera posible que Saddam Hussein posea un arma bacteriológica capaz de alterar los genes de nuestros hombres?

—Ésa ha sido la primera hipótesis que he contrastado. Pero enseguida el doctor me ha señalado otra que, por desgracia, se ha revelado fundada. —Le hizo una señal al hombre asiático.

—Me pregunté si el fenómeno que se había manifestado entre los soldados no tendría un reflejo entre la población civil. —El médico parecía ahora mucho más cómodo, si bien seguía atormentando a sus gafas de vez en cuando—. Si así era, muy bien podía haber sucedido que el fenómeno hubiera pasado inadvertido porque a nadie se le ocurriría buscar el carácter falcemia en la herencia genética de los americanos de piel blanca. He usado, para el muestreo, a los pacientes de la clínica que dirijo. Pues bien, más de dos tercios de los que he examinado son falcémicos, sin duda alguna.

—Permítame una pregunta, doctor —dijo el jefe del G2, con aquella voz suya tan ronca que resultaba molesta—. Admitamos que el carácter falcemia en los blancos pueda haber pasado inadvertido. Pero un cierto porcentaje de quienes lo poseían habrá tenido hijos afectados de anemia falciforme. ¿No es así?

El asiático sonrió.

—Sí. Ya veo que entiende usted de estas cosas.

—¿Cómo es posible que nadie haya advertido este fenómeno?

El médico asintió.

—Es una pregunta lógica. He comprobado las estadísticas de mortalidad infantil de Estados Unidos. Pues bien, hay un porcentaje impresionante de muertes prematuras atribuidas a trombosis, que es uno de los efectos más espectaculares de la anemia. Sustancialmente, el fenómeno ha sido pasado por alto ya sea por la cortísima edad de las víctimas, ya sea por la naturaleza anómala, excepcional, de la causa real.

Paul Wolfowitz, de la Secretaría de Defensa, se encogió de hombros.

—Me resisto a creer que los responsables de sanidad no hayan advertido un aumento en la mortalidad infantil debido a trombosis.

—Es que, de hecho, sí que lo habían advertido —replicó el médico—. Pero lo atribuyeron al aumento del tabaquismo entre las mujeres estadounidenses jóvenes.

El general Powell se hundió en el respaldo de su butaca, con las manos extendidas encima de la mesa.

—En definitiva, señores, parece que nos encontramos ante una alteración genética que afecta a más de dos tercios de los estadounidenses, y no sabemos su causa. ¿Qué sugieren?

—¿Podría hacerle una pregunta al doctor? —preguntó el jefe de la G2.

—Adelante.

—¿Qué es lo que ha propiciado que se manifestara la anemia falciforme entre soldados que mostraban una simple predisposición genética?

—Otra pregunta inteligente —respondió el médico, sonriendo una vez más—. La anemia latente se vuelve virulenta cuando desciende la presión del oxígeno. Es entonces cuando los glóbulos rojos adquieren la característica forma de hoz. Bien, he descubierto que los soldados afectados se encontraban en primera línea cuando los iraquíes fueron atacados con bombas aerosol...

—Las bombas fuel-air —explicó Powell— queman el oxígeno del aire.

—Exactamente. Nuestras tropas estaban demasiado lejos como para sufrir el efecto de las bombas. Pero las explosiones causaron en la zona perimetral una ligera disminución en la tensión del oxígeno. Y ha sido suficiente con eso para que los glóbulos rojos de los soldados cambiaran de forma y se manifestase la enfermedad. Un simple accidente, pero ha bastado para llevarnos a todo lo demás.

Se produjo un prolongado silencio, grave, opresivo. Powell lo rompió para decir, con voz grave:

—Vuelvo a repetir la pregunta de antes, señores. ¿Alguna sugerencia?

—Me parece obvio lo que hay que hacer ahora —sentenció el jefe de la G2.

—Hable, señor Pinks.

—Hay que tapanlo, hay que tapanlo todo. —Lycurgus Pinks agitó una mano huesuda—. Si llegara a saberse algo, no solamente provocaríamos el pánico entre la población, sino que estaríamos desprotegidos ante el enemigo.

Powell asintió.

—Concuerdo con su apreciación. Pero no va a ser fácil mantener oculta una alteración genética que afecta a la mayor parte de los norteamericanos.

—A medio plazo no es imposible. —Pinks frunció el entrecejo mientras acariciaba su blanca perilla—. Pero a largo plazo... Bien, un economista decía que, a largo plazo, estaremos todos muertos.

## 14. Auto de fe

La del lunes fue para Eymerich una jornada de trabajo intenso. A primera hora de la mañana lo mandaron llamar de la abadía de San Benito. Habían llegado los montones de leña enviados por el conde de Montfort, y los monjes no sabían dónde colocarlos. Una vez en el lugar, Eymerich preguntó enseguida por el conde, pero nadie lo había visto. La orden de llevar la leña la había dado el día antes.

Dirigió la descarga del envío; pero en el curso de la mañana llegó también la leña que mandaba el señor D'Armagnac. Eran, en total, sus buenos once carros, entre la leña y la paja, y llegados a aquel punto, los monjes empezaron a protestar con vigor. Hasta el abad Josserand, por lo común indiferente, quiso ver al inquisidor, y le asestó una retahíla de citas bíblicas. En sustancia, protestaba porque el patio estaba tan atestado de leña que resultaba difícil moverse entre los muchos montones. Hubo que llamar al obispo en persona, quien ordenó a los monjes que obedecieran al inquisidor en todo, incluso sus órdenes menos comprensibles.

El patio de la abadía era un espacio enorme de forma rectangular. Por el lado que daba a la calle mayor lo cerraban el edificio que habría debido hacer de hospicio, la alargada construcción del establo y, en la esquina, la pequeña construcción que alojaba las letrinas. La entrada principal era la que quedaba protegida por la portería: por ella había entrado Eymerich hacía tan sólo dos días; pero había aún otra más, entre el establo y el hospicio, y el establo mismo tenía tres puertas de acceso, que daban todas a la calle.

Eymerich ordenó que no quedara abierto más acceso que el que obligaba a pasar por la portería, además de una de las puertas del establo. En cuanto a las otras puertas, las hizo atrancar por fuera y, para mayor seguridad, ordenó que las cerraran con cadenas. La auténtica sorpresa para los monjes llegó cuando, cerrados los rastrillos de la segunda entrada, ordenó incluso que retiraran el cabrestante que regulaba su subida y su bajada.

A la sombra de seis grandes robles, el interior del patio quedaba cerrado a la izquierda por la hospedería y a la derecha por el altísimo muro exterior. Alzábase al fondo la sala capitular, que se prolongaba en el refectorio; a continuación, detrás de un paso no muy amplio, se levantaba una torre de dos pisos, coronada en lo más alto por un balconcillo al que se accedía desde el claustro. El costado occidental de la torre se fundía con el muro, el cual, por la parte de fuera, daba a un callejón poco frecuentado.

Eymerich examinó sobre todo las ventanas de los edificios, constatando con satisfacción que estaban cerradas por rejas macizas. Después, pese a las renovadas protestas del abad y los monjes, hizo que atrancaran por dentro las puertas de la hospedería, la sala capitular y el refectorio que daban al patio, no dejando abiertas más vías de comunicación que las que iban de un edificio a otro. Por precaución, hizo que le fueran entregadas las llaves de todos los candados.

Al acabar, se podía acceder al patio únicamente a través de la entrada principal, o a través del paso que, entre la torre y el refectorio, conducía a los dormitorios, a la iglesia y al claustro. Eymerich se dirigió al palacio del señor D'Armagnac, donde le fueron entregados los hombres que iban a ayudarlo en las horas siguientes. Fueron ellos quienes se llevaron los caballos y llenaron el establo con la paja sobrante, que era muchísima; ellos, asimismo, erigieron la pira en el centro del patio, construida de manera insólita, por no decir extravagante.

A una orden del inquisidor, dispusieron en primer lugar un lecho de leña verde, cubriéndolo a continuación de paja. Después lo empaparon todo con aceite, cosa que suscitó el asombro del padre Corona, quien había llegado poco antes.

—Pero si el aceite no es combustible... —observó.

—Tengo mis planes —le respondió Eymerich, en un tono que no admitía réplica.

Sobre la paja empapada dispusieron entonces los leños más gruesos, pero amontonándolos en rimeros casi verticales, que se mantenían en pie tan sólo gracias a una maraña de cuerdas. Los palos para los condenados eran seis, pero este fue el detalle al que Eymerich prestó menos atención. Se interesó, en cambio, por la paja sobrante, que verdaderamente era mucha. Hizo que colocaran las balas que quedaban por todo el perímetro del patio, en montones que llegaban a media altura del muro y cubrían los edificios hasta el techo. Luego, al comprobar que sobraba aún mucha paja, la usó para cerrar el paso entre la torre y el refectorio, bloqueando de este modo el único acceso desde el patio a la parte trasera de la abadía.

Muchos de los peones se preguntaron si quien dirigía los trabajos no estaría loco. Su sospecha se vio confirmada cuando Eymerich hizo también impregnar con aceite la paja adosada a las paredes y ordenó que cortaran las ramas de los árboles cuya altura superaba la del muro externo.

La jornada concluyó con la construcción, entre el establo y la pira, de un palco destinado a los prohombres de la ciudad, y con la erección de dos palcos más pequeños, reservados a los señores De Nayrac y al obispo Lautrec. Fue al palco mayor al que Eymerich dedicó mayor atención, acordando con el jefe de los peones una serie de ardidés. Replicó, además, con un silencio cargado de irritación a las objeciones del padre Corona, que criticaba la estructura del palco y los preparativos en su conjunto.

Finalmente Eymerich fue a cenar a casa del señor D'Armagnac, con quien estuvo departiendo hasta que dieron completas. El padre Corona estuvo esperándolo largo rato, sentado a una de las mesas de la posada con el señor de Berjavel; pero cuando Eymerich regresó, no dio muestras de querer conversar.

—¿Hay nuevas del conde de Montfort? —se limitó a preguntar el inquisidor.

—Según parece, está enfermo —respondió el notario—. Nadie lo ha visto desde ayer.

—¿Y su mujer y su hija?

—Las han visto en la ciudad, pero nadie sabe adonde se dirigían.



Eymerich asintió distraídamente y subió a su habitación. Pasó parte de la noche rezando, tendido sobre el suelo. Durmió, después, unas pocas horas, con un sueño ligero y muy agitado.

Al alba del martes bajó a la sala de la posada, nervioso y tenso. A pesar de lo temprano de la hora, el día se presentía bochornoso, sin siquiera una brizna de viento. La hoguera tendría, pues, menos vigor, pero el calor ayudaría a que ardiera en el momento de prenderle fuego.

Eymerich salió a la calle, todavía desierta, y se detuvo bajo el follaje. Se había vestido con un hábito limpio y sin arrugas, con el que reemplazaba el otro con el que había llegado, bastante estropeado ya; pese al calor, no había renunciado al escapulario ni a la capa negra. Asimismo, se había rasurado con cuidado, por primera vez desde que llegara a Castres.

Mientras contemplaba el palacio episcopal y las fachadas enrojecidas de las casas, advertía en su interior una sensación de intensa agitación, pero también un nudo en la garganta. Estaba a punto de saborear el éxito de un plan cuidadoso, elaborado con extrema atención, y ello lo exaltaba; pero se trataba también de algo enormemente trágico, de lo que se hablaría en todas partes. Habría querido poder asistir escondido al acontecimiento, o moviéndose entre sus protagonistas sin ser visto. Sonrió para sus adentros pensando que también él, en el fondo, aspiraba a ser incorpóreo, un grumo de espíritu flotante en el espacio. Y, en cambio, iba a tener que exponerse por fuerza, dirigir la ceremonia, mirar a las víctimas a los ojos.

Por fortuna, no sentía remordimientos. O, mejor dicho, percibía un lejano latir de remordimientos ahogado por un espeso estrato de reglas férreas, de preceptos inflexibles, de dogmas disciplinarios, sobre el que descansaba una segunda capa hecha de actitudes ya del todo asumidas. No, ningún sentimiento de culpa habría de turbar una representación que, en lo más superficial de su ser, consideraba obligada y que, en lo más profundo, satisfacía sus impulsos.

El sol se elevó un poco más. Las primeras personas a las que vio Eymerich fueron los dos jóvenes terciarios dominicos que seguían con vida. Casi se había olvidado de ellos. Salían del obispado portando un gran estandarte en el que iba pintada una tosca cruz de madera nudosa, con una ramita de olivo a la izquierda y una espada a la derecha. Alrededor se leía el exergo «*Exurge Domine et Judica causam tuam. Psalm 73*».

—¿Lo llevamos al patio de la abadía, *magister*? —preguntó uno de ellos.

—No. Exponedlo en el balcón de la torre que se levanta entre el patio y el claustro. ¿Ya sabéis cómo entrar?

—No.

—Se pasa por la parte de atrás de la abadía. La puerta de la torre está en una de las esquinas del claustro. No crucéis el patio: está bloqueado.

Los jóvenes echaron a andar por la calle con su carga. En aquel momento sonó la prima. Poco después, los postigos empezaban a abrirse, y salieron a la calle los

primeros transeúntes. Algunos saludaron a Eymerich, quien prefirió volver adentro.

El padre Corona descendía poco después, con una expresión de incertidumbre en la mirada.

—¿Seguís sin querer comunicarme vuestros planes?

—No, padre Jacinto, es mejor que no.

—¿Y la familia de cátaros que debía ser ajusticiada?

Eymerich se encogió de hombros.

—Anoche hice que los dejaran libres. No son ellos los que van a pagar. Como vos mismo dijisteis, no son más que pobres gentes del campo.

El padre Corona sonrió.

—¿Sabéis cómo os llaman aquí en Castres?

—No.

—San Malvado. Porque no acaban de saber si sois bueno o malo.

Eymerich hizo un gesto de fastidio.

—Dentro de nada no me llamarán de ninguna manera.

Estaban mordisqueando un poco de pan, que les servía una preocupada Emersende, cuando el señor de Berjavel se reunió con ellos, ataviado con un elegante vestido negro de calzas ajustadas y amplio cuello. Terminaron juntos su modesta colación y se dirigieron a la puerta. Desde el umbral Eymerich llamó a la patrona.

—No vengáis a la abadía, por ningún motivo. ¿Entendido?

—Pero vuestro bando ordena...

—Lo sé muy bien. Pero haced lo que os digo y quedaos aquí.

—Así se hará —respondió la mujer, decepcionada por tener que perderse un acontecimiento tan importante como una ejecución.

Las calles se iban animando. Aunque faltaban todavía más de dos horas para el auto de fe, familias enteras caminaban ya en dirección a la abadía, todas presa de excitación y locuacidad. Faltaban los niños, excluidos expresamente por el bando; pero había ancianos, en algunos casos llevados en angarillas, y compañías enteras de beatas, armadas de pesados rosarios. Algún que otro vendedor de bebidas acarrea ya los maderos con los que montar su propia parada.

A las puertas del palacio D'Armagnac reinaba una actividad frenética. El alguacil había convocado a todos sus soldados, unos cuarenta en total. Estaban colocándose las armaduras, ayudados por algunos escuderos y por los sirvientes del palacio. Al paso de los dominicos, todos los guerreros doblaron la rodilla, con gran cencerreo de metales, y agacharon la cabeza. Eymerich les dirigió un gesto de bendición.

—¿No existe el riesgo de que intervengan en auxilio de los notables, cuando se den cuenta de que son esos los condenados a muerte? —le preguntó en voz baja el padre Corona.

—El señor D'Armagnac me ha garantizado que no —respondió Eymerich—. Por lo demás, he limitado al mínimo la participación de los soldados. Se quedarán extramuros del monasterio, suceda lo que suceda.

El señor de Berjavel, más informado que el padre Corona de lo que estaba previsto, les dedicó a sus compañeros una mirada extraña, pero no dijo nada.

También el monasterio hervía de actividad, al tiempo que la multitud empezaba poco a poco a amontonarse delante de la única entrada principal que seguía abierta. Eymerich se abrió camino hasta la portería y se presentó al padre guardián, que estaba muy alterado y preocupadísimo.

—¿Cuáles son vuestras órdenes? —le preguntó con sequedad Eymerich.

—Que entre toda la gente que se presente, y después entrar yo mismo. A una orden vuestra, bajar todos los rastrillos y desmontar el cabrestante, como habéis hecho vos con la otra puerta. Por último, cerrar con cadenas la entrada de la portería y arrojar la llave al otro lado de la reja.

—Pensad que vigilaré todos vuestros movimientos. Pobre de vos si transgredís mis disposiciones.

—Obedeceré, pero ¿por qué todo esto? ¿Cómo haremos para salir?

—Están los establos y la salida al claustro.

—Sí, pero está todo lleno de paja.

—La paja se quita. —Eymerich bajó la voz en actitud de complicidad—. Se lo he dicho ya al padre Josserand y a los demás monjes: temo un ataque de los cátaros desde el exterior y no quiero sorpresas.

—Pero entonces, ¿por qué queréis que tire la llave fuera?

—Me he puesto de acuerdo con los soldados del señor D'Armagnac. Ellos la recogerán.

Eymerich tuvo que repetirles esta explicación a los monjes que se le arremolinaron alrededor tan pronto entró en el patio, alarmados por las órdenes recibidas. Muchos de ellos eran jovencísimos, y se veía claramente que habían llegado de la abadía del Sidobre. El inquisidor tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para calmarlos, y para darles un sentido a las acciones que pretendía de ellos. Pero consiguió aplacar el tumulto.

Fue entonces cuando se le acercó un monje y le anunció que un visitante preguntaba por él.

Eymerich frunció el ceño. Miró al padre Corona.

—¿Quién podrá ser?

—Está allí, al fondo, detrás de la pira —dijo el monje, señalando un punto al otro lado de la altísima montaña de leña que invadía el centro del patio—. Os ruega que os reunáis con él.

Eymerich echó a caminar a grandes zancadas en aquella dirección, apartando a todos cuantos trataban de dirigirle la palabra. El padre Corona y el señor de Berjavel vieron acercarse a un hombre de baja estatura, vestido con ropas desaliñadas, que llevaba, curiosamente, una capucha negra calada hasta el mentón.

—¿Será uno de los verdugos? —preguntó el notario.

—No lo creo —respondió el padre Corona—. Más bien parece un anciano.

Vieron que Eymerich le señalaba al desconocido el balconcillo de la torre, donde ya ondeaba el estandarte con la cruz nudosa, y cómo le indicaba con amplios gestos cómo llegar hasta allí, rodeando la abadía. El encapuchado se dirigió a la salida del patio al tiempo que Eymerich se reunía con sus compañeros.

—¿Quién era? —preguntó el padre Corona.

Eymerich sonrió.

—Lo descubriréis más tarde. Digamos que es un amigo que ha querido darnos una sorpresa.

Dieron la vuelta al patio mientras los monjes, a ambos lados de la pira, iban ocupando sus sitios, desde los cuales habían de salmodiar sus himnos. Los palcos destinados a alojar al obispo y a los señores De Nayrac, y el otro, enorme, que iba a acoger a los notables y a la pequeña nobleza, parecían robustos y bien contruidos. Pero Eymerich les dedicó escasa atención. Marchó, en cambio, hacia las gavillas adosadas a las construcciones y al muro exterior, y los tocó repetidas veces.

—Temía que el aceite se secara —comentó en cierto momento—. Pero por fortuna, no ha sido así.

—No sabía que el aceite ayudara al fuego —observó el señor de Berjavel.

—El padre Jacinto me ha dicho lo mismo —le contestó Eymerich; pero no añadió explicación alguna.

El espacio entre la torre y el refectorio estaba completamente ocupado por la paja, que alcanzaba una altura de dos veces la de un hombre. Hallaron al abad Josserand en plena contemplación de aquella construcción demencial que le impedía desplazarse como solía. Eymerich saludó al anciano con mucho respeto, pero luego se alejó de prisa, sin escuchar lo que farfullaba.

—Es hora de que subamos a nuestra posición —les dijo a sus compañeros.

Cuando estaban a punto de llegar a la salida del patio les llegó desde fuera un estrépito de metal. Una mesnada de soldadotes a caballo cruzó la cancela, mirando a su alrededor con aire de amenaza. Eran *routiers*, sin duda, una treintena a ojo de buen cubero, armados hasta los dientes. Uno de ellos portaba un estandarte descolorido en el que se veía un matorral de retama en campo rojo.

Eymerich comprendió de quién se trataba cuando reconoció al soldado del león inglés en el escudo, a quien ya encontrara en el Sidobre.

—Muy bien —murmuró—. Al parecer, los Nayrac han traído consigo al grueso de su milicia.

—Se supone que éstos son los soldados que degüellan a los campesinos de los alrededores —dijo el padre Corona.

—Sí. Mirad qué caras.

Los rostros de aquellos *routiers* mostraban rasgos de una ferocidad particular, que quedaba acentuada por sus melenas asilvestradas y larguísimas, que algunos llevaban recogidas con una cinta y otros retorcidas en trencillas. Eymerich intuyó que se trataba de los armañacs, los más brutales entre los mercenarios que combatían al

servicio de los ingleses. Pero, de entre todos los soldados, hubo uno que llamó su atención. Necesitó de algunos instantes para recordar dónde lo había visto, pero entonces la escena se le vino a las mientes. Era el hombre al que había visto vadear un caudal de agua, en su viaje de Carcassonne a Castres, en las proximidades del *ostal* de la muerte.

Detrás de los *routiers* entraron los señores De Nayrac, a quienes Eymerich veía por primera vez. No tuvo dificultad en reconocer cuál de los dos era Guy, el castellano, y cuál Armand, el comandante mercenario. Este último se diferenciaba de sus hombres únicamente por el lustre de su armadura y lo completo de su armamento, y por las larguísimas plumas de pavo real que adornaban su yelmo. Pero tenía la misma mirada de depredador y el mismo pliegue cruel en la boca.

Guy, en cambio, vestía una elegante casaquilla de seda verde, con una mantelina negra sobre los hombros, y a dos ojos extraordinariamente penetrantes unía unas facciones gordezuelas y flácidas que culminaban en una papada doble, si no triple. Compartía con su hermano el mismo perfil aguileño, dominado por una nariz ganchuda; mas sus labios eran carnosos, y las mejillas le caían en pliegues blandos.

También sus mujeres, que entraron a pie en el patio un instante después, rodeadas de siervas y damas de compañía, eran muy distintas entre sí. Refinada y pálida en extremo la de Guy, que lucía una esclavina azul bordada en oro sobrepuesta a una larga camisa blanca recamada; tirando a rubia, y de aspecto vulgar, la de Armand, vestida con una escandalosa túnica-pantalón de seda amarilla.

Eymerich salió al encuentro de los recién llegados haciendo ostentación de una gran sonrisa.

—Qué placer conoceros, señores. Soy Nicolás Eymerich, el inquisidor. No esperaba veros hoy aquí.

—Pero si nos habéis invitado vos —empezó a decir Armand, con tono rudo.

Pero por encima de su voz se dejó oír la de Guy, que se prodigó en una reverencia tan elaborada como se lo permitía el caballo.

—El placer es nuestro, padre Nicolás. Nos alegramos de que, por fin, alguien haga justicia en Castres. Cuando un rey es débil, su administración también lo es.

Eymerich respondió con una inclinación no menos cortés.

—El rey de la Iglesia es Jesucristo, por lo que su debilidad tiene límites muy precisos.

—Eso depende de los aliados de los que sepa rodearse. —Guy de Nayrac miró a su alrededor—. ¿Hay sitio para nosotros?

Eymerich le indicó un palco a la izquierda de la pira.

—He hecho que lo prepararan expresamente. Asistiréis a la ceremonia desde el punto más cercano.

—¿Y con quién tendremos que compartir ese privilegio?

—Con el abad Josserand solamente. En el otro palco, el de enfrente, tendréis al obispo Lautrec.

—¿Y el conde?

El inquisidor negó con la cabeza.

—No sé si el señor de Montfort estará entre nosotros. Según parece, está muy enfermo.

—Cuánto lo siento. —Los rasgos de Guy de Nayrac se distendieron, desmintiendo sus palabras—. Vayamos enseguida a situarnos. Espero reunirme con vos lo antes posible, en privado. Sabéis, supongo, que el monasterio del Sidobre recibe regularmente mis regalos.

—Lo sé, y os estoy agradecido.

Eymerich no pudo evitar que sus ojos se encendieran de indignación, por lo que bajó la cabeza para ocultar su mirada.

En el exterior, la multitud crecía, y al padre guardián le costaba contenerla. Eymerich lo exhortó a que la mantuviera a raya hasta tanto no llegaran los guardias del alguacil; luego, como viera que los vendedores de vino y otras bebidas estaban montando sus tenderetes, se apresuró a ir hacia ellos, seguido con dificultad por sus compañeros.

—Recordad que todos los ciudadanos de Castres deben asistir a la ejecución —gruñó—. Llevad vuestras barracas al patio.

Uno de los vendedores se le acercó, con el gorro en la mano.

—Pero eso va contra la tradición, padre.

—Me trae sin cuidado. Obedeced, o haré que os confisquen la mercancía.

Los vendedores se apresuraron a obedecer. El padre Corona comentó, en tono socarrón:

—Jesús no quería a los vendedores en el templo. Vos hacéis lo contrario.

Eymerich, nervioso como nunca, no le contestó. Apresuró el paso a lo largo del muro exterior de la abadía, en dirección a las entradas posteriores.

Al doblar la esquina del muro frontal vieron llegar al señor D'Armagnac al frente de su escolta. Junto a él, a pie, avanzaba el obispo, con un amplio sombrero violeta en la cabeza y el bastón pastoral en la mano. Le seguían el canónigo, algunos diáconos, cuatro criados que acarreaban un palanquín vacío y un grupo de beatas.

Eymerich saludó al alguacil y se inclinó a besar el anillo del obispo, quien no obstante retiró la mano.

—El señor D'Armagnac me dice que no habéis hecho arrestar a ningún judío —empezó monseñor de Lautrec, en tono de contrariedad—. ¿No será que os burláis de mí?

El inquisidor fingió asombro.

—No, no, monseñor. ¿Es que no os han informado? Ha sido el conde de Montfort quien se ha ocupado de arrestarlos. Serán arrojados a la hoguera justo después de los cátaros.

D'Armagnac iba a decir algo, pero una mirada de Eymerich lo cortó en seco. El viejo recuperó su sonrisa habitual.

—Muy bien. Empezaba a temer que los asesinos de Cristo fueran a librarse. ¿Tengo que hacer algo?

—No, monseñor. He hecho que prepararan un palco expresamente para vos, a la derecha de la pira. Tomaréis lugar en él con vuestro séquito. La lectura de la sentencia le compete al inquisidor.

—La escucharé con sumo interés. Me gustan las palabras bien dichas.

Esta vez el obispo sí se dejó besar el anillo, antes de dirigirse a la entrada del patio. El señor D'Armagnac, en cambio, se quedó, rodeado de sus oficiales.

—Así pues, ha llegado el momento —dijo con tono de preocupación en la voz.

—Sí —respondió Eymerich. Miró a los soldados—. ¿Habéis advertido a vuestros hombres de que dejaran a sus familias en casa?

—Oh, no es problema. Casi todos son del norte, y aquí tienen pocos lazos. Saben qué deben hacer.

—Subamos.

El señor D'Armagnac se dirigió a sus oficiales.

—Recordad. En el exterior de la abadía no tiene que haber nadie, además de vosotros. Cuando lleguen los hombres de Morlux... —Se volvió hacia Eymerich—. Porque supongo que también lo habréis invitado.

—Le he mandado un mensaje. Creo que él es el verdadero brazo armado de los Montfort.

—Exacto. Pues bien, cuando lleguen los hombres de Morlux —continuó el alguacil dirigiéndose a sus oficiales—, evitad todo enfrentamiento y no respondáis a las provocaciones. Aseguraos únicamente de que ocupen sus lugares en el patio. ¿Quién se quedará en el establo?

—Yo —respondió un graduado.

—Bien. No perdáis de vista la torre. En un determinado momento me quitaré la capa. Ésa es la señal. Pero por lo demás, no prestéis atención a nada de lo que pueda ocurrir dentro del patio. Sólo os tenéis que ocupar del exterior.

—Así se hará.

—Vamos ya, subamos —le exhortó Eymerich, muy impaciente.

Seguido por el padre Corona, el notario y el alguacil, recorrió el muro de la abadía hasta llegar a la parte de atrás. Allí, una entrada muy amplia, sin vigilantes, permitía el acceso al claustro. Recorrió a grandes trancos el pequeño pórtico, sostenido por finas columnas, y se plantó en la puerta de la torre. Cuatro rampas de escalones muy empinadas lo condujeron al último rellano, en el cual se abría el balconcillo. Allí estaban los dos terciarios, que contemplaban la multitud a sus pies, y el hombre de la capucha calada hasta la barbilla. El señor D'Armagnac examinó a este último con mirada desconfiada.

—¿Quién es ese individuo? —le susurró a Eymerich.

—Haced como que no lo veis. Es un amigo que desea permanecer de incógnito.

También al padre Corona le intrigaba el desconocido. Dio algunos pasos en

dirección a él, pero éste se volvió hacia la pared, manifestando así que no deseaba que lo importunaran. El dominico hizo un gesto resignado y salió al balcón, desde donde Eymerich contemplaba la multitud con ojos febriles.

Se necesitaron más de dos horas para que la población entera de Castres se acomodara en aquel espacio tan limitado, a duras penas capaz de contenerla. Los vendedores de bebidas tuvieron que renunciar a instalar sus tenderetes, tal era el gentío, y tuvieron que conformarse con deambular por en medio cargados de garrafas. Con todo, el mayor alboroto lo ocasionó la llegada de los representantes de los gremios, que hicieron su entrada cargados de sus gonfalones y reclamaron de inmediato un puesto de honor. No se calmaron hasta que sus más ilustres representantes fueron invitados a subir al palco de los notables, junto a los galenos, los abogados, los comerciantes y los propietarios de los mayores obradores.

Eymerich advirtió con agitada satisfacción que el gremio de los tejedores, el más numeroso de todos y distinguido por la faja roja que sus adeptos llevaban en torno a la cintura, no había seguido el ejemplo de los demás y se iba congregando a los pies del palco de los burgueses. Buscó con ojo inquieto al joven perfecto, y se llevó un sobresalto cuando su mirada se cruzó con los ojos severos de aquél, que ya tenía clavados en él. En ese momento pudo Eymerich distenderse un poco, si bien una tensión llena de inquietud seguía recorriéndolo por debajo de la piel.

Llegaron algunas cofradías con sus estandartes, recitando oraciones en voz alta; y por fin los mendigos, los vagabundos, las prostitutas, los mozos de cordel, los lisiados más o menos genuinos y varios personajes de apariencia ambigua que se dispersaron entre la multitud. Mezclado con ellos llegó del campo algún curioso, vestido con sus toscas ropas de faena. Pero la entrada más ruidosa fue la de los *routiers* del capitán De Morlux, unos cincuenta, que se zambulleron en el gentío arrancando gritos de terror y provocando la desbandada de quienes querían escapar a los cascos de los caballos.

Tras lanzar hacia la torre una mirada de perplejidad, el capitán se puso a buscar dónde situarse. Tuvo también una mirada desafiante para el palco de los Nayrac, rodeó la pira por la derecha y se colocó junto al obispo, que estaba sentado en una amplia silla. De Morlux desmontó y se puso ostentosamente a su lado, al tiempo que sus hombres se situaban detrás, empujando la multitud hacia el muro exterior.

El señor D'Armagnac señaló el palco de los notables.

—Ésos son, en principio, los *masc*. Pero ¿estáis seguro de que no habrá entre ellos algún inocente?

Eymerich le respondió con voz lúgubre, sin quitar los ojos del patio.

—También en Libná y en Lakis había inocentes. Y aun así Josué las destruyó de todos modos, y pasó a cuchillo a todos sus habitantes.

El padre Corona se alarmó y lo miró con estupor. Quizá dudara entonces por primera vez de la cordura del maestro.

La muchedumbre, que padecía bajo el sol cegador, levantaba a menudo la mirada



hasta la torre. Pero más a menudo aún miraba a la cancela de entrada, por donde se preveía iban a entrar los condenados. Sin embargo, no llegaba nadie, y la espera se iba haciendo insoportable.

Eymerich esperó todavía otro poco, para asegurarse de que toda la población, salvo los niños más pequeños, los enfermos y algún que otro reacio, se encontrara reunida allí abajo. Al cabo, les hizo una seña a los monjes, que estaban agrupados a los pies del palco del abad en filas continuamente quebradas por la presión del gentío. Y entonces, trémulo al principio y paulatinamente más y más seguro, se levantó un himno de cadencia lenta, sencillísimo y terrible:

*Dies irae, dies illa,  
Solve saeculum in favilla:  
Teste David cum Sybilla.*

*Quantus tremor est futurus,  
Quando Iudex est venturus,  
Cuncta stricte discussurus...*

[Día de la ira será aquel en que  
el mundo será reducido a cenizas,  
como profetizaron David y la Sibila.

Grande será el temor  
cuando aparezca el justo Juez  
a exigirnos cuentas, rigurosamente...]

La muchedumbre supuso que el canto anunciaba la ejecución, por más que no se vieran verdugos, y prestó toda su atención. Pero los planes de Eymerich eran otros. Miró en dirección a la entrada del patio, desde donde el padre guardián no le quitaba la vista de encima, y se llevó la mano a la frente. El hombre desapareció dentro de la portería junto con otros dos monjes, y apenas algunos instantes más tarde todas las rejas fueron cayendo una a una. Su chirrido quedó tapado por el cántico, que había alcanzado la máxima intensidad, y sólo se agitaron, curiosos, quienes estaban más cerca de ellas. Al cabo, el padre guardián volvía a aparecer empuñando la manivela del cabrestante, que mostró al inquisidor. Sacó de su hábito una llave, la levantó para que se viera bien y la arrojó al otro lado de los barrotes. Eymerich le hizo una señal de asentimiento.

—¿Ahora? —le preguntó el señor D'Armagnac.

—Sí, ahora.

En aquel preciso instante cesó el cántico. Eymerich agarró con ambas manos la

barandilla del balcón y se irguió en toda su estatura.

—¡Pueblo de Castres! —gritó.

No consiguió captar de inmediato la atención de la multitud. Muchos se habían percatado del cierre de las rejas, y había cierto movimiento en aquella dirección.

—¡Pueblo de Castres! —volvió a gritar Eymerich. A continuación, más fuerte aún —: ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Tal como había previsto, todos se santiguaron, incluidos los que se habían alarmado ante el cierre del patio. Miles de ojos se levantaron en dirección a la torre.

Que aquello hubiera surtido efecto calmó un poco el temor creciente que Eymerich notaba en su interior, doloroso casi de puro intenso. Habló con voz firme:

—Nos, Nicolás Eymerich, inquisidor por la gracia de Dios, invocando el santísimo nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de la siempre gloriosísima Virgen María y de san Pedro mártir, protector nuestro, damos lectura a la sentencia emitida por nos, directamente extraída de las Sagradas Escrituras.

Aquel comienzo era tan insólito que la masa enmudeció. Se hizo un silencio profundo, roto sólo por algunos relinchos aislados.

El estremecimiento de Eymerich se convirtió en una exaltación feroz. Sentía ahora cómo la sangre afluía a su cerebro, mientras los músculos se le contraían espasmódicamente. Se irguió aún más y recitó:

—«Entonces Lot salió afuera, habló con los yernos que debían tomar a sus hijas y les dijo: “Levantaos, salid de este lugar, por que el Señor va a destruir la ciudad”. Pero ellos se lo tomaron a broma.»

Un murmullo de estupor se levantó de la multitud. Indiferente, concentrado, Eymerich continuó, aumentando poco a poco el tono de su voz:

—«El sol se levantaba sobre la tierra cuando Lot entraba en Soar. Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego procedente del cielo. Abraham se levantó de madrugada y dirigió la vista en dirección a Sodoma y Gomorra y a toda la región de la vega, y vio que de la tierra subía una humareda semejante a la humareda de un horno.»

Estas últimas palabras fueron un puro alarido. Entonces, mientras la multitud asombrada seguía en silencio, Eymerich buscó con la mirada los ojos del joven cátar y levantó el puño al cielo.

Era la señal. Los tintoreros se reagruparon en torno a su jefe y retrocedieron hasta el palco de los notables. Se vio cómo oscilaba el palco y cómo sus ocupantes gritaban al tiempo que trataban de agarrarse a las barandillas de madera.

Sólo que el palco no cayó sobre la pira, como Eymerich había hecho creer al joven, sino que se precipitó sobre el establo que quedaba justo detrás, con un estrépito de madera quebrada que quedó casi de inmediato sofocado por los chillidos de aquellos que se habían visto atrapados por su desmoronamiento.

Entonces, el señor D’Armagnac se quitó la capa y la volteó en el aire. Transcurrieron algunos segundos, y una llama ardió en el establo, devorando la paja

que lo colmaba. Los gritos de quienes habían quedado prisioneros entre los maderos del palco redoblaron su intensidad, mientras larguísimas lenguas de fuego salían del edificio y alcanzaban la madera. Pero aquello no fue más que el inicio. Un instante después, las llamas se propagaban por las balas de paja adosadas a los muros, a lo largo de todo el perímetro del patio, con un agudísimo crepitar.

El padre Corona lanzó un grito de terror. En cuestión de segundos, el patio se convirtió en un infierno en el que dos mil personas buscaban una vía de salvación pisoteando otros cuerpos y corriendo a ciegas. Los gritos eran tan altos que formaban un único y espantoso quejido colectivo que se imponía a cualquier otro ruido.

Completamente pálido, Eymerich contemplaba casi hipnotizado la hoguera colectiva que había preparado con tanto cuidado. Le llegaban imágenes fragmentarias, terroríficas. Un grupo de tintoreros intentaba llegar a las cancelas y acababa aplastado contra ellas. Una madre corría llevando ante sí a dos muchachitos y acababa cayendo sobre la paja incendiada. Caballos encabritados que descabalgaban a quienes los montaban y se arrojaban contra la muchedumbre. Guy de Nayrac cayéndose del palco, arrastrado por la furia de los que huían. Unos cuantos monjes que buscaban su salvación encaramándose a la montaña de leña. El joven perfecto dirigiéndole a la torre una mirada cargada de odio y desesperación, antes de verse arrastrado y arrojado al suelo.

—¡El obispo! ¡Hay que salvar al obispo! —gritó el padre Corona, agarrando a Eymerich por el brazo.

El desconocido dio un paso adelante y dejó caer la capucha sobre sus hombros.

—No. Dejadlo donde está. Él es tan culpable como los otros.

—¡Padre De Sancy!

El anciano prior le dedicó al dominico una mirada severa y se volvió hacia el patio, para seguir mirando.

La paja, empapada en aceite, empezó a desprender una humareda densa, que se levantaba en volutas pesadas, caliginosas. Pasaban cuerpos envueltos en llamas, miembros chamuscados hendían el aire. Un olor acre, insoportable, ascendía desde el patio mezclado a nubes de jirones quemados. Los gritos eran indescriptibles.

Eymerich seguía contemplando con mirada hechizada aquella bolsa infernal que tenía a sus pies. Vio a monseñor De Lautrec desaparecer entre las ruinas de su palco, y al capitán De Morlux patear frenéticamente al tratar de apagar el fuego que había prendido sus calzas. Vio gritar al tintorero Robert hasta que se le desencajó la mandíbula. Vio a la multitud tratando de salvarse en la pira, a pesar de que las llamas ya habían empezado a lamer su base.

El fuego acabó por atacar las maromas que mantenían la hoguera en precario equilibrio. Gruesos leños se soltaron y echaron a rodar, embistiendo a los que trataban de encaramarse a ella. La pira entera, construida a tal propósito, se deshizo como un castillo de naipes, dejando al descubierto el corazón de leña verde que guardaba en su interior. Cuando el fuego lo rozó, y lo envolvió ya por completo, se

alzó una nube de humo negro que se fundió con el que soltaba la paja.

—¡Vámonos! —exclamó el señor D'Armagnac, tosiendo.

A pesar de que le lloraban los ojos, Eymerich quiso lanzar una última mirada abajo. Una misma capa de humo cubría el patio y se condensaba en una columna altísima, reavivada por una miríada de chispas. La intensidad de los gritos había disminuido, y se oían ahora gemidos y estertores que producían, juntos, un sonido bajo y constante, semejante al ulular del viento. Quienes hubieran escapado a las llamas estaban muriéndose ahora de asfixia.

Verdaderamente, había que marcharse de allí. Bajaron a la carrera los escalones de la torre, cuyas paredes se iban recalentando. Se respiraba con dificultad. Al salir al patio, una lluvia de pavesas se les echó encima; la columna de humo seguía subiendo, y ya oscurecía el cielo.

No dejaron de correr hasta que estuvieron fuera de la abadía. Y entonces se miraron a las caras. A Eymerich, el sudor le caía a raudales, y todavía tenía los ojos encendidos por la fiebre que se había apoderado de él. Los demás estaban todos completamente pálidos. Los dos terciarios parecían a punto de desmayarse, y se apoyaban el uno en el otro como si las piernas no los sostuvieran. Al padre Corona le temblaban los labios, como si quisiera decir algo y no lo consiguiera. El señor D'Armagnac intentaba ajustarse el cuello, pero los dedos le temblaban demasiado.

Berjavel miraba a su alrededor con mirada vacía, rebotante como estaba del espectáculo horrendo al que acababa de asistir.

El padre De Sancy, aunque muy emocionado, era el único que había sabido mantener cierto autodomínio.

—Arrodillaos —ordenó.

Los otros obedecieron mecánicamente. El anciano prior les impartió la absolución, con rápidos movimientos de sus manos afiladas. Añadió entonces:

—Habéis cumplido la voluntad de Dios. Esta ciudad ha sido purificada. Por más doloroso que haya sido, era necesario. El padre Nicolás ha obrado con sabiduría. Levantaos, ahora, y pensad que de estas cenizas nacerá una nueva Castres, obediente de los preceptos de Nuestro Señor.

Volvieron a ponerse todos en pie, con cierto alivio en los rostros. El padre Corona era el único que seguía conmocionado, pero supo hallar la fuerza para no dejarlo ver.

Eymerich por su parte se sentía fatigadísimo, como recién salido de una enfermedad breve pero intensa. Echó mano de su energía nerviosa.

—Vamos —murmuró—. Nuestra tarea aún no ha sido completada.

Regresaron a la fachada de la abadía. Los soldados del alguacil, apiñados frente a los rastrillos bajados, contemplaban conmocionados la enorme nube negra que se iba formando en el cielo, y que oscurecía el sol como el anuncio de una tormenta. A su alrededor se apretaban, completamente extraviados, los pocos habitantes de la ciudad que, por un motivo u otro, habían desobedecido el bando, escapando así a la matanza. Muchos de ellos lloraban sin contención alguna, llamando a sus allegados, que habían

quedado del otro lado del muro. Otros parecían haber enloquecido y observaban fijamente las cancelas con una mirada vidriosa, inexpresiva. Los establos ardían como una hoguera, arrojando destellos amarillentos sobre el oscuro terreno.

El señor D'Armagnac tuvo que tirarle a uno de sus hombres de la manga para conseguir que le escuchara.

—¡Capitán! Llamad a vuestros hombres y seguidme.

—Pero nosotros no... Yo...

—¡Capitán!

Se necesitaron varias llamadas al orden, pero por fin se pudo reunir a los soldados y sacarlos de su sopor. También a ellos les impartió el padre De Sancy su absolución, y también en esta ocasión tuvo el efecto de serenar los espíritus. Al acabar, el señor D'Armagnac impartió sus órdenes. Mandó traer caballos, que montaron Eymerich, el alguacil, el prior, el notario y el padre Corona, quien no obstante haber superado su trauma, tenía aún en el rostro una expresión de amargo dolor. Se alejaron al trote de la abadía en llamas, seguidos por los soldados. Dejaron en el lugar a los dos terciarios, ocupados en consolar a la pequeña multitud desconsolada que contemplaba las rejas y estaba atenta a los gritos que, por fin, habían dejado de oírse.

Fue aquélla una cabalgada silenciosa, a través de calles desiertas sobre las que caían las cenizas trazando remolinos. Cuando pasaban por delante del palacio de los Nayrac, el padre De Sancy se acercó al señor D'Armagnac.

—Ahora, todo esto es vuestro.

—Me dejáis una ciudad de muertos —fue el comentario lúgubre del alguacil.

Eymerich, que lo había oído, retuvo su montura.

—La repoblarán los campesinos. Los únicos libres de culpa.

Dicho esto, clavó espuelas y cabalgó al frente de la columna.

En la garganta que el río Agout excavaba en las rocas del Sidobre no se veían ahora centinelas. Era, con todo, altamente improbable que el señor De Nayrac hubiese bajado a la ciudad con todos sus hombres. Lo más probable era que los soldados que habían quedado en el altozano, al verse sin oficiales, no se sintieran en condiciones de enfrentarse a la guardia del alguacil y prefirieran permanecer escondidos.

La cabalgada prosiguió, así pues, sin percances, otra vez bajo un sol abrasador. Mientras, por detrás de los jinetes, un grotesco árbol de humo que subía hacia el cielo indicaba que el incendio de la abadía no se había extinguido aún.

Cuando llegaron a Burlats no debía de faltar mucho para la nona, a pesar de lo cual nadie tenía apetito ni deseos de volver atrás. No había monjes a la vista. Si quedaba alguno, debía de haberse subido a alguna roca para observar la nube caliginosa que oscurecía el horizonte. La gran abadía del castañar tenía la cancela abierta de par en par, y se veía desierta.

Seguido de sus compañeros y los soldados, Eymerich cabalgó directamente hacia el pabellón de Adelaida de Toulouse, construido según el modelo de las antiguas

casas romanas. En el patio delantero, sembrado de flores amarillas, había un carro cubierto. Dos mulos y un espléndido caballo, libres de arreos, pacían poco más allá.

Eymerich desmontó, y sus compañeros lo imitaron. Le tendió las riendas de su montura a uno de sus oficiales.

—Quedaos aquí fuera. Si se acercara alguien, entrad a avisarnos.

—Sí, padre.

El inquisidor escrutó los rasgos graves del soldado, en busca de algún rastro de las emociones experimentadas poco antes. Pero no vio ninguno.

—Una cosa más. Escoged a cinco de vuestros hombres, de entre los más de fiar y menos cansados. Cuando salgamos, deberán ponerse en camino enseguida. Si os sentís con fuerzas, los acompañaréis vos.

El oficial alzó los hombros.

—Ya no soy joven, pero sigo siendo robusto. ¿Puedo preguntaros adónde debemos ir?

—A Marsella, en menos de dos días. Acompañaréis a dos personas.

—Contad con nosotros.

Eymerich se dirigió a la puerta del pabellón, seguido por el padre De Sancy, el padre Corona, el alguacil y el notario. La puerta estaba abierta. Entraron a un atrio iluminado por una espléndida ventana, de dintel y jambas de mármol delicadamente cincelado. Las paredes tenían por toda decoración una tosca reproducción de una gran serpiente verde que se mordía la cola. Debajo, podía leerse la leyenda: «*A te pater e per te mater, duo immortalia nomina, aevorum sator, civis caeli, inclyte homo*».

El padre De Sancy le lanzó a Eymerich una mirada interrogativa. El inquisidor, aunque no deseara prodigarse en explicaciones, le informó:

—Para los naasenos, Dios es padre y madre al mismo tiempo. Y la serpiente es la de Moisés, que protege de los mordiscos. Es el símbolo de su identidad.

Tras estas palabras se dirigió a una puertecilla que había al final de aquel ámbito y traspasó su umbral.

Se encontraron en un patio cuadrado, delimitado por un pequeño porche sustentado por una hilera de columnas. En el centro, cerca de un pequeño estanque, sollozaba Corinne de Montfort, doblada sobre sí misma. A su lado estaba Piquier, ceñudo, inmóvil y con los brazos cruzados. Entre una y otro, el cuerpo esquelético de Sophie de Montfort, doblado por encima del estanque, sacudido por violentos estremecimientos. Su cabeza quedaba completamente oculta al otro lado del pretil y producía un ruido desagradable, parecido a un sorbeteo intermitente.

Eymerich dio dos pasos hacia ellos, pero apartó inmediatamente la mirada.

—Por Dios, ¿qué está haciendo?

—¿No lo veis? Bebe. —La voz de Piquier sonó desvergonzada, casi burlesca—. Vamos, tened el valor de mirar.

Eymerich le dedicó una mirada cargada de odio antes de devolverla a la escena que se estaba desarrollando ante él. Sophie estaba agarrada como una araña enorme a

la pequeña cisterna, llena hasta la mitad de sangre oscura y densa. De tanto en cuando levantaba la cabeza, para volver a sumergirla en el líquido con una avidez animalesca, estremeciendo sus miembros. La túnica blanca que vestía estaba manchada de rojo hasta la cintura.

—¡Esto es demasiado! —gritó el señor D'Armagnac, vuelto hacia Piquier. Los demás estaban demasiado asombrados como para poder siquiera articular palabra—. ¡Sacadla de ahí! ¡Haced algo!

—Oh, ya casi ha acabado.

Exasperado, el alguacil agarró la manga de Corinne y tiró de ella con fuerza.

—¡Detenedla, os digo! ¡O la mataré yo mismo!

La mujer levantó la cabeza, surcado el rostro de lágrimas.

—¡No es culpa suya! Tiene que hacerlo, es más fuerte que ella.

En aquel momento, Sophie dejó de beber. Levantó su horrendo rostro, que chorreaba sangre, y pestañeó varias veces, abriendo y cerrando los párpados sobre sus ojos glaucos. Entonces se levantó con gran esfuerzo, estirando sus extremidades una a una.

Para gran sorpresa suya, Eymerich descubrió que sentía en su interior una pena profunda por aquella criatura martirizada, obligada, para poder vivir, a beberse la vida ajena. Ahora, mientras trataba de enderezarse, se la veía extremadamente frágil, una construcción delicada no carente de cierto gracejo. Bajo aquella diáfana piel suya, hacía pensar en un pajarillo al que hubieran arrancado las plumas y quebrado las alas.

Advirtió que el padre Corona debía de compartir sus sentimientos. Lo vio acercarse a Sophie, ayudarla a levantarse y limpiarle el rostro con la punta de su capa.

—Seguirá fuera de sus cabales mientras nos encontremos a esta altura —explicó Corinne—. Y cuando regresemos al valle, no recordará nada de lo ocurrido.

Eymerich se la quedó mirando, y miró luego a Piquier. Entonces, la emoción desapareció y el hastío volvió a contraerle los nervios.

—¡Miserable! —gritó—. ¡No he conocido un solo demonio que te igualara!

Piquier no se amilanó.

—Pues hay uno, y sois vos mismo —dijo con frialdad—. Habéis inducido a la condesa a matar a su marido, y a Sophie a beber la sangre de su padre. Negadlo si podéis.

El señor D'Armagnac miró a Eymerich, sorprendido.

—¿Es eso verdad?

—Sí, lo es, y ha hecho muy bien. —El padre De Sancy avanzó. Señaló las columnas del pórtico—. ¿Veis esas cadenas? A saber cuántos inocentes han esperado en este patio el momento de que los degollaran. Los hombres de Armand de Nayrac no sólo traían la sangre, sino también prisioneros. —Miró a Corinne—. ¿No es así?

La mujer bajó la mirada.

—Así es.

—De manera que es mejor que, por una vez, la muchacha haya bebido la sangre de un verdadero monstruo como su padre. Pero volvamos a lo concreto. Padre Nicolás, ¿cuál es vuestra sentencia?

Eymerich frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No es la sentencia que habría querido emitir, pero la condesa de Montfort ha aceptado ponerse al servicio de la Iglesia con ciertas condiciones y he tenido que condescender. Condeno, por lo tanto, a Sophie de Montfort y a su marido, por herejes y culpables de horribles delitos, al destierro en Tierra Santa hasta el día de su muerte.

Corinne lanzó un grito.

—¿A Tierra Santa? ¡Pero Sophie morirá! ¡Os lo ruego, dejadme ir con ella!

—Ya sabéis cuáles fueron nuestros tratos. Que no tenga que recordaros que habéis sido cómplice de todas esas monstruosidades.

—Pero la condesa tiene razón —dijo Piquier con un asomo de perplejidad en la voz—. ¿Dónde voy a encontrar sangre en Tierra Santa para mantener con vida a mi mujer?

Eymerich se encogió de hombros.

—Eso es asunto vuestro. Ya haréis que intercambie su sangre con la de los moros o los muertos. —Levantó la voz—. Pero como llegue a enterarme de que en Tierra Santa alguien bebe sangre de cristianos, iré a buscaros hasta allí y os infligiré por fin el castigo que merecéis. Lo juro ante Dios.

Piquier lo miró fijamente, pero no respondió.

—Y ahora, vámonos —continuó Eymerich—. Los soldados os están esperando para conducirlos a Marsella, donde os embarcaréis.

Salieron todos del pabellón, Sophie sostenida por su madre y por el padre Corona. En la explanada frontera les esperaba el oficial, rodeado por los hombres que había escogido. Eymerich le entregó una carta.

—Escoltaréis hasta Marsella a Piquier y a Sophie de Montfort en ese carro cubierto. Una vez lleguéis a destino, los conduciréis ante el superior de los Victorianos, a quien daréis esta carta. Os servirá también de salvoconducto. —Miró al soldado fijamente—. Si se os escapan los prisioneros o les sucede algo, responderéis con la vida.

—Así se hará.

Corinne abrazó a su hija, presa aún de su crisis, y al hacerlo mezcló sus lágrimas con la sangre que manchaba la túnica de la muchacha. Eymerich y el padre De Sancy contemplaron la escena a cierta distancia.

—¿Estáis seguro de que esa mujer aceptará casarse con Jehan de Blois? —preguntó el prior, con un matiz de duda en la voz.

—Sabe que la vida de Sophie está en nuestras manos. Hará cuanto le pidamos.

Poco después subían a Sophie al carro, donde Piquier se reunió con ella. Enganchados los mulos, el convoy se puso en marcha, con el oficial a la cabeza y cinco soldados de escolta. Eymerich esperó a que desaparecieran de vista antes de ir



por su caballo, en tanto el señor de Berjavel ayudaba a Corinne a montar detrás de uno de los guardias del alguacil.

El notario corrió a su vez a su montura.

—¿Debo redactar un acta con los acontecimientos de hoy? —preguntó mientras descendían por la vega del Agout al lado de Eymerich.

—No —dijo el padre De Sancy, que cabalgaba justo detrás de ellos—. Mejor es que de este episodio no quede ni rastro, más que en nuestra memoria. ¡Señor D'Armagnac!

—Decid.

—Entre vuestras nuevas obligaciones como funcionario real se encontrará la de procurar que ningún cronista recoja la noticia de la pira de Castres.

—Va a ser difícil —protestó el alguacil—. La ciudad se ha quedado sin habitantes.

—Ya veréis cómo no será así por mucho tiempo. Y los nuevos habitantes por ahora no saben ni leer ni escribir.

Eymerich, que iba cabalgando en tensión, con el semblante sombrío, retuvo su cabalgadura hasta quedar al lado del prior.

—Mi misión ha terminado. Si me lo permitís, querría regresar a Zaragoza.

—Nada de eso. —Una sonrisa de malicia iluminó el rostro arrugado del padre De Sancy—. El Santo Padre os quiere en Avignon dentro de dos días. Desea veros, y tal vez que os demoréis un par de días.

—Mas yo no soy un hombre para la corte papal.

—Oh, no se trata de eso. Nadie tiene intención de apartaros del cargo que ocupáis en Aragón. Al contrario, el Pontífice considera que ha llegado el momento de fijar los procedimientos de la Inquisición en un tratado, una especie de manual que limite los arbitrios y especifique los deberes. Buscaba un jurista y yo me he tomado la libertad de sugerirle vuestro nombre. ¿Me he equivocado?

Eymerich reflexionó durante algunos instantes.

—No, no os habéis equivocado —dijo al fin—. Y con el tribunal de Castres, ¿qué haréis? ¿Lo disolveréis?

—Desde luego que no. La herejía ha sido sofocada en la ciudad, pero ya veréis cómo en cuanto la población vuelva a crecer, se manifestará nuevamente. Parece una enfermedad endémica por estos pagos. El padre Jacinto es la persona indicada para erradicarla, ahora que se ha convertido en alumno vuestro.

Al oír aquella definición, el padre Corona se alarmó. Hizo que su caballo se adelantara.

—Perdonad, pero no estoy seguro de compartir por entero los criterios del padre Nicolás.

El prior lo miró con severidad.

—Los métodos no son lo que importa, lo importante es el principio —recalcó—. Cualquier medio está justificado mientras el fin sea la supremacía de la Iglesia. ¿Digo

bien, padre Nicolás?

El inquisidor asintió, torvo.

—La idea de libertad debe desaparecer de las conciencias. Y mientras no lo consigamos, no debemos reparar en la sangre que hayamos de verter. Los cuerpos cuentan poco, si lo que está en juego es la salvación de las almas.

El padre Corona iba a plantear una objeción, pero en aquel momento el señor de Berjavel lanzó una exclamación:

—¡Escuchad! ¡El viento!

Por primera vez tras varios meses de sequía, se estaba levantando un viento fresco, que silbaba entre los árboles removiendo las hojas secas. Más abajo, en la llanura del Agout, los últimos jirones de humo se dispersaron, arrastrando consigo vórtices de polvillo escarlata. Larguísima sobre el granito, la sombra de Eymerich semejaba un índice amonestador que apuntara contra aquel valle de muerte.

## 15. La máscara de la Muerte Roja

Desde hacía casi un año la Muerte Roja devastaba Estados Unidos. Nunca antes una epidemia había sido tan mortífera ni tan espantosa. La sangre era su manifestación, y su sello, el rojo y el horror de la sangre.

Se anunciaba con dolores agudos, pigmentación amarillenta, fiebre y debilidad. Luego se hinchaban las venas y sobrevenían las trombosis. La sangre empapaba entonces la piel por debajo, hasta que se quebraban los vasos cerebrales y el paciente moría. El ataque, el desarrollo y la conclusión del mal se resolvían en el curso de unas pocas horas, a menos que se recurriera a una serie interminable de transfusiones. Pero los enfermos eran demasiados, y el plasma sano había escaseado desde el primer momento.

La causa de la epidemia era conocida. En el último año, la contaminación atmosférica provocada por los combustibles fósiles y las actividades industriales había aumentado la concentración de anhídrido carbónico en el aire y hecho que disminuyera la presión del oxígeno. Una oscura enfermedad genética latente en la sangre, que sólo la disminución del oxígeno conseguía despertar, había podido de esta manera recuperar vitalidad y difundirse con inusitada virulencia. La atroz sorpresa había consistido en constatar que más del setenta por ciento de los norteamericanos llevaba en la sangre, y por lo general sin saberlo, la hemoglobina anómala en la que dormía el mal.

Pero el presidente Prosperous Doyle era un hombre optimista y previsor. La administración republicana que dirigía había actuado con empeño para dismantelar la normativa de protección medioambiental, afirmando que constituía un obstáculo para el desarrollo de la industria. Cuando la epidemia empezó a arreciar, Doyle, que no era ningún desconsiderado, comprendió la gravedad de la situación. Mas, fiel a su imagen de hombre a quien no le temblaba el pulso, no tenía intención alguna de dejar que la emergencia escapara a su control, ni de adoptar medidas drásticas que hubieran de hacerle perder las simpatías de la clase media que había garantizado su éxito.

Cuando su país empezó a despoblarse bajo el acoso de la Muerte Roja, Doyle reunió a quinientos colaboradores sanos y capaces y constituyó un equipo de crisis activo día y noche. Entonces, en compañía de las familias de sus colaboradores, se retiró a la Casa Blanca, convenientemente esterilizada y dotada de amplias reservas de oxígeno. Puertas y ventanas quedaron selladas, y una guarnición militar bloqueó las verjas exteriores. Una sola entrada, dotada de cierre hermético y provista de cámaras de esterilización, quedó destinada a los pocos invitados que, muy de tarde en tarde, eran convocados por motivos excepcionales.

El grupo se puso manos a la obra con entusiasmo, por más que del exterior llegaran noticias cada vez más preocupantes. Médicos, psicólogos, militares, técnicos y expertos en comunicaciones estaban obligados a reunirse todos los días y a no salir de allí bajo ningún concepto. Una drástica limitación que derivaba del hecho de que

la anomalía de la sangre estaba tan extendida que no había sido posible reclutar sólo personal genéticamente puro. Pero dentro de la Casa Blanca la presión del oxígeno era la óptima, y poco importaba la predisposición de los invitados a la Muerte Roja. Ahora bien: si alguno de ellos salía, no existían garantías de que pudiera regresar.

Cada mañana, el presidente Doyle dictaba al país por televisión las directivas elaboradas por sus expertos. Por suerte, desde hacía ya algunos años Estados Unidos no tenía enemigos dignos de atención, y se podía trabajar con calma. En cuanto a sus adversarios económicos, Alemania había dejado de preocupar, comprometida como estaba en una guerra sin fin en los Balcanes contra el imperio de inspiración nazi de la RACHE. Tampoco Japón daba ya ningún miedo. En efecto, la Muerte Roja había empezado a arreciar también allí, de manera que no habían podido aprovecharse de la debilidad estadounidense. Algún malintencionado, desde el extranjero, había llegado a insinuar que el mismísimo gobierno norteamericano se había esforzado por exportar la epidemia para evitar de este modo maniobras en su perjuicio. Pero eran pocos los que habían dado crédito a tamaña muestra de cinismo.

Como hombre prudente que era, Doyle se había resistido a dar la orden de cerrar de inmediato las fábricas que contaminaban, como le sugerían algunos demagogos de su propio partido. Antes al contrario, por consejo de su equipo, prefirió ordenar el traslado, y la concentración, de las fábricas amenazadas a otras áreas del país, como Montana, Dakota, Minnesota, Wyoming, Michigan o Utah, con la esperanza de devolver a los otros estados la necesaria oxigenación, pero sin disminuir por ello la actividad productiva.

De hecho, estaba consiguiendo algunos resultados en este sentido, y en las zonas costeras la enfermedad se encontraba en recesión. Sólo que el desplazamiento de las actividades productivas había provocado el correspondiente desplazamiento de millones de trabajadores entre los que la Muerte Roja —o, por usar el exacto término científico, la anemia falciforme— causaba estragos. Pero entretanto, para amplias franjas de ciudadanos de clase media volvía a brillar la esperanza, y los intereses más importantes se habían conservado casi intactos. Se podía pensar con calma en los nuevos problemas. Doyle, allá en su refugio sellado, podía considerarse más que satisfecho. Estaba por las nubes en las encuestas de popularidad.

Lo que de verdad preocupaba al presidente era que entre los miembros de su equipo aquel clima de optimismo llegara a decaer. Se trataba de personas jóvenes, dinámicas, a quienes la reclusión resultaba poco llevadera. Al objeto de prevenir una crisis, al cabo del quinto o sexto mes de aislamiento, a Doyle se le ocurrió ofrecerles a sus amigos un baile de máscaras de insólito esplendor, retransmitido en directo por todas las cadenas de televisión.

El vicepresidente, un sudista joven y refinado, elegido por su ilustrado conservadurismo, se ocupó personalmente de la escenografía. En lugar de un gran salón escogió siete amplias estancias, de entre las que componían la residencia del presidente, y las mandó revestir de tapicería de diversos colores. Los focos que

iluminaban cada uno de esos diferentes ambientes proyectaban luz del mismo color de cada estancia.

El efecto resultó sugestivo en extremo. La estancia del extremo del ala este, por ejemplo, estaba tapizada de añil, y de un añil intenso era la luz de los focos. La segunda estancia estaba revestida de púrpura, y púrpura era también la luz. La tercera era verde, y lo mismo el resplandor de los faroles. La cuarta estaba arreglada e iluminada de naranja, la quinta de blanco y la sexta de violeta.

La última estancia era el despacho oval del presidente, vaciado de muebles. Las paredes habían sido recubiertas de pesados drapeados de terciopelo negro que caían en amplios pliegues sobre una alfombra del mismo tejido y color. Por razones evidentes, en este último ambiente el color de la luz no coincidía con el de la decoración. Para los cristales de los fanales se había elegido una coloración bermeja, que serpenteaba en las paredes como el reflejo de un brasero y le daba a quien entraba un aspecto irreal, como de alucinación.

En este caso, el virtuosismo decorativo del vicepresidente había superado el límite del mal gusto. Pocos de los huéspedes de la Casa Blanca tuvieron la ocurrencia de poner un pie en aquella habitación que recordaba de modo tan intenso el luto y la enfermedad que arreciaban en el mundo exterior. El propio Doyle no entró sino una sola vez, y salió de allí asqueado. Hasta tal punto que no había habido manera de convencer a las cadenas de televisión de que colocaran sus cámaras en aquel espacio.

Pero aún había otro detalle que hacía desagradable el entrar en el despacho oval. Allí había quedado instalada la principal bomba de oxígeno, un cilindro de metal de un metro y medio ligeramente curvilíneo. El aparato emitía por su extremo un zumbido sordo, oscuro, monótono; y cuando, en su reloj interno, el minuterero completaba el giro del cuadrante, de sus pulmones de hierro salía una especie de bufido, tan fuerte que se sobreponía a la música y a las voces.

Los invitados, en tales momentos, no podían dejar de pensar en aquella vida artificial que vivían, sostenida por la fuerza mecánica de un depurador; y entonces los más jóvenes palidecían mientras los de más edad se llevaban la mano a la frente en un gesto de confusa ensoñación. Pero al cabo el rumor cesaba, el anonadamiento se desvanecía y todos volvían, aliviados, a la música y los cócteles, convencidos de que la próxima vez que diera la hora, la próxima vez que la máquina resoplara, no iban a dejarse sorprender por la misma sensación de desfallecimiento.

Los disfraces que vestían los miembros del equipo de Doyle y sus familiares, ostentosos y refinados, se inspiraban en la Edad Media. Algunos los había ideado — apasionado lector de historia— el presidente en persona. Así, había guerreros, con sus escudos y sus armas; había señores feudales, enfundados en púrpura bordada en oro; había campesinos, vestidos con ropas bastas y con amplios sombreros en la cabeza; había brujas, con búhos disecados entre los cabellos y gatos de peluche en la espalda; había cardenales y obispos; y había inquisidores, envueltos en los ropajes blanquinegros de los dominicos, a quienes los párpados perfilados con lápiz de

sombra conferían una mirada terrible.

Pasaban todos ellos sin descanso de una a otra de las seis primeras habitaciones, en las que las distintas luces alteraban las fisonomías y daban a la escena un aura onírica. Parecían sueños salidos de una Edad Media fantástica que cambiaran de color continuamente, al ritmo de una música antigua oculta y latente bajo los modernos acordes de la orquesta. Pero a cada tanto el respirador soltaba su vómito y los sueños quedaban congelados durante un instante; para reanudar, un instante después, su danza proteiforme.

Doyle contemplaba el espectáculo con profunda complacencia. Estaba dándole a la nación la prueba de que sabía mantener su propio control incluso en medio de la peor crisis que Estados Unidos hubiera atravesado jamás. Sus colaboradores le recompensaban arremolinándose a su alrededor, como si él fuera el buen padre de quien dependían todas sus vidas. Y Doyle estaba persuadido de que millones de estadounidenses, que lo seguían en directo, participaban de aquel sentimiento y le agradecían lo que estaba haciendo por ellos.

Por eso le fastidió mucho que, poco antes de medianoche, uno de los miembros de la seguridad le anunciara que un desconocido se había presentado en la puerta estanca, y que insistía en verlo.

—Pero ¿quién es?

—El director de la Intelligence G2 de Fort Myer. El doctor Lycurgus Pinks.

Doyle suspiró.

—Está bien, que pase. A condición de que venga disfrazado.

—Oh, ya lo está —le respondió el vigilante, con una curiosa expresión en el rostro.

Doyle hizo un aparte con un periodista extranjero. Por eso no reparó, un minuto después, en un curioso movimiento de la gente. Otros, en cambio, sí habían advertido la entrada de una figura enmascarada de la que la gente se separaba con una especie de escalofrío, como temiendo que los fuese a tocar. Y habiéndose difundido en derredor la noticia de esta nueva presencia, acabó por levantarse de la concurrencia un murmullo, primero de desaprobación y de sorpresa, después de auténtico desagrado.

El recién llegado, en efecto, un viejo con una perilla afilada y ojos de porcelana azul, parecía haberse propuesto desafiar los más arraigados terrores de los presentes. Y es que el disfraz que llevaba era el de la Muerte Roja. Un sudario empapado en sangre le envolvía la cabeza y le cubría las ropas; y bajo aquella tela se apreciaba un rostro salpicado de rojo aquí y allá y cubierto de venas hinchadas, azuladas, a punto de romperse. Una lograda imitación de la sintomatología que tan bien conocía todo el país.

Cuando Doyle posó su mirada en aquella aparición, el mentón le tembló de cólera. Les hizo una señal a los cámaras para que dejaran de filmar y gritó con voz ronca:

—¿Cómo se atreve, Pinks? ¿Cómo se atreve a insultarnos de esta manera tan obscena?

Al oír tales palabras, que fueron pronunciadas en la estancia celeste, muchos hicieron el gesto de ir a abalanzarse sobre el recién llegado. Pero debido al misterioso terror que el aspecto amedrentador de la máscara provocaba, ninguno se atrevió a estirar la mano para asirla. De modo que el hombre pudo pasar a un metro de distancia de Doyle y entrar en la sala púrpura, y de ésta a las siguientes. Caminaba con paso rápido, pero solemne y mesurado. Ante su aparición, la gente se apretujaba contra las paredes, como presa de una insuperable superstición colectiva.

Fue el propio Doyle quien, vencida la primera turbación, se lanzó en pos de Pinks a través de las seis habitaciones, sin que nadie se atreviera a echarle una mano. Le dio alcance en el despacho oval, justo cuando daba la medianoche y la espita emitía su áspero bufido.

El puño de Doyle cayó sobre la mandíbula del viejo, doblándole la cabeza hacia atrás. Entonces cayó el sudario, y Doyle pudo comprobar que lo de Pinks no era una máscara. Llevaba la camisa manchada de sangre. En el punto en el que quedaba abierta, en el cuello, dejaba a la vista una maraña de venas hinchadas hasta lo inverosímil, desde las cuales se expandían manchas azulonas. Evidentemente, el sudario tenía como función ocultar aquella visión horrenda; pero al final se había embebido de sangre hasta empapararlo.

—¡Usted también, Pinks! —exclamó Doyle, helado.

—Todos, Prosperous, todos —murmuró Pinks, esforzándose al hablar—. Era esto lo que venía a decirle. El adenovirus...

No pudo concluir la frase. Por la boca se le escapó un breve gemido, seguido de un vómito de sangre. A continuación, su cuerpo osciló y cayó sobre el cilindro del respirador, resbalando hasta el suelo. Sus manos, sin embargo, se quedaron agarradas a un grupo de válvulas montado sobre su estructura.

El respirador soltó un silbido profundo y su respiración regular se apagó.

—¡Dios mío! —exclamó Doyle. Trató de apartar de las válvulas aquellas manos agarrotadas, pero no lo consiguió. Entonces se volvió hacia los congregados, que empezaban a asomar por la puerta de la sala—. ¡No os quedéis ahí parados! ¡Ayudadme! ¡Os va la vida en esto!

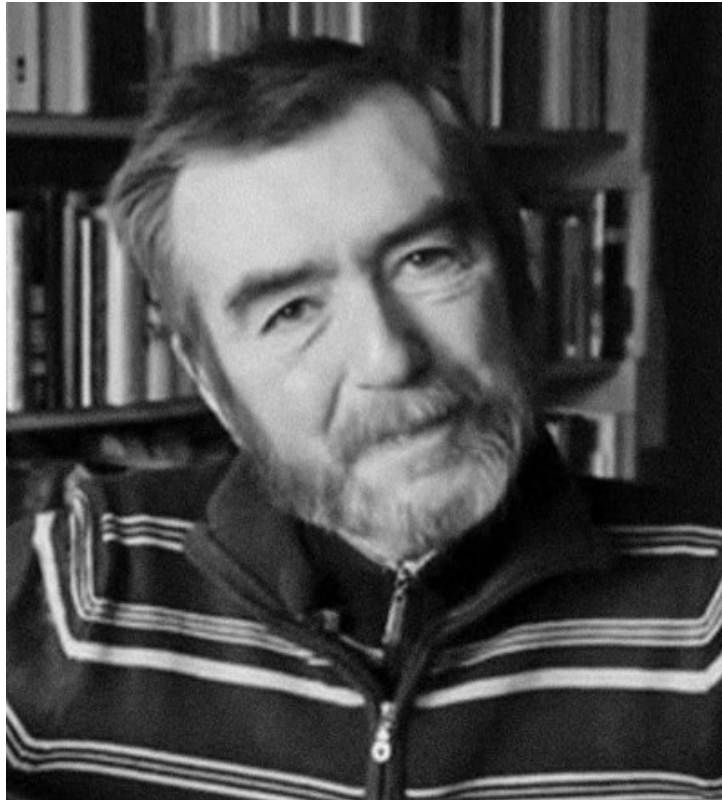
Nadie se acercó. Doyle sintió un dolor intenso en el pecho, y al mismo tiempo otro más agudo aún en la pierna izquierda. Al verse las manos se le escapó un grito. Las venas que las recorrían se estaban hinchando a ojos vistas, formando grumos nudosos.

Un instante después, el presidente de Estados Unidos caía al suelo sin vida. Nadie de los que se agolpaban en la puerta tuvo siquiera la fuerza de gritar. Todos habían comprendido que la Muerte Roja se había colado entre ellos como un ladrón en la noche, y que toda resistencia era inútil. Uno tras otro, los invitados de Doyle fueron cayendo al suelo, en las estancias regadas de sangre, y yacieron en montones

grotescos, con una expresión desesperada en sus rostros.

La oscuridad, la descomposición y la Muerte Roja reinaron sin oposición sobre todas las cosas.





VALERIO EVANGELISTI (Bologna, 1952). Es autor de varios ensayos y libros de historia. Se dedica en exclusiva a la narrativa desde que en 1993 publicara su primera novela, *Nicolás Eymerich, inquisidor*, galardonada con el premio Urania y en donde ve la luz el personaje que se erigirá en el eje central de una producción novelística que conjuga con maestría la ciencia ficción, el género fantástico y la intriga. Fiel reflejo de ello son las novelas *Las cadenas de Eymerich* (1995); *El cuerpo y la sangre de Eymerich* (1996); *Il mistero dell' inquisitore Eymerich* (1996); *Cherudek* (1997) y *Picatrix, la scala per l'inferno* (1998). Varias de estas obras han sido traducidas a diversos idiomas, y en Francia le han valido a su autor el prestigioso Grand Prix de l'Imaginaire 1998. Valerio Evangelisti es, asimismo, responsable de las antologías *Metallo urlante* (1998) y *Tutti i denti del mostro*, preparada en ocasión del XLV aniversario de la revista *Urania*, difusora de la ciencia ficción en Italia.

# Notas

[1] Organización Armada Secreta (N. del T.) <<

[2] Frente de Liberación Nacional. (N. del T.) <<

[3] En español en el original. (N. del T.) <<

[4] En español en el original. (N. del T.) <<